

El propósito del autor ha sido “reflexionar sobre el proceso que condujo a un individuo que nació en un hogar de clase media acomodada chilena a inscribirse en la lucha social”. No se trata de las “memorias” de un destacado intelectual y político que se siente motivado a legar una experiencia ya concluida a las generaciones venideras, sino de la búsqueda en el propio pasado, individual e intransferible —“el de una persona cualquiera, intrascendente, si se quiere, pero cuyo pasado constituye mi historia, la única donde soy auténtico y protagonista total”—, la explicación del por qué ha llegado a ser quien es, por qué piensa lo que piensa, por qué ha sido obligado a vivir más de una década lejos de su patria.

Para concluir, después de hurgar sin prejuicios en las etapas y momentos más importantes de su trayectoria privada y pública, que ha sido su militancia socialista el factor más gravitante de su vida, y una ambición que le sigue infundiendo “fe en el hombre, esperanza en el futuro y una razón para vivir y morir”.

REENCUENTRO CON MI VIDA

Clodomiro Almeyda M.



Las Ediciones del Ornitorrinco



Clodomiro Almeyda nació en Santiago en 1923. Tiene títulos de abogado y sociólogo y es licenciado en filosofía.

Ha dedicado la mayor parte de su vida a la cátedra universitaria en el área de las ciencias sociales. Es Doctor Honoris Causa de las Universidades de La Habana y Guadalajara y de la Humboldt Universität de Berlín.

Entre su numerosa obra ensayística se destacan *Hacia una teoría marxista del Estado* (1945), *Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria* (1972) y *Pensando a Chile* (1986).

Es militante del Partido Socialista de Chile desde 1940. Fue ministro del Trabajo y de Minería en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez, diputado socialista entre 1961 y 1965, y Canciller del Presidente Salvador Allende durante casi todo su mandato, con breves periodos en las carteras del Interior y de Defensa y como Vicepresidente de la República.

Fue detenido en La Moneda el 11 de septiembre de 1973 y expulsado del país en enero de 1975.

REENCUENTRO CON MI VIDA

Colección Pensamiento Alternativo

REENCUENTRO CON MI VIDA

Clodomiro Almeyda M.

Las Ediciones del Ornitorrinco

© Clodomiro Almeyda M.
Inscripción N° 66.667

Publicado por
Las Ediciones del Ornitorrinco
General Bari 115, Santiago - Chile

Diseño y Producción: EQUUS Arte y Diseño.

A mi camarada
Irma Cáceres S.



En un perdido rincón del planeta los ornitorrincos se extinguen.
Con seguridad, no hay en toda la Tierra seres que luchen con más
empeño por sobrevivir en ella.

Palabras proli mi vida

Al escribir estas palabras introductorias al libro que el lector tiene entre sus manos, no lo hego desde donde este nació realmente, en un exilio que me dio en Berlín, sino, en un exilio de montaña, desde un apartado y remoto rincón de una patria, desde el villorrio de Chile Chico, en el margen sur del ix meso y he como Lago General Carrera, en la Patagonia chilena. Hasta aquí he llegado no por propia voluntad, si no en virtud de una relegación a la mi rusticidad, luego de que ingresara clandestinamente al país no hace muchos días, con el objeto de presentarme ante los tribunales para responder a una infundada acusación por supuestos delitos que habría cometido durante mi gestión como Canciller de Chile, durante el gobierno del Presidente Alessandri.

El Tribunal me absolvió prontamente de toda responsabilidad en ese juicio, por no existir el delito que se me imputaba.

Por mi vida así, con mi in voluntaria presencia en Chile Chico - pero ya felizmente instalado en suelo chileno - el sumario reciente de los episodios de mi vida que he procurado narrar en este libro.

Mi exilio forzado de Chile ha pues finalizado. Estoy de nuevo en una patria, di's puesto a seguir trabajando por que se reconozca a todos los chilenos el derecho a vivir en el suelo que los vio nacer, sin expropiaciones ni condicionamientos.

Estas palabras introductorias de la nueva obra están ubicadas al final de las páginas de este "Recuento de mi vida", por cuanto ellas aluden a las últimas experiencias por las que he atravesado. Pero he querido al destino que estas esas experiencias

lo sean mi reencuentro en Chile, con mi patria. -
Y aun que me hallo privado de la posibilidad de
moverme más allá de los estrechos límites urbanos
de este pueblo patagónico, me siento feliz
de poder registrar al comienzo de estas páginas,
este hecho venturoso de haber iniciado mi reintegro
a la comunidad nacional. - Reintegro que tiene
por escenario un lejano lugar de Chile, donde he
vuelto a palpar el calor humano, el afecto y la
hospitalidad tan propia de los chilenos y que los
moradores de Chile Chico han puesto de nuevo a
al recibirme y acogermene solidariamente, como
adelantados de Chile, como auténticos portadores
de los valores que inspiran nuestra manera de
vivir y de sentir. -

Los momentos que transcurren al escribir
estas líneas preliminares, están marcados por
la emoción de sentirme de nuevo en Chile,
no obstante que todavía no termino de
adquirir plena y cabal conciencia ~~de~~
de estar en su seno. Todavía hay algo de
extraño y ajeno en el suelo que pido, que coexiste
ambigüamente con la sensación de estar
retornado a sus raíces, a lo que es más mío
y de lo que se pretendió separarme y alejarme
para siempre. -

Pero estoy aquí. - He triunfado. -

Chile Chico. 27 de Mayo de 1987. -

Palabras preliminares

Al escribir estas palabras introductorias al libro que el lector
tiene entre sus manos, no lo hago desde donde éste nació realmente,
en un exilio europeo en Berlín, sino, inusualmente, desde un aparta-
do y remoto rincón de mi patria, desde el villorrio de Chile Chico, en
el margen sur del inmenso y hermoso Lago General Carrera, en la
Patagonia chilena. Hasta aquí he llegado no por propia voluntad, si-
no en virtud de una relegación administrativa, luego de que ingresara
clandestinamente al país no hace muchos días, con el objeto de pre-
sentarme ante los tribunales para responder a una infundada acusa-
ción por supuestos delitos que habría cometido durante mi gestión co-
mo Canciller de Chile, durante el Gobierno del Presidente Allende.

El tribunal, me absolvió prontamente de toda responsabilidad
en ese juicio, por no existir el delito que se me imputaba.

Termina así, con mi involuntaria presencia en Chile Chico -pe-
ro ya felizmente instalado en suelo chileno-, el sumario recuento de
los episodios de mi vida que he procurado narrar en este libro.

Mi forzado exilio ha pues finalizado. Estoy de nuevo en mi pa-
tria, dispuesto a seguir bregando porque se reconozca a todos los chi-
lenos el derecho a vivir en el suelo que los vio nacer, sin excepciones
ni condicionamientos.

Estas palabras iniciales debieran haber estado ubicadas al final
de las páginas de este "Reencuentro con mi vida", por cuanto ellas
aluden a las últimas experiencias por las que he atravesado. Pero ha
querido el destino que esas experiencias lo sean mi reencuentro con
Chile, con mi patria. Y aunque me hallo privado de la posibilidad de
moverme más allá de los estrechos límites urbanos de este pueblo pa-
tagónico, me siento feliz de poder registrar al comienzo de estas pági-
nas, este hecho venturoso de haber iniciado mi reintegro a la comuni-
dad nacional. Reintegro que tiene por escenario un lejano lugar de
Chile, donde he vuelto a palpar el calor humano, el afecto y la hospi-
talidad tan propia de los chilenos y que los moradores de Chile Chico

han puesto de manifiesto al recibirme y acogerme solidariamente, como adelantados de Chile, como auténticos portadores de los valores que inspiran nuestra manera de vivir y de sentir.

Los momentos que transcurren al escribir estas letras preliminares, están marcados por la emoción de sentirme de nuevo en Chile, no obstante que todavía no termino de adquirir plena y cabal conciencia de estar en su seno. Todavía hay algo de extraño y ajeno en el suelo que piso, que coexiste contradictoriamente con la sensación de estar retornando a mis raíces, a lo que es más mío y de lo que se pretendió separarme y alejarme para siempre.

Pero estoy aquí. He triunfado.

Chile Chico, 27 de marzo de 1987.

PROLOGO

¿Por qué esta mirada hacia atrás? Carezco de aptitudes literarias. Lo no poco que he dejado estampado en letras de molde en el transcurso de unos cuarenta años ha sido algo que podría llamarse literatura de batalla, producida en “la línea del frente”: artículos periodísticos, ensayos, apuntes de clase, “papers” para simposios, seminarios y mesas redondas, tesis y contratesis, informes, discursos y prólogos. De todo. Pero nada que requiera escribir con oficio literario. Y, también, todo ello ha estado vuelto hacia afuera, sin aludir a quién lo ha pensado o escrito. Producción intelectual de mayor o menor valor, pero siempre objetiva e impersonal, aunque fue escrita por alguien de carne y hueso, por un chileno cualquiera, comprometido con su pueblo y con su causa, al que los azares de la vida han llevado a jugar algún papel en el escenario político nacional. Pero cualquiera haya sido la importancia de ese quehacer político, más allá de todo propósito consciente, la vida ha querido que ese quehacer se haya convertido en el hilo ordenador de una existencia: la mía.

Permanezco desde hace ya más de diez años en el exilio, lejos de mi patria, de mi entorno natural; lejos de lo mío y de los míos, no por voluntad propia sino por la fuerza de la violencia arbitraria que se ha instaurado en Chile. Y aunque el sentido de mi vida me ha hecho asumir como la tarea principal del destierro trabajar desde afuera por el retorno y la renovación de la democracia chilena, ocupando en ello lo más y lo mejor del tiempo y de mis energías, algún espacio ha quedado para poder mirar hacia el pasado de mi vida —hacia mi pasado— planteándome tantas interrogantes. ¿Por qué estoy aquí, en Berlín, y no en Chile? ¿Por qué se me impide vivir en mi país? ¿Por qué hago lo que hago? ¿Por qué pienso lo que pienso? ¿Por qué, en fin, he respondido al desafío de la realidad en la forma en que lo he hecho?

De esta forma percibo mi presente como producto de la trayectoria de una vida individual, instalado plenamente en el torbellino de

los conflictos humanos, los de mi país y los del mundo entero. Ello me obliga a mirar hacia el pasado, no para hacer mentalmente historia de la sociedad en la cual he estado inmerso —lo que sólo resuelve una dimensión de las interrogantes planteadas— sino para pensar fundamentalmente en mi pasado, el de una persona cualquiera, intrascendente, si se quiere, pero cuyo pasado constituye mi historia, la única donde soy auténtico y protagonista total. En fin de cuentas, la historia de la humanidad y de los pueblos no es sino la trama ordenadora y significativa del entrelazamiento de las vidas individuales; de todas las vidas, desde la de los arquitectos gigantes que han contribuido a la construcción de lo más valioso de la cultura humana, hasta la de los más humildes y anónimos habitantes del planeta, en todas las épocas, para quienes su vida ha sido también la vida.

Por todo ello, en las especiales circunstancias del exilio, lo mismo que cuando se está en prisión, se tiende a hacer un balance de lo que uno ha sido mirando hacia atrás.

Como con estas líneas no intento ni especular ni filosofar ni sistematizar ideas, sino reencontrarme conmigo mismo en los episodios de mi propio pasado, he procurado ordenar los pensamientos siguiendo el hilo de lo acontecido e insertando en esa secuencia las personas, las ideas, los incidentes y hasta las simples anécdotas que muchas veces no sólo dan colorido a lo cotidiano, sino que revelan, a su modo, con elocuencia, las verdaderas claves que permiten descifrar muchas situaciones que, de manera conceptual, sería difícil y hasta aburrido explicar.

Hay aquí algún espacio dedicado a lo privado, a lo estrictamente mío y de los míos. Con seguridad ello no interesa en especial a nadie, pero el acceso a lo que en términos trascendentalistas podría denominarse la verdad revolucionaria, la asunción de una concepción transformadora del mundo y la consiguiente toma de posición y de partido en las contiendas humanas, se lleva a cabo por cada quien a través de los caminos inéditos que la propia vida le ha ido ofreciendo, y que uno aprovecha o descarta. Y esos caminos son personales, en especial en una sociedad que todavía está construida sobre el predominio de lo privado. Es en esa esfera privada donde el individuo se so-

cializa, sobre todo en las etapas decisivas de su formación espiritual.

Por eso me resulta atractivo mirar hacia atrás desde donde me encuentro ahora y reflexionar sobre el proceso que condujo a un individuo que nació en un hogar de clase media acomodada chilena —con todo el contenido de clase que ello implica—, a inscribirse en la lucha social, mediante una incesante brega por superar prejuicios, intereses y sensibilidades que tienden a prolongar y a reproducir en el individuo las resultantes del condicionamiento social en el que se educó y se fue formando. Proceso y lucha éstos que no terminan nunca, que sin cesar lo van cambiando a uno en el marco de una matriz fundamental y que se prolongan más allá de la madurez. Ese es mi caso. Estoy atravesando los umbrales de la tercera edad y lo hago siempre aprendiendo y asombrándome ante lo nuevo que, día a día, enriquece la existencia universal.

¿Por qué publicar estas reflexiones?

Porque todos sentimos la necesidad de expresarnos ante los demás.

Yo no puedo hacerlo viviendo en Chile, compartiendo y luchando con su pueblo, que es la forma más auténtica de hacerlo. Por eso lo hago desde afuera, narrando algo de lo que he vivido en Chile y en el exilio, tal vez para afirmarme como persona, quizás también para ayudarme a comprender mejor Chile. Y, sobre todo, para suplir la forzada ausencia de la patria. Porque pensar y contar lo que uno ha sido en Chile es también una manera de estar presente.

EL LICEO ALEMAN

DE COMO CAI EN UN COLEGIO ARISTOCRATICO. CATOLICIDAD Y GERMANOFILIA. MI VISION INFANTIL DEL MUNDO Y LA SOCIEDAD. HACIA EL SOCIALCRISTIANISMO. UN LIBRO DE HAYA DE LA TORRE. CONSERVADORES Y NACISTAS EN EL COLEGIO. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA Y EL FRENTE POPULAR. LAS MILICIAS REPUBLICANAS. MI ESTRENO EN LA ACADEMIA LITERARIA: CONTRA EL FASCISMO Y EL ANTICOMUNISMO. PERDIDA PAULATINA DE LA FE. PASAN LOS AÑOS: LOS ESTUDIANTES DEL MIR DEL LICEO ALEMAN. UNA VISITA DEL PADRE EDUARDO: DESPUES DEL GOLPE, EL LICEO ALEMAN ME TIENDE LA MANO.

Nunca me ha quedado muy claro por qué mis padres decidieron que sus hijos varones estudiáramos en el Liceo Alemán de Santiago. Este establecimiento, más conocido como Colegio de los Padres Alemanes, a cargo de la Congregación del Verbo Divino, lo mismo que los Padres Franceses y el San Ignacio, reclutaba la mayoría de sus alumnos entre lo más granado de la descendencia de la vieja oligarquía chilena.

Lo más natural habría sido que ingresáramos al Instituto Nacional, colegio laico y gratuito donde se educó mi padre, Manuel Almeyda Arroyo¹, del cual él guardaba gratos recuerdos. Los muchachos

¹ Mi padre fue profesor de Matemáticas y Física en la Universidad de Chile. Sus actividades docentes determinaron que escribiese varios libros sobre las materias de su especialidad. Recuerdo un voluminoso Elementos de análisis matemático y otro de endemoniado título —que por eso lo retengo en la memoria—, Principios de análisis vectorial y de sus aplicaciones a la teoría del potencial y de los campos de fuerza, el que aparece dedicado “A la memoria de mi padre, Clodomiro Almeyda González, cuya vida fue dedicada en gran parte al estudio

que estudiaban en el Instituto eran, en su mayoría, hijos de familia de clase media chilena, liberal e ilustrada, como la nuestra. Eso habría estado más de acuerdo con lo que éramos nosotros, familia acomodada de no muy lejano origen provinciano —atacameño, concretamente— y de tradición laica. Incluso mi madre, como muchas mujeres chilenas, se confesaba católica y tenía un profundo sentimiento religioso, pero no era observante de las prácticas y ritos confesionales, lo que se explica por la influencia protestante en su familia, originaria de Escocia, por vía materna.

En esa decisión de mis padres puede haber influido la mala opinión que unos primos nuestros tenían del nivel docente del Instituto Nacional en aquella época y el prestigio pedagógico del Liceo Alemán. Pero creo que, sobre todo, influyó la germanofilia de mi padre.

Su familia era de escasos recursos, pues mi abuela enviudó muy joven y tuvo que ganarse la vida cosiendo, tejiendo y bordando —ella y sus hijas mujeres— para costear la enseñanza de sus hijos varones. Así, éstos lograron ingresar y terminar sus estudios en la universidad. Al recibirse de ingeniero civil, con su trabajo, esfuerzo y ahorros, mi padre logró juntar el dinero suficiente para viajar a Europa. Entre los países que visitó el que más lo impresionó fue Alemania. Eran los años inmeditamente anteriores a la Primera Guerra Mundial, y el impetuoso desarrollo de las ciencias físicas y matemáticas en la Alemania Imperial impresionó vivamente al joven ingeniero, quien ya había hecho del estudio y enseñanza de esas disciplinas su actividad predilecta. Y esa admiración surgió en él pese al rechazo visceral que produjo el militarismo prusiano en su espíritu liberal. Ese rechazo puede medirse por lo que, pocos años antes, le sucedió a su hermano mayor, quien tenía su misma formación espiritual. En ese país fue apresado por la policía alemana porque, cuando el Káiser pasó ante él en un desfile, en Potsdam, se hundió el sombrero hasta las orejas mientras todos los alemanes se descubrían. Para recuperar su libertad debió intervenir la representación diplomática chilena.

y enseñanza de las ciencias físicas en Chile”. Mi abuelo fue profesor y Rector del Liceo de Antofagasta. Escribió mi padre también varios trabajos destinados a introducir la teoría de la relatividad de Einstein en Chile. Recuerdo “Las ideas de tiempo y espacio en la física moderna”, así como otro que terminó poco antes de morir, “La física actual y el determinismo”, todos publicados en los Anales del Instituto de Ingenieros de Chile.

Recuerdo que durante la dictadura de Ibáñez, mi padre, sin poder soportar un régimen militar y autocrático, planeaba irse con familia y todo a Alemania, a Dresden, a trabajar en su universidad, con la que mantenía contactos en el ámbito de las ciencias físicas y matemáticas.

El hecho es que, por una razón u otra, mi hermano Manuel y yo quedamos matriculados en ese colegio alemán, católico y aristocrático, lo cual fue determinante en muchos aspectos de nuestra vida futura. A mi padre no le causaba mayor preocupación que, en su perspectiva laica y librepensadora, el carácter religioso del Liceo pudiera influir de manera negativa en nuestra formación intelectual. El estaba seguro de que “cuando pensáramos por cuenta propia”, abandonaríamos espontánea y naturalmente las creencias religiosas. Así se lo escuché decir, textualmente, escondido tras una puerta, en una conversación con un tío materno, el que se lamentaba de nuestra beatería infantil... y también de nuestra germanofilia.

Y aunque oí subrepticamente aquella conversación —impregnado como estaba del ambiente religioso del colegio—, juré interiormente una y mil veces que mi padre se equivocaría; a la postre tuvo razón. Al dejar el Liceo Alemán ya mi fe vacilaba, y pronto la abandonaré definitivamente.

Pero, a pesar de ello, durante los años de preparatoria, era un católico militante y hasta algo fanático, si bien poseía una fe más razonada y consecuente que la de la mayoría de mis compañeros, cuya religiosidad era innata y natural, ya que provenía de lo más íntimo y profundo de su ambiente familiar y social. Así, no es de extrañar que por mi consciente devoción llegara a ser la autoridad máxima de la vanguardia organizada de los niños católicos del colegio, la Cruzada Eucarística, ostentando el pomposo título de “General de los Cruzados”, quienes debían estar dispuestos a darlo todo —como sus homólogos medievales— en aras de su Dios y de su fe.

En ese ambiente se forjó mi primera imagen del mundo y de la sociedad. Imagen absolutamente maniquea, desde luego, en la que de un lado estaban los “buenos”, los católicos, y del otro los “malos”, fueran éstos ateos, librepensadores o protestantes. Era la pugna apocalíptica entre Dios y el Diablo.

Y esta visión se prolongaba hasta la sociedad. Eran los años de la inquietud social y política provocada por los efectos en nuestro país

de la “gran depresión” que se inició en 1929, tras la caída de la dictadura de Ibáñez. Trasladando a la política mi visión teológico maniquea del mundo, los conservadores eran “los siervos de Dios”; los liberales, los indefinidos que ponían énfasis en la importancia de las libertades públicas, algo irrelevantes, y los radicales, “los enemigos de Dios”. Y para qué hablar del lugar que ocupaban los comunistas en este esquema: eran la encarnación misma del mal, a la vez fuente y receptáculo de odios y resentimientos destructivos, peligrosos y temibles. Tales conceptos los vertí textualmente en un cuadernillo escrito a mano, donde pretendía interpretar “teológicamente” la contienda presidencial de 1932, a los nueve años de edad. Aquel cuadernillo se llamaba “El Diario Conservador”. Lo hacía pasar de mano en mano entre mis compañeros de colegio y los niños vecinos a la casa de mis abuelos, en el barrio Recoleta, donde, accidentalmente, vivíamos en esos meses. Estos vecinos eran casi todos de origen árabe, no entendían ni pizca de aquel pintoresco ensayo de análisis político y, cuando intentaba explicarles el contenido del cuadernillo, me escuchaban como si oyeran a un marciano.

Corrían los tumultuosos años de 1931 y 1932. Era la época de las insubordinaciones militares, de la sublevación de la Armada, del levantamiento comunista de Copiapó, del éxodo a Santiago de los trabajadores cesantes del salitre, de los albergues misérrimos en diferentes barrios de la capital. Era la época de la República Socialista del 4 de junio. El mundo de los ricos estaba asustado. Y yo también. La atmósfera que se respiraba en la familia reforzaba la que yo vivía en el colegio. La pugna teológica que me servía de faro orientador para definirme políticamente se hacía carne en la lucha entre la “civildad republicana” y la anarquía y el caos que representaba la izquierda en todos sus matices, inspirada en su esencia por esa encarnación del mal: el fantasma comunista. Grove, Ibáñez, los militares y los comunistas eran “los malos”. Los partidos tradicionales, que pasaron a llamarse “partidos de orden”, eran “los buenos” y, entre ellos, el mejor era el Partido Conservador. En esto último no coincidía con mi padre, quien prefería las opciones liberales. Pero era cuestión de matices, como, por lo demás, hasta ahora continúa siéndolo.

En aquellos años que siguieron a la dictadura de Ibáñez, la

“civildad republicana”, ubicaba a los militares en la barricada contraria, entre los partidarios del desorden. Tanta era su desconfianza hacia las Fuerzas Armadas y tanto el desprestigio en que éstas habían caído, que todo el mundo oficial, para poner coto a sus reiteradas intervenciones en la política, decidió crear su propia autodefensa armada, las llamadas Milicias Republicanas, destinadas fundamentalmente a cautelar el orden amenazado por “la plebe” inquieta y subvertida por la acción de los agitadores comunistas, anarquistas o “maximalistas”. Las Milicias Republicanas eran una organización civil y armada, sujeta a disciplina militar, e integrada principalmente por gente de la oligarquía y la clase media acomodada de tradición liberal, sobre todo profesionales. Su papel real fue el de constituirse en verdaderas “guardias blancas” para hacer frente al peligro de una Revolución Social. Las Fuerzas Armadas tradicionales no eran ya garantía suficiente para el “orden”.

Desde que un 4 de septiembre de 1924 sus oficiales hicieran rechinar sus sables en las tribunas mismas del Congreso Nacional, como una forma de expresar su descontento, su actitud inconformista y veleidosa les había hecho perder todo crédito ante la clase gobernante. De ellas habían surgido Ibáñez, “el tirano”, y Grove, “el demagogó”.

En 1932 el nuevo gobierno civilista de Alessandri prestaba todo su apoyo a las Milicias Republicanas. Mis oídos todavía recuerdan las palabras de un discurso del Presidente: “Hay quienes sostienen que las Milicias Republicanas están al margen de la Constitución y de la Ley. Profundo y lamentable error”. Posteriormente, nunca he podido imaginar cuáles habrán sido las razones de derecho que justifican esas expresiones del audaz caudillo político, avaladas también por los juristas adictos al régimen y por la mayoría parlamentaria. Lo que defendían Alessandri y la derecha contraviene el principio fundamental del Estado liberal, el monopolio de la violencia legítima por parte de las Instituciones Armadas, a las que la Constitución y la Ley entregan este privilegio. Pero, a pesar de ello, las Milicias Republicanas llegaron a estar mejor pertrechadas que las fuerzas armadas oficiales. Lo único que veo claro al respecto es que, como en todo, en este caso también rigió la llamada “ley del embudo”. Su parte ancha para el poderoso y la angosta para el débil. Para la derecha de entonces era legítimo y laudable que existieran cuerpos civiles armados al margen de los po-

deres del Estado, que cautelaran un orden social al servicio de sus intereses. Se los hacía caber en la parte ancha del embudo. Aunque ahora esa misma derecha ponga el grito en el cielo cuando alguien afirma el derecho a la legítima defensa contra el terrorismo de Estado y la represión ilícita institucionalizada, haciendo uso de la fuerza para ello si es necesario. Ahora, a la legítima defensa del pueblo se le aplica la parte angosta del embudo.

Muy pronto las Milicias Republicanas se proyectaron al medio juvenil y muchos de mis compañeros del Liceo ingresaron al cuerpo de “cadetes” de la Milicia Republicana, enorgulleciéndose de sus uniformes azules con correajes blancos. Los fines de semana se reunían para hacer ejercicios paramilitares, sin poder ocultar la prepotencia, el orgullo de clase y el desdén por el pueblo que los animaba. A mí me produjeron una aversión intuitiva esas cohortes de adolescentes aún imberbes, mezcla de frivolidad y altanería. Lo que advertía detrás y en el fondo de ellas contradecía claramente la imagen de lo que en el cuadro de mi mundovisión de entonces debía ser una cruzada en favor del orden, de la patria, pero también de la justicia. No me incorporé, por tanto, al flamante cuerpo de cadetes de las mencionadas Milicias. Percibí intuitivamente que se trataba de una organización aristocrática, clasista y excluyente, de cuyo espíritu me sentía del todo ajeno. Así, confusamente, comencé a barruntar lo que era la oligarquía chilena y sus características fundamentales.

A todo esto falleció, sorpresivamente, mi padre. El colegio se hizo cargo de nuestra nueva situación y nos dio facilidades para seguir estudiando gratis, hasta que se aclarara el futuro económico de la familia.

Por otra parte, la pugna política se acentuaba en Chile, ahora en un marco constitucional, y se organizaban y articulaban entre sí los partidos de izquierda. Se dibujaba otro escenario político.

Al pasar a las humanidades, tuve que abandonar la Cruzada Eucarística que sólo reunía a alumnos de las preparatorias. Comenzaron a llegar a mis manos otros libros y documentos, ya no sólo los puramente teológicos, sino también algunos relativos a la doctrina social de la Iglesia, la Encíclica “Rerum Novarum”, entre otros. Estos nuevos conocimientos, mis estudios de historia, la ávida lectura de la prensa de las distintas corrientes políticas y el contemplar con menos inmadurez lo que veía en la calle, me fueron haciendo ver que

el mundo y la sociedad no eran tan simples como yo los había imaginado hasta entonces. La realidad no era sólo de blanco y negro; era un tanto “overa”, como graciosamente hace poco oí decir a un amigo para aludir a su complejidad.

Otra circunstancia accidental contribuyó a que me interesara cada vez más por la política y me adentrara en sus misterios y recovecos. Mi tío materno —ex funcionario del Congreso Nacional—, advirtiéndome mi interés por la cosa pública, me consiguió una tarjeta para asistir a las tribunas de la Cámara de Diputados. En ese entonces vivíamos a pocas cuadras del Congreso, por lo que me era muy fácil acudir a sus sesiones, aunque la primera vez que subí las escaleras hacia las tribunas los policías se negaron a permitir mi acceso a ellas porque usaba pantalón corto; pero discutí que la tarjeta era válida para todos, grandes y chicos, y que, en consecuencia, debía permitírseme la entrada. Con alguna dificultad, gané la pelea.

Aquello me resultó muy entretenido y hasta apasionante. No perdía ni una sesión; éstas llegaron a interesarme más que las películas de aventuras y los primeros “westerns” que constituían para todos los adolescentes de entonces la principal diversión.

El conjunto de estas nuevas lecturas, experiencias y reflexiones me fueron aproximando a las ideas renovadoras que inspiraban al entonces llamado Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora que lideraba principalmente Bernardo Leighton y que después se convirtió en la Falange Nacional, la que terminó por separarse del viejo Partido Conservador. Por otra parte y casi al mismo tiempo había nacido el Movimiento Nacional Socialista de Chile —el nazismo chileno— que, aunque en lo fundamental era reflejo del fascismo europeo, asumía en Chile un carácter populista, nacionalista y antiyanqui, lo cual lo llevó a situarse en aguda oposición al gobierno derechista de Alessandri. Su ideario, en especial en su dimensión antimperialista, pasó a engrosar también el crisol bullente de ideas en que se había convertido mi fluida conciencia.

En este nuevo panorama mis inquietudes y preocupaciones habían descendido desde lo teológico y sobrenatural hasta lo terreno y mundano. La lucha entre Dios y el Diablo la veía diluirse en una compleja pugna en la que ya no era tan fácil identificar quiénes eran los buenos y quiénes los malos. La línea gruesa ordenadora de este proceso interior era mi progresiva asunción de una postura socialcris-

tiana. Ahora, el Bien me iba pareciendo comprometido en una doble brega; por una parte, contra el capitalismo expoliador, el egoísmo individualista y el imperialismo agresivo y, por la otra, contra el comunismo ateo, disolvente y anárquico. La Doctrina Social de la Iglesia me parecía intelectualmente el justo término medio que superaba en un nivel más elevado esas equivocadas posiciones polares. Aunque intuitivamente sentía que había en esa conciliación “algo” que no me caía bien.

Pero la elección de un partido predilecto no me resultaba fácil. Disuelta ya la Milicia Republicana y recobrada la normalidad institucional en el país —allá por el año 1935—, las opiniones entre mis compañeros que se interesaban por la política tendían a identificarse unas con la Juventud Conservadora, convertida ya en Falange Nacional, todavía dentro del viejo partido pelucón, y otras con el nacismo criollo. Ambas posturas se presentaban como anticapitalistas y anticomunistas, y también ambas se declaraban de inspiración cristiana. Aunque mis simpatías se inclinaban más hacia la Falange, me distanciaba de ella su carácter elitario y su vinculación orgánica con el conservantismo. Por otra parte, no dejaba de parecerme atractivo el carácter nacionalista, antimperialista, populista y latinoamericanista de que hacían gala algunos dirigentes del Movimiento Nacional Socialista, cuyo “cuartel general” visitaba a veces invitado por un tío político de filiación nacistas. Allí escuchaba a fogosos oradores que despotricaban atronadores tanto contra el Gobierno reaccionario de Alessandri como contra la izquierda masónica, atea y antipatriótica.

En este trance me encontraba, cuando un día cualquiera, por la calle Bandera, desde un tranvía, divisé en una vitrina un libro de atractiva portada en la cual destacaba sobre fondo rojo la silueta en negro del mapa de América Latina, con un sugerente título: **El antimperialismo y el APRA**. Bajé del tranvía a comprar el libro (seis pesos de entonces) y me encontré con que su autor era un personaje del que años antes había tenido noticias leyendo la prensa; un candidato presidencial del Perú a quien le habían robado una elección ganada en buena lid: Víctor Raúl Haya de la Torre. Lo recordaba más que nada por la sonoridad retumbante de su nombre. Lo que de él sabía,

poco por cierto, me llevaba a suponerlo un joven y atrayente caudillo popular de ideas avanzadas.

La lectura de ese libro fue el accidente que me llevó en definitiva a transitar por otro campo de ideas y motivaciones, muy distintas de las que me habían incentivado hasta entonces.

Desde luego, el libro de Haya de la Torre era absolutamente secularizado. En sus páginas no se mentaba ni a Dios ni a Cristo ni a la Encíclica “Rerum Novarum”. El núcleo de la obra estaba constituido por reflexiones críticas sobre la realidad económico social de América Latina. Los temas abordados giraban en torno del fenómeno imperialista en nuestro subcontinente, que el autor trataba de analizar de manera novedosa y creativa. Allí se tocaban también los problemas del latifundio y del retraso agrario, la cuestión indígena, la penetración cultural yanqui, la necesidad de reunir las fuerzas progresistas latinoamericanas en un gran movimiento de unidad y liberación nacional. La Revolución Mexicana, que hasta no hace mucho asociaba con una satrapía persecutoria de la religión católica, se me aparecía ahora juzgada desde otros parámetros, y era relevada como verdadero anticipo de lo que debería ser la emancipación integral latinoamericana.

Por otra parte, Haya polemizaba duramente con los comunistas, no debido a su filosofía ni a su revolucionarismo, sino por lo que él estimaba su incapacidad para descubrir lo propio de América Latina y su intento de trasladar mecánicamente esquemas políticos europeos para interpretarla. El libro estaba imbuido de un nacionalismo latinoamericano con el cual yo simpatizaba plenamente. Al plantear la problemática política en términos socioeconómicos, al concebir la idea de un nuevo Estado antimperialista para nuestros países y al encuadrar todo esto en términos continentales y bolivarianos, el ideario aprista me lucía mucho más atractivo que los de los partidos que pugnaban por atraer a los jóvenes chilenos del universo católico, sumidos en abstracciones ideologizantes y perspectivas estrechas, si se las comparaba con las del APRA. Y lo más sorprendente para mí fue que por vez primera advertí, en la obra de Haya de la Torre, una alta valoración del socialismo como utopía lejana, aunque viable para resolver los problemas del hombre a escala mundial. El marxismo, al que hasta entonces con atrevida ignorancia concebía como la racionalización del odio de clases, alimentado por el resen-

timiento y basado en un burdo ateísmo, era presentado en la obra de Haya como una metodología científica válida para la interpretación de la realidad social, y provisto de un instrumento de análisis al que hasta entonces, sin conocerlo, había descalificado como charlatanería: la dialéctica. El uso que Haya hacía de sus categorías fundamentales me pareció extraordinariamente iluminador y sugerente².

En buenas cuentas, la lectura de **El antimperialismo y el APRA** me ofreció un nuevo y amplio horizonte ideológico, atractivo y motivador. Para conocer algo más del marxismo desenterré de la biblioteca de mi padre algunos escasos libros donde se le abordaba. Recuerdo la **Historia del Socialismo y las luchas sociales** de Max Beer, que también me permitió saber algo más sobre la teoría de la lucha de clases, sobre Hegel y otros temas conexos.

Me abalancé igualmente sobre una copiosa literatura aprista que comenzaba a inundar las librerías santiaguinas bajo el sello de la Editorial Ercilla, empresa en la que había alcanzado gran influencia un grupo significativo de exiliados apristas llegados recientemente al país. Manuel Seoane, entre ellos, dirigía la revista **Ercilla**, el mejor semanario político de izquierda de la época, a la par con **Hoy**, “la revista para la gente que piensa”, publicada por un círculo de ibañistas opositores a Alessandri. Leí entonces un conjunto de artículos de Haya, escritos principalmente durante su exilio europeo y reunidos en un volumen titulado **¿Adónde va Indoamérica?** Leí también una biografía del líder peruano, escrita por el literato y ahora Vicepresidente del Perú, Luis Alberto Sánchez, así como un muy logrado ensayo suyo, **Dialéctica y determinismo**.

Como resultado de todo esto —cursaba yo entonces el tercer año de humanidades—, terminé por sentirme identificado con el aprismo, ideología foránea y latinoamericana a la vez, exótica para la

² El APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) había sido fundada como organización política de alcance continental por Haya de la Torre mientras estaba refugiado en México, en 1924. Allí también, con otros compatriotas suyos, sentó las bases del Partido Aprista Peruano. Luego se formaron otros partidos apristas en el continente, pero ninguno de ellos logró sobrevivir. El programa máximo del APRA se resumía en cinco puntos: 1. Contra el imperialismo yanqui. 2. Por la unidad política y económica de América Latina. 3. Por la nacionalización de tierras e industrias. 4. Por la internacionalización del Canal de Panamá. 5. Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos.

mayoría de los chilenos. Esta adscripción ideológica legitimaba mi alejamiento del falangismo y racionalizaba mi alergia al comunismo, alergia que había adquirido por osmosis casi desde nacer, influido por la cultura política en general conservadora, que primaba en mi medio social, familiar y escolar.

Intenté convencer de las bondades y excelencias del aprismo a algunos de mis amigos de colegio más cercanos. Consultaron ellos al profesor de castellano, seglar de vasta cultura. El buen varón les respondió que estaban locos, que el aprismo era sólo “comunismo disfrazado” y, además, un partido peruano, no chileno. Ahí terminó mi labor proselitista.

En esta nueva “toma de posición”, no cabe duda que las ideas del nacionalismo latinoamericano y del antimperialismo fueron para mí las determinantes. Me habían predispuesto a ellas las ocasionales lecturas de Rodó, Martí, Hostos y Ugarte, así como los poemas de Rubén Darío y hasta algunos recados de Gabriela Mistral. En sus obras, estos poetas reivindicaban la personalidad y soberanía de América Morena que “aún reza a Jesucristo y habla el español”. En los escritos de Gabriela se ensalzaba la personalidad de Sandino, el “General de hombres libres”, que en la época simbolizaba la resistencia a la política norteamericana del “gran garrote” en el Caribe y América Central.

Al cursar el cuarto año de humanidades podíamos ingresar a la Academia Literaria del Liceo, donde los aficionados a las letras, entre los que yo no me contaba, hacían sus primeras armas, o donde los interesados en la política cruzaban sus espadas en primarias polémicas doctrinarias.

Dos episodios rememoro de mi tránsito por ese foro escolar. El primero ocurrió en una sesión especial en la cual los jóvenes conservadores desafiaron a sus compañeros nacistas a dilucidar sus discrepancias y a enjuiciar al fascismo en general, que ya entonces amenazaba con desencadenar otra guerra mundial. Yo tercié en el debate, desde luego en el bando antifascista; pero mi argumentación difirió bastante de la de otros oradores que antagonizaban con los nacistas. Defendí, entonces, la tesis de que el nazismo alemán no era sino

el recurso extremo a que había recurrido el capital monopolista alemán, sacrificando la democracia para defender sus intereses amenazados por la anarquía social imperante en la República de Weimar y la inminencia de una revolución social.

Mi primera e improvisada incursión en el campo de la sociología política desconcertó a ambos bandos contrincantes. Ninguno de ellos abordó el tema desde el ángulo de la lucha social y de clases y se refirieron más bien a aspectos formales, aparentes y abstractos, sin llegar al hueso de la cuestión, a la que creo haberme aproximado más por intuición política que por otra cosa.

Al comentar las intervenciones, el Padre José, asesor de la Academia, hizo presente que con extrañeza veía cómo mi disertación parecía influenciada por el pensamiento marxista...

El segundo episodio fue mucho más espinudo. El tema de otra sesión era la Unión Soviética, y yo me ofrecí temerariamente a exponer lo relativo a su desarrollo científico y cultural. A las pocas horas me di cuenta del lío en que me hallaba metido. Poco o ningún material tenía a mi disposición para destacar los progresos de la URSS en ese terreno; tampoco tenía relación alguna con instituciones o partidos que me pudieran ayudar en semejante trance. No tuve más remedio que recurrir a lo poco que se sabía: que el eminente fisiólogo y psicólogo Pavlov pudo proseguir sus estudios e investigaciones después de la Revolución. Que el ballet ruso seguía siendo el más afamado de Europa. Que había un Instituto de Profesores Rojos con tales y cuales objetivos. Recurrí a algunos escasos datos estadísticos sobre el aumento de la escolaridad y los avances en la lucha contra el analfabetismo. Sostuve que el éxito ya reconocido del proyecto industrializador del Primer Plan Quinquenal no podía explicarse sin un determinado nivel científico técnico. Y, a falta de otros argumentos, convertí mañosamente en rusos a cuanto individuo con nombre de procedencia eslava encontré citado como científico en almanaques y revistas de segunda mano. Naturalmente, no quedé satisfecho con el trabajo, aunque sí con el desafío que significaba valorar algo de la Unión Soviética en el auditorio que me rodeaba, para el que la URSS era una especie de anticipo del infierno. El buen Padre José expresó en sus comentarios que nunca había sabido de la existencia de esos sabios soviéticos que yo había mencionado, pero que sus nombres más parecían polacos, yugoslavos o checos, que rusos...

A nivel internacional, el año 1936 se vio marcado por el estallido de la Guerra Civil Española. Nadie quedó indiferente ante aquellos trágicos acontecimientos. También yo tomé de inmediato partido por la causa de la República, más por consideraciones afectivas que racionales. Recuerdo la impresión que me causó el poemario "España en el Corazón", de Pablo Neruda, condensado en las palabras finales de aquella estrofa: "¡Venid a ver la sangre por las calles! / ¡Venid a ver la sangre por las calles!".

Me percaté de improviso que en el breve lapso de dos años mis preferencias políticas se habían trasladado definitivamente al lado de la izquierda. Al calor de lo que ocurría en España, desde lejos pero no por ello menos intensamente, presentí lo que es la lucha de clases en su inconmensurable trascendencia, en su insondable significación. Comprendí, o mejor dicho intuí la profunda verdad del marxismo, al contemplar cómo la fe y la Iglesia, antes situadas para mí más allá de las pugnas terrenales, se insumían también en esas pugnas por el poder y la riqueza, y se hacía trizas el velo de sobrenaturalidad que encubría su verdadero papel en la sociedad. Era la primera lección que me arrojaba esa España en llamas "en la que frailes llevan cruces a las batallas campales y mozos anarquistas quemar las catedrales".

Los sucesos de España dividieron a los chilenos como pocas veces en su historia. Lo que ocurría en la península se correspondía también con el desarrollo en Chile de los partidos de izquierda y del movimiento obrero, que poco a poco iban también aquí dando forma al Frente Popular. En 1938 debía elegirse nuevo Presidente de la República y la izquierda, unida en el Frente Popular, enfrentaba a la derecha con su abanderado, el prestigioso político radical, Pedro Aguirre Cerda.

Durante esa campaña presidencial tomé por primera vez contacto físico con la izquierda real, con el pueblo políticamente organizado. Hasta entonces, mi relación con él había sido puramente conceptual. Asistí a cuanto acto, concentración o desfile me fue posible ir. Me impresionaban las largas y combativas columnas de manifestantes de los partidos populares socialista y comunista, sus entusiastas juventudes, sus banderas y estandartes rojos. Escuchaba extasiado los acordes de la "Marsellesa Socialista" y de la "Internacional", coreados por miles de voces, escondido anónima y tímidamente en la multitud que cada vez me era menos extraña.

En el colegio, los partidarios del Frente Popular y de la causa republicana de España éramos “rara avis”. Uno que otro alumno, procedente de alguna familia ibañista y los no tan escasos hijos de connotados políticos radicales constituíamos el reducido grupo de izquierdistas en medio del océano de partidarios de la postulación derechista a la presidencia y admiradores del franquismo. La generalidad de los alumnos era bastante apolítica y su simpatía por la derecha era algo natural y consustancial en ellos. La actitud de los disidentes, o sea nosotros, les parecía algo anómalo, extraño, que no lo- graban comprender. Por lo tanto, al respecto no había diálogo ni discusión; era algo muy distinto a las diferencias que pocos años antes habían existido entre conservadores y nacistas. Esta era una pelea en familia, en la cual había algo en común, y era posible la polémica porque hablaban el mismo lenguaje. En la nueva coyuntura, en materia de valores políticos, con nosotros ya no había nada en común; éramos ajenos e inoponibles los unos con los otros. Por lo mismo, no discutíamos, nuestras diferencias no se trasladaban al plano de las relaciones humanas, y seguíamos siendo tan amigos como antes.

Mientras más me apasionaba la política, más me interesaba por el estudio de la historia, la filosofía y las ciencias sociales. Leía libros provenientes de las más diversas fuentes ideológicas, ya no sólo de cristianos o marxistas. Leía a Oswald Spengler, Emil Ludwig, Stephan Zweig, el Conde Keyserling, y sobre todo a historiadores de la filosofía como Ernst von Aster, Karl Vorländer, Augusto Messer, y otros que estaban a mi alcance. Y mientras más me sumergía en ese mundo de ideas controvertidas y controvertibles, más se debilitaban mi fe y mis creencias religiosas.

Como última línea de resistencia, me refugié en el argumento de que la Belleza, la Justicia y la Primacía del Amor, que trasuntaba y fluía del Evangelio, no podían entenderse sino reconociendo el carácter divino de su protagonista: el Cristo del Sermón de la Montaña. Me parecían cada vez más sofisticadas las argumentaciones de la apolo- gética escolástica y más evidentes las contradicciones entre el dogma y la ciencia. El recurso a la perfección del Mensaje Evangélico, como sustento de toda una fe totalizante y abrumadora, era feble y precario y no tardó en desvanecerse. Coetáneamente, mis ideas y afectos se iban reordenando en otra dirección y configuraban otra imagen del mundo que se fundamentaba en un humanismo de raíz terrenal, pero

que recogía del cristianismo su proyección trascendental y la signifi- cación de la Justicia y del Amor como valores supremos de la exis- tencia humana.

Egresé del Liceo Alemán en 1939 con afecto y reconocimiento hacia el colegio y mis profesores.

Fui perdiendo contacto con él, aunque de vez en cuando asistía a los almuerzos anuales que congregaban a sus ex alumnos, entre los que raramente se contaban mis compañeros de curso.

Seguía avanzando el calendario y a fines de los años sesenta vol- ví, después de mucho tiempo, al tradicional almuerzo anual de los ex alumnos. Chile vivía ya conmocionado por la tensión política que hizo crisis en 1973. Recuerdo que a ese almuerzo asistió el ya Arzobispo de Santiago, Raúl Silva Henríquez, distinguido ex alumno del Liceo. Me extrañó sobremanera el considerable número de profesores chile- nos. Sólo quedaba uno que otro de los profesores alemanes que ha- bían sido mis maestros, los que, si bien ya muy ancianos, aún me recordaban con cariño.

El Colegio debía cambiarse de lugar, pues la vieja casa de Mone- da 1661, entre Manuel Rodríguez y Riquelme, iba a ser demolida para dar paso a la amplia carretera Norte-Sur que atravesaría esa parte de la ciudad y haría desaparecer calles, plazas y viejas casonas, algunas incluso de la época colonial. En el almuerzo de aquel año estaba pro- gramado hacer una colecta entre los ex alumnos —en general perso- nas adineradas—, que ayudaría a construir un nuevo edificio para el Liceo Alemán en el barrio Bellavista.

Estábamos ya almorzando, en animada plática, cuando se escu- charon movimientos, carreras y ruidos en las galerías de los pisos su- periores que rodeaban el patio donde habían instalado las mesas. De pronto, cayeron sobre ellas y los comensales nubes de volantes mimeografiados dirigidos a los ex alumnos asistentes al encuentro. Su insólito texto era más o menos el siguiente:

“A ustedes se les solicitará en este almuerzo que aporten con donaciones para la reconstrucción del Liceo en otro barrio de la capital. Los instamos a negarse a acce-

der a esa petición. Si el Liceo Alemán se reconstruye, se estará con ello ayudando a mantener y reproducir el sistema ideológico que la clase dirigente utiliza para perpetuar su dominación en Chile. A ese funesto propósito contribuye eficazmente este liceo, en abierta contradicción con los principios cristianos, como forjador de las conciencias de las clases privilegiadas, a través de la internacionalización de valores reaccionarios e inhumanos que nada tienen que ver con los que Cristo nos legó en el Evangelio. Les encarecemos, pues, no sólo no cooperar en la reconstrucción del Liceo, sino también tratar de impedir que este colegio —como todos los de su especie— pueda continuar existiendo en Chile, ayudando a consolidar un orden injusto y anticristiano que debemos destruir. ¡No a la reconstrucción del Liceo Alemán!”

Firmado: “Grupo de estudiantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria del Liceo Alemán.”

Al menos los ex alumnos antiguos quedamos perplejos y desconcertados ante semejante proclama, en cuya redacción se utilizaban categorías marxistas y que provenían del sector más radicalizado de la izquierda chilena, el MIR, la izquierda de la izquierda. Nunca nos habíamos imaginado que existían militantes de ese partido en aquel colegio oligárquico y aristocratizante. El alboroto y el escándalo que se produjeron es inenarrable. Aquello se convirtió en una Torre de Babel en la que nadie entendía a nadie. Los veteranos ex alumnos intentaban que se les explicara lo inexplicable. Los reverendos padres trataban por una parte de tranquilizar a los que ya se veían poco menos que agredidos con garrotes o con bombas, mientras, por la otra, corrían desaforados por patios y escaleras persiguiendo a los insolentes provocadores. No se pudo restablecer plenamente el orden ni la normalidad en el ambiente, y no sé si los padres del Verbo Divino pudieron conseguir algo de lo que solicitaban en medio de tamaña confusión y algarabía. La reunión fue desgranándose rápidamente y cada uno salió reflexionando acerca de cómo habían cambiado los tiempos. Seguramente los más, severamente preocupados por el destino que le estaría reservado a Chile en el futuro, si ya en lo más íntimo de las aulas de uno de los establecimientos educacionales más conservadores habían logrado penetrar las ideas de un partido que era

“el sumum” del extremismo chileno, proclive al terrorismo y cristalización de lo más perverso e indeseable que la sociedad era capaz de excretar. Mis propias cavilaciones, es obvio, iban por otro lado.

Pocos años después del incidente referido se produjo la victoria del candidato presidencia de la Unidad Popular, Salvador Allende. No habían transcurrido muchos días desde el evento electoral, cuando recibí en mi casa la visita del Padre Eduardo, ya un anciano, quien había sido mi profesor de castellano y que ahora se desempeñaba como Superior de la Orden del Verbo Divino en Chile. El Padre Eduardo llegó sin poder disimular su alarma. Temía que el próximo Gobierno entrara en conflictos con la Iglesia. Le interesaba sobre todo el porvenir que esperaba a los colegios católicos y el futuro de la libertad de enseñanza. Me planteó, en fin, una serie de interrogantes que demostraban cómo “la campaña del miedo”, con la cual la derecha había querido atemorizar a los sectores moderados del país con fines electorales, también había hecho mella en el clero católico, o al menos en parte de él.

Intenté tranquilizar a mi inquieto visitante. Le hice ver que la Unidad Popular incluía significativos partidos de inspiración cristiana y a destacados dirigentes políticos católicos. Le recordé que semejantes temores habían existido en 1938 con el triunfo del Frente Popular, y que entonces nada de lo que intencionadamente se había querido hacer creer al pueblo católico, para predisponerlo en contra del Frente Popular, había ocurrido. Que, por el contrario, nunca habían sido mejores las relaciones entre la Iglesia y el Estado que durante el Gobierno de don Pedro Aguirre Cerda, oportunidad en que se había celebrado con gran éxito y apoyo por parte de las autoridades el Primer Congreso Eucarístico Nacional. Le añadí que, si así habían sucedido las cosas en 1938, no veía por qué ahora podían ser distintas, en un contexto político en el cual el espíritu renovador del Concilio Vaticano II y la interrelación entre cristianos y marxistas había creado un clima de comprensión y de respeto mutuo entre ellos, por lo que se hacía injustificable que la Iglesia y los católicos chilenos pudiesen abrigar temores como los que se desprendían de sus dudas y preguntas.

No sé si el Padre Eduardo se fue tranquilo, pero de lo que sí me di cuenta es de que, pese al tiempo transcurrido, todavía subsistían en el seno de la Iglesia los fantasmas del comunismo y del marxismo, enturbiando las conciencias e introduciendo artificialmente gérmenes de futuros conflictos e incomprensiones.

El día 11 de septiembre de 1973, siendo Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Salvador Allende, fui capturado y hecho prisionero en el Palacio de La Moneda por una patrulla enviada por la Junta Militar a detener a los sobrevivientes en la sede gubernativa, a pocas horas del bombardeo y de la muerte del Presidente.

No bien cesó el estricto toque de queda inicial, unos dos o tres días después del golpe, se anunciaba a la puerta de mi casa, para hablar con mi mujer, el Padre Martín, enviado del Rector del Liceo Alemán. "Señora", le dijo, "comprendemos la difícil situación en que se encuentra. Es probable que la súbita aprehensión de su marido la haya sorprendido en un momento en el cual le será difícil, por lo menos durante algún tiempo, disponer de los recursos necesarios para subvenir a las más urgentes necesidades de su familia y de sus hijos. Aquí tiene este sobre con un modesto aporte en dinero con que el Liceo Alemán quiere acudir en ayuda de su recordado ex alumno caído en desgracia, Clodomiro Almeyda".

El Padre Martín tenía razón. Nuestras cuentas bancarias fueron congeladas de inmediato por las autoridades militares, y el dinero que entregaron a mi mujer en nombre del Liceo Alemán le permitió salir de más de algún apuro en los días siguientes.

Nobleza obliga. La primera de las visitas que haré cuando logre retornar a mi patria será para agradecer ese ejemplar gesto solidario del Colegio de los Padres Alemanes y para reconocer también, con la perspectiva de la distancia que da el tiempo, lo mucho que ellos aportaron a mi formación, inculcándonos a mi hermano y a mí hábitos de estudio, responsabilidad, honradez y disciplina que, aunque sea poco modesto confesarlo, se han hecho carne misma en nosotros³.

³ Siendo Ministro de Estado del Presidente Ibáñez se me encomendó, como ex alumno del Liceo Alemán, la honrosa misión de condecorar en nombre del Gobierno de Chile al Padre José Schmidt, creo que con ocasión de sus cincuenta años de labor pedagógica en nuestro país.

LA LUCHA IDEOLOGICA EN MI CONCIENCIA

LA PRESION EN EL COLEGIO Y LA PRESION FAMILIAR: LA LITERATURA ANTICOMUNISTA. PROHIBIDO HABLARME DE LENIN. UNA CARTA DE MI PROFESOR DE VIOLIN. LAS ANGUSTIAS DE MI MADRE. NO DEBO PREOCUPARME NI ESCRIBIR SOBRE COSAS ABSTRACTAS: UN PROGRAMA ALTERNATIVO. ME NUTRO DE LITERATURA MARXISTA. ANCLAJE DEFINITIVO EN EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO.

La ideología y los valores prevalecientes en una sociedad y en una época han sido y son siempre los de las clases dominantes. Ya en sus escritos juveniles Marx había constatado esta verdad que, aunque parezca perogrullesca, a veces no por ello es olvidada o ignorada. Como tal, esa ideología y esos valores tienden, en virtud de la inercia general de las cosas, a persistir en reproducirse en la conciencia de los hombres. Y el romper esa inercia, el pensar distinto, siempre implica un esfuerzo y una no fácil tarea, porque choca contra lo existente y tiene que vencer su resistencia natural al cambio, en especial cuando quien cuestiona el presente se encuentra inmerso en un medio en el cual la ideología y los valores dominantes están profundamente internalizados en las personas, grupos e instituciones que constituyen su entorno social directo e inmediato.

Esa experiencia la viví personalmente. Aun no perteneciendo a la oligarquía dominante, durante mi infancia y adolescencia me rodeaba un medio familiar y escolar intensamente permeado por la manera de ver las cosas de quienes hegemonizaban ideológicamente la sociedad chilena.

En esta ocasión no es mi propósito buscar las razones que en último término determinaron mi actitud contestataria con la sociedad en que vivía. Ello, desde luego, no fue consecuencia de mi participa-

ción activa en la lucha social, sino más bien una sensación de malestar y disconformidad frente a la asimetría y al desequilibrio que constataba en la escindida estructura clasista de la sociedad. Esta contrariaba una inconsciente pero muy honda valoración de la justicia, la igualdad, la armonía y la racionalidad, como elementos consustanciales con la utopía que espontáneamente se forja cada hombre acerca de lo que debe ser la sociedad y que hay que empeñarse en convertir en realidad. En mi caso se trataba de un rechazo intelectual, ético y estético, a un mundo que se me presentaba deformado e incongruente con mi imagen platónica de la sociedad, signada por la armonía entre sus partes, la simetría en el conjunto, con el consiguiente imperio de la igualdad y la justicia. De ahí por qué nunca me satisficieron íntimamente las soluciones “de parche” a la llamada cuestión social, como la propugnada por la Encíclica “Rerum Novarum”, que pretendía amortiguar las injusticias y desigualdades, pero que no intentaba organizar la sociedad sobre patrones estéticos, éticos y racionales que eliminaran de raíz esas injusticias y desigualdades. Con esa misma óptica, nunca sentí simpatía ni atracción por la así llamada legislación social, destinada a mejorar las condiciones de los trabajadores, debido a que no eliminaba la diferenciación entre los poseedores que compran el trabajo y los desposeídos que, por el hecho de serlo, están obligados a vender su fuerza de trabajo a los primeros.

Es en esta visión estética, ética, racional y totalizante de mi propia utopía donde quizá se encuentre el verdadero origen de mi ulterior radicalismo político.

Pero me estoy alejando del tema. Mi actitud contestataria, puramente teórica en sus comienzos, en la medida en que era percibida por el entorno social que me rodeaba, provocaba en mí de inmediato una reacción defensiva, reacción destinada a doblegar esa actitud contestataria o a encauzarla para hacerla compatible con las bases en las cuales estaba construida la sociedad.

Recuerdo que una vez, en el Liceo Alemán, el Superior de la Orden del Verbo Divino me llamó para advertirme, en mi calidad de hermano mayor, que Manuel sustentaba ideas “extrañas”. Y esas ideas consistían en que mi hermano era partidario de la candidatura

presidencial del Frente Popular. El Padre Superior se quedó mudo cuando le contesté que ésa era también mi opinión y la de toda mi familia. Nosotros ya habíamos convencido a mi madre viuda de las bondades de la moderada posición izquierdista de Pedro Aguirre Cerda que, objetivamente por lo demás, no constituía un peligro para nadie.

Un tiempo después —y quizás por mis planteamientos disidentes en la Academia Literaria—, otro profesor sacerdote, quien me tenía una simpatía especial, me regaló una serie de libros sobre los ensayos hechos durante la Colonia por los jesuitas en el Paraguay, donde pretendieron (y en parte lo lograron) conformar una sociedad teocéntrica y clerical en la que los indios estaban organizados en forma comunitaria y eran beneficiarios directos y principales del producto de su trabajo. Allí no existían ni encomiendas ni reparticiones ni latifundios como en el resto de la América española. Me argumentó que aquellos ensayos demostraban la compatibilidad entre una sociedad igualitaria y el cristianismo, ya que se trataba de un “comunismo mitigado”. El propósito era claro: ante la fuerza con que yo sostenía mis posiciones socialistas, sólo era posible evitar que las fundamentara en el marxismo, encontrando en experiencias cristianas la inspiración para mis heterodoxas ideas en el plano social.

En el ámbito doméstico, quien más se inquietaba por mis peligrosas ideas que se fortalecían progresivamente, era mi tío Rolando Walker, medio hermano de mi madre. Aunque de pensamiento laico y progresista, el comunismo era para él absolutamente detestable y, por la pendiente en que iba deslizándome, no era descartable que terminara por caer en él. De allí que me proveyera de abundante literatura anticomunista. Recuerdo dos obras editadas en Chile que tuvieron amplia difusión. La primera, **Rusia al desnudo**, era un libro del conocido escritor rumano Panait Istrati, quien profesaba ideas comunistas radicales, quizás con un sesgo anarquista. Istrati hizo un viaje a la URSS allá por el año 1926 para vivir la experiencia del comunismo. Por la época en que realizó su visita (los años más difíciles y grises de la historia soviética), no era difícil prever la reacción que la crítica realidad del momento produjo en su espíritu idealista, anarcoide y romántico. El “paraíso soviético” que él esperaba encontrar más bien le pareció un infierno. La segunda eran las crónicas de un periodista norteamericano, Carwenher Wells, quien viajó a la URSS en la época del Primer Plan Quinquenal, titulada con el sugerente nombre

de **Kaput**. Con ello quería poner de relieve la ineficiencia y falta de técnica y conocimientos que observó en aquel país, lo cual se traducía en máquinas, herramientas y otros implementos abandonados irresponsablemente por falta de mantenimiento. Sin más, éstos quedaban “kaput”, palabra rusa que significa “destruido” o “inservible”.

Las obras mencionadas y otras de su género no lograron producir el efecto deseado por sus donantes, puesto que yo no era un admirador incondicional del comunismo soviético de la época y, por lo tanto, no compartía la sacralización de todo lo que ocurría en la URSS. Las imperfecciones y hasta el presunto fracaso de la experiencia rusa no lograban erosionar mi creciente convicción de que sólo un orden socialista y democrático a escala mundial podía terminar con la irracionalidad y la injusticia, para mí ya consustanciales a la sociedad capitalista. Por otra parte, yo ya era capaz de darme cuenta de que la tarea de construir una sociedad socialista en un país atrasado y devastado por la primera conflagración mundial y la guerra civil que la siguió, no era empresa fácil. Por ello, sus deformaciones y frustraciones me parecían naturales y explicables. Pero, en todo caso, mi convicción y fe socialistas no dependían necesariamente de lo que pudiera ocurrir o no en la URSS.

Para reforzar mi criterio contribuyó mucho un libro de la época, escrito alrededor de 1937 por el sociólogo francés Georges Friedman, **De la Santa Rusia a la URSS**, centrado en la reflexión y descripción acerca de los grandes cambios producidos en ese país como consecuencia del Primer Plan Quinquenal, que habían convertido la atrasada Rusia zarista —afectada después por la guerra y la revolución— en la segunda o tercera potencia industrial del mundo, en un increíblemente corto lapso de cinco años. Aunque sin olvidarlo, el autor —un simpatizante o militante comunista— no destacaba el inmenso costo social que había sido condición de ese éxito económico. No se cuestionaban aspectos como la cruenta expropiación de los “kulaks”, la coerción política e ideológica y los abusos del stalinismo, en general.

El sistemático esfuerzo de mi tío por alejarme de toda tentación soviética se interrumpió tan pronto se produjo la invasión alemana a la Unión Soviética en 1941. Su germanofobia y su antihitlerismo —que los llevaba en la sangre—, lo convirtieron en un apasionado rusófilo, e incluso llegó a justificar el pacto de no agresión germano soviético de 1939, considerándolo una hábil medida de Stalin para

ganar tiempo y hacer frente en mejores condiciones a la previsible agresión alemana.

No cejó, sin embargo, la ofensiva ideológica de mi pariente. Me regaló una antología de ensayos bajo el título de **El comunismo y los cristianos**, conteniendo variados trabajos sobre el tema, escritos por destacados intelectuales católicos y protestantes franceses. Pero el libro no servía mucho para la finalidad buscada. El más importante de los trabajos incluidos pertenecía a un fraile dominico, el Padre Ducatillon, excelente síntesis del pensamiento marxista, escrito con una actitud yo diría benevolente y hasta de simpatía hacia el ideario comunista. En esa misma línea se inscribía el trabajo de un pensador protestante, Denis de Rougemant. Quizás esos autores fueron los precursores o iniciadores de lo que fue el movimiento de los “curas obreros” franceses de mediados o finales de los años cuarenta. Esos textos reflejaban la unidad en la lucha de cristianos y marxistas en favor del progreso social y contra los alemanes y el fascismo en Francia.

Algún tiempo antes había recibido una larga misiva, sin motivo aparente, de un viejo amigo de la familia, un músico ciego que había sido mi profesor de violín en la infancia y que era profundamente religioso. En su insólita y larga carta se dedicaba a refutar desde su particular visión del catolicismo el igualitarismo prohijado por socialistas y comunistas, recurriendo a argumentos tan pedestres y socorridos como aquél de que para que una sinfonía o una pieza musical pudiera producir sensación de belleza era necesario que las notas que la componían fueran distintas y desiguales: lo mismo debía ocurrir en la sociedad para que ésta funcionara. La desigualdad era condición necesaria del hombre y así lo reconocía y aceptaba, como algo proveniente de Dios, la religión católica.

Era indiscutible que tan extraña carta obedecía a alguna iniciativa de mi familia, que creyó equivocadamente que nuestro músico, además de su gran religiosidad, era un experto teólogo. La superficial epístola me dio la ocasión de rememorar e interpretar las abundantes referencias bíblicas que apuntan a lo contrario que sostenía mi antiguo profesor de violín. Con el Antiguo y el Nuevo Testamento a mano, me di a la tarea de refutar punto por punto cada uno de sus argumentos. Lo que me resultó en definitiva fácil por lo feble y superficial de las razones aducidas para fundamentar una interpretación reaccionaria del cristianismo. No recibí réplica a mi respuesta y este intento de

aprovechar el saldo de cristianismo que me quedaba para neutralizar mis inclinaciones izquierdistas fracasó rotundamente.

Un día como tantos otros, poco antes de que mi padre falleciera, conversando con un amigo suyo acerca de la difícil situación internacional y el papel que jugaba o podía jugar la Unión Soviética en un eventual conflicto entre la Alemania nazi y las potencias occidentales, aquel amigo —padre de un joven que en ese entonces era universitario comunista— sacó a relucir el tema de la Revolución Rusa y de las grandes condiciones políticas e intelectuales de su principal artífice, Lenin. Y nuestro amigo agregó: “No vaya a saber tu papá que hemos hablado sobre estas cosas. No quiere que te intereses por estas cuestiones y se enojaría mucho si supiera que he hecho ante ti esta apología de Lenin y de su decisiva significación histórica”.

Fue una frase cualquiera en una conversación intrascendente, pero nunca me he olvidado de ella. Intuí que detrás de las palabras de ese señor, que se permitía darme en forma “confidencial” sus opiniones políticas socialistas y delatar el temor que sentía mi padre de que yo fuera atraído por ideas revolucionarias, se escondía una realidad que hasta entonces no había percibido. Lenin era un hombre muy importante y yo debía ignorarlo. Tal era el criterio de mi padre, quien no era un reaccionario sino un hombre de ideas liberales y con una conducta práctica humanista, solidaria y justiciera. Pero, así y todo, a su juicio yo nada debía saber del Lenin real, y era preferible que tuviera de él la imagen terrorífica que para desprestigiarlo le habían prefabricado los temerosos potentados que controlaban los medios de comunicación y manipulaban las conciencias de millones de hombres. Tremenda y amarga verdad que me hacía vislumbrar la radicalidad de los conflictos humanos y entrever hasta dónde llegaba la profundidad de la lucha de clases, de intereses y de ideas que subyacía en los cimientos mismos de la sociedad y en lo más íntimo de la conciencia de los hombres.

Desaparecido mi padre, nuestra familia perdió el centro gravitante y orientador que siempre representa el jefe del hogar en una sociedad semitradicional y machista como la nuestra. Ello hizo posible que mis contactos con la literatura y las ideas revolucionarias no chocaran demasiado con resistencias en el ámbito familiar. Incluso

en materia de política coyuntural, mi madre terminaba por pensar lo mismo que sus hijos, simpatizando, por ejemplo, con la candidatura presidencial del Frente Popular en 1938. Pero, sin ser una persona politizada y abanderizada espiritualmente con las fuerzas conservadoras y reaccionarias, su instinto la hacía preocuparse también por el peligroso sesgo que iban tomando las preferencias políticas de sus hijos. Era bueno tener “sensibilidad social”, pero otra cosa era simpatizar con el comunismo, acerca del cual tenía una idea confusa, pero no por ello menos siniestra. Una vez la sorprendí sollozando y lamentándose de que la ausencia de mi padre hubiera hecho posible estas perniciosas inclinaciones ideológico-políticas nuestras, y, particularmente mías. “Si tu padre viviera”, me dijo, “no estarían pasando estas cosas. Habrías tenido alguien que te orientara y no habrías tomado los caminos extraviados que no sé hasta dónde pueden conducirte”.

Como también su hermano había fallecido, acudió en busca de ayuda a su cuñado, mi tío Aniceto Almeyda, de quien hablaré largo más adelante.

Ya en contacto con él y a propósito de estas cuitas, en una conversación le presenté el proyecto de un ambicioso trabajo, con pretensiones de libro, en el que intentaba hacer un resumen de mis propios puntos de vista sobre la “cuestión social”, luego de un análisis crítico de las posiciones liberales y extremistas de izquierda que juzgaba equivocadas y unilaterales.

La opinión de mi tío me cayó como un balde de agua fría. Con discreción, me hizo ver, con bastante razón, que no estaba en edad ni había logrado alcanzar la madurez suficiente para meterme en semejantes honduras. Se trataba de temas muy complejos acerca de los cuales miles de personas más doctas que un estudiante común y silvestre como yo habían pensado y escrito muchas veces; por lo tanto, mi proyecto iba a resultar algo así como “descubrir el Mediterráneo”. Me aconsejó dejar para más tarde la materialización de esta idea. Si de escribir se trataba, me sugería que lo hiciera sobre temas menos trascendentes y de alcances más modestos, en los que pudiera haber algo de aporte e investigación personal. Por ejemplo, algo relacionado con el fundo que recién había adquirido la familia, o la región en que se encontraba, tan rica en su historia, costumbres y folclore. Me insinuaba temas como éstos: “Noticia histórica sobre el ferrocarril de Rucapequén a Tomé”; “Apuntes para la historia de la Hacienda

Quilpolemu” (así se llamaba el fundo adquirido por mi padre); “Reseña histórica sobre la representación parlamentaria de Itata, cuyo diputado al Primer Congreso Nacional fue don Manuel de Salas”, etcétera.

La verdad es que yo no pensaba escribir un ensayo político sociológico por necesidad de escribir. No aspiraba a ser escritor ni tenía condiciones para ello. Por otra parte, tampoco era aficionado a la investigación histórica ni menos a la “microhistoria”, como la temática que él me sugería. Aunque con el correr de los años llegaron a interesarme algunos de esos temas, en los tiempos y a la edad que por entonces atravesaba, me eran totalmente ajenos, lejanos a mis intereses y preocupaciones, por no decir que los consideraba extravagantes y superfluos. Sin embargo, entendía por qué mi tío me había propuesto ese conjunto de temas, ya que era un apasionado conocedor e investigador de la historia patria y seguramente quería despertar en mí una inclinación parecida. En ese momento, sus proposiciones me parecieron una verdadera “tomadura de pelo” y aunque no me atreví a rechazar su programa, nunca pensé en llevarlo a la práctica. Pero tampoco el proyectado y pretencioso ensayo alcanzó a ver la luz del día, salvo unas dos o tres insulsas páginas introductorias en las que, aludiendo a la miseria de nuestros hombres de pueblo, terminaba expresando de manera cursi y repetida que “el obrero terminaba en la taberna, queriendo encontrar en las fantasías que despierta el alcohol la felicidad que el mundo le negó”. Como puede verse, valió más la pena abandonar aquella absurda empresa, a lo que, a pesar de todo, contribuyó en gran parte el consejo sensato y paternal de mi tío.

He pensado después que él, con el buen criterio que lo caracterizaba, quería “darle tiempo al tiempo”, como solía decir, para que madurara intelectualmente y mi propia experiencia me alejara de esas posturas disidentes y contestatarias, tan propias de la inexperiencia juvenil. Como él mismo decía, repitiendo un pensamiento muy conocido, “el que a los veinte años no es un revolucionario o un anarquista, quiere decir que no tiene corazón, y el que a los cuarenta continúa siéndolo, quiere decir que no tiene inteligencia”.

Desde aquel entonces tuve con mi tío Aniceto una relación cada vez más estrecha y él terminó cumpliendo con nosotros la función de un padre. Sin embargo, nunca más hablamos ni discutimos de po-

lítica, salvo alguna que otra aguda observación que me hizo, más con la intención de ayudarme a penetrar la realidad, por encima de palabras o de apariencias, que con la de convencerme. Así, pues, tampoco mi querido y recordado tío resultó un instrumento eficaz para hacerme abandonar los extraviados caminos que tanto inquietaban a mi madre.

Mientras por una parte se desarrollaba esta suave pero insistente presión, especialmente familiar, para que renunciara a las ideas políticas que había elegido y que nada bueno presagiaban para mi futuro (que mi parentela visualizaba como el de un ponderado profesional y próspero agricultor), se desencadenaba por la otra sobre mí una intensa y abrumadora ofensiva en el plano del pensamiento. Ella provenía de una selecta literatura revolucionaria que yo devoraba con inusitado apetito intelectual para racionalizar mi inconformismo frente a la sociedad e interpretar el agitado acontecer político nacional y mundial que se desenvolvía ante mis ojos.

Mi formación intelectual, sobre todo en materia de historia y filosofía, era, al menos, lo bastante adecuada como para hacerme capaz de digerir de manera correcta y relativamente madura la abundante literatura marxista que en aquellos años abarrotaba las librerías santiaguinas.

Varias circunstancias favorecían en esa época la existencia de tanta literatura de ese carácter, y de buen nivel, a disposición de quien se interesara en adquirirla.

Los años treinta fueron en México los del sexenio del Presidente Lázaro Cárdenas, el período de máxima radicalización de la Revolución Mexicana. Fueron los años de la reforma agraria, de la expropiación petrolera y de la apasionada solidaridad con la República española. Todo esto se reflejó en el terreno cultural y del pensamiento. Eran los años de los murales de Rivera, de Orozco y Siqueiros, los de la fundación de la Universidad Obrera bajo el magisterio de Lombardo Toledano, y los del asilo de Trotsky en México.

Como es natural, ese clima intelectual se tradujo en una fiebre editorial de libros marxistas que se esparcieron por todo el continente y que pronto inundaron las librerías chilenas.

Por otra parte, el VII Congreso de la Internacional Comunista legitimó una apertura ideológica que se venía produciendo en el comunismo de Francia, y el marxismo logró atraer a las filas del Partido Comunista de ese país a una pléyade brillante de intelectuales. Por una u otra vía, sus obras llegaron de México hasta Chile.

Así, a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, pude leer o mejor dicho devorar, el **Antidühring** de Engels, **La concepción materialista de la historia**, de Pléjanov, y una excelente **Introducción a la Filosofía**, del marxista inglés John Lewis, entre otros libros de ese tipo, editados por Frente Cultural de México. Muy pronto aparecieron en Chile, publicados por la editorial América, de México, los **Manuscritos económico-filosóficos**, de Marx, que recién habían sido descubiertos en Europa y que revolucionaron el ambiente intelectual de avanzada, sentando las bases de una verdadera antropología marxista en la que se articulaban armónicamente sus puntos de vista filosóficos con sus concepciones económicas. Allí están las bases de la famosa teoría de la alienación y los fundamentos del humanismo marxista. Su influencia en mí fue enorme y decisiva.

La misma editorial azteca publicó una obra de Norbert Guterman y Henri Lefevre, **Qué es la dialéctica**; al comienzo me fue difícil entenderla, pero a fuerza de estudiarla me abrió todo un horizonte para adentrarme en el marxismo. La teoría sobre la emergencia de lo humano y la construcción de la sociedad gracias a la aparición del trabajo, como inédita forma de relación del individuo y la especie con la naturaleza, se me ofreció en toda su profundidad y virtuosismo interpretativo y creador.

También de México llegó una antología de trabajos de pensadores franceses sobre temas de filosofía marxista, titulada **Método dialéctico y ciencias humanas**, en la que se incluía un penetrante ensayo de René Maublanc sobre el tema; **Hegel y Marx**, así como otros pertenecientes a figuras tan destacadas en el ambiente intelectual como Paul Laberrenne en filosofía de las ciencias físicas; Henri Wallon, en psicología; Marcel Prenant, en biología, y el ya mencionado Georges Friedman en sociología.

Apareció por esos días en las vidrieras de las librerías santiaguinas otra antología publicada en México, **El materialismo histórico según los grandes marxistas y antimarxistas**, que contenía dos o tres de los más brillantes ensayos de Lenin, las famosas cartas de Federico

Engels a sus amigos, en las que precisaba el contenido y alcance del materialismo histórico, trabajos de Lafargue y de Labriola, etc. Recuerdo que también adquirí en esos años el esclarecedor libro del filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, **El materialismo histórico en Federico Engels**, que me produjo gran impresión.

Desde Buenos Aires, la editorial Claridad también contribuía a este bombardeo de literatura marxista. En ediciones suyas leí una versión abreviada de **El Capital**. También de Argentina provenía un libro que me ayudó mucho a comprender la dialéctica, **Introducción al materialismo dialéctico** del filósofo alemán A. Thalheimer.

Como el mercado chileno de ese momento era receptivo a este tipo de literatura, nuestras editoriales también irrumpieron en ese campo. La editorial Zig-Zag, pese a su orientación conservadora, publicó **El materialismo histórico**, de Nicolás Bujarin (que me gustó muy poco), así como la interesante obra de Marcel Prenant **Biología y Marxismo**. Creo que fue también Zig-Zag la que editó el penetrante ensayo de R. Osborn, **Freud y Marx**, que me abrió todo otro ángulo desde donde poder visualizar el marxismo.

La editorial Ercilla publicó **La Revolución traicionada**, de Trotsky, cuya lectura me fue por demás útil para conocer desde el punto de vista marxista una óptica crítica a la experiencia soviética. Y a qué seguir. Faltaba tiempo y hasta dinero para lograr absorber todo lo que por aquella época se vendía acerca de estos temas en las librerías.

Lo notable es que la calidad de esa literatura era bastante elevada. El hecho de que haya llegado a mis manos cuando yo tenía entre quince y veinte años, me evitó tragarme toda una literatura del llamado "marxismo vulgar", la que antes y después de esos años ha constituido la fuente principal para entrar en contacto con esa ideología, y que más ha contribuido a deformar que a formar políticamente.

Ya durante mis primeros años universitarios, en gran parte gracias a los buenos libros que estuvieron a mi alcance, leídos sobre el telón de fondo del ascenso y agudización de las contiendas políticas en Chile, en un contexto internacional signado por la lucha antifascista, ya me encontraba definitivamente anclado ideológicamente en el ámbito de la izquierda marxista. Y mi confuso inconformismo social se había racionalizado, lo cual permitió que desde muy joven

podiera forjarme una concepción abierta, optimista y trascendente del mundo y de la vida, concepción que mi experiencia de los años posteriores no ha hecho otra cosa que confirmar, profundizar y desarrollar.

No creo que tan auspiciosa oportunidad de informarse y desarrollarse ideológicamente haya sido aprovechada en todas sus potencialidades por la juventud de las izquierdas de aquellos años; quizás sólo lo fue en una proporción muy limitada. Pero, de todas maneras, pienso que esa abundante y valiosa literatura con el correr de los años contribuyó a hacer de la “inteligencia” de izquierda un importante componente del movimiento popular chileno, facilitando la maduración de sus cuadros directivos y haciendo posible que nuestros partidos de orientación marxista se insertaran también en esclarecidos sectores de las clases medias. Por otra parte, esa literatura ayudó también a disipar la imagen primitiva y siniestra del marxismo, que antes prevalecía sin resistencias en el conjunto de la sociedad, haciendo de su pensamiento y sus portadores un protagonista legitimado en las luchas políticas y debates ideológicos de la democracia chilena. Todo esto, también ahora, ha sido razón determinante del fracaso de la dictadura militar en su intento de proscribir la vida cívica a una de las fuerzas políticas y corrientes ideológicas más lúcidas y vigorosas que han hecho historia en el mundo contemporáneo: el diabólico marxismo de los “señores rusos”, según el pintoresco y analfabeto lenguaje del General Pinochet.

MI VIDA PRIVADA DURANTE LA JUVENTUD

QUILPOLEMU: DESCUBRIMIENTO DEL CAMPO CHILENO. ECHO RAICES EN EL CHILE RURAL. MI VIDA DE BARRIO EN NUÑO. EL HOGAR MATRIARCAL DE MI FAMILIA: TERTULIAS Y CONVIVIOS. MI TIO ANICETO Y SU INFLUENCIA EN MI MADURACION ESPIRITUAL. TAMBIEN LAS TIAS Y LO QUE ELLAS ME CONTARON.

No podría seguir avanzando en esta visión retrospectiva de mi juventud si no dedicara algunas páginas al entorno privado, social y familiar que me rodeaba, el que influyó decisivamente en mi formación y en mi destino. Procuraré seleccionar algunas circunstancias y situaciones de ese período de mi vida privada que me parecen las más significativas.

Cuando tenía unos nueve años, un acontecimiento iba a permitir que conociera y me ligara a muy temprana edad con un ámbito del universo chileno totalmente diferente al de la capital.

Mi padre con un colega ingeniero habían formado una sociedad constructora de obras de agua potable y, como contratistas del Fisco, se habían hecho de algunos pesos que pensaban seguir destinando al desarrollo de la empresa. Pero en esto sobrevino la crisis del año treinta y las apreturas financieras del Estado llevaron a la completa paralización de las obras públicas. Mi padre y su socio decidieron entonces —ya que con la recesión económica el precio de la tierra estaba por los suelos— invertir sus recursos ahorrados en algún fundo, para mantenerlos activos mientras amainara la crisis.

Todavía recuerdo, como si fuera hoy, una fría y lluviosa tarde del invierno de 1931 en nuestra casa de Providencia con Thayer Ojeda, cuando mi padre llegó de vuelta de un largo viaje por el sur, en el que había visitado decenas de fundos, buscando el apropiado para comprar. A mi madre y sus hijos nos reunió alrededor de su ca-

ma y nos narró las peripecias del viaje. Pero de repente, al final, sentándose en su lecho, nos dijo entusiasmado que había conocido un fundo maravilloso desde todo punto de vista, pero sobre todo por lo bonito y variado. Incluía bosques chilenos, pinares, viñedos, estrechos vallecitos entre los cerros y “de un cuanto hay”, con unas antiguas y patriarcales casas patronales, al que se llegaba por un camino bordeado por dos imponentes hileras de centenarias encinas. El predio estaba situado en la Cordillera de la Costa de la provincia de Ñuble, en la orilla norte del río Itata, cerca de su desembocadura en el mar y a mitad de camino entre los pueblos de Quirihue y Coelemu. Pero, agregó, por su valor, ese fundo excede con mucho nuestras disponibilidades. “Si se los menciono”, continuó, “es porque quedé impactado por su belleza y lo atrayente y pintoresco de la región en que se encuentra”.

A pesar de estos inconvenientes, resultó que a los pocos meses la sociedad Almeyda y Necochea había adquirido la Hacienda Quilpolemu. A su dueño, el conocido historiador don Francisco Antonio Encina, le había caído en gracia ese par de audaces ingenieros que, sin saber distinguir una mata de papas de una de porotos, había decidido aventurarse en los riesgosos negocios agrícolas. Rebajó considerablemente el precio y les dio facilidades de pago sobre la base de una gigantesca deuda hipotecaria amortizable en 30 años.

Así, de la noche a la mañana, quedamos convertidos en poderosos y endeudados terratenientes.

Quilpolemu, que en lengua indígena significa “bosque de las codornices”, había sido adquirido por don Pancho Encina no hacía muchos años. Antes, desde tiempos inmemoriales, la hacienda había permanecido en poder de una linajuda y aristocrática familia penquista de apellido Benavente. Su último dueño fue don Luis Lamas Benavente, hermano o tío —creo— de Aurelio Lamas, que hasta no hace mucho tiempo era dueño del diario “El Sur” de Concepción.

Quilpolemu era una hacienda de tradición y pergaminos. Allí había nacido, a mediados del siglo XVIII, don Fermín de Carvajal y Vargas, Duque de San Carlos y luego Grande de España, vencedor de las huestes napoleónicas en uno de los episodios bélicos de la guerra de la Independencia española.

Los campesinos más viejos de Quilpolemu, a los que alcancé a conocer, sentían suya esa victoria sobre los ejércitos de Napoleón

y se enorgullecían grandemente de ello.

Quilpolemu tenía también filiación política. La aristocracia penquista, a diferencia de la santiaguina y de la de Chile Central, no era ni conservadora ni clerical ni ultramontana. Concepción tenía tradición laica y liberal desde los tiempos de la Independencia y fue reducto de los pipiolo, quienes, avanzando hacia el norte, en Lircay, fueron derrotados por los pelucones, abriendo paso a la República autocrática y portaliana.

En los años sesenta del siglo pasado, casi al mismo tiempo que en Copiapó, en el norte, se fundó en Concepción el Partido Radical. La familia penquista, que por generaciones había sido dueña de Quilpolemu provenía de ese originario tronco radical y los campesinos de la hacienda la consideraban “los verdaderos dueños”; para ellos, los propietarios posteriores éramos simples advenedizos. Por lo tanto, Quilpolemu tenía la connotación política de sus “verdaderos dueños”, es decir, era radical. En una ocasión, en los años cuarenta, mi madre apoyó un candidato a diputado liberal por Itata. En el tradicional “choclón” mañanero del día de las elecciones, antes de que los electores se dirigieran a Quirihue a sufragar y en medio de los consabidos tragos de vino que se repartían para atraer a los electores, recuerdo haber escuchado gritar a un campesino, ya suficientemente entusiasmado: “¡Viva el Partido Liberal, pero este fundo es radical!”.

Hasta no hacía mucho tiempo, en la época de los “verdaderos dueños”, funcionaba en el fundo una mesa electoral y durante medio siglo no se escrutó allí ni un solo sufragio que no fuera para un candidato radical. Eran los tiempos de los “acarreo” de inquilinos para las elecciones, de los “choclones” con empanadas y vino tinto y de las “gratificaciones” en dinero a los electores, después de la victoria. Así funcionaba en su etapa germinal la “democracia” en los campos chilenos, que por lo demás no podía ser de otra manera dado el contexto social y cultural de aquellos tiempos.

En los años treinta, cuando nosotros aterrizamos intempestivamente por aquellos pagos, Itata vivía aún en el siglo pasado, en la época colonial y hasta ya entrada la presente centuria, el camino real entre Santiago y Concepción abandonaba el Valle Central al sur del Maule y torcía al oeste, internándose en los vericuetos de la Cordillera de la Costa y, atravesándola de norte a sur, llegaba por la orilla del mar hasta la metrópoli meridional. Todo esto, antes de que el ferrocarril longitudinal alcanzara hasta Chillán. Aquella zona costina y

montañosa vivió por aquel tiempo su edad de oro. Sus cerros todavía no habían sido deforestados ni erosionados y su entonces abundante producción triguera se embarcaba en lanchas maulinas desde Constitución hasta el Perú. A finales del siglo XVIII, el Gobernador Domingo Ortiz de Rosas fundó a la vera de ese camino real, como estaciones de tránsito, las villas de San Antonio Abad de Quirihue y la del Niño Jesús de Coelemu, entre las que se encontraba Quilpolemu. Para recompensar su pasión por la creación de nuevos poblados, Su Majestad Católica otorgó a Ortiz de Rosas, una vez cumplido su mandato, el título de Conde de Poblaciones.

Cuando nosotros llegamos a esas tierras, ya se encontraban en plena decadencia y Quirihue parecía un pueblo fantasma, un testigo sobreviviente del siglo pasado en pleno siglo XX. Sus viejas e inmensas casas de tejas, con vastos patios interiores rodeados de amplios corredores, eran del más típico estilo colonial. Casi todas estaban semivacías, habitadas por hermanas solteronas de varones que habían huido de la pobreza, del tedio y la monotonía quirihuanos, en busca de mejores horizontes. En los sombríos y solemnes salones de las casas del pueblo solían encontrarse valiosos y vetustos pianos, tapices, muebles y gobelinos de procedencia europea, y también primitivos gramófonos y hasta algún objeto de marfil de la China, mudo testimonio de alguna pretérita travesía de barcos que desde Talcahuano habían alcanzado hasta el Extremo Oriente o, lo cual es más probable, provenía de California, que mantenían contactos permanentes con China y con Chile en aquellos tiempos.

Las costumbres de los moradores de Quirihue estaban a la altura de lo que materialmente era el pueblo, de carácter absolutamente tradicional, por no decir colonial. Si eso era Quirihue, más alejados del mundanal ruido se encontraban los pueblos de la costa misma de Itata —Cobquecura y Buchupureo—, verdaderos museos del Chile del pasado. Tan aisladas se encontraban esas aldeas costinas, que en Buchupureo conocí un acomodado agricultor, ya cuarentón, que habitaba una casa repleta de objetos antiguos, resabios de pretérita prosperidad, cuya máxima aspiración en la vida, no cumplida, era llegar a conocer antes de morir, no digo París ni Santiago ni Chillán... sino solamente Quirihue.

Coelemu, unas cuantas leguas al sur de Quilpolemu y a orillas del Itata, en cierto modo era la antítesis de Quirihue. Se había conver-

tido realmente en pueblo cuando llegó hasta allí el ramal ferroviario que va de Chillán a Concepción, atravesando la Cordillera de la Costa. Era un pueblo de gente joven y, en parte, sus habitantes procedían de Concepción y sus alrededores; era gente moderna en comparación con sus vecinos quirihuanos. Esto se reflejaba hasta en la política. Los partidos históricos eran allí débiles, excepto el radical. Había un fuerte Partido Democrático y núcleos socialistas y comunistas.

Si menciono estas menudencias es porque, a través de las vivencias rurales y pueblerinas, logré penetrar en lo íntimo y profundo de Chile, barruntar el trasfondo histórico y cultural de su pueblo. Fue como vivir en el presente la historia pasada del país.

Es cierto que Chile es cada vez más un país urbano y lo urbano es ahora determinante. Pero la historia de nuestro pueblo no lo es y ese pasado rural y campesino se hace presente en la mentalidad y el comportamiento de los chilenos de hoy. Ahí está ese pasado, vivo todavía en los resabios de los valores tradicionales y en el cristianismo popular que subsisten en el alma del pueblo. Y ese pasado también perdura en las conductas elitarias, paternalistas y autoritarias de las clases dirigentes que todavía no han internalizado siquiera los valores de la democracia liberal.

Por otra parte, Ñuble y Concepción son tal vez las regiones más chilenas de Chile, de manera que mis trajines por sus campos, aldeas y ciudades durante más de cincuenta años en estrecho contacto con ese medio, me hicieron echar raíces en lo más profundo de la realidad nacional, “en lo más genital” de lo chileno, como diría Neruda.

Mi conciencia se impregnó para siempre de los valores rurales chilenos, a tal punto, que éstos pasaron a constituir en mí una especie de segunda naturaleza, de fisonomía rural y provinciana, inserta en la originaria matriz urbana. Al campo y al pueblo provincianos no los percibía desde afuera —que es lo corriente cuando alguien de la ciudad llega hacia ellos—, sino que los viví por dentro, como si yo fuera, como dicen las gentes de por allá, “nacido y criado” en esas comarcas. Alguien podría querer explicar tal fenómeno a través de la circunstancia de que mi abuelo materno (el único no copiapino de mis ancestros) fue oriundo de esas tierras. Como a él también le pasaba, según me lo contó varias veces, me conmuevo hasta la más recóndita fibra de mi ser cuando escucho el monótono, rampante y rítmico rasgueo de las guitarras preludiando una auténtica cueca chilena

o una tonada tradicional. En el caso de la cueca, la verdad es que no poseo habilidad para bailarla. Mis incursiones en la práctica de esa danza no son de lo más afortunadas, salvo en excepcionales ocasiones en que coinciden de manera fortuita un conjunto de factores estimulantes: melodía y ritmo de mis preferencias, una pareja atrayente y una buena dosis de pícaros grados de alcohol. Pero no es lo frecuente. Tanto así, que cierta vez, después de una desgraciada actuación en este campo, al terminar de bailar el consabido “tercer pie”, mi tío Aniceto, quien contemplaba la escena, me llamó aparte y, entre broma y serio, me recomendó que por “el honor de la familia” no reincidiera en semejantes intentos. Situación muy distinta a la de mi hermano Manuel, eximio bailarín de cueca.

Entre las muchas enseñanzas que me ha dejado esta vinculación con el campo, quizás la más significativa ha sido la constatación de la gran maleabilidad del campesino chileno y su enorme receptividad para el cambio, lo cual echa por tierra el prejuicio general que yo compartía al comienzo acerca de la supuesta inmutabilidad de la mentalidad rural y su natural y obstinada resistencia a admitir y asimilar lo nuevo. Esto es así en ciertas regiones de Europa, o en otras partes de nuestra América, pero no en el caso del campesino chileno.

Ya me he referido al estado de atraso, decadencia y aislamiento que encontramos en esa región costina al llegar a ella. Pero durante los años cincuenta y sesenta se produjeron decisivas transformaciones en todos los aspectos de la vida y de la conciencia de las gentes de esos campos.

La industrialización de Concepción y de sus alrededores, el notorio mejoramiento de las vías de comunicación y del transporte, la difusión generalizada de la radio, el mejoramiento relativo de las condiciones de vida campesina, el proceso de su organización social y cooperativa —estimulada sobre todo por la Iglesia—, el contacto con los partidos políticos populares y el inicio de sus luchas reivindicativas, entre otros muchos factores, modificaron sustancialmente lo que era el ambiente rural en aquella región desde todo punto de vista, tanto en lo material como en lo cultural y hasta en lo político. Pero esto no quiere decir que haya desaparecido la matriz tradicional heredada del pasado, sino que esa matriz demostró ser capaz de recibir y acoger los elementos de modernidad que provenían del medio urbano. No hubo rechazo sino asimilación. En todo, en la manera de

vestirse, en el lenguaje, en la adopción de nuevos usos y técnicas, en la interrelación social de los campesinos entre sí y con sus patrones y las autoridades. Todo cambió, y a finales de los años sesenta el movimiento campesino ya era un actor identificado e importante dentro del conjunto de la sociedad chilena.

Siguiendo la marcha de los tiempos, en Quilpolemu facilitamos y promovimos la organización campesina, la constitución de cooperativas, y favorecimos la creación de un Centro Cultural, cuya sede social se convirtió en un núcleo de animación y convivencia que trascendió los límites de Quilpolemu y se extendió a los alrededores. Ante la perplejidad de los vecinos y agricultores de Coelemu, entregamos a los partidos políticos populares y a la CUT local una casa que teníamos en ese pueblo. Todo esto alarmó de tal forma a los terratenientes, que, a finales de los sesenta o a comienzos del Gobierno de la Unidad Popular —no recuerdo bien—, “El Mercurio” denunció en una crónica, seguramente asesorado por los agricultores de la zona, que en Quilpolemu funcionaba una “escuela de guerrillas” y que de noche se escuchaban los disparos de los entrenamientos de tiro, dejando entrever en ese artículo mi injerencia, como dirigente socialista, en esos preparativos subversivos. Todo era absolutamente falso y distorsionado, como la mayoría de las informaciones de la prensa de derecha de la época acerca de lo que ocurría en el campo, y que estaban intencionalmente destinadas a sembrar pánico entre los agricultores.

Durante el Gobierno de la Unidad Popular mi madre entregó Quilpolemu a la Corporación de la Reforma Agraria, de acuerdo con las normas legales.

Después del golpe militar, el movimiento campesino fue ruda y cruelmente reprimido en Ñuble y, entre ellos, los dirigentes campesinos de Quilpolemu. Muchos fueron encarcelados y otros debieron salir del país.

Encontrándome ya en el exilio, fui una vez a Montreal, en Canadá, donde me reuní con los refugiados chilenos en aquella ciudad. De pronto advertí que entre ellos estaba presente un dirigente campesino de Quilpolemu, vinculado a la Izquierda Cristiana. “¿Qué haces por aquí, hombre?”, le pregunté. “Estoy trabajando en la construcción del Estadio para las próximas Olimpíadas”, me contestó. Luego me narró detalles de la persecución desatada contra ellos después del golpe, la que lo obligó a huir de Chile. Lo que en esa ocasión me

contó mi amigo fue confirmado por muchos habitantes de Quilpolemu que visitan a mi familia en Santiago, entregando un vivo testimonio, además, de sus actuales padecimientos. La mayoría de ellos han sido expulsados de Quilpolemu y viven como trabajadores afuerinos en los alrededores de los pueblos de la zona, engrosando ese numeroso semiproletariado rural segregado de la tierra que los vio nacer y que una vez tuvo la esperanza de que fuera suya. Y lo será alguna vez.

Coincidiendo con mi ingreso a la universidad, nos cambiamos de casa. Desde el centro de Santiago, donde habíamos vivido casi diez años, nos trasladamos al barrio Ñuñoa, a pocos metros de su plaza.

En los sectores céntricos de las grandes ciudades no existe en realidad contacto humano con los habitantes. Allí uno convive con una multitud anónima e indiferente que abarrota sus calles y paseos pero, en definitiva, como ente humano, no es nadie. Se vive como en un verdadero "ghetto", en medio de una masa bullente que entra y sale de los edificios públicos, los bancos y los establecimientos comerciales.

Ñuñoa era en esos años precisamente lo contrario. Quizás era el pedazo del Santiago periférico donde más se daba la vida de barrio. Un barrio de clase media, diferenciado de otros sectores del llamado Barrio Alto, como Providencia o Las Condes, reductos residenciales de los sectores más pudientes. También era diferente a los barrios genuinamente populares, asiento de las llamadas "poblaciones", como San Miguel, Quinta Normal o Conchalí.

En Ñuñoa los vecinos se conocían, se saludaban y se visitaban. Los jóvenes se juntaban en la plaza y los adultos en determinados clubes y restaurantes, donde departían, libaban y jugaban a las cartas. Desde ese punto de vista, este barrio tenía algo de provinciano, no así por la ocupación y la mentalidad de las gentes. Se correspondía con su carácter de comuna "dormitorio" del Gran Santiago. En su mayoría, sus habitantes eran empleados particulares o públicos, bancarios, dependientes de comercio, profesores, pequeños empresarios.

Tocó la casualidad de que no pocos parientes y amigos residie-

ran en Ñuñoa. Por lo que no fue difícil que al poco tiempo de habernos mudado, y no obstante mi natural un tanto retraído, me hiciera de nuevas y numerosas amistades juveniles en el barrio.

Con excepciones, como en todo, la juventud ñuñoína era una elocuente expresión de la dependencia económica e ideológica de las clases medias con respecto a las capas superiores de la sociedad, a sus intereses y valores. Cierta arribismo, la superficialidad y la filosofía del "pasarle bien", eran algunas de sus características. Y esto último no lo hacían mal. Se organizaban y reunían en clubes deportivos que también desempeñaban el papel de centros de convivencia social; promovían la realización de paseos y excursiones, de bailes, fiestas y todo género de esparcimientos. Me introduje sin ruido ni protagonismo en aquel ambiente. Comencé a llevar una intensa vida social que me proporcionaba un necesario equilibrio psíquico, contrabalanceando mi tendencia a encapsularme en un mundo interior volcado hacia mis estudios, inquietudes y quehaceres políticos. Tanto me entrometí en las actividades de la vida del barrio, que en una ocasión llegué a ser el acompañante de una de las damas de honor de la Reina de la Primavera de Ñuñoa, hecho que recuerdo, pues por primera vez tuve que vestir traje de etiqueta, para lo cual, como casi todos mis colegas en ese papel, arrendé el "smoking" en la conocida "Casa Util" de la calle San Diego, especializada en ofrecer ese servicio a la gente de nuestro medio social que no acostumbraba usar semejante indumentaria.

En Ñuñoa me hice de muchos conocidos aunque de pocos amigos. Pero, así y todo, aprendí a conocer de cerca un amplio segmento del espectro social mesocrático, cuyo aparente "apoliticismo" no lo hace visible como actor social identificado y que forma parte de esas llamadas "mayorías silenciosas", que no se notan, pero a veces irrumpen con inusitada fuerza en el escenario político nacional. La clase política de izquierda a menudo no se percata del peso de ese inmenso segmento de la sociedad, así como tampoco se preocupa demasiado por liberarlo de la dependencia ideológica que lo hace tributario de un orden y unos intereses que objetivamente no son los suyos.

No vivimos mucho tiempo en Ñuñoa. Nos trasladamos después a Providencia, pero seguí manteniendo nexos y algunas amistades que duraron toda la vida en la "comuna de las flores y de las chiquillas

bonitas”, como la semanal audición “La Voz de Ñuñoa”, de una de las más populares emisoras santiaguinas, llamaba a este barrio.

En el decurso de esos años, entre parientes, amigos viejos y nuevos, condiscípulos de universidad y compañeros de Partido que frecuentaban nuestra casa, se fue configurando un círculo de relaciones alrededor de nuestra familia, en la que mi madre cumplía un papel fundamental¹. No porque ella ejerciera algún protagonismo especial, sino porque su generosa hospitalidad, el cariño por sus hijos y sus más íntimos amigos y un inconsciente afán de hacer de su hogar un lugar agradable y acogedor lograron crear en nuestra casa un clima espiritual que estaba impregnado del estilo personal y muy propio con el que ella manifestaba su efectividad.

Las tertulias dominicales en la casa de mi madre —que continuó siendo “nuestra casa” después que sus hijos nos casamos— llegaron a ser una verdadera institución entre nuestras no tan escasas relaciones familiares, de amistad y políticas. Perduraron hasta el momento mismo del golpe militar que destrozó nuestra familia y la hizo estallar en pedazos.

En aquellos “convivios”, como dirían los mexicanos, se conversaba, se debatía y se discutía de todo: de la actualidad política, de la coyuntura internacional, de historia, de ciencia y de filosofía; poco de letras y de arte. El énfasis temático dependía mucho de la fisonomía cambiante del grupo de contertulios, y no era raro sino más bien frecuente que una apasionada polémica fuera interrumpida por mi madre quien se acercaba al piano de cola y comenzaba a tocar alguna melodía o tonada chilena antigua o algún ritmo de moda, induciendo a los presentes a corearlo o a bailarlo, según fuera el caso. Tampoco era extraño que una guitarra, en hábiles y juveniles manos, torciera el rumbo de la reunión y trocara una abstracta discusión política en una animada competencia de parejas bailando auténticas y zapateadas cuecas chilenas. Curiosa circunstancia esta última, porque ya en aquellos años nuestra danza nacional estaba desterrada de los salones fa-

¹ Mi madre, Delia Medina Fritis, murió durante mi exilio, después de una larga enfermedad. No obtuve respuesta cuando solicité de la dictadura permiso temporal para ir a Chile a verla antes de su muerte. Cuando falleció, las autoridades respondieron negativamente a mi petición de que se me permitiera asistir a sus funerales.

miliars y había sido reemplazada por ritmos exóticos o internacionales.

A veces las cosas tomaban otro curso. Cuando la coyuntura política era propicia, en algún momento de euforia no faltaba quien se recordara de las canciones republicanas de la guerra civil española y terminábamos entonando a voz en cuello los acordes de la Marsellesa Socialista o de la Internacional.

Estos retazos de lo que fue mi juventud quedarían incompletos si no me refiriera a la decisiva influencia que ha tenido en mi formación espiritual la persona de mi tío Aniceto Almeyda. Ya he dicho que él fue llenando en nuestro hogar el vacío que dejó la prematura muerte de mi padre. Nuestro contacto, y en especial el mío con el tío Aniceto, fue asiduo e intenso. Las pláticas sabatinas de sobremesa en su residencia, muy cercana a la nuestra, que se prolongaron durante veinte años, tenían como pretexto el tema de los negocios de la Sucesión de mi padre, que gestionábamos en conjunto; pero siempre, por uno u otro motivo, derivábamos hacia algún tópico histórico o jurídico, hacia algún episodio de su vida o hacia alguna experiencia reciente de la mía, que merecían algún comentario. Estas conversaciones —de las que excluíamos por tácito acuerdo los asuntos estrictamente políticos, en los que ambos disentíamos— representaron para mí una fuente inagotable de sabiduría. No tanto porque en ellas aprendí mucho en materia de derecho e historia, sino porque a través de las palabras, anécdotas o reflexiones de mi tío, me transmitió toda una manera de mirar la vida, un poco a la distancia, con una cierta serena y filosófica perspectiva que impedía que los árboles ocultaran el bosque. Era una manera de ver las cosas más allá de las palabras con que se designan o interpretan, reparando en los hechos mismos y despojándose de prejuicios y subjetivismos. Una forma de mirar a nuestro alrededor sin atolondramiento, dejando de lado toda frenética impaciencia, esperando que los acontecimientos se fuesen decantando y que cada cosa encontrara su estatua, antes de pronunciarse definitivamente sobre ellos. Sin entusiasmarse en exceso con lo favorable o positivo de lo que ocurre, sino reparando siempre en que todo tiene sus límites y que todas las cosas buenas tienen su lado malo, y viceversa. El mundo no es blanco ni negro, sino gris. No dejando de lado los detalles ni lo aparentemente secundario en ningún proyecto o empresa, porque, como él decía: “para subir al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita”, como reza el

verso de una conocida trova española.

“Apresúrate lentamente”, solía decirme, queriendo significar con ello que la mejor manera de avanzar rápido es hacerlo con la seguridad que da el tener conciencia de que se está pisando en suelo firme, y sin premuras que dejen los flancos al descubierto.

Y todo esto no lo decía en tono de sermón, sino como el natural resultado de una reflexión sobre un hecho cualquiera, ya fuese de un proyecto de plantación de pinos en Quilpolemu, o de cómo resolver una desavenencia familiar, o de cómo juzgar un acontecimiento histórico que la plática traía a colación. Había en su estilo de pensar mucho de dialéctica de la vida, pero de una dialéctica cargada hacia lo conservador. Para él, la prudencia era una virtud preferible a la audacia; el presente, más un producto del pasado que un punto de arranque hacia el porvenir. Sin embargo, no puede decirse que mi tío hubiese sido reaccionario, más propiamente era un conservador. No idealizaba ni el pasado ni el ahora, no se cerraba frente al cambio ni reaccionaba con hostilidad natural hacia lo nuevo, pero todo esto entendido dentro de un contexto en el que el dato actual primaba sobre la utopía futura, la subordinaba y terminaba a veces por descalificarla como una ensoñación romántica, una mera aspiración, laudable, pero carente de fundamento en lo real.

Para mí, al contrario, en la dialéctica de la vida y de la historia prevalecía el elemento dinamizador, el movimiento, la transformación. Y en ese juego de oposiciones, el momento de la negación, del rechazo a lo actual, de la rebeldía, cumplía y cumple un papel principal. Por algo me había embarcado en las lides políticas en el bando contrario al de mi tío. Pero la influencia que ejerció sobre mí su modo de pensar y de aproximarse a los hechos fue indiscutiblemente provechosa y constructiva. Me hizo ver la otra cara de la medalla que, aunque a mí entender no era la fundamental, debía siempre tenerse en cuenta, porque es complemento indispensable del todo y elemento necesario para tener una imagen fiel de la realidad, y poder acceder a ella. Y alguien muy importante dijo que la Verdad es siempre revolucionaria.

De manera superficial, podría pensarse que mi tío Aniceto “moderó” mis puntos de vista políticos. Creo que no fue así. Cumplió su mensaje, el papel del “alter ego” en relación conmigo, el de necesario contradictor, indispensable para poder afirmar, decantar, pulir

y superar mis ideas, favoreciendo su comprensión a un nivel más alto. En verdad, el impacto que me produjo su estilo de pensar robusteció mis convicciones en la medida en que ayudó a incorporar en mi metodología de pensamiento la necesaria y adecuada valoración de lo factual y de los hechos desnudos, sin lo cual el ideal como proyecto y la utopía como meta corren el peligro de desvanecerse en meros deseos, desvinculándose del movimiento real y de las fuerzas que deben conducir hacia ellos. En esta forma, la impronta de su pensamiento contribuyó a dar más seguridad y firmeza a mis convicciones, porque ayudó a implantarlas en suelo firme y a concebirlas como una expresión de la realidad. Sin darse cuenta, aportó a mi formación como marxista y aceleró el proceso de mi maduración política e ideológica.

Tal vez sin ese prolongado coloquio con mi tío Aniceto, con el correr de los años y pagando un alto costo habría logrado forjarme idéntico criterio para juzgar sensatamente las cosas de la vida; pero sin duda el enriquecimiento prematuro de mi espíritu que esos coloquios hicieron posible, me ahorró cometer muchos errores y darme varios “porrazos” que me habrían dolido no sólo a mí sino también a otros.

En virtud de estas consideraciones es explicable que tenga fijada en la mente aquella imagen de esa vasta sala en casa de mi tío, en la calle Suecia, la que le servía de escritorio y fue el asiento de tantas y tantas fructíferas e interesantes pláticas.

Su biblioteca estaba repleta de valiosos libros, en especial de Historia de Chile y de América y de Derecho Indiano, sus disciplinas favoritas. Dedicaba largas horas a su estudio y, como fruto de ello, escribió numerosas monografías publicadas en la **Revista Chilena de Historia y Geografía**. Recuerdo una, “Las Mensuras de Ginés de Lillo”, que aportó esclarecedores antecedentes a la historia de la constitución de la propiedad rural en Chile; y también otra, “La Glosa de Salas”, relativa a unos doctos comentarios del Obispo Hipólito de Salas sobre alguna importante Ley de Indias. En especial no me olvido de un trabajo en el que demostró incuestionablemente que el verdadero autor del **Purén Indómito** no es Fernando Alvarez de Toledo, como se nos enseñaba en el Liceo, sino otro guerrero y poeta peninsular, Diego Arias de Saavedra.

En esa inmensa y hermosa sala de su biblioteca conocí acciden-

talmente a distinguidos historiadores chilenos que acudían a visitarlo, pertenecientes a las más diferentes escuelas historiográficas, como Ricardo Donoso, Jaime Eyzaguirre, Guillermo Feliú Cruz, el Padre Alfonso Escudero, Fernando Campos Harriet y tantos otros. Mucho me entretuve y aprendí como mudo espectador de aquellos diálogos. Yo no decía palabra, porque también de mi tío aprendí que es mejor callar cuando no se entiende ni domina el tema que se debate.

Como un reflejo elocuente de la arquitectura espiritual de su dueño, en un rincón de su imponente biblioteca, sobre una consola iluminada, se leía en una tarjeta blanca este sencillo y transparente verso de Lope de Vega:

“Haced de la virtud secreto empleo...
que yo en mi humilde hogar con dos librillos
no murmuro, ni temo, ni deseo.”

Como al correr de la pluma han ido saliendo a relucir naturalmente algunos familiares, me ha venido a la memoria un notable discurso pronunciado por Luis Corvalán en el Estadio Nacional, con motivo de la conmemoración de los cincuenta años del Partido Comunista de Chile, en el que hacía una emotiva referencia a las tías. Sí, a las tías.

Ese logrado discurso fue sólo un saludo, un largo saludo de su Partido al pueblo de Chile, en cuyo decurso se iba desagregando su cuerpo social entre sus distintos componentes, a cada uno de los cuales hacía Lucho una mención especial. Entre esas menciones, no se olvidó Corvalán de aquellas mujeres que, cual más cual menos, siempre han acompañado y rodeado nuestra infancia, ayudando generosamente a nuestros padres en la dura y a veces ingrata faena de cuidar, educar y hacer más gratos y llevaderos los primeros años de sus hijos. No se olvidó Lucho, y con razón, de las tías.

También yo tuve esas tías. Al evocar mi niñez y mi adolescencia, siempre están presentes en mi memoria, aunque no sea el caso dar sus nombres ahora. Allí estuvo la hermana mayor de mi madre, que la suplió durante los varios años que vivió en el campo, dejándonos al cuidado suyo en una residencial de la calle Santo Domingo. Allí es-

tuvieron mis tres tías solteras, hermanas de mi padre, una de ellas mi madrina, que durante decenios se desvieron por sus sobrinos, prodigándonos afecto y cariño.

Cuando niños, escuchábamos atentos sus cuentos y las anécdotas de su juventud, cuando vivían en Antofagasta y trabajaban ayudando a su madre para poder mantener y educar a sus hermanos. Nos narraban la interesante experiencia de su permanencia en Tacna, cuando la ocupación chilena de aquella zona, en espera del plebiscito que iba a decidir su futuro y que no se efectuó jamás. Nos contaban cómo el 18 de Septiembre las familias peruanas se encerraban en sus casas para testimoniar así su protesta frente al ocupante extranjero “de las provincias cautivas del sur”, y de cómo, en la vida corriente, esas mismas familias peruanas eran amables y respetuosas con los chilenos, aunque en todo momento dejaban constancia de que eran “peruanas y reperuanas”.

Allí en Tacna conocieron al padre de Salvador Allende, de su mismo nombre, quien se desempeñaba como abogado. Allí conocieron también a un joven oficial chileno, recién salido de la Escuela Militar, de apellido Grove, quien, al poco tiempo de llegar a Tacna, mandó a tomar preso a un profesor del Liceo, mi tío Elías Almeyda, porque éste, en un banquete, había hecho profesión de sus ideas socialistas².

Grove habría de ser con el tiempo fundador y líder del Socialismo chileno.

Pero no hay que extrañarse de esos cambios. En esos mismos tiempos, en Santiago, un joven estudiante secundario, Eugenio Matte Hurtado, quien con el tiempo habría de ser apóstol de la paz y del humanismo, como Serenísimo Gran Maestro de la Logia de Chile y también fundador del Partido Socialista, hacía su primera incursión en el campo del pensamiento escrito, borroneando unas cuartillas con

² Mi tío Elías fue profesor de Climatología y Geografía Agrícola en la Universidad de Chile. Es autor de una conocida Geografía de Chile, notable por el cariño, imaginación y agudeza con que describe la tierra chilena. Mi primer alegato como abogado ante los Tribunales Superiores de Justicia fue un proceso por el delito de plagio contra un alto oficial del Ejército, quien lisa y llanamente había copiado gran parte de la obra de mi tío en un libro pretendidamente suyo sobre geografía patria.

unos versos inflamados de nacionalismo chauvinista, cuyo estribillo decía así;

“Nuestro Chile sobre todo en la América del Sur,
destruyamos la Argentina, a Bolivia y al Perú.”

Estas anécdotas pueden dar una idea del clima espiritual y de la cultura política que predominaban en Chile en la época del Centenario de la Independencia.

Pero retornemos a nuestras tías. La última sobreviviente de ellas, ya muy anciana, me envió un sentido mensaje de consuelo y afecto, que parecía escrito con lágrimas, cuando me encontraba preso en Dawson, luego del golpe militar. No pude evitar el llanto cuando lo leí. No alcanzó a recibir mi respuesta. Murió casi inmediatamente después, agobiada por no poder comprender nada del ininteligible drama que comenzaba a vivir nuestro país.

MI INCORPORACION A LA UNIVERSIDAD Y AL SOCIALISMO

DUDAS Y VACILACIONES: SOCIALISTA O COMUNISTA. LA DECISION FINAL. ME DEFINO CONTRA “EL INCONFORMISMO”. EN LA DIRECCION DE LA BRIGADA UNIVERSITARIA SOCIALISTA. DELEGADO A LA FEDERACION DE ESTUDIANTES DE CHILE. LAS QUERELLAS POLITICAS ESTUDIANTILES. DESAPARECEN LOS NACISTAS: NACIONAL POPULISMO Y CATOLICOS INTEGRISTAS. LA FALANGE NACIONAL: UNA PROPUESTA A EDUARDO FREI. MI INGRESO AL CURSO DE FILOSOFIA EN EL PEDAGOGICO. UN GRUPO DE REFLEXION. LOS JOVENES UNIVERSITARIOS QUIEREN DEFINIRSE: “CATORCE DESPISTADOS EN BUSCA DE PARTIDO”. LA GENERACION DE JOSE TOHA Y SU CONTRIBUCION A LA UNIDAD DE LA IZQUIERDA. LA PUGNA ENTRE LAS LINEAS DE FRENTE DE LIBERACION NACIONAL Y FRENTE DE TRABAJADORES: UN PROBLEMA MAL PLANTEADO Y PEOR TRATADO. LA PRACTICA RESUELVE EL CONFLICTO. EN LA UNIVERSIDAD POPULAR “VALENTIN LETELIER”, COMO PROFESOR DE FILOSOFIA. ME INVITAN A INGRESAR A LA MASONERIA.

Me había hecho el propósito de comenzar a militar políticamente al ingresar a la universidad; bastaba ya de simples tomas de posición junto a una teoría política o filosófica. Por lo demás, la que yo había elegido —o más bien se había ido internalizando en mí— explicitaba en la pluma de su creador que “los filósofos hasta ahora no han hecho sino interpretar al mundo. Ahora corresponde transformarlo”. Y esa transformación de la sociedad y del mundo se entendía como un proceso social, material y objetivo. Las ideas en sí no mueven ni conmueven nada sino en la medida que se convierten en fuerza mate-

rial. Así lo proclamaba también el mismo pensador, de quien me había hecho su seguidor.

Había, pues, que actuar. Se trataba de ser consecuente con lo que pensaba, de ser consecuente con mi manera de ser y de ver el mundo, la que me había llevado a tomar partido ideológicamente frente a la gran contienda histórica que impregna la vida contemporánea. O sea, se trataba no tanto de ser consecuente con mi pensamiento, sino de ser consecuente conmigo mismo.

Ya un poco antes de matricularme en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile había optado por hacerme socialista, militante del Partido de Grove, Matte y Schnake, líderes populares, fundadores y dirigentes del Partido Socialista.

Aquella decisión no fue fácil. No obstante el acentuado carácter popular y nacional del Partido Socialista, su latinoamericanismo y su innegable vocación de poder, que lo hacían particularmente atractivo para mí, me preocupaba su heterogeneidad ideológica, los caudillismos personalistas y sus pugnas internas, así como su insuficiente disciplina. El Partido Comunista, a mis ojos mucho menos identificado con el verdadero pueblo de Chile y alienado de la realidad nacional por su marcada subordinación a la línea política y los intereses de la Unión Soviética, me atraía, pese a ello, por su mayor solidez orgánica, su homogeneidad interna, su mística internacionalista y la fuerza que significaba el aval de la Unión Soviética y su pertenencia a la Internacional Comunista, que ligaba y unificaba el accionar de partidos y núcleos revolucionarios difundidos en la casi totalidad de los países del globo.

Pero se produjo el pacto de no agresión germano-soviético, en pleno período de Hitler, con las consiguientes especulaciones frente al incomprensible viraje de la política de los partidos comunistas. Como para mucha gente, tan inusitada voltereta me resultó entonces incomprensible e injustificable, poniendo un abrupto punto final a mis vacilaciones e incertidumbres. No cabían ya más dudas, mi lugar de combate estaba en el Partido Socialista, a pesar de las graves fallencias internas que arrastraba, las que yo identificaba con bastante precisión. Así, pues, decidí ingresar al socialismo chileno sin idealizarlo y con plena conciencia de sus limitaciones y de su azaroso porvenir.

Durante 1938 y 1939, los años del Frente Popular, en la Universidad de Chile dominaban de manera indiscutible las fuerzas de izquierda, en especial la Brigada Universitaria Socialista (BUS) y los Círculos de Estudiantes Comunistas. Pero, a diferencia de lo que acontecía en el plano político nacional, los socialistas y comunistas se presentaban a menudo divididos en las contiendas políticas estudiantiles. Mas el predominio de la izquierda era tan grande, que con esa división no se corría el peligro de que la derecha —incluso unidos nacionalistas, conservadores, liberales y falangistas— pudiera disputarle el triunfo a socialistas, comunistas y radicales.

En 1940, cuando ingresé a la Universidad, el Partido Socialista acababa de experimentar una seria ruptura interna. Una corriente de “izquierda”, contraria a la participación en el Gobierno del Frente Popular, al que acusaba de reformista y conciliador, y nutrida por ideas trotskistas o de inspiración anarquista, se separó del Partido formando tienda aparte. A este grupo se le llamaba el de los “inconformistas” y, una vez fuera del Partido, adoptó el nombre de Partido Socialista de Trabajadores.

La inmensa mayoría de los universitarios socialistas se fue del lado de los “inconformistas”. El discurso acusador de sus iracundos voceros, que denunciaban la traición a los ideales revolucionarios y la corrupción y deformación que había producido en el Partido su colaboración en el Gobierno del Frente Popular, hegemonizado por los radicales, hallaba natural acogida en la masa juvenil y universitaria socialista. Cuando a los pocos días del inicio del año lectivo apareció en el pizarrón de las aulas una citación a los militantes y simpatizantes socialistas de primer año de Derecho para reunirse al final de la jornada, se juntó un numeroso grupo de alumnos, al que me sumé, constituyendo ésta mi primera manifestación de la voluntad de ingresar al Partido. Pero me encontré con la sorpresa de que tanto los promotores de la reunión como la casi totalidad de los asistentes expresaron su decisión de reconocer filas en las huestes “inconformistas”, con sólo dos o tres excepciones, entre ellas, la mía. Como señal de disidencia frente al criterio mayoritario, hicimos abandono de la sala. Uno de aquellos disidentes, el dirigente juvenil que más tarde sería diputado, Eudaldo Lobo Barrientos, nos citó al local central del Partido para esa misma tarde, invitándonos a participar en la reorganización de la Brigada Universitaria Socialista, víctima de una crisis aguda, producto del formidable impacto del “inconformismo” en sus

filas. Hasta allí llegué por primera vez, puntualmente, una tarde de marzo de 1940. Era el local central del que sería mi Partido, entonces ubicado en la Alameda, entre Morandé y Bandera, en el lugar donde hoy se yergue el imponente edificio del Banco del Estado. En ese local, un antiguo edificio, tal vez construido a finales del siglo pasado, posiblemente ex mansión de alguna familia patricia, nos reunimos no más de seis personas que habían hecho oídos sordos a las inflamadas prédicas de los iluminados líderes “inconformistas”. Eramos apenas una media docena frente a cientos de universitarios socialistas que abandonaban al Partido de Grove y de Schnake para iniciar una aventura que, como tantas veces ocurrió después en circunstancias similares, terminó en punta, en nada, pese a los aparentes buenos augurios y pronósticos iniciales.

En aquel pequeño conciliábulo que dirigía de hecho Orlando Elorrieta, nos dimos a la tarea de elegir una directiva provisoria de la Brigada, para que se encargara de su reorganización. Como alguien debía tomar actas y yo resulté ser el único que tenía un lápiz, me encargué de hacerlo. Cuando, al finalizar la sesión, se eligió el Secretariado provisoria, se propuso como Secretario de Actas a quien había tomado las notas de esa reunión, o sea, a mí. Me excusé, argumentando que era un recién llegado, por lo que no era justo encargarme tal misión, la que ingenuamente valoraba como de gran importancia. Toda mi argumentación fue inútil, y así, de aquel encuentro primero al cual entré desde la calle, salí convertido en un flamante integrante de la dirección de la Brigada Universitaria Socialista.

Tal como veía las cosas, esto significaba para mí una tremenda e inmerecida responsabilidad. Salí abrumado por el despropósito que a mí entender significaba esa designación en la directiva. Durante el largo trayecto en tranvía desde el centro hasta la Plaza Ñuñoa no dejaba de hacerme preguntas. ¿Cómo era posible que en pocos minutos un joven de la calle quedara convertido en dirigente de un Partido? Hoy día, cada vez que recuerdo ese episodio, no dejo de sonreír por la trascendentalidad que entonces atribuí a tan irrelevante suceso. No era para tanto...

La decisión de mantenerme en el Partido y no acompañar a “los inconformistas”, que eran una abrumadora mayoría entre el estudiantado, fue instantánea y para tomarla no vacilé un solo instante. La intuición de la realidad y el sentido común me decían que el

grueso del partido real, su esencial componente obrero y campesino, no estaba para divisiones y quería permanecer en el Partido de Grove, a pesar de que a mí este caudillo no me simpatizaba, cosa que sí ocurría con el líder de los “inconformistas”, el fogoso orador y carismático personaje que era César Godoy Urrutia. Pero no se trataba aquí de cuestión de personas, ni tampoco de ideologismos, sino de realidades. Al Gobierno del Frente Popular, pese a todas sus limitaciones, el pueblo lo sentía suyo; ya había asumido su responsabilidad de profundizar la democracia, avanzar por el camino de la justicia social y convertir el Estado en el promotor consciente del proceso de industrialización y desarrollo del país.

Con la oposición de la derecha, ya se habían creado la Corporación de Fomento de la Producción y la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, que estaba destinada a ser con el tiempo el eje de la política habitacional del Estado. El movimiento sindical encontraba amplios espacios para su desarrollo, y la renovación institucional se extendía al campo de la salud pública y de la previsión social, dándose los primeros pasos hacia lo que después serían el Servicio Nacional de Salud y el Servicio de Seguro Social.

Por otra parte, la derecha y los militares conspiraban, como lo probaba el frustrado intento de insubordinación, el llamado “ariostazo”, encabezado por el general Ariosto Herrera, que hizo abortar la masiva movilización popular.

No era, pues, ése el momento para debilitar los partidos populares, dividir uno de sus principales, el Socialista, y crearle al Gobierno un nuevo frente de lucha por la “izquierda”. Ello sólo favorecía a la derecha, y me parecía un aventurerismo irresponsable. Además, “el inconformismo” no ofrecía ninguna solución concreta y viable a los problemas nacionales, moviéndose en el campo de la ideología abstracta. Su principal argumento de que en el Frente Popular “el proletariado iba a remolque de la burguesía”, me parecía una mera entelequia verbalista. La gran parte de verdad de esa afirmación era resultado de realidades objetivas, insuperables con la sola voluntad en las condiciones de la época y sólo podía alterarse con el desarrollo y maduración de los partidos revolucionarios y no con su división. Por eso permanecí en el Partido. No me arrepiento de ello. La vida me ha dado la razón. El “inconformismo” se diluyó como pompa de jabón muy poco tiempo después. Algunos de sus adeptos retornaron al Partido y otros se fueron al Partido Comunista

al que, paradójicamente, muchos de ellos habían catalogado de “reformista” cuando decidieron abandonar nuestra organización.

En este clima político y ya con responsabilidades en la reconstrucción del socialismo universitario, mis estudios jurídicos desde el comienzo fueron para mí la “quinta rueda del coche”. Algo me interesó el Derecho Romano, el Derecho Constitucional y las disciplinas económicas, quizás porque estas últimas contribuían a llenar notorios vacíos en mi elenco de conocimientos. Pero lo demás, francamente, no me interesaba, ni el Derecho Civil ni el Procesal o el Penal. Salvo, quizás, el placer estético que experimentaba al percibir la geométrica y armónica construcción de la teoría de los actos jurídicos, o de alguna otra de estructura semejante. Y ello, a pesar de que muchos de mis profesores eran excelentes y contribuyeron a que me disciplinara intelectualmente internalizando el llamado “criterio jurídico”, que no es solamente un simple instrumento para uso de los abogados o juristas, sino también un recurso lógico indispensable para el análisis de la realidad social y un ingrediente valioso que enriquece el patrimonio cultural de cualquier persona.

Me lancé, pues, de lleno a la actividad política universitaria, a través de la cual trabé relaciones con muchos dirigentes de todos los otros grupos políticos, cuya amistad conservo hasta hoy. Entre ellos, quiero destacar a Fernando Ortiz, desaparecido desde 1976; a Björn Holmgren, a Chela Alvarez, quien, impedida de regresar a Chile, vive su exilio en Venezuela; a Sergio Insunza y su mujer, Aída Figueroa, entre los comunistas; a Hugo Miranda, Francisco Galdámez y Ana Eugenia Ugalde, entre los radicales; a Narciso Irureta, Ignacio Alvarado —fallecido prematuramente— y Pepe Isla, entre los falangistas; a Armando Jaramillo y Julio Subercaseaux, entre los derechistas; a Alejandro Hales, quien se dedicó a la temeraria empresa de juntar en una sola fuerza política al Partido Agrario de la región de La Frontera, de donde es oriundo, con elementos nacionalistas avanzados y restos del ibañismo, empresa en la que tuvo éxito porque de allí nació el Partido Agrario Laborista. Y entre las cosas raras, conocí en esa época como jefe del Círculo de Estudiantes Comunistas al que después fuera distinguido historiador, Mario Góngora, de procedencia católica que, después de una corta permanencia en ese Partido, re-

tornó a sus posturas conservadoras. No hace mucho tiempo, Mario Góngora murió en un accidente; fue atropellado por una motocicleta cuando salía de dar clases en el Campus Oriente de la Universidad Católica.

En 1942 fui elegido delegado a la Federación de Estudiantes de Chile, la que no atravesaba por sus mejores momentos. El partidismo sectario frustraba su rol, y la FECh se había convertido en una especie de escenario en miniatura de la política nacional, perdiendo su carácter de expresión orgánica de los intereses e ideales estudiantiles, en tanto actor social específico. El vicio de la politiquería que dominaba el mundo político nacional se extendía a la Universidad. En la Federación de Estudiantes se luchaba a menudo con métodos innobles: una vez, para evitar un pronunciamiento del directorio en un determinado sentido, quienes se sentían en minoría no encontraron mejor método para frustrar esa decisión que cortar la luz del edificio.

La experiencia de la Federación de Estudiantes no me dejó ningún recuerdo provechoso o estimulante; alimentó, sí, mi rechazo a la politiquería, al partidismo estrecho y al sectarismo, aunque a menudo me veía envuelto y arrastrado por aquellas prácticas viciosas. Tenía “camiseta” socialista y mi condición de dirigente (llegué a ser Secretario General de la Brigada Universitaria Socialista) me llevaba por momentos a considerar el interés de nuestro grupo como el supremo valor en nuestro quehacer político.

Para acentuar estos males, el reflejo en el mundo estudiantil de las pugnas sindicales entre socialistas y comunistas y sus apasionadas querellas ideológicas en asuntos secundarios y abstractos, los virajes de los comunistas en el campo de la política internacional, y los renuncios socialistas cediendo a exigencias de la coyuntura, nutrían el antisocialismo entre los comunistas y el anticomunismo entre los socialistas. Estos últimos coreaban en sus desfiles la absurda consigna: “Contra reacción y comunismo: Socialismo”, así como la otra, no menos insólita: “Muera el fascismo rojo”, refiriéndose a los comunistas. Por su parte, los comunistas llegaban en su sectarismo a extremos como el siguiente. En plena euforia de la línea general de “unidad nacional contra el fascismo” (posición que reasumieron una vez que la URSS fue atacada por el hitlerismo), en un Congreso de la Juventud Chilena y como reacción a la intervención de un orador socialista en la plenaria en que señalaba que el antifascismo no nos

debía hacer olvidar al imperialismo yanqui, los comunistas no encontraron mejor forma de rebatirlo que calificar a los socialistas al día siguiente en su periódico como: “Inmundas ratas trotskistas, alimañas de estercolero, hijos de p..., etc.”.

Si rememoro estas increíbles deformaciones a que llevaba el sectarismo y estas lamentables querellas entre socialistas y comunistas, es para poner de relieve la significación histórica que tiene el que ese tipo de reyertas haya desaparecido definitivamente y que un irreversible proceso de maduración de ambos partidos haga hoy imposible que tales hechos puedan volver a repetirse. El avance que se ha logrado en el decurso de los años en el entendimiento, la comprensión y la valoración mutua entre estas dos vertientes del movimiento popular es inmenso y de gran valor. Por eso, cuando la dictadura y la derecha se lamentan ahora amargamente por las coincidencias existentes entre socialistas y comunistas, sólo cabe evocar aquello de que “cuando los perros ladran, señal que caminamos”.

La vida política universitaria de aquella época estuvo jalonada de episodios interesantes un tanto olvidados que vale la pena recordar. Sólo me referiré a unos cuantos. Mi incorporación al socialismo se produjo en el mismo momento en que ocurría otro conflicto interno, específicamente universitario. Ya he dicho que en el Movimiento Nacional Socialista había un fuerte ingrediente populista y antimperialista. Cuando se produjo el cobarde asesinato de más de sesenta jóvenes nacistas ya rendidos en el edificio del Seguro Obrero, el 5 de septiembre de 1938, por “órdenes superiores” del Gobierno de Alessandri, tras una abortada intentona golpista, se produjo el retiro de la candidatura presidencial del General Carlos Ibáñez, a quien apoyaban los nacistas. El ibañismo decidió entonces sumar sus votos a la postulación del Frente Popular, hecho que resultó decisivo para el triunfo de su abanderado, don Pedro Aguirre Cerda, acaecido el 25 de octubre de ese año. Estos acontecimientos y la victoria electoral de la Izquierda conmovieron íntimamente al segmento nacional populista del nazismo. Sus partidarios renunciaron a su nombre, abjurando así, de manera tácita, a su pasado fascizante; adoptaron el de Vanguardia Popular Socialista, cambiaron de bandera, sustituyendo la de la Patria Vieja —azul, blanco y amarillo— que habían hecho suya, por una roja que simbolizaba el socialismo y, sobre ese fondo, sesenta y tantas estrellas blancas dispersas, que simbolizaban a los

mártires del Seguro Obrero. En la Universidad, los “vanguardistas” se aliaron con la Brigada Universitaria Socialista y enfrentaron unidos las elecciones estudiantiles, resultando vencedores. Los elementos “principistas” de la Brigada no aceptaron lo que calificaron como “inaceptable contubernio con los fascistas”. Sin embargo, de resultados de todo aquel proceso —que culminó con la desintegración de la Vanguardia Popular Socialista—, que muchos de sus más destacados dirigentes se incorporaron, más temprano o más tarde, al socialismo, y llegaron a convertirse en buenos y honestos militantes que incluso hasta hoy día reconocen filas en nuestro Partido.

Por su parte, los ex nacistas de derecha se ligaron a la intelectualidad católica integrista que simpatizaba abiertamente con el franquismo español. Debido a que la derrota del fascismo en la guerra los dejó fuera de la cancha, no constituyeron ningún partido; se convirtieron en un reducto intelectual elitario que giraba alrededor de la revista “Estudios”, dirigida por Jaime Eyzaguirre. Muchos de sus integrantes lograron levantar un poco la cabeza durante la segunda Administración Ibáñez, aunque ésta no les fue tan propicia como pensaban. Pero, tras el golpe militar de 1973, cuando se les creía ya cadáveres políticos, irrumpieron con fuerza, constituyéndose en uno de los pilares ideológicos del régimen militar, formando una alianza no exenta de contradicciones con el neoliberalismo de los “Chicago boys”.

El caso merece esta mención especial porque el nacionalismo de inspiración católica integrista, fascizante a la manera franquista, por mucho tiempo fue considerado una franja marginal en el espectro político chileno y en su intelectualidad. Sin embargo, los acontecimientos de 1973 y la experiencia dictatorial han demostrado que, tras un largo período de “hibernación”, el fascismo chileno reapareció con aires triunfales en la vida pública, demostrando que el invernal donde se encerró durante largos años sólo era un compás de espera desde donde aguardaba tiempos más propicios para emerger en la política. Yo mismo caí en el grave error de compartir ese juicio, manteniendo cierta amistad con más de alguno de ellos, confiado en su aparente inocuidad y estimándolos más bien como últimos sobrevivientes de un pasado definitivamente muerto¹. Pero la reali-

¹ A modo de ejemplo, recuerdo una entrevista que, acompañando a algunos nacionalistas amigos, tuve con el Padre Rafael Gandolfo de los Padres Franceses, a su vez un seguidor del Padre Osvaldo Lira, de la misma congregación, mentor

dad es que estaban “vivitos y coleando” y yo, como tantos otros, después del golpe militar terminé siendo su víctima. Estoy pensando en gente como Jorge Iván Hübner, Mario Arnello, Sergio Miranda Carrington y otros especímenes semejantes.

Interesante y aleccionadora experiencia, que ha demostrado que esto de “extirpar las raíces del fascismo”, planteado ahora por el movimiento popular antidictatorial, no es una demanda más, sino una exigencia fundamental para asegurar y consolidar el porvenir democrático de Chile.

En el otro extremo del arco de la intelectualidad católica universitaria se hallaban los seguidores de quienes fundaron la Juventud Conservadora, organizadores después de la Falange Nacional. Su formación ideológica era muy distinta a la de los discípulos del integrismo católico español de un Vázquez de Mella, del “realismo” francés de un Charles Maurras y de los ideólogos del fascismo italiano, como Giovanni Gentile y otros. Esta otra corriente se había formado en la atmósfera más o menos liberal de los partidos de derecha; habían sido implacables adversarios de la dictadura de Ibáñez, se sentían seguidores del social cristianismo inspirado en las encíclicas “Rerum Novarum” y “Quadragesimo Anno” y de sus apóstoles en Chile, particularmente el Padre Hurtado, y reconocían como ideólogo máximo a Jacques Maritain, quien intentaba secularizar y democratizar el cristianismo, tal como lo desarrolló en su libro **Humanismo Integral**.

Esta corriente liberal, democrática y progresista dentro del pensamiento católico, cuya figura más representativa fue y continúa siendo Bernardo Leighton, poco a poco echó raíces profundas entre los universitarios católicos, en especial entre los que venían de provincias y eran de extracción familiar humilde. Estos factores determinaron muy pronto un auspicioso e interesante diálogo y aproxima-

espiritual del integrismo católico chileno. Este último escribió un libro titulado **Nostalgia de Vázquez de Mella**, una lograda síntesis del tradicionalismo carlista español que permite ahondar en las raíces del pensamiento fascista en su versión hispánica. En otra ocasión, accediendo a una invitación de Ernesto Murillo, participé en una excursión de fin de semana por los áridos cerros del norte de Santiago con un grupo de amigos nacionalistas. Allí, borrosamente, pude darme cuenta de que entre ellos había una “solidaridad de logia”, pero jamás pensé que esos fascistas potenciales pudieran en el Chile nuestro ser otra cosa más que anacrónicos personeros de una ideología en irreversible retirada. Gravísimo e imperdonable error, del cual estoy pagando las consecuencias.

ción con la izquierda universitaria, en especial con los socialistas. Por otra parte, esta juventud de la Falange manifestaba una disposición favorable para asumir el contenido renovador de los postulados de Izquierda, llegando incluso a participar en el gobierno durante la Presidencia de Juan Antonio Ríos, junto a los partidos populares. Su actitud antifascista consecuente contribuyó a pavimentar el camino hacia ese acercamiento. A título de ejemplo, no fue un integrante de los partidos de izquierda, sino el falangista Rafael Agustín Gumucio, el Presidente del Comité Hispano-Chileno de Ayuda al Pueblo Español.

Como aunque sin tener mayor peso electoral la Falange Nacional era ya influyente en el ámbito político, sobre todo en el campo ideológico, nuestro consenso en muchas cosas prácticas y los estrechos vínculos personales con algunos de sus dirigentes, sobre todo en la Universidad, me llevaron a pensar en hacerles una proposición audaz y generosa. El razonamiento que decidí utilizar con los falangistas era más o menos el siguiente: “Ustedes son un partido chico. Su adscripción a la doctrina social cristiana, en otras palabras, su tácito carácter confesional, limita sus posibilidades de crecimiento por la Izquierda. Si coinciden en que las grandes tareas de esta generación son la democratización del país, la recuperación de las riquezas actualmente en manos extranjeras, en un marco general antimperialista; la industrialización del país, la reforma agraria y la integración latinoamericana, ¿por qué no renuncian a su declarado propósito de convertirse en expresión secular y política del catolicismo progresista, que los limita y los hace excluyentes, y se convierten en un ente laico que convoque a una amplia unidad juvenil, que rompa los compartimientos estancos de los chauvinismos partidistas, y promueva el concierto entre marxistas y cristianos, rompiendo el hielo y la desconfianza mutuos, factor que es necesario enterrar y superar, si queremos abrir un novedoso y promisorio cauce en la política chilena? Ello permitirá hacer hegemónicas las posturas avanzadas, evitando que el día de mañana nuestros pasados y los ideologismos nos sitúen en bandos distintos en la lucha social, con grave perjuicio para la unidad y la victoria del pueblo de Chile. A Uds. les es más fácil que a los socialistas dar ese paso rupturista. Y lo es también más fácil para ustedes que para los radicales —de tradición anticlerical— y para los comunistas, beatos también de su propia religión”.

Conversé estas ideas previamente con algunos amigos falangistas, no sólo de la Universidad; también lo hice con Jorge Rogers, con quien en esa época cultivaba estrecha amistad; asimismo, con Felipe Herrera, ya prestigioso dirigente estudiantil, que simpatizaba con la idea y con otros líderes juveniles.

Finalmente, con Jorge Rogers nos dirigimos una noche a casa de Eduardo Frei, llevándole una carta redactada por mí, la que conservo aún en mis archivos. En ella sintetizaba estas ideas “revolucionarias”. Frei, a quien conocía aunque no podía decirse que éramos amigos, me escuchó con interés y respeto. Se habían dado cita allí otros dirigentes falangistas, aunque no recuerdo exactamente quiénes. Si la memoria no me traiciona, creo que entre ellos estaba Ignacio Palma. Todos callaban, aguardando la opinión del maestro. Frei, preocupado, miraba hacia el cielo. Silencio y reserva. Estaba claro: la propuesta era rechazada. La Falange se iría definitivamente por el camino del medio y del centrismo, el mismo que después siguió su sucesora, la Democracia Cristiana. Quizás era una utopía que, a esas alturas, pudiera exigírsele a la Falange otra cosa. Se trataba de buscar a alguien que rompiera la inercia y yo, por conocer el ideologismo y el conservantismo de la Izquierda, ingenuamente creí que era posible romper la fisura entre ella y el centro político a través de un gesto audaz y generoso de la Falange Nacional. En realidad, era pedir mucho.

La verdad es que ya entonces no sólo intuía, sino que racionalmente estaba convencido de que la unidad entre los marxistas y los cristianos fieles a la esencia del Mensaje Evangélico era un requisito necesario para generar una amplia mayoría nacional favorable a los cambios y las transformaciones sociales.

¿Mucho de ingenuidad en aquella proposición? Es probable.

Pero el asunto planteado esa noche en casa de Eduardo Frei está pendiente. En ese entonces, la oportunidad y la forma de plantearlo no fueron quizás las más adecuadas. Eso es casi seguro. Mas la misma exigencia y la necesidad de favorecer la aproximación y el concierto de marxistas y de cristianos comprometidos con la causa popular están hoy más vigentes que nunca.

Cuando cursaba el segundo año de Derecho me matriculé con algunos otros compañeros de carrera en el Curso Especial de Filosofía de la correspondiente Facultad, que integraban alumnos de las diferentes escuelas del Instituto Pedagógico, aunque también podían participar en él estudiantes de otras facultades. Aquel curso se daba en el mismo viejo local de Alameda con Cumming, algo remozado, que contrastaba no sólo en lo material sino también en el clima humano y espiritual que empregnaba sus aulas, con el modernísimo local de la Escuela de Derecho, las pretenciosas ínfulas de sus alumnos y la índole elitaria de sus profesores, la mayoría juristas de nota ligados a importantes empresas, altos funcionarios públicos o personas vinculadas a las superiores magistraturas judiciales. En el Pedagógico prevalecía el espíritu provinciano, entre sus alumnos predominaba el sexo femenino; sus maestros, más dedicados a sus tareas magisteriales que a ganar dinero y a sobresalir en la política o en los negocios, eran gentes modestas y laboriosas entre las cuales, sin embargo, se contaban los más connotados científicos, literatos y pensadores chilenos.

En el alumnado ejercía una decisiva influencia la Iglesia tradicional, a través de la llamada Unión de Estudiantes Católicos del Pedagógico, entidad con la que ésta pretendía neutralizar y combatir el espíritu racionalista y agnóstico que inspiraba a gran parte de sus profesores, algunos de ellos miembros destacados de la masonería chilena. Desde este punto de vista, en el Pedagógico se vivía un poco en el pasado, y la querrela decimonónica entre clericales y masones todavía gravitaba en el ánimo de alumnos y docentes. En los años en que yo estudié en el Pedagógico ese clima político y espiritual fue pasando de moda y comenzaron a insinuarse otros lineamientos. Algunos círculos estudiantiles católicos se emanciparon del influjo de la UECP y adoptaron posiciones de avanzada. Entre la izquierda, ciertos núcleos ligados sobre todo al Partido Comunista, coincidieron con aquéllos en el propósito de superar la vieja pugna entre católicos y librepensadores, e introducir en el debate estudiantil la nueva problemática nacional y universitaria, más encaminada a buscar orientaciones para insertarse en el mundo de la posguerra que a la reproducción de antinomias carentes ya entonces de sentido y actualidad.

En el Curso Especial de Filosofía conocí a insignes maestros chilenos y extranjeros. A ese representante típico del humanismo clásico y de la excelencia en el pensamiento universitario laico, Pedro León Loyola, quien dejó un recuerdo imperecedero en muchas genera-

ciones intelectuales chilenas; a Oscar Marín, a quien recuerdo en especial porque me hizo redescubrir e interesarme apasionadamente por el universo de las matemáticas, al que hasta entonces era ajeno e inclusive hostil; al sabio polaco Bogumil Jasinowsky, profesor de Historia de la Cultura, gracias a quien alcancé a entrever y bucear en los misterios de las culturas antiguas, en el espíritu de la civilización romana, en la esencia de la helenística y en las características de la cultura bizantina, llegando incluso a rozar las fuentes e inspiraciones que animaban a esos remotos e ignorados mundos orientales de la India y de la China; al Dr. Neuschloss, profesor de Teoría del Conocimiento, cuyas lecciones me permitieron constatar el rigor, la profundidad y la disciplina intelectual de los pensadores europeos, aun cuando no compartía su exagerado agnosticismo de origen kantiano.

Allí también conocía a ese maestro del humanismo que fue Eugenio González, que tanta influencia ejerció sobre mí y otros tantos alumnos que estudiaban filosofía y que provenían de las más diversas escuelas de la Universidad. Entre ellos, me llamaba la atención un joven callado, serio, pensativo y solitario. Era Jaime Castillo Velasco, ahora Presidente de la Comisión Chilena de Derechos Humanos, de tan significativo rol en la lucha contra la represión durante la dictadura militar.

Aunque las materias que estudiaba en ese curso me interesaban mil veces más que las de Derecho, mi presencia en el Pedagógico era, sin embargo, marginal. Pero, aun así, me permitió continuar preocupado de lo que más me atraía intelectualmente, en medio de la vorágine de los acontecimientos políticos que me arrastraban y en los que me sumergía cada vez más. Rendí mi último examen en el Pedagógico —el de Filosofía de las Matemáticas— cuando ya era Ministro del Trabajo, durante la Administración del Presidente Ibáñez. No me fue fácil compatibilizar mis afanes por resolver complejos conflictos gremiales con el estudio de la teoría de los conjuntos o el significado de la “cortadura de Dedekind”, por ejemplo, y de otras tantas abstrusidades de esa difícil pero apasionante disciplina. Así y todo, salí adelante.

En la Facultad de Filosofía conocí a una compañera de Partido, estudiante de Historia, entusiasta y combativa, Irma Cáceres Soudan;

después de un tiempo la reencontré en la Escuela de Derecho, donde ella ingresó luego de terminar sus estudios en el Pedagógico. Más tarde fuimos colegas como profesores en la Universidad Popular Valentín Letelier, en los cursos vespertinos de enseñanza media que allí se impartían para obreros y estudiantes que trabajaban de día. Seguimos nuestras propias vidas. Andando el tiempo, ella me fue propuesta por el Partido como secretaria privada cuando debí asumir el Ministerio del Trabajo durante el gobierno de Ibáñez en 1952. Se desempeñó con celo y notable eficacia. Meses después de abandonar esas responsabilidades, me casé con ella y llegó a ser la madre de mis hijos. Me acompaña hasta ahora en el exilio, compartiendo en las buenas y en las malas las vicisitudes que nos depara la vida.

Otras actividades de orden intelectual contribuyeron a evitar que mi desproporcionada dedicación a la política y a la politiquería universitarias me desvinculara del mundo de las ideas. Ayudó a ello, por ejemplo, mi pertenencia durante casi un decenio a un grupo de estudios (de “reflexión”, lo llamarían ahora), que por iniciativa de un condiscípulo en Derecho y Filosofía, Miguel Saidel, se reunía disciplinadamente cada semana a analizar obras o temas de importancia, de carácter político filosófico, que preocupaban a la juventud de la época. Mi presencia en ese grupo, integrado por su promotor y por amigos como Rosamel Gutiérrez, Jorge Turenne, Aurelio Montenegro, y al que a veces invitábamos a Felipe Herrera, Arturo Matte, Salomón Corbalán u otros dirigentes juveniles, según fuera el tema a tratar, me obligaba a un permanente ejercicio intelectual, que nos permitía trascender el horizonte de la “micropolítica” universitaria y visualizarla a la luz de perspectivas más amplias y profundas. Ese fructífero y sistemático diálogo teórico me ayudó a que “los árboles no me impidieran ver el bosque”.

La posguerra abrió grandes y promisorias expectativas al mundo. Esas esperanzas, fundadas o no, inquietaron también intensamente a la juventud universitaria chilena. Existía la sensación de que era necesario insertarse en alguna gran empresa política que rompiera los

alineamientos tradicionales y fuera capaz de ofrecer un nuevo y creativo cauce a esas inquietudes. Personas independientes, algunos militantes de partidos —como era mi caso—, nos enfrascábamos en interminables discusiones acerca de dónde y en qué lugar o partido podíamos responder mejor a ese imperativo. El radicalismo, ya desprestigiado por la traición de González Videla, parecía descartado. Entre ese grupo de jóvenes había quienes pensábamos que ese lugar correspondía al Partido Socialista, donde la presencia de un Raúl Ampuero o de un Salomón Corbalán ofrecía expectativas razonables de convertirlo en el mejor instrumento para renovar la Izquierda. Algunos miraban hacia la Falange, que pasaba por un buen momento en su trayectoria política, y otros —que constituían una minoría— creían que sólo en o junto al Partido Comunista, pero en ningún caso antagonizando con él, podría esa virgen generación cumplir su papel en la nueva etapa que se vislumbraba para la humanidad. Etapa surgida como consecuencia de la derrota del fascismo y que abría promisorias posibilidades para el mundo sobre la base de los principios inspiradores de las recientemente creadas Naciones Unidas, que concitaban la adhesión y la esperanza de cientos de millones de hombres en los más diversos confines del planeta.

Todavía en esa época se encontraba en pleno período expansivo la política de industrialización sustitutiva de importaciones que se originó en las condiciones creadas por la gran depresión y por la guerra. En Chile el desarrollo económico iba aparejado a los avances en el campo social y a una mayor participación democrática. Sin embargo, como ya antes lo mencionaba, el radicalismo aparecía desprestigiado e incapacitado para seguir liderando ese proceso de desarrollo económico y social, por lo que era preciso buscar una nueva vanguardia para continuarlo y profundizarlo en la dirección del socialismo.

El núcleo de jóvenes que, unidos por relaciones de amistad, discutían sobre el tema, llegó a institucionalizarse o, por lo menos, a organizar reuniones semanales para debatir cuál debía ser el mejor agente político donde concentrar nuestros esfuerzos para sustituir el radicalismo como fuerza política líder en esta empresa de remozamiento de la Izquierda, a la que en general veíamos reacia a adecuarse a los nuevos tiempos y muy fracturada por querrela intestinas, y más preocupada de resolverlas en provecho partidista que de colocarse a la altura de las circunstancias.

El grupo de impacientes buscadores de algún partido que satisficiera esas necesidades recogía gentes de diferentes orígenes sociales y tendencias ideológicas, pero todas ansiosas de poder hacerse presentes en esa “cita con el destino”, en algún lugar adecuado para incidir en la nueva etapa que se preveía iba a comenzar a vivir Chile. Semanalmente nos reuníamos en casa de Carlos Altamirano, adonde acudíamos a discutir nuestro problema, a especular y, a veces, a divagar, entre otros, Arturo Matte, Patricio y Andrés Aylwin, Manuel Matus Benavente, Felipe Herrera, Raúl Alcaíno, Aníbal Pinto, Octavio Marfán, Gonzalo Villaseca, Benjamín Arrieta, Eugenio Veloso y otros cuyos nombres ya no puedo precisar con exactitud.

En ese abigarrado conjunto había una clara tendencia pro socialista —Carlos Altamirano y Felipe Herrera, entre otros. Algunos eran pro falangistas, como los hermanos Aylwin. A la cabeza de los comunizantes se encontraba Arturo Matte, cuya mentalidad a la vez pragmática e iluminada consideraba que la organicidad, la disciplina, la inserción obrera y el respaldo de la URSS hacían del Partido Comunista el necesario y privilegiado referente al que debería remitirse cualquier intento de poner al día a la izquierda chilena.

El grupo de “catorce despistados en busca de partido”, como irónicamente lo bautizó mi tío Aniceto, no duró mucho. Sus discusiones no llegaban a ninguna conclusión consensual, y poco a poco sus integrantes fueron adoptando decisiones personales. Lo que acabó por disolverlo fue la imprevista irrupción del neoibañismo populista en nuestra escena política, que surgió como alternativa de hecho al radicalismo gobernante, generado de manera espontánea e impetuosa en el seno de las masas. Frente al ibañismo la gente reaccionaba más con el sentimiento y el corazón, e incluso con el hígado, que con el cerebro y el intelecto.

Ante el nuevo cuadro político que se nos presentó con la presencia avasalladora del ibañismo no cabían discusiones ni análisis academizantes; las discusiones y debates quedaron fuera de lugar y cada quien optó por lo que estaba más de acuerdo con su cultura política, sus afectos y su sensibilidad. Altamirano y Herrera, por ejemplo, se hicieron socialistas, reuniéndose conmigo en el Partido, junto con Manuel Matus, quien —igual que yo— ya era militante. Los Aylwin optaron en definitiva por la Falange. Otros ingresaron al radicalismo, pese a su ostensible declinación, y Arturo Matte quedó como francotirador independiente, defendiendo con pertinacia la

tesis de que sólo junto o en el Partido Comunista podría hacerse en Chile algo grande que nos aproximara al socialismo.

Dentro de este afán de revivir recuerdos de mis tiempos estudiantiles, debo señalar que continué ligado durante varios años después de abandonar sus aulas a lo que ocurría en la Universidad. Por una parte, porque demoré un tiempo apreciable en la redacción de mi tesis de grado, la que se tituló “Hacia una teoría marxista del Estado” y también bastante se demoró en informarla el ayudante del Seminario de Derecho Público asignado para tal efecto, mi amigo y compañero Carlos Briones. Por otro lado, el hecho de que en las directivas de la FECH posteriores al término de mis estudios figuraran algunos grandes amigos míos —como la que presidió José Tohá—, me servía de cordón umbilical con la vida universitaria, y éste no se rompió fácilmente. Alrededor de José Tohá, de sus colaboradores en la FECH y con los contactos periodísticos y culturales que se trabaron en esas actividades, se fue conformando un núcleo político y de amistad que tenía una influencia más allá de lo puramente estudiantil y que jugó un rol importante en el proceso de unidad de la Izquierda.

El círculo atraía un elenco significativo de periodistas de izquierda: Fernando Murillo, “el viejo”; Carlos Jorquera, “el negro”; Mario Díaz, “el chico”; Lucho Rodríguez y varios más que, con el tiempo, constituyeron la base del equipo periodístico del diario “Última Hora”. A su alrededor pululaban dirigentes políticos juveniles como Pedro Poblete Larraín, Vera Wider, Pablo Trumper y Jorge Palacios, comunistas; Jaime Faivovich, radical; Irma Cáceres, quien después sería mi mujer, socialista, y algunos escritores y artistas como Armando Cassigoli, Iván Solimano y Pepe de Rokha. Un grupo de exiliados políticos latinoamericanos constituía parte esencial de aquel círculo, al que insuflaban una dosis de alegría y vivacidad de las que a veces carecemos los chilenos. Infaltable era Gilberto Gómez, “adeco” venezolano que después fuera Cónsul de su país en Chile, también el periodista y escritor comunista Héctor Mujica, quien, con el tiempo, llegó a ser candidato presidencial en Venezuela, así como un grupo de panameños, entre ellos, Néstor Porcell, Hernán Brenes y Carlos Céspedes, algunos “licos” y “nicas” y más de algún rezagado peruano de la emigración aprista.

Aquel grupo acostumbraba reunirse cerca del mediodía en el café Sao Paulo, en la calle Huérfanos, muy cerca de mi bufete profesional. Cuando, alrededor de las once de la mañana, necesitaba hacer una pausa en la redacción de escritos o documentos partidarios, a menudo me iba al café Sao Paulo a compartir impresiones o simplemente a charlar con los habituales parroquianos del círculo, alrededor de las varias mesas que debíamos juntar para dar cabida a una docena o más de jóvenes, entre los que se destacaba por su estatura quien era precisamente el principal elemento aglutinador del grupo, José Tohá. Era frecuente que hasta allí llegaran a conversar algunos socialistas “históricos”, como Víctor Jaque y Manuel Mandujano, quienes, con su repertorio de anécdotas y recuerdos, contribuían a hacer más atrayentes y livianos esos encuentros.

El papel informal de contactar elementos de distintas vertientes de la Izquierda a través de la convivencia fraterna fue uno de los factores que facilitaron los procesos unitarios que culminaron, primero, con la creación del FRAP y, más tarde, de la Unidad Popular. Además, ello iba unido a una participación activa de esa muchachada en los enfrentamientos callejeros donde el pueblo combatía al Gobierno de González Videla y su política represiva contra el movimiento sindical y estudiantil.

La unidad en la lucha y en la fraternidad entre gentes de izquierda, con y sin partido, y en especial entre socialistas y comunistas, hizo del círculo de amigos encabezado por José Tohá un elemento lubricante en las relaciones a veces conflictivas entre las cúpulas partidarias, y en definitiva fue un aporte no despreciable para el conocimiento mutuo y a la comprensión entre las juventudes izquierdistas.

Como decía, componente esencial de ese círculo eran los amigos caribeños, alegres y dicharacheros, maestros algunos en el arte de la guitarra y en los ritmos tropicales. Eran ellos el centro animador de las frecuentes fiestas de fin de semana con que se amenizaba esa convivencia amical y política.

Desde el punto de vista partidista, el grupo estaba bastante cargado hacia los comunistas. Eran los tiempos de los primeros festivales mundiales de la Juventud y de los Estudiantes, así como de la formación del Movimiento de Partidarios de la Paz, introducido entre nosotros un tanto artificialmente. Los que sin ser comunistas parti-

cipábamos en esas andanzas, aunque más o menos disidentes del pensamiento mayoritario, no hacíamos cuestión de esas discrepancias, valorando en cambio el espíritu fraternal, suelto y algo iconoclasta que animaba sus fiestas y coloquios.

A mí me chocaba un poco la “tropicalización” del grupo, donde los dichos y decires típicos venezolanos, peruanos, cubanos o panameños hacían caer en el olvido el gracejo nacional, aunque era inevitable que la oportuna “talla” chilena, con el ingenio que la caracteriza, irrumpiera en cualquier momento. Así y todo, es imposible olvidar las bellas melodías tropicales que allí se coreaban o bailaban. Recuerdo un ritmo puertorriqueño que, además de ser musicalmente muy hermoso, tenía una letra de cautivante contenido que el doctor Brenes entonaba acompañado de su guitarra:

“Bolívar en Venezuela,
en Cuba, Maceo y Martí,
y en República Argentina
el glorioso San Martín.
Y le dieran a Quisqueya,
Duarte y Mella libertad,
y a mi tierra borinqueña,
sabe Dios quién la dará”.

De más está decir que la tan estrecha amistad de Pepe Tohá y la mía con ese círculo, tan teñido por la presencia mayoritaria de los comunistas, no era muy bien vista en el Partido, sobre todo en un período en que una primaria y subdesarrollada lucha ideológica entre la tesis de Frente de Liberación Nacional, prohijada por los comunistas, y la de Frente de Trabajadores, sostenida por los socialistas, racionalizaba nuestra lucha por la hegemonía en el movimiento popular, sin que nadie supiera bien de qué se trataba esa disputa, aun cuando era funcional al propósito de darle perfil y consistencia ideológica a la competencia práctica entre nuestros partidos.

La tesis de Frente de Liberación Nacional asignaba a la burguesía criolla un lugar importante en la coalición de fuerzas populares, en la medida que tuviera intereses opuestos al imperialismo y las oligarquías agrarias.

La tesis de Frente de Trabajadores negaba la existencia de tales

burguesías nacionales progresistas y sostenía que los empresarios nacionales en el fondo estaban aliados con los imperialistas y la oligarquía, y que las contradicciones que pudiera haber entre ellos eran o inexistentes o absolutamente subalternas.

En la práctica, esta diferencia teórica se convertía en una lucha de consignas y no de ideas. Las bases de los dos partidos contrincantes poco entendían del asunto y tendían a caricaturizar la posición del adversario agudizando artificiosamente esa oposición, hasta convertir aquella disputa un tanto bizantina “en el seno del pueblo” en un factor de división y antagonismo en el movimiento popular, lo cual lo debilitaba, favoreciendo al enemigo de clase. Y la discusión era un tanto bizantina porque la única manera de resolverla era observando el comportamiento práctico de la presunta burguesía nacional progresista, y no pretender introducirla a priori en casillero alguno. Pero la discusión no sólo se planteaba de manera bizantina y abstracta, sino, lo que era peor, se traducía en los hechos en una discusión acerca de si el Partido Radical debía o no formar parte de la coalición de Izquierda. Y resulta que salvo un grupo de mineros nortinos que fundó el radicalismo en Copiapó, nunca ese Partido se ha identificado sino en pequeña medida con la burguesía productiva chilena, siendo más bien representante típico de los sectores de clase media profesional y burocrática, del profesorado y de ciertos núcleos de agricultores en algunas provincias del sur.

En definitiva, fue la práctica la que resolvió esta pugna, porque la constitución del FRAP sobre la base de los socialistas unidos, comunistas, ex ibañistas y núcleos radicales, reconstituyó a la Izquierda en las nuevas condiciones con una hegemonía de socialistas y comunistas, pero abierta hacia los izquierdistas no marxistas que, en su gran mayoría, apoyaron al FRAP en las elecciones presidenciales de 1958, cuyo candidato era Salvador Allende.

Desde el punto de vista del hombre de la calle, ajeno a estas discusiones entre marxistas, o que pretendían serlo, planteadas en un abstracto y esotérico lenguaje, la disputa entre los partidarios del Frente de Trabajadores y los del Frente de Liberación Nacional era percibida de manera similar a como un periodista de algún diario santiaguino observaba perplejo la querrela chino-soviética que se desataría poco después. Ese periodista trató de informar a sus lectores sobre la esencia de esa contienda en una crónica que encabezaba

con el siguiente título: “Oscura querella metafísica agrava aún más diferendo chino-soviético: mientras los soviéticos sostienen que dos se juntan en uno, los chinos afirman que uno se divide en dos”.

A esas alturas me inicié en lo que ha sido mi más auténtica vocación: la de enseñar. Bajo el patrocinio del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile se creó por esos años la llamada “Universidad Popular Valentín Letelier”, que impartía estudios secundarios en cursos diurnos, vespertinos y nocturnos, y donde ejercitaban sus primeras armas en el campo de la docencia los egresados y profesores recién titulados en el Pedagógico. Allí me hice cargo de varios cursos de Filosofía. Lo que ganaba no era mucho, pero la satisfacción intelectual que me deparaba el hacer clases significaba para mí una enorme gratificación.

El gran inspirador de esa iniciativa fue Francisco Galdámez, profesor de historia, hombre práctico y realizador, quien lideraba un importante grupo de estudiantes de izquierda de la Facultad de Filosofía, a los que, por su intermedio, logré conocer y apreciar en la Universidad Popular Valentín Letelier.

Uno de ellos me llamó una vez aparte a la salida de clases y me manifestó que los amigos masones del establecimiento habían decidido invitarme a ingresar a la Gran Logia de Chile. Junto con agradecerle esa distinción, me excusé diplomáticamente de aceptarla, señalándole que mi actividad pública estaba concentrada en mis responsabilidades en el Partido Socialista, lo cual copaba mi disponibilidad de tiempo y trabajo útil. No quise justificar mi negativa con razones de fondo, las que sí existían y decían relación con mi convencimiento de que en las latitudes por las cuales navegábamos la masonería me parecía una institución obsoleta, incapaz ya de hacer un aporte relevante a los grandes desafíos que enfrentaba la sociedad chilena.

Sin embargo, en el Partido mucha gente creía —y me parece que más de alguien aún sigue creyendo— que yo era o soy masón. Me percaté de ello porque en muchas ocasiones socialistas masones me saludaban con ese característico apretón de manos que tienen como señal de pertenencia a esa venerable institución. Cuando en más de una oportunidad comentaba a quien me hacía el saludo masónico

que no era su hermano de logia, a menudo mi interlocutor se sonreía con malicia, como diciendo: “para qué lo niegas, cuando todos sabemos que eres de los nuestros”. Es un misterio para mí por qué ocurría tal cosa; quizá se explique por mi amistad con numerosos miembros de la “Gran Logia de Chile del rito escocés, antiguo y aceptado”, que creo es el nombre oficial de la Francmasonería chilena.

MI MILITANCIA SOCIALISTA

EN LA SECCIONAL PROVIDENCIA. MIS PRIMERAS EXPERIENCIAS COMO DIRIGENTE DE BASE EN EL DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS TECNICOS. SOY ELEGIDO MIEMBRO DEL COMITE CENTRAL. EL TRABAJO EN EL PLANO DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES. PERIPECIAS DE UNA CAMPAÑA ELECTORAL. DIPUTADO POR SANTIAGO Y SECRETARIO REGIONAL. MIS DISIDENCIAS, HETERODOXIAS Y PRESUNTAS DESVIACIONES. RAUL AMPUERO, SALOMON CORBALAN Y EUGENIO GONZALEZ, TRES GRANDES FIGURAS DEL SOCIALISMO CHILENO. LA FAMILIA Y EL ESPACIO SOCIALISTA COMO ELEMENTOS PARA LA CONSTRUCCION DE PARTIDO.

En la época de mi juventud —y tal vez hoy día sea lo mismo— era frecuente que la gran mayoría de los estudiantes matriculados políticamente militaran sobre todo en los estamentos partidistas universitarios y sólo formalmente estuvieran adscritos a un organismo de base de carácter territorial.

Esta práctica era también la regla general entre los socialistas. Fuera de mi militancia en la BUS, sólo formalmente estuve ligado a un núcleo de la Seccional Ñuñoa, primero, y de Providencia, después. Entre 1940 y 1945 mi actividad partidaria se desarrolló básicamente en el ámbito universitario. Pero una vez egresado de la Universidad, trasladé el centro de mi quehacer político a un organismo de carácter territorial: la Seccional Providencia del Partido Socialista. Esta Seccional había tenido su época de oro en los años del Frente Popular. Probablemente por ser Providencia una comuna de extracción social burguesa, cuando el Partido colaboró desde puestos políticos y administrativos en los gobiernos radicales, muchos aspirantes

a ingresar o ascender en la Administración Pública lograron incorporarse a él.

Cuando me hice presente en la Seccional, ya no éramos partido de gobierno y, más aún, durante la administración González Videla nos encontrábamos en filuda oposición a su gestión presidencial. Y no faltaban razones para ello, sobre todo después de la traición del Presidente a las masas izquierdistas que lo eligieron, en especial a los comunistas, los más entusiastas promotores y propagandistas de su candidatura. Eso está todavía en la memoria de todos. Nosotros no apoyamos la candidatura de González Videla, levantamos la de Bernardo Ibáñez, Secretario General del Partido, y sufrimos la más estruendosa derrota electoral de nuestra historia. Sólo doce mil votantes —una miseria— permanecieron fieles al Partido en ese dramático momento en que estuvimos próximos a desaparecer como producto de errores y claudicaciones políticas, conflictos internos, escisiones, caudillismos y oportunismos de toda índole.

Cuando comencé a militar activamente en la Seccional Providencia, allá por 1945, ésta era prácticamente un cadáver. En realidad quedaríamos militando unos veinticinco compañeros, entre profesionales, estudiantes y unos pocos trabajadores y artesanos, a los que habría que agregar un grueso contingente de obreros panificadores —cerca de cien— que estaban afiliados al Sindicato N° 5 de ese gremio, ubicado en la calle Santa Isabel.

Tan escuálida estaba nuestra Seccional, que apenas teníamos un local. Arrendábamos uno que pretendía serlo en el extremo norte de la calle Manuel Montt, descendiendo hacia el río Mapocho, en una especie de “barrio chino” de ese sector de la Comuna, donde se reunía gente del hampa y toda suerte de individuos de dudosa catadura.

El local era la antesala de una vieja casa en estado ruinoso, cuyas piezas interiores servían de “garçonnière” a su dueño, circunstancia que hacía que nuestras reuniones se efectuaran escuchando a veces ruidos sugerentes y gemidos que provenían del interior, debiendo interrumpirse a menudo nuestras deliberaciones por la irrupción en la sala de hermosos pimpollos que lucían atractivos cuerpos y vestuarios, dando testimonio del buen gusto y del dinero de que disponía nuestro galante arrendador.

Bueno, pero así estaban las cosas entonces y en ese año que Neruda calificara como “mal año, año de ratas”, los humanos que se

asemejan a estos animalitos abandonan el barco y sólo permanecen quienes tienen principios y convicciones. De ahí nuestra pobreza, simbolizada por el decadente local que ocupábamos.

En ese ambiente derrotista y con tan pocos militantes activos no fue raro que a los pocos meses nuestras debilitadas bases me eligieran Secretario Seccional, ya que demostraba ser disciplinado y optimista, a la vez que venía avalado por mi actuación política en el seno de la Brigada Universitaria Socialista.

Al poco tiempo de militar activamente en Providencia tuvimos que enfrentar una elección municipal, tarea nada fácil de cumplir honrosamente en aquella Comuna, quizás la más derechista del país, y nosotros, con un partido bastante a mal traer.

Nadie quería ser candidato para no exponerse a un ridículo electoral. Ni el maestro carpintero Rubén Bravo ni el peluquero José Vergara ni el zapatero remendón, el “cojo Verdugo”, tres viejos y sacrificados militantes artesanos. Tampoco el industrial del calzado Rodolfo Molina, evangélico y masón, el militante más acaudalado de la Seccional. Ni el escritor y economista Gabriel Gutiérrez Ojeda ni el afamado penalista Tomás Chadwick. Ni mi querida amiga Elba González, ahora compañera de pesares en el infortunio del exilio, que la ha hecho trajinar por Hungría, Italia y Suiza, siempre sirviendo al Partido.

Así, pues, tuvimos que designar como candidato a regidor a un legítimo representante del único sector obrero que reconocía filas en esa Seccional, un obrero panificador. Como se sabe, la inmensa mayoría de los panificadores de Santiago es mapuche. Elegimos como nuestro candidato a uno de sus dirigentes sindicales, Jacinto Huarapil.

Al promediar la campaña, como Secretario Seccional, pedí cuenta del estado de los trabajos electorales. “Todo marcha magnífico”, me contestaron los dirigentes mapuches. “Mire, compañero”, me dijeron, sacando de una cartera un impresionante montón de telegramas, “se han constituido comités pro candidatura Huarapil en Galvarino, Tucapel, Curacautín, Loncoche, Victoria, Contulmo y muchos otros lugares de La Frontera, cubriendo toda la región de la Araucanía”.

“Mucho me alegro”, les respondí, “lo único malo es que nuestro Jacinto es candidato a regidor por Providencia y no por aquellos remotos y selváticos parajes”. “Sí”, replicaron nuestros mapuches,

“pero ese apoyo tiene un gran valor como estímulo a nuestra moral”.

Pero como en las elecciones se ponderan los votos y no los estímulos morales, el resultado fue el previsible. Sacamos alrededor de 110 votos, entre varios miles de sufragios. Los mismos 110 votos que obtuvo en Providencia Bernardo Ibáñez en la debacle electoral de las presidenciales de 1946. Ciento diez votos socialistas, Patria o Muerte, como diríamos ahora.

También en una elección municipal por Providencia sucedió un episodio que no quiero dejar de mencionar. Llevábamos a un candidato con no mejores expectativas que Huarapil, el pintor Roberto Ferrés, ahora exiliado en Suecia. Yo había escuchado rumores de que se quería transar o vender la candidatura por parte de cierto dirigente regional de Santiago. El hecho es que el encargado de inscribir las candidaturas en toda la región de Santiago —incluyendo Providencia— me citó como Secretario Seccional con toda la documentación necesaria el último día hábil para las inscripciones. Llegué algo adelantado al local del Congreso donde funcionaba nuestro flamante encargado electoral regional. El susodicho personaje me expresó que, siendo aún algo temprano, podía regresar más tarde, circunstancia que aproveché para ir a tomarme unas “borgoñitas” con un amigo que me acompañaba a un bar cercano de la calle Bandera. Cuando volví, con el tiempo necesario para hacer la diligencia, la oficina de nuestro representante estaba cerrada a macho y martillo y éste se había esfumado y no fue habido en parte alguna. Nunca se supo realmente lo que ocurrió. Nos quedamos sin nuestro candidato, no obstante lo cual sufragamos por nuestro postulante, el que sacó nuevamente 110 votos, desde luego todos nulos.

Pero arreciaron los rumores. Final de Norma: el siniestro personaje culpable de ésta y quizás cuántas otras irregularidades, apareció al poco tiempo como Jefe Electoral, no recuerdo si a nivel provincial o nacional... del Partido Conservador.

Los doce mil votos obtenidos por el candidato presidencial socialista Bernardo Ibáñez en las elecciones de 1946 significaron tocar fondo en el proceso de decadencia del Partido, el que comenzó a manifestarse en 1941.

Nacido en 1933, el Partido Socialista experimentó un acelerado y aluvional crecimiento que, en 1940, lo llevó a ser prácticamente el segundo partido chileno, sólo superado por los radicales, aventajando a liberales, conservadores y comunistas. Si esto no se expresó en las elecciones parlamentarias de 1941 fue porque poco antes el Partido había roto el Frente Popular, abandonando a sus aliados radicales y comunistas y refugiándose en un espléndido aislamiento. De acuerdo con el mecanismo legal chileno, las coaliciones electorales gozaban de grandes ventajas, de manera que el impresionante caudal de votos que acompañó a los socialistas en las elecciones de ese año no se reflejó en el número de bancadas obtenidas, que prácticamente fue igual a las conseguidas en 1937, en circunstancias que en 1941 obtuvimos un número considerablemente mayor de sufragios.

La salida del Partido Socialista del Frente Popular, que en la práctica equivalió a la defunción de esa alianza política, fue el comienzo de una etapa de declinación progresiva, que alcanzó su punto álgido en 1946 con el estruendoso fracaso de su aislado y solitario candidato presidencial.

Pero como ahora no se trata de hacer ni historia ni sociología política, me referiré sólo con unas breves palabras a ese asunto.

La ruptura del Frente Popular en 1941, promovida por los socialistas, fue una victoria de un sectarismo primitivo de la base del Partido que, por razones diversas pero en parte explicables, antagonizaba con radicales y comunistas y veía satisfecho su “ego” partidario al lograr la recuperación de la independencia del Partido y afirmar así su propia personalidad. El promotor de esa ruptura de la alianza de izquierda fue el Ministro Schnake, y la fundamentó principalmente con argumentos anticomunistas y antisoviéticos. Eran los tiempos del inicio de la “guera fría” y su abrupta decisión, sin mayor procesamiento en las direcciones partidarias, la planteó en un importante discurso en una multitudinaria concentración socialista en el Teatro Caupolicán. Schnake venía llegando de una Conferencia Interamericana donde los Estados Unidos ya se había dado la línea que los orientaría en los años siguientes en el hemisferio: “la Defensa de las Américas” frente al peligro comunista.

No obstante nuestra salida del Frente Popular, el Partido no abandonó el Gobierno, favoreciendo más bien una inclinación de éste hacia la derecha. A partir de ese momento comenzamos a caer

de tumbo en tumbo. Divisiones y fraccionamientos orgánicos. Agudas querellas ideológicas internas. Desarrollo de un rabioso e irracional anticomunismo, favorecido por la conducta sectaria del Partido Comunista y por su inescrupuloso comportamiento para defender sobre todo sus posiciones sindicales, para lo cual no trepidaba en los métodos y en el uso y abuso de epítetos descalificadores.

Estos hechos y otros semejantes no podían sino deteriorar progresivamente al Partido. Todos los elementos negativos que estuvieron presentes en su fundación y que no lograron superarse se potenciaron en esas nuevas condiciones: la heterogeneidad ideológica, el sectarismo, la tendencia al trabajo fraccional, y un oportunismo arribista de sus sectores pequeñoburgueses que aspiraban a conquistar y ascender en las posiciones burocráticas. Todo ese proceso culminó el año 1946. Pero el Partido tenía a su vez muchos elementos positivos: su enraizamiento popular, una juventud entusiasta y combativa con un buen nivel político e ideológico, una —aunque corta— rica tradición de lucha y una acendrada convicción revolucionaria en significativos sectores de su militancia obrera y en su intelectualidad más evolucionada.

Todos esos factores positivos, catalizados por la Juventud Socialista y bajo la conducción de su indisciplinado líder Raúl Ampuero, de gran prestigio en el Partido por su honestidad personal e intelectual, su formación teórica y su incondicional entrega a la causa, lograron imponerse en el histórico Congreso de Concepción a finales de 1946. Allí se elaboró una justa línea política de principios, se renovó el Comité Central, entregándose especiales responsabilidades a una nueva promoción juvenil e incorporando a él a prestigiosos dirigentes obreros como Ramón Sepúlveda Leal y Humberto Soto y a destacados intelectuales como Eugenio González; Tomás Chadwick y Oscar Weiss, manteniendo en la directiva a elementos que le daban continuidad y ascendiente a la nueva conducción, como Manuel Mandujano y otros antiguos y probados militantes.

En el Congreso de Concepción el Partido resucitó desde sus cenizas. Ese evento fue, en realidad, una verdadera refundación del Partido. Ahí comienza una nueva historia y una nueva generación asume el papel principal en la conducción partidaria.

Con el Congreso de Concepción no sólo se produjo un viraje político en la dirección del Partido, sino, como se deja dicho, también un relevo de generaciones y un cambio igualmente en el “estilo” de la conducta y orgánica partidarias.

Hasta ese evento los cuadros directivos procedían en su mayor parte de aquella generación que había vivido su adolescencia en los años veinte, muy influida por las ideas anarquistas y con una visión utópica de la Revolución Social, “la social”, como, según Eugenio González, se la denominaba usualmente en los círculos de avanzada. Todo esto alimentado por las esperanzas que despertara la Revolución Rusa. Esa generación estaba compuesta principalmente por una juventud que, a través de la FECH, durante su período universitario, había tomado contacto y trabado amistad con una promoción de obreros ilustrados —también formados ideológicamente en las ideas anarquistas—, que en las organizaciones obreras relevaban la importancia del arte, sobre todo del teatro, y que se inspiraban en los grandes escritores libertarios europeos, franceses y rusos, especialmente, de fines del siglo XIX y comienzos del XX.

A esa generación le cupo jugar un gran papel en la lucha contra la dictadura de Ibáñez. En el ámbito universitario se reagrupó en el conocido grupo “Avance” un verdadero semillero de futuros dirigentes de la izquierda, particularmente socialistas y comunistas. Por ese grupo transitaban Oscar Weiss y Tomás Chadwick, René Frías Ojeda y Salvador Allende, Federico Klein y Julio Cabello, Santiago Aguirre y José Manuel Calvo y tantos otros que después tuvieron una destacada actuación en los partidos revolucionarios.

Con estos antecedentes, no es de extrañar que el equipo liderado por Ampuero cayera en el “aparatismo” y en una actitud sectaria frente a sus oponentes, con lo que si bien se corregía el individualismo anarcoide de la época fundacional, se ladeaba el carro hacia el otro extremo, con la perspectiva de hacer de nuestra organización un Partido “puro, duro y maduro”, lo que no dejaba de ser un objetivo tan inalcanzable en esas circunstancias como el del utopismo revolucionario de sus antecesores.

Con el cambio de timón de 1946, el Partido perdió brillo y dejaron de irradiar lumbres individuales; se hizo más opaco y más estrecho, pero también más serio y responsable y, en todo caso, más partido.

Al recurrir Ampuero en 1946 en especial a Eugenio González para integrar la nueva directiva y después, al elegirse a éste como Secretario General en el período siguiente, se quiso mantener continuidad con el período anterior, lo que, si no se logró totalmente, por lo menos sí se alcanzó en lo esencial.

Pero el núcleo gravitacional del Partido se trasladó definitivamente a generaciones más nuevas, con todas sus cualidades y limitaciones.

Pero volvamos al Congreso de Concepción y a mi inserción con motivo de él en la plana de dirigentes superiores del Partido.

Al poco tiempo de instalarse la nueva dirección, Tomás Chadwick, a quien se había entregado la responsabilidad de dirigir el Departamento de Estudios Técnicos, me llamó para que asumiera la secretaría de ese organismo, y también para que lo supliera cuando él no estuviera en condiciones de asistir a reuniones de la dirección.

Me vi así promovido al rango de dirigente nacional. Trabajé con esfuerzo y disciplina en la Secretaría del Departamento, lo cual me obligó a estudiar y profundizar mis conocimientos en economía, permitiéndome además conocer a la plana mayor de los profesionales del Partido que colaboraban con nosotros.

Durante ese período ocurrió algo que merece registrarse en estos recuerdos. Sorpresivamente y por razones todavía misteriosas para mí —que algún día deberá esclarecer “la petite histoire”—, el Gobierno de González Videla, integrado por una extraña mixtura de radicales, liberales y comunistas, entró en tratativas con el gobierno argentino presidido por Perón y acabó concertando con éste un amplio y ambicioso proyecto de Unión e Integración Económica Chile-Argentina. Lo de misterioso se refiere a que no se entiende cómo incluso los comunistas, entonces adversarios furiosos de Perón, a quien calificaba de fascista, compartieron aquel proyecto de Tratado. Tampoco durante su campaña presidencial González Videla se había referido a este punto, por lo que su patrocinio al Tratado provocó sorpresa general.

La iniciativa encontró una rotunda oposición entre los conservadores, algunos liberales y hasta radicales, todos representantes

de los intereses de los agricultores cerealeros y ganaderos chilenos, que se sentían impotentes para competir con sus homólogos trasandinos. Y también hubo oposición entre los industriales protegidos arancelariamente y, por cierto también, en sectores de las Fuerzas Armadas.

Cuando en el Partido correspondió pronunciarse sobre este Tratado, yo fui su único sostenedor y llegué hasta el Comité Central defendiendo mi solitaria posición. Allí también fui derrotado sin atenuantes. Mi postura favorable al Tratado no obtuvo ni un solo voto, ya que en la directiva yo sólo tenía derecho a voz. Me vencieron en toda la línea, pero no me convencieron, como diría Unamuno. Para mí, el latinoamericanismo no ha sido cosa de palabras, sino que ha respondido a una profunda convicción. Y los costos económicos, políticos y hasta militares que para los chilenos podía significar la unión económica chileno-argentina eran, a mi juicio, compensables por el valor que significaba romper el aislamiento de nuestra “Patria chica”, e incorporarse a un proceso de integración económica que implicaba trascender las obsoletas fronteras nacionales y elevar el plano de nuestra existencia política a un nivel latinoamericano y continental.

Nadie pensaba como yo, pero estoy convencido que tenía razón. Mas también era obvio que la opinión pública no estaba preparada para semejante paso, que se visualizaba como un salto al vacío.

Ese episodio no sería el único en que durante mi vida partidaria me he encontrado absolutamente solo en mis posiciones. Muchas veces he sido disidente y heterodoxo. Pero siempre disciplinado.

En el Congreso del Partido que siguió al de Concepción, en 1948, fui por primera vez elegido integrante del Comité Central, cargo para el cual he sido reelecto sucesivamente en los congresos siguientes, hasta el último, el XXIV Congreso, realizado en 1985 en la clandestinidad.

Mi dilatada pertenencia a la dirección del Partido me ha deparado, entre muchas experiencias, una que para mí ha sido particularmente aleccionadora y fructífera. Me permitió conocer Chile. Soy de naturaleza sedentaria y poco predispuesto a los viajes, no porque

no me haya interesado conocer la multifacética geografía natural y humana de nuestro país, sino tal vez por inercia y comodidad. Pero las labores de dirigencia en el Partido me obligaron a conocer Chile desde Arica a Magallanes. Antes sólo me movía entre Santiago y Ñuble, cuando debía viajar a Quilpemu.

Conocí sobre todo los centros obreros, industriales y mineros más importantes del país. El cobre, el salitre y el carbón. La pequeña minería del Norte Chico. Las estancias magallánicas y los pozos petrolíferos de Tierra del Fuego y casi cada una de las desabridas ciudades del Valle Central. También llegué hasta la verde y selvática Araucanía y la hermosa Región de los Lagos. Y a Chiloé, que es para mí una de las zonas más atrayentes e interesantes de todo Chile, quizás la región con más personalidad propia del país, con su particular estructura social y de la propiedad, que la hacen tal vez la parte de Chile más auténticamente democrática, donde la distinción entre ricos y pobres es difícil de precisar. Con su folclore, sus tradiciones y la presencia inescusable del mar en todos los rincones del archipiélago.

Chiloé, por su lejanía, aislamiento y condición insular, ha sido lugar predilecto durante los períodos represivos para desterrar a los relegados que son un “peligro para la seguridad interior del Estado”. No sólo durante la presente dictadura militar, que ha desparramado en el archipiélago a decenas de dirigentes sindicales, políticos y estudiantiles, sino también antes.

Así, durante la segunda administración Alessandri, entre los numerosos relegados que fueron a parar a las islas chilotas, se hallaba el fogoso y combativo político izquierdista Juan Bautista Rossetti, de quien escuché la siguiente experiencia que vivió en aquellos remotos lugares. No recuerdo si fue en Puqueldón, Dalcahue o Curaco de Vélez.

Llegado Rossetti a su destierro, y no teniendo conocidos ni amigos en la aldea en la que debía cumplir su pena de relegación, se trasladó directamente con su esmirriado equipaje desde la embarcación al retén de Carabineros, en busca de hospedaje o de consejos que le permitieran encontrar albergue durante su permanencia en la isla. Allí no se le quiso prestar asistencia, pero se le indicó que quien podía

avenirse a recibirlo como huésped era el cura párroco del lugar. Hasta allí llegó prontamente Rossetti. El cura se allanó a refugiarlo en la casa parroquial con la única formal y estricta condición de que no podía mantener relación alguna, ni verbal siquiera, con un personaje nefasto del pueblo de quien era su declarado enemigo. Se trataba de un maestro de escuela conocido con el nombre de “el curcuncho Vera”. Rossetti, que no tenía motivo alguno para querer relacionarse con el tal “curcuncho Vera”, aceptó la fórmula de compromiso que se le ofrecía y juró por Dios y los Santos Evangelios que se abstendría de mantener nexo alguno con el aborrecible adversario del cura.

Pasó un buen tiempo sin que nada alterara la amistosa vinculación que se fue anudando entre el párroco y Rossetti. Hasta que llegó un día en que este último fue invitado a asistir a una trilla “a yegua” en los alrededores del poblado, que es oportunidad en el sur de Chile para que se reúnan los campesinos y sus amigos alrededor de la parva, se coman su asadito de cordero, beban abundante vino y escuchen “letritas” de alguna cantora del lugar. Llegó hasta esa trilla, como tantos otros vecinos, el “curcuncho Vera”, montado en un brioso caballo chilote. Sin reparar de quién se trataba, Rossetti lo saludó como a los demás concurrentes a la fiesta y cruzó con él algunas pocas palabras. Cuando regresó en la noche a la casa parroquial, don Juan Bautista encontró al cura convertido en un energúmeno en la puerta, enrostrándole a su huésped la violación del solemne compromiso que habían contraído. No se hacía merecedor, entonces, de continuar en su casa y debía buscar de inmediato otra persona que lo acogiera.

Rossetti, ni corto ni perezoso, llegó de inmediato a la conclusión de que no tenía otra salida para el problema que se le creaba que acudir precisamente donde el “curcuncho Vera” para demandar asilo, contándole lo que había ocurrido con el odioso cura. Llegó a medianoche a casa del discutido profesor y le narró lo acontecido. Este lo escuchó con mirada hosca pero terminó por aceptar acogerlo en su morada con la precisa condición de que cortara toda relación con el cura, absteniéndose incluso de saludarlo cuando se topara con él en la calle. Aceptó Rossetti este nuevo pacto, prometiendo ahora, ante el Gran Arquitecto del Universo, fidelidad a la palabra empeñada.

Las cosas anduvieron bien durante algunas semanas. Pero un

buen día, al encontrarse Rossetti con el cura a la vuelta de una esquina, desaprensivamente cometió la imprudencia de saludarlo. Y aunque no cruzaron palabra, la noticia del efímero contacto producido llegó a conocimiento del "curcuncho" antes que el propio Rossetti llegara a casa, donde su dueño lo recibió en las astas y lo expulsó de su hogar sin dar lugar a réplica ni explicación alguna.

Enemistado con el cura y el profesor, los dos personajes más notables del lugar y tradicionales cabezas de facción alrededor de cada uno de los cuales se agrupaba la mitad de la población, no tuvo Rossetti más remedio que recurrir de nuevo a los Carabineros y explicarle al sargento lo afflictivo de su situación, que sin culpa suya lo había llevado a pelearse con ambos individuos. Mostrando comprensión por lo sucedido, su solicitud ahora fue aceptada por el jefe del retén y pudo hallar Rossetti allí hospedaje durante los últimos días de su relegación. Pero antes de abandonar la isla quiso averiguar don Juan Bautista lo que había detrás de la irreconciliable rivalidad entre el cura y el "curcuncho". Logró, no sin dificultad, a través de algunos vecinos, llegar a saber que los susodichos personajes eran hermanos naturales, que se odiaban desde la niñez, y que la enemistad entre ellos era la principal fuente de todas las querellas pueblerinas y hasta del encono con que allí se daban las luchas políticas: el cura acaudillando a los conservadores y el "curcuncho Vera" encabezando a los radicales.

Arriesgando Rossetti profundizar su animosidad con ambos contendientes y por ser él afuerino y ajeno a las reyertas inmemoriales entre sus vecinos, abrigó el propósito de intentar la reconciliación entre ambos hermanos. Utilizando a terceras personas, y manejando con cuidadosa diplomacia la difícil gestión que había emprendido, tras quince días de ímprobos esfuerzos logró convencer al cura y al "curcuncho" que se avinieran a vivir en paz y a dejar tranquilo al pueblo, permanentemente perturbado por aquella enconada rivalidad.

El cómo formalizar el acuerdo fue lo más difícil de resolver. Había que encontrar una manera de hacer pública la reconciliación, que no lesionara el amor propio ni el prestigio de ninguno de los dos hermanos. Propuso Rossetti que el abrazo con que debía sellarse la paz entre los tradicionales enemigos fuera un lugar exactamente equidistante de las casas del cura y del "curcuncho", donde se reunirían los notables del pueblo de ambas facciones, entremezclados. Llega-

dos los hermanos al punto de encuentro, Rossetti pronunciaría algunas palabras alusivas al trascendente acontecimiento y, junto con invitar a los dos hermanos a abrazarse fraternalmente, poniendo término a su discordia de toda una vida, las gentes allí reunidas irrumpirían en entusiastas y prolongados aplausos, e invitarían a su vez a los reconciliados hermanos a encabezar, tomados de la mano, una columna humana que acompañaría a Rossetti hasta el muelle donde debía subir al barco en el que retornaría al continente y a la libertad.

Tal como se planeó así se hizo, y Juan Bautista Rossetti fue despedido pañuelos al viento por toda la población del lugar reunida en el muelle alrededor de los hermanos Vera, que ahora abrazados lo vieron desaparecer en el horizonte dejando una estela de paz, de gratitud y de reconocimiento en aquella comunidad chilota, por haber logrado poner término a la irracional y absurda contienda fratricida que los había dividido durante años y años.

En este continuo trajinar por Chile me tocó también conocer lugares y situaciones extrañas, totalmente novedosas para mí. Por ejemplo, una vez visité una ignota salitrera en decadencia, no muy lejos de Iquique, la Oficina San Enrique, que pertenecía a un mediano empresario independiente. Era el infierno en la tierra. No sé por qué razones en ella se habían refugiado los más pobres, desamparados y miserables de los obreros de la zona. Salarios de hambre. Viviendas insalubres. Alcoholismo agudo. Ninguna entretención. Aislados en medio de la pampa. La gente harapienta. No existían sindicatos y el patrón por todos los medios obstaculizaba la organización de sus obreros. Fuimos allí con Raúl Ampuero y, con la presencia de los funcionarios de la Dirección del Trabajo, venciendo múltiples dificultades, constituimos el sindicato. No sé qué suerte habrá corrido aquel intento por organizar a ese sector de marginados sociales; tampoco sé si fueron capaces de hacer de su organización un instrumento para mejorar sus miserables condiciones de vida. Mucho me temo que no. No había elementos con condiciones para tener dirigentes. Por lo demás, la salitrera era pobre, técnicamente atrasada y las calicheras de mala clase. Sólo podía subsistir sobre la base de esa explotación inmisericorde de un grupo de infelices que parece que se habían dado cita allí para hacer posible que subsistiera, vegetando, un antro de inhumanidad, degeneración y miseria como no he visto en otra parte del mundo. Esa oficina, sobreviviente de la antigua prosperidad del salitre tarapaqueño, realmente formaba parte de un Chile desconocido,

porque yo no habría imaginado que semejante bolsón de pobreza e indignidad humana pudiera subsistir en nuestra patria.

Lo valioso de esa auscultación de Chile que practicábamos los dirigentes de los partidos populares, tan diferente del viaje turístico o del simple recorrer ciudades y lugares interesantes, era que llegábamos hasta donde no arriba el común de las gentes que transitan por la larga faja de tierra chilena. Ibamos adonde no iba nadie, a recoger allí, entre el pueblo más necesitado y preterido, sus sentimientos y aspiraciones, íbamos a ayudar a organizarlo y a vincularlo política y sindicalmente con el movimiento popular. Esa semilla que sembrábamos entonces y que comenzó a germinar en los años cincuenta y sesenta no está petrificada. Algo de ella queda viviendo en lo más profundo del alma, del inconsciente, de la memoria histórica de nuestro pueblo, y volverá a fructificar en cuanto se reúnan las condiciones para que la voz de los de abajo se pueda hacer sentir de nuevo, resonar e influir en la vida nacional.

Desde finales de los años cincuenta hasta el triunfo de la Unidad Popular mi actividad partidaria estuvo en gran parte destinada al trabajo internacional.

Así como mi quehacer partidario me permitió conocer Chile, así también me conectó con la vida política de muchas naciones y permitió que pudiera familiarizarme con los grandes problemas de la política mundial.

Durante el decenio de los cincuenta tuve una especial relación con los países del Río de la Plata. En especial me apasioné por el estudio del complejo panorama político argentino, signado por el entrópico impacto del peronismo en la vida trasandina, que trastornó y rehízo bajo nuevos e inéditos parámetros su proceso político. Observé de cerca el gravísimo divorcio que se produjo en el país vecino entre la izquierda tradicional y su pensamiento europeizante, con el movimiento obrero y las masas peronistas. Dentro del movimiento popular, la conciencia política se separó de las masas, y la falta de interacción dialéctica entre ambas produjo un funesto resultado que todavía gravita negativamente en la Argentina. Alejada de las masas, la conciencia política se deformó, alienó y esterilizó; y las masas, sin

el concurso de la conciencia, a su vez se desviaron, carecieron de metas y se convirtieron en presa fácil de burocracias sindicales más o menos corrompidas, entrando en pecaminoso contubernio con las camarillas militares. En total, un desastre que ahora con dificultades se intenta superar tras la recuperación de la democracia argentina. Pero todavía pena en la política trasandina ese tremendo e inconmensurable error de sus izquierdas cuando, al emerger el peronismo, fueron incapaces de penetrar su compleja naturaleza real y optaron por definirlo como una tendencia reaccionaria y fascistizante, tal vez debido a que esas izquierdas, colocándose de espaldas a su realidad nacional, se dejaron orientar por una visión liberal europeizante del acontecer argentino.

Nuestro partido mostró gran interés por la Revolución Boliviana de 1952. En este caso, y tomando en cuenta la trágica experiencia argentina, valoramos desde un comienzo la trascendencia de la empresa acometida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario desde el Poder, con su nacionalización de las minas, la reforma agraria, el frustrado intento por transformar sus fuerzas armadas y la promoción del elemento indígena de Bolivia a un protagonismo nacional. Los retrocesos posteriores de ese proceso revolucionario no se los imputo tanto a las deficiencias del MNR o de las fuerzas de izquierda que lo sucedieron, sino a las limitaciones propias de un país como Bolivia, que le impide avanzar por su cuenta hacia formas superiores de convivencia colectiva, para lo cual carece de una infraestructura económica y de otras premisas objetivas, que permitan hacer viable semejante empresa. La potencia del movimiento obrero boliviano y el alto nivel político e ideológico de su dirigencia de izquierda, confirman mi hipótesis de que el estancamiento y deformación del proceso revolucionario hay que buscarlo por el lado de la imposibilidad que, no sólo en Bolivia, sino muchos países latinoamericanos encuentran y encontrarán para poder avanzar hacia el socialismo dentro de sus estrechas fronteras nacionales y cargando con la pesada herencia de un profundo subdesarrollo, que sólo podrá superarse en los marcos de un proyecto nacional revolucionario de alcance continental.

Muchos de nuestros esfuerzos se dedicaron también a la tarea de coordinar las fuerzas socialistas y afines latinoamericanas. Aunque en general los resultados fueron magros, los contactos y vinculaciones del socialismo chileno con los movimientos populares y revolu-

cionarios latinoamericanos nos crearon una red de relaciones que todavía gravitan en la importancia y el papel que en el continente se reconoce a nuestro Partido. A todo esto contribuyó también de manera significativa la temprana valoración que hicimos de la potencialidad revolucionaria de la gesta iniciada por Fidel Castro en la Sierra Maestra, y nuestra posterior invariable adhesión y solidaridad con la Revolución Cubana.

A principios de 1986 se efectuó en Montevideo un Encuentro de Partidos Socialistas latinoamericanos, del cual surgió una Coordinación Socialista en el subcontinente, que ha comenzado a actuar con eficiencia y realismo y que esperamos permita hacer gravitar con mayor fuerza e identidad propia a los socialistas de nuestra América en la arena política de la región.

Mis responsabilidades en esta área del trabajo partidario me llevaron también a Europa y Asia. Ya hace treinta años conocí los países socialistas más importantes y, desde entonces, he tratado en lo posible de entender la lógica de su desenvolvimiento, sus avances y retrocesos, sus potencialidades y sus limitaciones.

Especialmente interesante fue para mí un viaje a China relativamente prolongado que realicé en 1960, en un período de grandes calamidades naturales y cuando la insistencia por levantar contra viento y marea las “tres banderas” de “la línea general”, “la comuna popular” y “el gran salto hacia adelante”, preludiaban lo que pocos años después iba a ser la caótica y destructiva “Revolución Cultural”. Cuando llegué a China, todavía se insistía, incluso majaderamente, en el papel rector de la Unión Soviética en el campo socialista, pero los violentos ataques a Yugoslavia y al “titoísmo” eran mensajes evidentes que, por carambola, se pretendía que rebotaran en la dirección soviética encabezada por Nikita Kruschov. Como yo llegué a China después de visitar Yugoslavia —hecho conocido por los anfitriones—, fui sometido a un sistemático adoctrinamiento contra las posiciones yugoslavas en todo orden de asuntos. En un encuentro realizado en una Universidad de Ciencias Sociales, los profesores de filosofía arremetieron contra el presunto abandono del marxismo-leninismo por parte de los yugoslavos; los de economía embistieron contra la autogestión en las empresas y los de política, contra el “no alineamiento”. Una noche, al llegar a mi cuarto, encontré sobre la cama varios ejemplares en castellano del memorable folleto “Viva

el leninismo”, con el que la dirección del PC chino desencadenaba públicamente su abierta ofensiva contra el “revisionismo” soviético, de tan negativas consecuencias para la unidad del socialismo revolucionario en el mundo.

Al escribir estas líneas vengo llegando de otro viaje a la República Popular China. ¡Y qué cambios! Todos positivos. Se ha hecho una profunda crítica al período de la Revolución Cultural y a la “execrable camarilla de los cuatro”, que la promovió. Con audacia y espíritu renovador esa gran nación hace un esfuerzo por modernizarse aceleradamente para compensar el tiempo perdido con la mal llamada “Revolución Cultural” y para poder desempeñar en el mundo y en el proceso de transformación socialista de la humanidad el rol que le corresponde.

Aunque me aleje un tanto del carácter descriptivo de estos recuerdos, vale la pena consignar la esencia de la autocrítica que allí se hace ahora del período de la “Revolución Cultural”. Se sostiene que el error básico de Mao-Tse-tung en su último período fue haber definido como la contradicción principal de China la prolongación de la lucha de clases en las condiciones del socialismo. Aunque la actual dirección del PC chino no niega que esa contradicción existe y se manifiesta en la necesidad de combatir los resabios del individualismo burgués en la conciencia y sus repercusiones en la economía, no es para ella ésa la contradicción principal. El principal problema que corresponde resolver en China es la contradicción entre el retraso de su economía, por una parte, y las necesidades del pueblo, por la otra. Y las condiciones para satisfacer esas necesidades, en la medida en que el país se modernice, se renueve y aproveche los avances de la revolución científico-técnica para elevar aceleradamente la productividad del trabajo. Y en esa tarea, no exenta de peligros y dificultades, se encuentran ahora empeñados. Los evidentes progresos alcanzados en el último quinquenio en todos los órdenes de la vida nacional los hace estar razonablemente optimistas.

Por otra parte, y felizmente, las relaciones de China con el resto del mundo socialista mejoran progresiva y ostensiblemente, abriendo promisorias perspectivas a mediano plazo para el proceso revolucionario mundial.

En 1961 fui candidato a diputado por Santiago y resulté electo¹. Mi labor parlamentaria fue opaca; fuera de un discurso destinado a demostrar (lo cual no era difícil) lo superficial y engañoso de una supuesta reforma agraria que proponía el Gobierno de Jorge Alessandri, creo no haber intervenido en la Cámara con eficacia y brillo en ningún asunto importante, no tanto por negligencia, sino porque luego de haber sido elegido diputado fui designado democráticamente Secretario Regional del Partido en Santiago y debí volcar todas mis energías a esa ardua tarea.

No puedo dejar de referirme a algunas experiencias de la campaña electoral. Sin duda, la principal fue la posibilidad de conocer Santiago por dentro, el otro Santiago que no está a la vista, la cara invisible de la capital. Me creía conocedor de la ciudad en la que había nacido y vivido, pero durante la campaña electoral descubrí que existía todo un Santiago ignorado por mí en los distintos barrios de la capital. Visité y conocí decenas, por no decir centenares de clubes, restaurantes, asociaciones y organismos de la más diversa índole.

Los trabajos electorales se iniciaron bajo negros auspicios. El regidor doctor Carlos Valencia quería que inaugurara mi campaña con un ágape en un restaurante de la Novena Comuna, donde él vivía y tenía incontables relaciones; allí me presentaría a sus amigos y amigos del barrio. Se hizo como el doctor lo proponía. Después de que él pronunciara las rituales palabras que destacaban los atributos del candidato, se produjo un natural silencio y uno de los asistentes comenzó a toser con insistencia. “¿No será que este señor se atragantó con alguno de los bocadillos que nos han servido?”, pre-

¹ Anteriormente yo había probado suerte en las lides electorales. Durante la Administración Ibáñez, alejado ya el Partido Socialista Popular del Gobierno, pero todavía ligado al conjunto de partidos ibañistas, y con ocasión de una elección extraordinaria a diputado por Santiago, toda la oposición, desde conservadores a comunistas, levantó la candidatura del prestigioso dirigente falangista Rafael Agustín Gumucio. Para enfrentar esa híbrida combinación, las fuerzas ligadas todavía en alguna medida al Gobierno me postularon como su candidato. Por una significativa mayoría de votos venció la candidatura opositora, bajo la atrayente consigna “Protesta con Gumucio”, que expresaba el descontento popular frente a un gobierno que había defraudado las esperanzas puestas en él. Sin embargo, pienso que mi “performance” electoral no fue mala, si se tiene en cuenta la amplitud de la alianza que tuve que enfrentar.

gunté al facultativo. “No”, me respondió con fría e imperturbable serenidad, “a este señor le ha dado un infarto y morirá en diez o veinte segundos más”. Dicho y hecho. Hubo que llamar a la Asistencia Pública y el ágape se disolvió en un clima que no es difícil imaginar. “Mal comenzamos, doctor”, le dije al salir del local. “No seas supersticioso”, me contestó, “éstas son cosas que pasan cuando suceden”.

Otra nota curiosa de la campaña electoral. Un camarada, pastor protestante, me hizo recorrer numerosos locales destinados al culto religioso de las diversas sectas de esa rama del cristianismo de las que apenas conocía su existencia. Hasta me vi obligado a predicar desde el púlpito en más de alguna modesta capilla evangélica ante la insistencia de los fieles de que hablara el candidato. No sé cómo pude, en esas prédicas, compatibilizar lo político con lo religioso. Lo extraño es que al final casi me había convertido en un predicador profesional, y mi amigo, el pastor, me invitó a formar parte del equipo permanente de divulgadores de la Palabra de Cristo entre los feligreses de la Iglesia Pentecostal.

También sin quererlo tuve que entrometerme en el Santiago ilegal, en esa franja gris entre lo lícito y lo ilícito que siempre existe en las grandes ciudades. Fue así como descubrí que detrás de un inofensivo restaurante, a pocos metros de la Estación Central, o mejor dicho, debajo de él, había una enorme caverna subterránea donde subrepticamente se vendía vino en grandes cantidades, depositado en inmensas cubas como las más grandes que había conocido. En esa lúgubre caverna vegetaban centenares de borrachos y gente del hampa en estado lamentable. Es obvio que los carabineros no podían ignorar la existencia de “El Hoyo” (que así se llamaba ese antro de perdición), y sólo las consabidas “coimas” a los policías y funcionarios podían explicar el que pudiera prosperar tan gigantesca bodega clandestina.

Durante la campaña, por interpósita persona cuya identidad no recuerdo, me invitaron a una comida anual de aniversario de un club de vecinos del barrio Independencia, donde yo debía ponerme a sus órdenes como futuro diputado. Mi amigo ya había preparado el ambiente. La reunión fue todo un éxito y recibí el apoyo incondicional de los socios del “Club Arturo Prat”. Cuando informé a las autoridades de la Seccional de esta inesperada adhesión, advertí en los rostros de mis interlocutores sonrisas maliciosas, intercambios de mi-

radas, reticencias y silencios. Luego supe que el mentado club era en verdad el alero que reunía a los homosexuales del sector. Fuese o no efectivo, tomé prudente distancia de este grupo de adherentes, aunque durante años seguí manteniendo contacto con ellos y me convertí en obligado asistente a los banquetes anuales de aniversario cada 21 de Mayo.

En una ocasión, mis adherentes organizaron un acto público en el Teatro Princesa, en el barrio Recoleta. Al ingresar a la sala me quedé perplejo ante un gran letrero que servía de telón de fondo, ubicado detrás de la mesa de la presidencia del acto, en el que textualmente se leía: “Después de la elección, Revolución”. Inútiles fueron mis alegatos para demostrar lo contradictorio y esquizofrénico de aquella consigna. El “izquierdismo” proveniente de la influencia de la Revolución Cubana ya comenzaba a notarse con fuerza en la base partidaria y los compañeros no encontraron una manera mejor para tranquilizar sus conciencias que dejar estampado en ese insólito letrero la idea de que las próximas elecciones debían valorarse como un anticipo y preparación de un próximo período revolucionario.

Dejando de lado este repertorio de anécdotas y yendo más a fondo, debo dejar constancia de la hospitalidad, generosidad y sentido organicista del pueblo chileno, la subsistencia en él de costumbres rurales y de su desarrollado instinto de clase, que en el transcurso de mis correrías por barriadas y poblaciones se me revelaron con toda su fuerza. Asimismo, pude percatarme de cuán profundamente el Partido Socialista había llegado a identificarse con amplios sectores de las masas populares santiaguinas.

Todas estas idas y venidas me permitieron conocer mucho más al Partido desde dentro, e identificar y ponderar sus grandezas y debilidades. En definitiva, fue toda una lección de “chilenidad”, no la de los himnos y desfiles militares ni la de los discursos patrióticos, sino aquella que emana del Chile profundo, como expresión de un pueblo que trabaja, vive y sufre, pero con un sentido y una filosofía propia de la vida, mezcla de prudencia y de rebeldía, de sensatez y combatividad, extraña combinación que no es usual encontrar en América Latina.

En el Comité Regional Santiago-Centro, bajo mi dirección, los integrantes constituimos un grupo homogéneo de trabajo que, yo diría, pasó a ser la última promoción de amigos para toda una vida.

Cómo no recordar al ex diputado Haroldo Martínez, ya fallecido y con su familia dispersa en el exilio. A Marta Melo, siempre entusiasta y acelerada, ahora refugiada en Venezuela; a Miguel Escobar, quien, de obrero panificador, llegó a ser profesor universitario y es ahora destacado maestro en la Universidad Nacional Autónoma de México. Al Dr. Víctor Barberis, cuyo ingenio, agudeza y mordacidad corrían a parejas con sus arremetidas emocionales. Al arquitecto Jorge Wong, ahora alto y eficiente funcionario en su especialidad en la administración pública mexicana. Al Dr. Enrique Reyes, abnegado e idealista, ahora refugiado en París, quien siempre mantiene viva la llama de la rebeldía social. A Aristeo Guerrero, que murió abatido, solitario y empobrecido en una lejana provincia francesa, sin haber logrado asimilarse a esas tierras extrañas. A todos ellos no puedo dejar de mencionarlos ahora, porque la relación que trabamos en la brega política, en la cotidiana faena de “hacer partido”, trascendió el compromiso partidario hasta convertirse en una íntima amistad camaraderil, fuente de optimismo vital y de fe en la bondad esencial de la naturaleza humana.

Al corresponder renovarse el Congreso Nacional en los comicios de 1965, no quise postular a mi reelección. El trabajo parlamentario no me lució atractivo. La labor en las Comisiones, la única realmente productiva, no me interesaba mayormente, porque para poder ser eficaz requería sumergirse en un mundo de detalles y menudencias que no se avenían con mi mayor interés por los parámetros estratégicos de la política.

La actuación en el hemiciclo se utilizaba más para sacar aplausos en las galerías que para intentar esclarecer la real problemática nacional. Primaban en los debates públicos las consideraciones meramente coyunturales por sobre la real entidad de las cuestiones tratadas. No tengo pasta de demagogo y, en esas condiciones, en que el nivel de las discusiones en el hemiciclo había descendido considerablemente, nada me estimulaba a intervenir en ellas.

La necesidad de atender a “la clientela” electoral para solucionar no ya problemas sociales de envergadura, sino las más de las veces problemas y situaciones personales o de grupos poco representati-

vos, me resultaba particularmente tediosa, intrascendente y poco productiva. Pero había que hacerlo para mantener la “clientela” personal y partidaria.

No sé si seré demasiado cómodo, pero no me agradaba tener que levantarme periódicamente a las cuatro o cinco de la mañana, respondiendo a una llamada telefónica de alguna Comisaría de Carabineros, para sacar a algún amigo o camarada “curadito” que había sido sorprendido en provocativo estado de ebriedad. Así y todo yo llevaba a cabo estas y otras diligencias de no mayor envergadura porque “había que hacerlas”, y, en consecuencia, yo las hacía.

Más interés revestía el trabajo de masas, pero en el caso de mi circunscripción electoral no era la faena principal. Sin embargo, ayudaba a mis camaradas diputados de la periferia santiaguina en esas tareas. Participé protegiendo o amparando varias “tomas” de terrenos eriazos por los “sin casa” o “allegados” a los pobladores, sobre todo en las comunas del Area Sur del Gran Santiago. Pude allí darme cuenta muchas veces de la despiadada brutalidad de la policía, cuando sus oficiales trasuntaban una mentalidad represiva y reaccionaria. Eso ocurría la mayoría de las veces. Pero también uno se topaba en algunas ocasiones con oficiales racionales e inteligentes que buscaban maneras de resolver los problemas y no de aprovechar la oportunidad para descargar la violencia sobre indefensos ciudadanos que sólo aspiraban a poder construir con sus propias manos y recursos alguna “mejora” o “mediagua”, que les sirviera de precaria morada para tener dónde dormir y protegerse de las inclemencias del tiempo. En todo caso, esas experiencias me permiten hoy día imaginar cómo deben ser en plena dictadura las violentas irrupciones de carabineros y “caras pintadas” en las poblaciones santiaguinas.

Es oportuno ahora hacer una digresión. Mucho se han ponderado las bondades de la convivencia parlamentaria chilena como lubricante de las relaciones entre las distintas y opuestas corrientes políticas. Es cierto. Pero también alguien que quisiera escarbar un poco más allá de las apariencias, podría descubrir que el terreno parlamentario era en general cancha de la derecha y los buenos modales y bonhomía de sus personeros no podían ocultar el paternalismo, la prepotencia y el orgullo de clase que después se han desplegado sin velos durante la dictadura.

El Parlamento, como la democracia, es algo valorado y respe-

table para la derecha en cuanto sirve a sus intereses o es contrapeso a la gravitación de los gobiernos, cuando éstos están en el poder o son influidos por las fuerzas populares. En cuanto no cumplen ese papel, la reacción oligárquica no titubea en echar por la borda, al tarro de la basura, a “aquellas respetables instituciones”. Durante la dictadura, sólo el minoritario segmento derechista nucleado en el ahora llamado Partido Republicano ha demostrado consecuencia democrática y real apego y valoración a la institucionalidad republicana y parlamentaria.

Retorno a nuestro tema central. Cuando ya había expresado mi voluntad de no volver a la Cámara de Diputados, el Partido me designó para integrar en su nombre la delegación chilena a un Congreso Parlamentario Latinoamericano que se iba a realizar en Lima; como quien dice, a título de regalo de despedida.

Menciono el hecho porque, además de lo que siempre uno aprende en este tipo de eventos con las relaciones que establece o profundiza, en este caso hubo para los parlamentarios chilenos algo particularmente interesante. El presidente del Senado peruano, Ramiro Priale, aprista de extrema derecha, nos invitó a un almuerzo de despedida en la Hacienda de Montalván, al sur de Lima, en el valle de Cañete. Como se sabe, ese predio le fue donado por el Gobierno peruano a O’Higgins durante su exilio en el país del norte, como reconocimiento a su protagónica contribución a la Independencia peruana a través de la preparación de la Expedición Libertadora del Perú. Allí vivió nuestro prócer máximo sus últimos años y allí murió, pronunciando enigmáticamente la palabra “Magallanes”.

La Hacienda de Montalván conservaba todo lo valioso, estética y folclóricamente representativo de lo que era una plantación y un ingenio azucareros a mediados del pasado siglo en la costa peruana, y es ahora un verdadero museo. Uno casi como que veía aparecer al libertador de Chile paseándose por los imponentes corredores de aquella mansión colonial, pensando apesadumbrado en su querida patria, y reflexionando sobre la ingratitud humana y la tragedia de su injustificado exilio.

Pero no es el caso seguir haciendo historia partidista y personal. La vida siguió corriendo. En el Partido sobrevinieron congresos

y congresos. Y la unidad y la fuerza del movimiento popular continuó avanzando.

Al acercarse el Congreso de Chillán, en 1967, algunos compañeros me postularon para optar a la Secretaría General del Partido. Era la época de la euforia y del entusiasmo juvenil generados por el triunfo de la Revolución Cubana y el liderazgo emocional de Fidel Castro. Eran los tiempos en que el Che Guevara se alzaba como símbolo e ideal para la juventud rebelde no sólo en Chile, sino en el continente.

Rechacé con obstinación ese ofrecimiento pues intuía que el Partido no había digerido aún la experiencia de la Revolución Cubana y que, en tanto ese proceso no terminara satisfactoriamente, antagonismos artificiales iban a perturbar por un tiempo el normal funcionamiento del Partido. Entraríamos en un período de esquizofrenia; en él subsistirían, sin integrarse todavía, dos culturas políticas distintas: la que arrancaba sus orígenes en la historia misma de Chile y del Partido, y la que se estaba configurando, más como reflejo mecánico de imitación de lo que estaba ocurriendo en Cuba, que como madura asimilación de sus más valiosos y originales aportes a la Revolución latinoamericana.

A mi juicio, había que darle tiempo al tiempo. Había que esperar que las cosas se fueran “aconchando”; y que de la práctica y la reflexión fuera surgiendo la síntesis entre lo viejo —que siempre contiene algo de nuevo—, y lo nuevo —que siempre contiene algo de viejo. No me consideraba idóneo para presidir ese proceso ni capaz de contribuir eficazmente a integrar y homogeneizar el Partido en una hora en que las impaciencias e inmadureces iban a chocar con las inercias y conservantismos.

Preferí bajar el perfil de mis actividades direccionales y dedicarme más a las tareas de orden ideológico, que a la larga, pensaba, iban a permitirme contribuir más eficazmente a superar esa esquizofrenia cuyos síntomas afloraban por múltiples lados.

Desarrollé entonces un trabajo en el área ideológica que había iniciado años antes con otros compañeros de partido y de la izquierda, como Graciela Alvarez, Héctor Behm y Federico Klein, en la época en que fundamos el Instituto Popular, como centro de estudio y difusión del pensamiento socialista marxista, destinado a vertebrar los esfuerzos de los profesionales de izquierda en esa dirección.

En la época del Congreso de Chillán, mis empeños por aportar

al desarrollo ideológico de la izquierda cristalizaron en la creación de un Centro de Información y Documentación Socialista, también de carácter suprapartidista, en el que colaboraba estrechamente con Ernesto Benado y otros compañeros de Partido, y cuya finalidad, más que apuntar a la coyuntura, estaba dirigida al esclarecimiento teórico de la cada vez más compleja y rica problemática que se planteaba a los marxistas no sólo en Chile sino en América Latina y en el mundo en general.

Ya he señalado que en mi vida partidaria fui muchas veces disidente, a veces solitario, pero siempre disciplinado. Y la gente simplista, esquemática y adocenada percibía esas disidencias como heterodoxias peligrosas. Como al mismo tiempo nunca he formado parte de “capillas” de poder —lo cual no quiere decir que no haya tenido amigos, y amigos políticos en el Partido— siempre ha resultado difícil encasillarme en algún compartimiento ideológico o tendencial.

En el Partido, tan proclive a la descalificación fácil y a caricaturizar las posiciones de las personas, para de este modo rebatirlas mejor, he sido motejado de todo. Creo que difícilmente algún dirigente de partido pueda disponer de un repertorio tan vasto de supuestas desviaciones y heterodoxias como el que esto escribe. Muchas veces he sido motejado de desviacionista de derecha, expresión manifiesta del pensamiento “socialdemócrata”; también de “colaboracionista”, de “tibio”, “amarillo” y “contemporizador”. En su época, también se me calificó de portador de desviaciones “nacionalistas”, “peronistas”, y proclive al militarismo y al fascismo. A los ojos de muchos también he sido un troskista empedernido. Incluso hay un manual soviético sobre política latinoamericana, no muy antiguo, donde se me define de esa forma. Quizás esa afinidad con el trotskismo que se me imputaba puede explicarse porque, en mi afán por conocer los contenidos y variantes ideológicas de esa tendencia, me interesaba seguir de cerca las polémicas, discusiones y fraccionamientos del trotskismo a escala universal y chilena. En todas aquellas luchas ideológicas no dejaba de haber aspectos interesantes desde el punto de vista teórico. Una vez, con un estimable compañero de Partido de extracción trotskista, Jorge MacGinty, estuve todo un día en casa de nuestra común amiga Fidelia Herrera escuchando una com-

pleta narración de la azarosa e infecunda historia del trotskismo chileno, de sus divisiones y subdivisiones.

Siendo Canciller de Allende, me tocó intervenir exitosamente ante el Gobierno de México para obtener la libertad de un conocido intelectual y periodista trotskista que se encontraba detenido. Con motivo de esta productiva gestión, los trotskistas posadistas mexicanos quedaron tan agradecidos que, cuando visité México en mi calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, ocasión en que no estaba programada ninguna recepción popular en el aeropuerto, acudieron por decenas a esperarme, portando banderas rojas con letreros que denunciaban su condición de “Sección Mexicana de la Cuarta Internacional”. Y al mismo tiempo me entregaron un hermoso ramo de flores como testimonio de su gratitud, y todo esto en medio de la sorpresa y del espanto del Canciller mexicano, quien no atinaba a entender a qué se debía esa inusitada simpatía de los trotskistas mexicanos por el Canciller chileno. Este asunto, por otra parte, no dejó de ponerme en una posición incómoda, ya que no era fácil para los mexicanos comprender la causa de esta entusiasta acogida al Canciller chileno por ese sector “extremista” y de seguro, además, “potencialmente sedicioso”, a los ojos de la policía política azteca.

También he pasado por ser “maoísta” y “pro chino”. En una ocasión llegó a mi casa en Santiago una serie de periodistas extranjeros que querían entrevistarse conmigo. Yo no me explicaba la razón, pero en verdad lo que querían era conocer la opinión del “ala chinófila” del Partido Socialista.

El origen de la distorsión de mi imagen puede estar en que, con posterioridad a mi viaje a China, entré a colaborar activamente en las actividades del Instituto Chileno-Chino de Cultura. Además, estando en La Habana con ocasión de la Conferencia Tricontinental, cuando Fidel Castro en discurso público planteó acerbas críticas a la política de los chinos en relación con Cuba, la delegación de aquel país, que conocía a pocos latinoamericanos, yo entre ellos, quiso hablar conmigo para solicitarme orientaciones y consejos acerca de cómo debían comportarse ante lo sucedido. Les aconsejé moderación y calma, que no reaccionaran de manera precipitada y emocional. Como esto significó sucesivas y frecuentes visitas al lugar donde se hospedaba la delegación china, seguramente esa circunstancia, que muchos observaron, también contribuyó a que adquiriera la fama de

ser el máximo exponente del maoísmo dentro del Partido Socialista.

Ahora, después del golpe, y debido a la política unitaria y de principios que he sostenido, para muchos he pasado a ser “pro comunista” y “pro soviético”. Incluso hubo un compañero que fue del Partido y que, cuando en España un periodista le preguntó su opinión acerca de mis ideas políticas, expresó que yo era “la perfecta encarnación del stalinismo”.

La verdad es que no creo haber sido ninguna de esas cosas, así como tampoco “pro yugoslavo” o “pro cubano”, como que también se me han colgado los sambenitos correspondientes.

Lo cierto es que a lo largo de la vida uno va aprendiendo, va viendo las cosas más claras, y a la vez va reconociendo que todavía quedan muchas oscuras. Pero en todo ese decurso hay una línea central ordenadora que pasa por determinados “momentos”, los que se van integrando y van interactuando entre sí, posibilitando el avance y la superación.

Esto de los encasillamientos artificiales y de las caricaturizaciones del pensamiento de las personas es una de las perversas expresiones del sectarismo que, en el seno del Partido, han contribuido a dificultar su desarrollo y a alejar, amargar y desaprovechar a muchos valiosos militantes.

Al comienzo de mi vida partidaria, el hecho de que algunos compañeros vieran en mí lo que en realidad no era, sino lo que indicaba la etiqueta que se me había atribuido gratuitamente, me perturbaba bastante. Con el tiempo, las adjetivaciones ya no me dan ni frío ni calor, como vulgarmente se dice, “me abanico” con ellas, y he logrado comprender que ese pernicioso hábito o es síntoma de subdesarrollo ideológico —lo que es superable— o bien es un recurso político de los enemigos de clase, en cuyo caso no se puede esperar otra cosa de ellos, porque está en su ley hacerlo.

Ahora, además de “pro comunista” y de “pro soviético” soy “apologista del terrorismo y de la violencia”, según me he impuesto a través de la lectura de más de un comentario de la prensa oficialista. Soy “ortodoxo” y enemigo de la “renovación” del socialismo. Me he “quedado atrasado” en mis ideas. Por estar en el exilio, “no me he dado cuenta de los cambios que ha experimentado Chile”; estoy “fijado en 1973”, etc.

Total, como he dicho, tales juicios no me quitan el sueño.

Son gajes del oficio. Cuando vienen de parte del adversario, son explicable arma política. Cuando vienen del lado de acá, de nuestros compañeros o aliados, son el precio que uno tiene que pagar por pensar con su propia cabeza. Y vale la pena pagarlo.

De entre tantos camaradas y amigos que a lo largo de la vida partidaria han convivido conmigo, ejerciendo influencia en lo que uno ha sido y conquistado un lugar privilegiado en el recuerdo de lo que ya es casi una vida completa, debo destacar tres figuras, para mí las más relevantes que llegué a conocer en el Partido: Raúl Ampuero, Salomón Corbalán y Eugenio González.

A Raúl Ampuero ya me he referido de paso. He hablado de su significación determinante en la refundación del Partido, en 1946, cuando estuvimos a punto de dejar de existir como actor efectivo en la política chilena. También he contado cómo él supo atraer a gran parte de los cuadros disponibles para comenzar a remontar la pendiente desde el abismo en que habíamos caído, y cómo él supo insuflar a ese equipo la impronta de su manera de hacer política y de hacer partido. A través de su gestión, Ampuero logró articular y potenciar lo bueno y valioso que restaba en el Partido, hasta poder reconstruir una organización política con los rasgos fundamentales, por lo menos aquellos que deben caracterizar una vanguardia política. En esa tarea jugó un importante papel la lucha contra la desviación de derecha que se expresa en un irracional anticomunismo de índole reaccionaria, movido desde lejos y a través de sutiles hilos desde Washington, ya empeñado en aniquilar a los comunistas chilenos como parte de su estrategia de la guerra fría en el subcontinente latinoamericano.

Sin bajar las banderas del Partido ni desperfilar su imagen de independencia, autonomía y crítica de principios contra las deformaciones del comunismo en esa aciaga y dramática etapa del stalinismo, Ampuero enfrentó con valor a aquellos que, abandonando lo esencial de nuestro pensamiento político, habían llegado al extremo de confabularse en una organización clandestina incluso con elementos fascistas y de extrema derecha, bajo la siniestra sigla de ACHA (Acción Chilena Anticomunista), a la que llegaron a pertenecer destacados

dirigentes y líderes máximos del Partido. Ampuero se dispuso a cortar por lo sano en tan peligrosa eventualidad, y cuando un grupo importante de parlamentarios socialistas, desobedeciendo las órdenes del Partido, votó a favor de la Ley de Defensa de la Democracia, ley que proscribía de la vida política chilena al Partido Comunista, no vaciló en expulsar a aquellos diputados y sus seguidores, lo cual produjo un importante fraccionamiento partidario que, si bien era doloroso, también era imperativo afrontar.

En esas difíciles condiciones se inició un proceso de recuperación partidaria en lo orgánico, lo ideológico y lo político, que condujo a que el socialismo sobreviviera y volviera a ocupar su legítimo espacio en la política chilena con el nombre de Partido Socialista Popular.

Este trascendente episodio inscribe la figura de Raúl Ampuero en la primera plana de los socialistas chilenos, lo que, unido a su transparente honestidad, modestia y lucidez intelectual, explica su ascendente en el socialismo durante largos años en los que fue su más destacado dirigente. Su vibrante y combativa oratoria contribuía a afirmar su liderazgo en nuestra organización, en la misma forma en que, después, sus penetrantes y elocuentes discursos en el Senado y la seriedad con que asumió su función parlamentaria terminaron por ganarle el aprecio y la consideración incluso de sus enemigos políticos.

Durante años trabajé muy estrechamente unido a él. Y a Raúl Ampuero debo en gran parte mi prematura promoción a los más altos cargos de la jerarquía partidaria.

Después, diferencias ideológicas y distintas formas de apreciar aspectos importantes de la vida nacional nos distanciaron políticamente. Incluso, a veces se nos definió como adversarios, pero estas diferencias en ningún caso resintieron la estimación, el aprecio que hasta hoy día le profeso. Como cada uno de nosotros, Raúl Ampuero tiene virtudes y defectos, pero nadie podrá negar su atributo fundamental que es su lealtad y entrega a la causa del socialismo, en un permanente esfuerzo por comprenderlo con mayor amplitud y profundidad, superando chauvinismos sectarios y ambicionando ahora, en el exilio, que el socialismo chileno no sólo reagrupe a todos sus efectivos históricos sino que pueda convertirse en crisol integrativo de otras vertientes que se han ido reconociendo en él, en tanto actor privilegiado de la Izquierda chilena.

Salomón Corbalán ha sido, a mi juicio, el más completo de los dirigentes que ha tenido el Partido Socialista. A su inteligencia, generosidad y apertura en lo ideológico y en lo político, unía una indomable voluntad y una poderosa capacidad realizadora, operante y creativa, condición esta última no muy abundante en los altos rangos partidarios. Firme en sus principios y dotado de una sólida formación política, Salomón Corbalán era hombre de hechos y de realidades, y no de palabras huecas ni de preciosismos ideologizantes. Su propia profesión de ingeniero refleja esa inclinación.

Con un sentido innato de la realidad —que es la condición principal del político— sabía ubicarse donde correspondía, sin que velos doctrinarios le oscurecieran la visión de las cosas, pudiendo así distinguir lo posible de lo deseable, sobre la base de valorar la fuerza como el elemento principal y determinante de todo proceso político.

Socialista de convicción y de camiseta desde que fuera Presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción, Salomón Corbalán era, sin embargo, la negación misma del sectarismo y de la estrechez mental. Por lo tanto, fue campeón en la lucha por lograr la unidad en todos los ámbitos, la unidad del socialismo, la unidad de la Izquierda y la unidad del movimiento popular en general.

Fue artífice decisivo en el entendimiento socialista-comunista y en la apertura del socialismo hacia otras corrientes de la izquierda y el más destacado y eficiente dirigente de la campaña electoral de Salvador Allende que, en 1958, estuvo a punto de convertirlo en Presidente de Chile. Como Secretario General, después del Congreso de Unidad del año 1957, logró con éxito soldar el Partido y convertirlo nuevamente en la principal fuerza política de la Izquierda.

Fallecido prematuramente, su pérdida fue un duro golpe para el Partido, que tenía derecho a esperar mucho de un hombre joven y tan bien dotado de condiciones para desempeñar un papel de primer orden en la avanzada del movimiento popular.

En lo personal, tenía con Salomón Corbalán una sorprendente simpatía política que iba siempre en ascenso. Sin duda es el dirigente del Partido con el que he sentido la mayor afinidad espiritual, intelectual y política.

Con Eugenio González, mi antiguo maestro de Filosofía en la Universidad, me unía sobre todo una sensibilidad común. Don Euge-

nio tenía una manera un tanto oriental de ver la vida, como un poco desde lejos, no obstante hallarse comprometido en la contingencia. Su perspectiva de la realidad atravesaba las apariencias, tenía algo de contemplativo, unido a un dejo de escepticismo y, por tanto, a una capacidad para ironizar los acontecimientos, reflejaba en una percepción de las cosas más propia del artista que del político. Así se lo decía Raúl Ampuero: “Ud. asiste a las reuniones, don Eugenio, más con ojos de novelista que como actor político”.

Efectivamente, Eugenio González no fue esencialmente un político. Su estructura espiritual, sus preferencias intelectuales lo llevaban a sumergirse en la vida y a ligarse a ella a través de muchos otros lazos, no sólo de los meramente políticos.

Pero, por eso mismo, por estar anclado en la vida tan profundamente, no podía sino vivir su tiempo. Y ese tiempo es, en nuestra época, sustancialmente político. De ahí que por ser un hombre que vivió en profundidad no pudo sino comprometerse políticamente.

Los ingredientes ideológicos y políticos de su pensamiento se articulaban en una matriz espiritual que reflejaba la tradición y continuidad del pensamiento avanzado de las clases medias chilenas. Matriz cuyos parámetros fundamentales eran la vocación democrática y libertaria, el laicismo y el anhelo de justicia social.

Su actuación ponderada, doctrinaria y responsable lo condujo, en 1948, a la Secretaría General del Partido. Allí llegó contrariando su propia voluntad, ya que se resistió hasta el fin a asumir un cargo que lo desviaba de lo que era su vocación natural: el magisterio, la filosofía y las letras. Durante ese período fui su colaborador directo en las labores direccionales. Me congratulo de que así haya sido, ya que tuve ocasión de trabajar y convivir con él, pudiendo recibir de su riqueza espiritual y de su experiencia muchos elementos positivos que para mí han sido determinantes no sólo en mi educación política sino en mi formación cultural en general.

Don Eugenio acostumbraba reunirse en su casa o en algún local social de sus preferencias para charlar con sus amigos. Naturalmente se convertía en el centro de la conversación, la que animaba con oportunas anécdotas e ingeniosas apreciaciones que reflejaban la agudeza y penetración con que observaba los acontecimientos.

A nuestro Partido logró conocerlo profundamente. Sabía muy bien de su composición humana. Una vez lo definió como “un partido

de ferroviarios, profesores y chilotes". Cada uno de estos tres términos evocaba una dimensión del Partido, incluso aquello de que fuéramos un partido de chilotes. Raúl Ampuero y una gran proporción de la dirigencia nacional lo eran. Chiloé era un semillero de socialistas que, lo mismo que los chilotes en general, abandonaban luego el archipiélago para aparecer en cualquier punto de Chile o del mundo.

En 1949 Eugenio González llegó al Senado de la República. Allí, durante ocho años, ejerció un verdadero magisterio político. Su cultura, su elegancia en el manejo de la lengua y su visión superior de los acontecimientos hicieron de él en el Senado una de las voces más representativas de la izquierda y, desde luego, del socialismo.

Desde el Senado, y sin abandonar sus preocupaciones políticas, retornó a la Universidad, donde, en los años sesenta, llegó a ser Decano de la Facultad de Filosofía y luego Rector de la Universidad de Chile.

Murió apesadumbrado durante la dictadura militar, con su familia también destrozada por el exilio. ¡Cuánto no hubiera dado yo por haber podido escuchar sus reflexiones sobre la tragedia que vivía y vive nuestra patria! Seguramente eran reflexiones plenas de sentido y sagacidad, fruto de su gran identificación con Chile.

No fue posible reunirnos para meditar acerca de ello. Nos separaban los océanos. De su fallecimiento supe semanas después de acaecido, a través de un artículo de prensa que por casualidad llegó a mis manos.

Quizás este lugar en esta "mirada hacia atrás" sea el apropiado para hacer algunas consideraciones sobre el socialismo chileno en cuyas filas he militado desde la adolescencia y con cuyas gentes he convivido en Santiago, en provincias y ahora en el exilio. Con sus gentes de todas clases. Con sus fundadores, con sus caudillos sindicales, con sus élites intelectuales, con sus dirigentes poblacionales y campesinos, con sus cuadros profesionales y tecnocráticos y con sus líderes juveniles y universitarios. He convivido en diferentes épocas y oportunidades con toda esa abigarrada gama de chilenos de pueblo que se reconocen políticamente en el socialismo, en ese Partido cuya enseña es la silueta en blanco de nuestra América Morena estampada

en campo rojo, el color internacional de la Revolución y el Socialismo, y con un hacha indígena en su centro, delatando nuestra profundas raíces ancestrales y nacionales.

Somos un partido que caracterizamos como partido obrero y popular; revolucionario y democrático; nacional y autónomo; internacionalista y con vocación bolivariana y latinoamericanista.

Como partido, más que algo hecho y terminado somos una tarea y un proyecto de vanguardia de la Revolución Chilena, entendiendo esta vanguardia como una fuerza de origen plural y destinada a educar políticamente, organizar y conducir a las grandes mayorías nacionales al Poder en un proceso de progresiva convergencia con las otras vertientes del movimiento democrático y popular.

Pero como todas las cosas, somos y no somos eso.

Si lo fuéramos a cabalidad ya seríamos Poder y estaríamos dedicados ahora desde allí a construir la nueva sociedad a que aspiramos, la República Democrática de Trabajadores, como etapa de tránsito al socialismo desarrollado.

Pero no somos Poder y eso denuncia que también no somos todavía el Partido que queremos. No lo somos todavía, pero hacia allá caminamos, definiendo nuestra identidad y nuestro lugar en el proceso político chileno.

Somos también los socialistas, por no ser todavía plenamente el partido ideal, una familia, la familia socialista. El término no les gusta a los dogmáticos y ortodoxos que no ven la realidad que es, sino la que quieren que sea. Eso de que seamos una familia acusa alguna de nuestras carencias, pero también revela algunas de nuestras calidades y valores. Así hay que enfocar dialécticamente a nuestro partido real, al partido que somos.

Desde luego revela un valor, porque el que seamos una familia denuncia nuestra identidad propia, nuestra comunidad de ideales, los lazos de camaradería que unen a los que nos sentimos miembros de esa familia que —no sólo metafóricamente— es nuestro hogar, donde hemos reclutado nuestras amistades, y donde también nos hemos hecho de aliados y adversarios, de amigos y de enemigos. Es en nuestro Partido, entre socialistas, donde nos sentimos en familia. Y todo lo que significa que seamos eso, es un presupuesto que nos abre posibilidades, nos ofrece un destino, precisamente porque tenemos un pasado semisecular, porque tenemos una historia, tenemos

héroes y mártires, y por tener todo eso, somos. Así simplemente, somos y existimos. Somos parte y componente inesquivable e imprescindible del pueblo de Chile y de su futuro democrático y socialista.

Y nuestra familia —que trasciende las orgánicas y los límites formales— se ha abierto un amplio espacio en el escenario político chileno. Nuestro transitar y trajinar por Chile nos ha creado lo que llamamos un espacio socialista, que es de nuestra propiedad y es nuestra esfera de acción, lugar y marco en que radica nuestra familia. El término “espacio socialista” no es del agrado tampoco de los sectarios y “cabezas cuadradas”, porque ese concepto no figura en los manuales. Peor para ellos. Señal de que han tragado el marxismo, pero que no lo han digerido.

Nuestra “familia” tiene su “espacio”. Y de esta doble constatación surge un desafío: apoyarnos en nuestras profundas raíces populares y nacionales para ocupar plenamente nuestro espacio y así desarrollar nuestra fuerza y llegar a ser partido, el partido que deseamos, el partido socialista que queremos, el mejor contribuyente a la conformación de la fuerza dirigente de nuestra Revolución, fuerza que nos trasciende, pero que nos incluye y que no puede prescindir de nosotros, de nuestra presencia política ni del espacio social e ideológico que nos hemos creado.

¿Imagina algún chileno realista que pueda haber una Izquierda fuerte y unida sin nosotros, en que la Democracia Cristiana y el radicalismo limiten inmediatamente con el Partido Comunista? Imposible. Somos el nexo articulador de las fuerzas consecuentemente democráticas. Y somos también elemento insustituible de la vanguardia revolucionaria. Sin nosotros esa vanguardia tiene techo bajo, lugar estrecho, no podrá desarrollarse y será susceptible de ser marginalizada de la política concreta, para satisfacción del enemigo de clase, que eso es lo que busca. Que el actor revolucionario tenga sólo una presencia ideológica y testimonial. Como lo ha logrado hacer con la Izquierda marxista en muchos países de Occidente, aislándola en un rincón y dándose el lujo de darle libertad para que pregone en el vacío social un mensaje doctrinario que nadie entiende ni a nadie conmueve ni moviliza.

Decíamos que el socialismo chileno enfrentaba un reto: afirmarse en su existencia y sus raíces ideológicas sociales y nacionales para ocupar plenamente primero el espacio a nuestra disposi-

ción, y luego intentar ampliarlo y en ningún caso constreñirlo, ni menos aún regalárselo a nadie. Sólo así podremos cumplir nuestro rol de nexo articulador de las fuerzas democráticas y revolucionarias chilenas, rol que se desprende del lugar geométrico privilegiado en que estamos situados en el espectro político popular.

Pero la historia no espera. Los lazos familiares pueden irse aflojando hasta diluirse en la nada, y el espacio a nuestra disposición puede irse empequeñeciendo hasta desaparecer, con gran perjuicio para nuestro pueblo. O ese espacio también puede ser ocupado por falsos pretendientes que usurpen nuestra identidad y reniegan, sin confesarlo abiertamente, de nuestros principios y tradición revolucionarios, contenidos en nuestra Declaración de Principios de 1933.

Es obvio que la realidad humana que es el socialismo chileno y el escenario político a su disposición, son condición necesaria para poder llegar a ser el gran Partido que aspiramos, pero en manera alguna bastan para alcanzar esa meta. Un partido supone un suficiente grado de unidad ideológica y una organización adecuada para cumplir su rol de vanguardia. El que lo consigamos depende de nosotros, de todos los que nos reconocemos políticamente en el socialismo, de nuestra madurez, de nuestra firmeza en los principios y flexibilidad en su aplicación, de nuestra grandeza y generosidad, y de la lealtad a nuestro compromiso.

MINISTRO EN EL GOBIERNO DE IBAÑEZ

EL OCASO DEL RADICALISMO Y LA INSURGENCIA POPULISTA DEL IBAÑISMO. EL IBAÑISMO VERGONZANTE EN EL PARTIDO SOCIALISTA POPULAR. SU RETORCIDA ADHESION A LA CANDIDATURA DEL GENERAL. DESIGNADO MINISTRO DEL TRABAJO. MI GESTION MINISTERIAL: ENFRENTAMIENTOS CON LA PATRONAL. NACE LA CUT. EL CONFLICTO CON LOS YARUR. LA VISITA DEL PRESIDENTE PERON. DE NUEVO EN EL GOBIERNO, DESDE EL MINISTERIO DE MINERIA. UN INTENTO DE VENDER COBRE A LOS PAISES SOCIALISTAS. NUESTRO RETIRO DEL GOBIERNO. LA DESINTEGRACION DEL IBAÑISMO Y EL PARTIDO DEL PUEBLO. SU INUSITADA PRESENTACION EN SOCIEDAD. BALANCE DEL SEGUNDO GOBIERNO DE IBAÑEZ. ALGUNAS ANECDOTAS FINALES.

La segunda Administración Ibáñez constituye una desviación de la trayectoria general seguida desde 1932 hasta 1973 por el proceso político chileno.

Pero lo anterior sólo en un sentido, en el de que su base social y política estaba más bien constituida por el populismo inorgánico de las masas y no por los partidos políticos y sus esferas de influencia. La insurgencia del ibañismo refleja una crisis de legitimidad de los partidos, en especial del radicalismo, que durante un largo período constituyó el eje de la política nacional.

Mas no es una desviación en el sentido de un cambio en la dirección de las políticas sustentadas por los gobiernos desde 1932 en adelante. El Gobierno de Ibáñez retomó la orientación centro-izquierdista de las administraciones radicales, que fue abandonando para desviarse hacia la derecha durante la mayor parte del Gobierno de Gabriel González Videla.

La administración de este último marca el fin del ciclo de gobiernos radicales. Al final de su gestión, el desgaste producido por catorce años de indiscutido predominio en la administración del Estado, las volteretas y virajes que caracterizaron su administración —incluida la felonía política que significó la represión al Partido Comunista—, los primeros síntomas del agotamiento del modelo de desarrollo hacia adentro sustitutivo de importaciones y el empate político entre el capital y el trabajo en la pugna por repartirse los frutos del desarrollo económico, configuraron una situación política que exigía cambios en la orientación del Estado. Cambios hacia la derecha o hacia la izquierda, pero cambios de todas maneras. Y, sobre todo, cambios en la conducción Política, porque el radicalismo estaba tocando fondo en el descenso de su prestigio y hasta de su legitimidad como eje del sistema político.

En el supuesto caso de que para suceder a González Videla se hubieran enfrentado la derecha y la izquierda, con el radicalismo como tercer postulante, la victoria habría correspondido a la derecha. La izquierda estaba deteriorada por la represión al Partido Comunista y por la división del socialismo. Y el radicalismo, está claro, no tenía posibilidad alguna de mantenerse en el poder. La reacción antiradical de las masas era incontenible. Recordemos la consigna que voceaban los trabajadores en sus paros y protestas, reclamando por las alzas de precios y solicitando aumento de sus remuneraciones: “El Partido Radical es vergüenza nacional”.

Pero las cosas no se dieron de esa manera. En el proceso político chileno se introdujo un factor imprevisto, ajeno al sistema de partidos y de alianzas tradicionales: Ibáñez y el ibañismo. No es mi propósito filosofar ahora acerca de este apasionante tema, sólo diré algunas palabras para caracterizar el sentido de la irrupción arrasadora del ibañismo en 1952.

El país —y con ello quiero expresar la media de la opinión pública—, después del agotamiento del radicalismo, percibido como símbolo de los arreglines y componendas entre los partidos para cautelar sus intereses, de sus vacilaciones, traiciones e inconsecuencias, quería un gobierno fuerte, honesto y realizador que se pusiera al servicio de los intereses populares. Quería un gobierno antimperialista y antioligárquico, aunque ajeno a todo extremismo que, por lo demás, no se visualizaba entonces como una amenaza al orden establecido.

Indiscutiblemente, quien mejor podía encarnar esos valores era el General Ibáñez. Su tradicional animadversión contra la oligarquía, fenómeno más de piel que de otra cosa, que había constituido uno de los rasgos de su anterior administración, y a la que no perdonaba haber sido agente decisivo de su deposición, lo llevaba a hacer un discurso político de contenido antiderechista. Su inveterada hostilidad hacia la partidocracia, cristalizada en la politiquería radical, y la sensación de fuerza y autoridad que emanaba de su persona, lo hacían proclive a ganarse la adhesión de la clase media independiente y de vastos sectores populares antigobiernistas que no reconocían filas en los deteriorados partidos Socialista y Comunista y que, todavía inmersos en la cultura política de antaño, de origen rural, tendían a buscar, como tantas veces ha ocurrido en América Latina, un hombre fuerte que pudiera imponer el orden e impartir justicia.

Alrededor de Ibáñez fue configurándose una base de apoyo nacional-populista. Los antecedentes de su primera administración advertían el peligro de que su gobierno pudiera degenerar en un autoritarismo de derecha, e incluso en una abierta dictadura. Pero, por otra parte, era evidente que Ibáñez quería ahora relegitimarse como demócrata y borrar la imagen represiva de su primer gobierno. Fue así como en su programa presidencial ofreció derogar la legislación anticomunista, contenida en la llamada Ley de Defensa de la Democracia, y terminar con el régimen de proscripciones políticas e ideológicas que había impuesto González Videla.

Mucha gente de izquierda intuía que la única manera de parar a la derecha en sus intentos por recuperar el poder era Ibáñez, pero sólo algunos pocos se atrevían a decirlo y proclamarlo abiertamente.

Al comienzo, en el seno del Partido Socialista, Ibáñez y el ibañismo eran malas palabras. Los antiguos militantes, sobre todo, no se habían olvidado de la fase represiva de su primera Administración. Pero, de manera natural, cada vez con más frecuencia, en los corrillos y encuentros informales de compañeros surgían voces, aisladas al comienzo, y con el tiempo cada vez más numerosas, que planteaban la posibilidad de que nuestro Partido Socialista Popular apoyara a Ibáñez. Seguramente en ello influían las opiniones de sus vecinos o compañeros de trabajo sin partido, los que paulatinamente iban inclinándose en favor de Ibáñez. Era éste un fenómeno que expresaba la tendencia de la mentalidad tradicional a seguir a un caudillo u hombre providencial.

Tomás Chadwick fue el primer dirigente nacional del Partido que rompió el fuego y se atrevió a levantar el tabú, proponiendo se estudiara la posibilidad de apoyar la candidatura de Ibáñez. Con rapidez esa proposición fue ganando adeptos en la directiva. Eugenio González, Oscar Waiss, Alejandro Chelén y yo mismo, entre otros, fuimos tomando posiciones en favor de la postulación de Ibáñez. Ampuero y sus amigos más próximos vacilaban, era un “plato muy fuerte” que los socialistas apoyaran al ex dictador. En su gran mayoría, la base del Partido fue alineándose en favor de Ibáñez; el problema lo constituían los cuadros medios —profesionales e intelectuales de formación liberaloide—, muchos de los cuales consideraban la adhesión a la candidatura del general como un renuncio oportunista inaceptable.

Para tomar una decisión debió convocarse a un Pleno Nacional en la ciudad de Temuco. Tomé bajo mi responsabilidad la tarea de defender el apoyo del Partido a la candidatura de Ibáñez, y creo que ésa fue la mejor intervención política de toda mi vida. Sinceramente, pienso que mi argumentación fue suficientemente convincente. La pugna se ganó casi sin resistencias, porque quienes no pensaban como nosotros no atinaron a organizarse ni a ofrecer otra alternativa mejor y más viable. En su esencia, mi alegato fue sencillo. No podía discutirse que la mayoría del pueblo trabajador era ibañista; esa masa no tenía orientación ni ideas claras y nosotros debíamos tratar de dárselas, aprovechando nuestra estructura orgánica y nuestro nivel político e ideológico. Por lo menos teníamos la posibilidad de desarrollarnos y crecer como partido, asumiendo un papel de dirigencia en la campaña electoral; tendríamos la oportunidad de dejar de ser un partido relativamente pequeño (como lo éramos a la sazón) y de convertirnos nuevamente en un gran Partido. Nuestra influencia —unida a la de los demás sectores de izquierda que estaban pronunciándose por Ibáñez en el Partido Democrático, en el propio radicalismo disidente y entre los independientes de avanzada— podía determinar que las potencialidades progresistas de su candidatura fueran las predominantes, sobre todo tomando en cuenta su arraigo popular. Así podríamos darle continuidad al desarrollo democrático del país, bajo un nuevo liderazgo que sustituyera el del desgastado radicalismo oficialista. Si aquello no fuese posible y los sectores derechos que acompañaban su candidatura terminaban imponiéndose, no perdíamos nada. De todas maneras, habríamos fortalecido el

Partido y el movimiento popular al concientizar a la masa ibañista y, de paso, evitar un retorno de la oligarquía tradicional al poder, en gloria y majestad. Por otra parte, debíamos tener presente la experiencia argentina, en la cual la obstinada oposición al populismo peronista por parte de los partidos de izquierda había terminado por separarlos y antagonizarlos con la mayoría del pueblo, dejando el paso libre para que una dirigencia sindical oportunista y desclasada se apoderara del movimiento obrero, convirtiendo a socialistas y comunistas en grupos marginales sin ningún respaldo entre el pueblo y la clase obrera.

No me arrepiento de las posiciones que defendí en aquella ocasión. En definitiva, será la historia la que diga si aquél fue o no un paso acertado, tomando en cuenta el momento y el contexto en el cual se dio. Lo que sucedió después fue harina de otro costal.

Aunque la enorme mayoría del Comité Central contribuyó con su voto a decidir el apoyo a Ibáñez, la verdad es que una parte significativa de esa mayoría —y hasta creo que inclusive el Secretario General, Raúl Ampuero— adoptó esa actitud sin internalizar las razones de fondo que nos habían llevado a Eugenio González y a mí, entre otros, a sostener esa posición. Concibieron ese paso como un mero oportunismo político, del cual el Partido como tal sólo podría sacar dividendos electorales. Y no se trataba de eso, sino de una ambiciosa empresa destinada a enraizar el Partido en la masa ibañista; se trataba de aprovechar su disposición combativa y su repudio al status imperante y su decepción y rebeldía frente al régimen anterior, para configurar un gran movimiento popular nacional en el que la izquierda, y en especial el Partido, podría ejercer hegemonía, para luego convertirse en una alternativa popular de masas. En otras palabras, significaba romper el equilibrio entre la derecha y la izquierda tradicionales en un proceso en el cual esta última se convertiría en vanguardia de la inmensa mayoría popular que apoyaba a Ibáñez, arrastrando incluso a importantes sectores de las clases medias proclives al ibañismo. Pero esto requería un estilo resuelto, decidido y audaz de nuestra conducción política. Era preciso tomar la punta en el proceso, sobre todo a nivel del pueblo, ya que por el lado de las cúpulas políticas aquello era muy difícil.

Mas no ocurrió así. El apoyo a Ibáñez se hizo en forma vergonzante, como pidiendo disculpas y dando explicaciones, a medias tintas, sin intuir la esencia de la operación política que se pretendía emprender. Esto se vio reflejado en la forma en que se materializó e hizo pública nuestra adhesión a su candidatura. Fue algo digno de Ripley que refleja claramente por qué la operación, si bien no resultó negativa ni para el Partido ni para la Izquierda, estuvo lejos de arrojar los frutos esperados.

Las cosas sucedieron así. El Partido, que adhirió al final a la candidatura —primer paso en falso, después de los democráticos del pueblo, de los agrarios laboristas y de los radicales doctrinarios—, decidió que Ibáñez le enviara una carta solicitando su apoyo sobre la base de los planteamientos contenidos en ella. Así se hizo. Ibáñez envió la carta, pero nuestro Comité Central no la estimó satisfactoria. Entonces, fui yo en representación del Partido a visitar a Guillermo del Pedregal, quien lucía de jefe político de la candidatura, para hacerle presente los reparos que nos merecía la carta y las enmiendas que estimábamos deberían hacerse. “Muy bien”, me expresó don Guillermo. “Haremos otra carta tomando en cuenta sus observaciones”. A los pocos días llegó la segunda carta con las correcciones pertinentes. Pero ocurrió algo insólito, el Comité Central tampoco aceptó esta segunda versión modificada y me recomendó conversar nuevamente con don Guillermo para hacerle presente nuestros nuevos reparos. Confieso que ya en esa segunda entrevista me sentía bastante inconfortable. Pero don Guillermo, sin alarmarse, me dijo: “Bueno, la única solución para no continuar con estos ‘dimes y diretes’ es que ustedes redacten la carta tal como la quieren y el General la firme”. Y así se hizo. Nuestra Dirección redactó la carta y se la llevé a don Guillermo. Sin ninguna modificación, a las pocas horas la carta, suscrita por Ibáñez, estaba en nuestro poder.

Pero sucedió lo más increíble del mundo. El Comité Central se manifestó disconforme incluso con el texto que él mismo había redactado. Volví donde don Guillermo sin saber cómo explicarle lo inexplicable. “Veo que ustedes los socialistas son gente difícil”, me dijo Del Pedregal. “Bueno”, añadió, “ya veremos cómo arreglamos este asunto”. Y, efectivamente, todo se solucionó cuando en un almuerzo político al que asistía el General un orador socialista anunció nuestra adhesión a su candidatura. El grotresco incidente de las cartas demuestra cómo se manejaron las cosas, y es un indicador de un estilo polí-

tico que explica por qué no pudimos colocarnos a la vanguardia del movimiento ibañista de masas.

Desde el comienzo quedamos consagrados como partido problemático y complicado a los ojos de Ibáñez, de los partidos que lo apoyaban y, sobre todo, para el círculo de íntimos que lo rodeaba, que con ello encontró argumentos para indisponernos con el General. Y razón no les faltaba...

A todo esto, y durante la campaña, quienes no conocían al candidato (que eran los más) se interrogaban acerca de la enigmática personalidad de Ibáñez. No se sabía qué puntos calzaba y cuáles eran sus íntimas convicciones, si es que las tenía y, en su defecto, hacia dónde lo llevaba su instinto político, que nadie negaba lo poseía en grado sumo. Alguien interrogó un día a Eugenio González, quien tenía una vieja amistad con el General, acerca de qué opinaba de la inteligencia de Ibáñez. Don Eugenio, muy a su manera, contestó seriamente: “Se trata de algo complejo. Sobre esa materia, los tratadistas discuten y la jurisprudencia vacila”. Después de haber conocido algo a Ibáñez, creo que la respuesta de don Eugenio, que dejó estupefacto a su interlocutor, es la última palabra que puede decirse al respecto.

Bajo el alero del ibañismo se cobijaron gentes de las más diferentes procedencias. Una parte del nacionalismo de derecha, encabezado por Jorge Prat, cuyo medio de expresión era la revista “Estanquero”, optó por su candidatura en la creencia de que su gravitación como grupo en el futuro gobierno podría permitirles implementar su proyecto político y sustentarlo a nivel social en la enorme popularidad del candidato, al margen y en contra de los partidos de izquierda que también lo apoyaban. Otro sector nacionalista de derecha, en el que influía de manera determinante Sergio Onofre Jarpa, prefirió aliarse con liberales y conservadores, adhiriendo a la candidatura derechista de Arturo Matte Larraín.

Otro segmento del amplio arco ibañista estaba constituido por el heterogéneo conjunto de fuerzas reunidas coyunturalmente en el Partido Agrario Laborista. Allí estaban representados los agricultores de la zona sur, elementos nacionalistas progresistas, así como una nueva promoción de audaces políticos que pretendían realizar en Chile

algo semejante al intento que en la Argentina llevaba a cabo Perón: crear y fortalecer una nueva burguesía nacional desligada de la oligarquía nacional que, aliada con el movimiento obrero y popular y bajo la mediación de un Estado fuerte e interventor, podría proseguir la dirección inicial de los gobiernos radicales bajo otra conducción política. Quizás Rafael Tarud fue el mejor exponente de esta tendencia.

También estaba presente el populismo ibañista, sin apellidos, primario en sus concepciones, pero atrevido e insolente, con un lenguaje demagógicamente antioligárquico. María de la Cruz, excelente oradora y líder de las mujeres ibañistas, y Mamerto Figueroa, sencillote y populachero, pueden considerarse como sus mejores representantes. A ellos se ligaron sectores marginales de la izquierda, algunos inclusive de extracción trotskista.

Por otro lado estaban los ibañistas “históricos”, químicamente puros, sobrevivientes de los que fueron sus colaboradores en su primera administración, en su gran mayoría ex militares de rudimentario y tosco nivel político, quienes sólo aspiraban a obtener posiciones de poder y granjerías burocráticas.

Por último, acompañaron también a Ibáñez dos pequeños partidos de izquierda, los radicales doctrinarios y los demócratas del pueblo, además del nuestro, que era el más fuerte, el Partido Socialista Popular. A este sector se sumaban algunas prestigiosas personalidades independientes de la izquierda como Guillermo del Pedregal y Aníbal Jara.

Total, se trataba de un conjunto bastante heterogéneo, que, sin embargo, compartía algunos importantes valores comunes muy internalizados en las masas y de carácter nacional populista, los cuales, a juicio de algunos socialistas, eran susceptibles de ser aprovechados y orientados hacia objetivos avanzados y progresistas. Estos objetivos debería hacerlos suyo el nuevo gobierno, relegitimándose así la izquierda en el seno de las masas y rompiéndose el empate social a que había conducido el agotamiento del radicalismo, en un sentido favorable a las fuerzas populares.

El sector de la izquierda que no compartía esa visión de las cosas, agrupado fundamentalmente alrededor del Partido Comunista, prefirió hacer un saludo a la bandera levantando la candidatura de Salvador Allende. Aunque sus resultados electorales fueron magros, esa agrupación política —el Frente del Pueblo— fue el cimiento prin-

cipal en el que después se apoyó el Frente de Acción Popular (FRAP), sostenido por la alianza entre los socialistas unidos y el Partido Comunista y, a su vez, fue el antecedente de la futura Unidad Popular (UP).

Durante la campaña electoral integré la comitiva del candidato en diversas giras por las provincias. Dos de aquéllas merecen recordarse.

Acompañé al General Ibáñez en su visita a las provincias de Llanquihue y Osorno, zona de Chile que yo conocía sólo muy superficialmente. Como se trata de una de las regiones más bellas del país por sus selvas, lagos y ríos, fue aquella gira para mí instructiva e inolvidable. También porque pude tomar contacto directo con la población chilena de origen alemán, que en su gran mayoría se pronunciaba por la candidatura de Ibáñez. No faltaban en ella resabios del nazismo. En Llanquihue se había rebautizado un pueblito con el nombre de “Nueva Branau”, en recuerdo del lugar de nacimiento de Adolfo Hitler. En Frutillar, a las orillas del lago Llanquihue, vi por primera vez a un auténtico huasito chileno hablando en la lengua de Goethe y de Schiller, en el mesón de un bar de propiedad de algún “deutsch-chilene” de la región.

Pero lo más insólito fue la proclamación del candidato en un lugarejo denominado “Estación Llanquihue”. Se efectuó allí un almuerzo multitudinario en que los oradores se expresaron en alemán. Tocó la casualidad de que en representación del Partido Agrario Laborista se hallaba allí Julio von Mühlenbrock, quien domina el alemán tan bien como el castellano. Y por parte nuestra, de los socialistas populares, nos representaba en primer rango Federico Klein, hijo de inmigrantes alemanes de Cautín, y fundador del Partido, para quien también el lenguaje germano no tenía misterios.

Un poco en broma y un poco en serio, Ibáñez sugirió que quien hablara en su nombre lo hiciera en alemán, ofreciéndole la palabra a Julio von Mühlenbrock. Este aceptó el reto y se dirigió a la concurrencia en ese idioma.

Luego le correspondía hablar a nuestro camarada Klein, que, estimulado por el ejemplo de quien le antecedió en el uso de la pala-

bra, lo imitó pronunciando un apasionado discurso, como acostumbraba, también en alemán, en nombre del "Sozialistische Volkspartei Chiles". Y para no desentonar, quien debía hablar por los ibañistas del lugar, un ciudadano de extracción netamente criolla, balbuceó también su intervención en aquel idioma que si no dominaba, al menos le bastaba para darse a entender ante un público que en su gran mayoría algo barruntaba de la lengua germana. No creo que haya otro precedente en la historia política de Chile de un acto de esa naturaleza en que se haya usado un idioma extranjero.

La otra gira electoral con Ibáñez que recuerdo especialmente es la efectuada en la costa de la provincia de Santiago, donde ésta linda con Colchagua. Si la recuerdo es porque entonces conocí el legendario pueblecito de Alhué, una verdadera joyita de muestra de lo que era una aldea chilena en siglos pasados y desconocida para casi la totalidad de nuestros compatriotas. Su arbolada plaza rodeada por los cuatro costados de antiguos caserones con amplios corredores, todo en pequeño y bien cuidado, conservando el estilo de las casas de campo coloniales, le imprimen al pueblo un encanto singular.

A pesar de no estar lejos de la capital, es un lugar casi inaccesible, rodeado de cerros abruptos y sin comunicación expedita por ninguna parte. Por razones históricas, Alhué continuaba entonces y creo que hasta ahora, siendo una plaza fuerte socialista. Conocí allí a su líder, o mejor dicho, caudillo o cacique, el entonces famoso Lolo Solís, un huaso bien puesto, hecho y derecho, cuya palabra era ley entre los campesinos que confiaban en él absolutamente. Allí por los años cuarenta se dio el extraordinario caso que la totalidad de los cinco regidores de la comuna fueron socialistas, con el Lolo como Alcalde a su cabeza. Alhué, si es que no lo ha sido hasta ahora, debiera declararse "monumento nacional" y dejarlo tal como está, como fidedigno testigo del Chile campesino y pueblerino que se fue.

Creo que mi hermano Manuel anduvo no hace mucho por esos terruños y fue acogido con especial cariño y afecto por los campesinos del lugar, que conservan hasta ahora su corazón socialista.

Si no hubiera sido por haber acompañado a Ibáñez en esa visita, seguramente jamás habría conocido ese inaudito rincón de Chile, enquistado entre ariscas montañas, a pocos kilómetros de Santiago.

Retomando el hilo de los acontecimientos, debo decir que a través de todas estas giras acompañando a Ibáñez hicimos con él "buenas migas" y me tomó cierto afecto personal. Una vez triunfante por aplastante mayoría, me designó Ministro del Trabajo, como único representante socialista en el Gabinete. Me acompañó como Subsecretario, a propuesta mía, el abogado socialista, entonces, Fernando Morales Balcells.

A decir verdad, yo no era abogado laboralista y la principal razón de mi nombramiento en esa cartera seguramente fueron mis vinculaciones con el movimiento sindical, por intermediación del Partido. Me estrené en el Ministerio con dos conflictos sociales mayúsculos. Uno en la Fábrica de Cemento Melón de La Calera, una de las mayores de Chile; y el otro, de los empleados de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones de Puente Alto, empresa dirigida y cautelada como "la niña de sus ojos" por Jorge Alessandri. Creo que éste era a la sazón presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), que agrupa gremialmente al empresariado nacional.

En ese entonces el país todavía experimentaba los efectos positivos del "boom" económico mundial de la posguerra, y el amplio proteccionismo del que gozaba la industria nacional daba cierto margen para el mejoramiento de las remuneraciones. Por otra parte, mi propósito era inaugurar un nuevo estilo de trabajo en el Ministerio con la dirigencia sindical, de manera que los sindicatos no vieran en el Ministro un árbitro sino un aliado que, de común acuerdo con ellos, buscara fórmulas de arreglo justas y razonables para imponerlas a la parte patronal, de modo que los trabajadores se sintieran apoyados por el Gobierno. De acuerdo con ese criterio resolví el conflicto de Cemento Melón. El fallo fue estimado una victoria contundente para los obreros, lo cual dio margen a que se creara un ambiente de confianza y de amistad entre el Ministro y la dirigencia sindical, que era uno de los objetivos que buscaba. Al terminar el conflicto, la directiva sindical, que "no se quedaba con chicas", me ofreció una manifestación; más que eso, organizó una celebración del triunfo que se prolongó por varios días, en diversas quintas y lugares de recreo de esa parte del Valle del Aconcagua, uno de los parajes más hermosos y feraces de Chile. Aunque un tanto exageradas, aquellas festividades, a las que se invitó a dirigentes sindicales de otras ramas de la producción, constituyeron un buen augurio para mi gestión ministerial.

El conflicto de la Papelera resultó más difícil de resolver. Era

la primera vez que esa empresa se veía amenazada por una huelga de empleados, y Alessandri no era proclive a las concesiones cuando creía que la razón estaba de su parte. Como no se avenía a aceptar la fórmula propuesta por el Ministerio, le adelanté que si persistía en su negativa, estaba dispuesto a despojarlo de la dirección de la empresa interviniendo la Papelera y nombrando un Administrador para que se hiciera cargo de la gestión de la compañía, sobre la base de las facultades de que disponía el Gobierno en virtud de los decretos-leyes dictados durante la efímera República Socialista de 1932, que todavía estaban en vigencia.

La intervención de la Papelera y el arrebatarse a Alessandri la administración de su empresa favorita, obra fundamentalmente suya, habría constituido un hecho de inmensa repercusión nacional, tanto en lo político como en lo social. Felizmente, en este caso contaba con el respaldo del Presidente quien, como se sabe, no era precisamente amigo de los Alessandri, sino todo lo contrario. Por último, Alessandri cedió y, como me lo dijo personalmente, sólo lo hizo por el funesto precedente que sentaría la intervención de la Papelera en los inicios del nuevo gobierno, y las alarmantes consecuencias que tendría la medida para el empresariado nacional. Pero, en todo esto, quedó en claro una cosa: que el Gobierno, en la decisiva área bajo mi responsabilidad, era el que mandaba, y que consideraba esos conflictos sociales desde el punto de vista de la clase trabajadora y no con la óptica convencional.

La intervención que no llegó a concretarse en el caso de la Papelera, sí se produjo en tres grandes empresas o grupos de empresas, también de enorme importancia. En vista de la negativa patronal a aceptar las proposiciones gubernamentales de arreglo, en razón de que las huelgas en aquellas empresas producían un gran daño al país, procedí a intervenir nada menos que el mineral de Potrerillos —hoy El Salvador—, designando como interventor al Intendente de Atacama, integrante del círculo íntimo de Ibáñez. Luego, por razones similares, intervine la poderosa empresa monopólica, la Compañía de Cervecerías Unidas, cuyo gerente, Benjamín Aguirre, era uno de los más connotados dirigentes de los industriales chilenos y, con el espanto de la Compañía, nombré como interventor a un dirigente sindical. Como también una huelga de panificadores amenazaba con dejar sin pan a la ciudad, intervine el conjunto de las empresas del

ramo, agrupadas en una especie de cartel, designando también como interventor de las mismas a otro conocido dirigente sindical.

Estas actitudes gubernativas no tenían precedente en la historia laboral del país, pero se trataba precisamente de eso, de iniciar desde el Ministerio del Trabajo una conducta de nuevo tipo, de terminar en este plano con el “empate social” y de definir el impasse en favor de los trabajadores. No tanto para satisfacer todas sus demandas que, como de costumbre, se planteaban con el “tejo pasado”, sino para ir responsabilizándolos también en la gestión de las empresas entregando a sus dirigentes sindicales la ardua tarea de administrarlas con la asesoría, es claro, de equipos técnicos de gobierno o de equipos que debían constituir los propios sindicatos para garantizar el mínimo de eficiencia en el manejo de la empresa, que le permitiera funcionar con relativa normalidad.

Más de alguien podría pensar que en esta manera de actuar de mi parte había una gran irresponsabilidad, por el riesgo económico que se corría al tomar estas medidas y el perjuicio social y político que podían acarrear sus consecuencias. Eso es cierto en la medida que se concibe la acción de un gobierno como la de simple administrador de la sociedad y del Estado, que no era mi caso, ni debería ser el de ningún socialista en situación de poder. El socialismo no ha nacido para administrar la sociedad capitalista, sino para transformarla. La presencia socialista en algún gobierno tiene pues por objeto fundamental contribuir a esa transformación, o por lo menos estimular ese proceso o ponerlo en marcha. Pero, eso sí, con un límite, que constituye la contrapartida de lo anterior: que esa política transformadora, destinada a arrebatar los centros de decisión a los usufructuarios del orden social, no favorezca la ruptura de la legalidad democrática por parte de las fuerzas reaccionarias ni lesione la eficacia del proceso económico hasta el extremo de hacer imposible su funcionamiento y su finalidad de proveer de bienes y servicios a la población en condiciones relativamente normales, lo que crearía condiciones políticas favorables a la contrarrevolución.

De la misma manera en que la contrarrevolución —como lo demuestra la experiencia de la dictadura militar chilena— tiene un elevado costo social, un proceso de transformación social tiene también un inevitable costo económico. Esto es imposible de evitar. Lo importante es que ese costo no deteriore la economía al extremo de producir efectos políticos y sociales que comprometan la estabilidad

y la prosecución del proceso transformador y que, por el lado político, la mayor fuerza y conciencia del movimiento de masas que con ello se consiga mejore a la postre la correlación de fuerzas, de manera de hacer cada vez más viable la continuidad y profundización del proyecto revolucionario.

Pero alguien podría sostener que esa lógica política tiene sentido cuando las fuerzas y partidos revolucionarios tienen el control, por lo menos, del Gobierno; no era el caso en un régimen como el de Ibáñez, donde el predominio de los intereses y del pensamiento burgués eran, lejos, los preponderantes. Pero tampoco es así. La experiencia histórica lo demuestra.

En el caso argentino, por ejemplo, cuando Perón inició desde la Secretaría de Trabajo y Previsión su ofensiva populista y de redistribución del ingreso nacional en beneficio de los obreros, era absoluta minoría en un gobierno incluso más conservador que el de Ibáñez. Pero el movimiento de masas que desencadenó, adquirió tal vigor que, una vez depuesto y arrestado gracias a la presión del ala reaccionaria del Gobierno, la demanda popular logró que se le pusiera en libertad, y Perón regresó al Gobierno con más poder que antes.

Está claro que el caso de Perón no era el nuestro, pero nosotros teníamos una ventaja: al menos un partido con organización nacional, líderes prestigiosos como Raúl Ampuero, Eugenio González, Aniceto Rodríguez y Salomón Corbalán e influencia sindical, la que habría permitido desencadenar, en torno a la agitación producida en el mundo del trabajo por la acción del Ministerio, un poderoso movimiento de masas con una gran proyección política nacional.

Pero ello no ocurrió así por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque como ya se dijo gran parte de la dirigencia partidaria no se compenetró de la estrategia política planteada, defendida y puesta en ejecución por mí, y sólo vio en la "operación Ibáñez" una maniobra oportunista para sacar dividendos electorales. Y en segundo lugar, porque por una desgraciada coincidencia, durante el período en que desde el Ministerio se enfrentaba directamente a la clase patronal y se entregaba a la propia dirigencia sindical responsabilidades en la gestión de empresas claves en el conjunto de la economía nacional, durante ese período el país y en especial su clase política estaban dedicados ciento por ciento a la campaña electoral parlamentaria de marzo de 1953, en la que eran candidatos a diputados y senadores la

plana mayor completa del Partido, desde el Secretario General hasta los mejores líderes políticos regionales, pasando por la mayoría de los miembros del Comité Central. En consecuencia lo que ocurría en el mundo del trabajo para ellos era secundario y marginal. Por esa razón, la propia dirección del Partido no funcionaba de manera regular; en su mayor parte, sus miembros se concentraban en provincias, en plena campaña electoral, y en consecuencia, no estaban ni en ánimo ni en condiciones de profundizar, planear e implementar una estrategia de movilización de masas como la que era posible promover en las condiciones que se habían creado.

Incluso Ibáñez, con su mentalidad populista, nacionalista y autoritaria, no puso reparo alguno a la arremetida contra la Anaconda, dueña del mineral de Potrerillos, y de otras empresas que él percibía controladas por círculos oligárquicos que le hacían cerrada oposición.

Pero si bien la clase política de la izquierda, e incluso la dirigencia del Partido Socialista Popular, prestó poca atención a lo que pasaba en el ámbito de los conflictos sociales, la actitud del movimiento sindical no fue la misma. Al mes de estar en el Ministerio, mis relaciones con los dirigentes obreros eran excelentes, inclusive con los dirigentes sindicales comunistas y hasta anarcosindicalistas (que todavía existían), quienes no habían sido partidarios del candidato triunfante. Esto quedó en claro cuando al pedirme el Presidente la renuncia a mi cargo, la directiva de la recién constituida Central Unica de Trabajadores (CUT) acudió a mi despacho proponiéndome declarar una huelga general de protesta y solidaridad con el Ministro. Pero esos días eran los de los comicios electorales y, como era previsible, el Partido había obtenido una resonante victoria y toda la clase política estaba más preocupada del recuento de los votos y de las disputas en el Tribunal Calificador de Elecciones que de planear y organizar huelgas y paros. La lógica electoralista primó por sobre la lógica política.

De esa época data el conocimiento y mi amistad con muchos dirigentes laborales de ese tiempo, como Clotario Blest, Héctor Olivares, Elías Mallea, Manuel Hormazábal, Isidoro Godoy, Ernesto Miranda, Leandro Moreno, Avelino Aguilar, Manuel Ovalle y tantos otros, de distintas tiendas políticas y orientaciones ideológicas, la

mayoría de los cuales ha fallecido ya, pero de los que conservo imborrable recuerdo.

La razón por la que Ibáñez, a mediados de marzo de 1953, me pidió sorpresivamente la renuncia fue un episodio relativamente secundario en relación con la entidad de los conflictos e intervenciones gubernativas a las que he hecho referencia.

Resulta que en algunas industrias textiles como la de la familia Yarur, durante años los patrones se habían dado maña para evitar la formación de sindicatos legales, acudiendo a toda clase de subterfugios y, sobre todo, prohijando la creación de asociaciones obreras informales que contaban con el apoyo de los patrones. Siguiendo la línea general del Ministerio, a petición de grupos obreros de la Industria Yarur, las autoridades del trabajo iniciaron el procedimiento destinado a constituir un sindicato con todas las de la ley. De inmediato, los Yarur llegaron al gabinete presidencial. Eran muy amigos de Ibáñez y habían sido fervientes partidarios de su candidatura en las elecciones recientes. Informaron al Presidente que agitadores comunistas, bajo el amparo de la Dirección General del Trabajo, estaban “revolviendo el gallinero” en su industria, entorpeciendo la idílica paz que allí imperaba.

El Presidente —amigo de sus amigos, como político criollo que era— montó en cólera e hizo responsables de estos hechos a las autoridades subalternas del Ministerio, en especial al Director General del Trabajo, un personaje socialista para él desconocido y de quien presumía que por su cuenta y riesgo estaba promoviendo artificialmente conflictos y dificultades. A juicio del Presidente, el maligno Director General del Trabajo, supuesto promotor de la agitación obrera, era, con seguridad, un extremista peligroso, y yo era el responsable por haberlo nombrado, o al menos por no haber objetado su designación, propuesta por el Partido.

Todo aquello era una pura fantasía. El Director General del Trabajo era un pacífico e inocuo ciudadano, militante del Partido, catedrático de Derecho Laboral en la Universidad de Chile, y si tenía condiciones de profesor, de ninguna manera las tenía para dirigir un servicio público tan complejo y conflictivo como esa Dirección

General. Además, el referido profesor, a quien, a través de una torpe e inconsulta decisión del Partido, se ofreció ese cargo, fue el primer sorprendido con su designación. De naturaleza débil y enfermiza, al poco tiempo de hacerse cargo de sus funciones sufrió un ataque de apoplejía que lo tuvo a las puertas de la muerte, manteniéndolo durante meses alejado de su puesto. Según los médicos, su enfermedad fue producto de las preocupaciones y problemas que se le crearon en el desempeño de su cargo, cuyas responsabilidades superaban con mucho su capacidad de resistencia física y psíquica.

Naturalmente, el Presidente pidió también la renuncia al flamante Director General, pero se encontró con que no podía removerlo pues estaba protegido por el fuero de estabilidad funcionaria mientras se encontrara con licencia médica. Como la enfermedad duró muchísimo, durante largos meses Ibáñez no pudo desprenderse de este peligroso agitador que, por inocencia o malignidad, el Partido había colocado en tan decisiva función pública. Pero, más aún, el Presidente creyó que la dolencia del Director General era sólo un pretexto para mantenerse en el cargo y que no existía tal enfermedad.

El incidente tuvo, pues, sus ribetes cómicos. Obsesionado por la imposibilidad legal que tenía para remover al perverso funcionario, causante y promotor, a su juicio, de los conflictos sociales que se producían en el país, hasta en discursos públicos Ibáñez las embistió en contra del inocente y sosegado catedrático, que no “quebraba un huevo”, como decimos los chilenos; y también en contra de la legislación previsional vigente, que hacía posible que un culpable funcionario, incompetente y mal intencionado, permaneciera atornillado en el cargo argumentando, según él, una imaginaria enfermedad.

Ibáñez creyó realmente que el responsable de los conflictos sociales durante mi gestión ministerial era el enfermizo Director General y no yo. Lo anterior queda demostrado por el hecho que, cuando pocos meses después de lo sucedido me ofreció la cartera de Minería, en el momento de jurar el cargo, el Presidente se dirigió expresamente a mí, congratulándose de que regresara al Gabinete, pero advirtiéndome que me preocupara que no me “pasaran gatos por liebres” en la designación de mis colaboradores, como había ocurrido con ese inescrupuloso funcionario del Trabajo “al que todavía no he podido echar, pues se ha hecho el enfermo y una ley absurda me impide exonerarlo de su cargo”.

Debo agregar a este breve recuento de algunos avatares durante mi permanencia en el primer Ministerio de Ibáñez, que fue para mí preocupación fundamental lograr la unidad del movimiento sindical a través de la constitución de la Central Unica de Trabajadores, la que vio la luz pública el 12 de febrero de 1953, a cuyo acto inaugural asistieron en representación del Gobierno el Ministro del Interior, don Guillermo del Pedregal y el Ministro del Trabajo.

Al poco tiempo de instalado el nuevo Gobierno se produjo la visita a Chile del Presidente argentino Juan Domingo Perón.

El pueblo de nuestro país lo acogió con excepcional entusiasmo. Gigantescas manifestaciones populares en Santiago y en las provincias que visitó acreditaron la simpatía que despertaba el mandatario trasandino, quien en esa época se encontraba en el cenit de su prestigio, el que muy pronto entraría a declinar irreversiblemente.

Sólo me referiré ahora a la impresión personal que me causó Perón, con quien tuve ocasión de compartir en especial durante nuestro viaje a Concepción, en el que integré el equipo de ministros que debía acompañarlo.

Esa impresión no fue buena; diría que más bien fue mala en lo que a Chile se refería. Desde luego, el Presidente argentino demostraba una increíble ignorancia en relación con los asuntos chilenos, situación más extraña aún si se considera que Perón había sido años antes Agregado Militar argentino en Chile, lo cual supone que debería haber logrado conocer algo de nuestro país. Este hecho sólo puede explicarse por el desinterés que tradicionalmente y hasta no hace mucho tiempo demostraban los argentinos hacia todo lo concerniente al resto de América Latina. Su vinculación especial con Europa y la conciencia de su mayor desarrollo económico y cultural los llevaba a volver la espalda a nuestro subcontinente y a desinteresarse por lo que sucedía inclusive en los países vecinos. Mucho de esta incompreensión y desdén hacia lo chileno lo puso en evidencia Perón cuando, durante el recorrido por tren a Concepción, la gente se aglomeraba en las estaciones para aclamarlo y, desde la plataforma, el mandatario argentino le arrojaba a puñados medallitas con su efigie y la de Eva

Perón grabada en ellas, añadiendo la palabra “pobrecitos” para referirse a las multitudes que lo aplaudían. En sus gestos había algo de conmiseración y lástima para con esa muchedumbre, con lo que reflejaba su minusvaloración de nuestro pueblo. Aquello, como era explicable, nos provocaba a los chilenos que lo acompañábamos una sensación de molestia y desagrado que no sé si el afectado alcanzaría a percibir.

Pasados algunos meses volví al Ministerio, a la cartera de Minería, en ese gabinete donde, junto a Felipe Herrera en Hacienda y a Enrique Monti en Trabajo, constituimos el equipo del Partido Socialista Popular; tuve en primer lugar que preocuparme de la dictación de la ley orgánica de ese Ministerio, que recién se creaba.

Otro motivo especial de atención fue entregar al Estado la supervisión y control de la gran minería del cobre extranjera que, hasta entonces, escapaba a toda tuición o intervención por parte del Estado.

Para comenzar (había que irse pasito a pasito), extendí las funciones contraloras de la Superintendencia del Salitre a la minería del cobre, la que pasó a denominarse Superintendencia del Cobre y el Salitre y constituyó el antecedente de lo que más tarde fue la Corporación del Cobre, a cuyo usufructo y administración fue entregada la gran minería extranjera de este metal, luego de su nacionalización, durante el Gobierno de la Unidad Popular.

Un grave problema que se suscitó durante mi gestión en ese Ministerio se originó por la congelación del precio de compra del metal rojo por parte de los adquirentes estadounidenses y occidentales en general.

Como el asunto revestía gran importancia para Chile, decidí proponer al Gobierno, con el apoyo de algunos otros ministros, especialmente los titulares de Economía y Agricultura, Rafael Tarud y Alejandro Hales, respectivamente, que intentáramos colocar el metal en el mercado de los países socialistas, en especial en la URSS, en la esperanza de obtener una mejor cotización. Al comienzo, Ibáñez dio luz verde para la operación, lo cual implicaba desconocer o desahuciar convenios existentes con los Estados Unidos, quienes definían el cobre como material estratégico y nos impedían venderlo a los

países socialistas. Me decidí a desafiar esa prohibición y entramos en tratos con intermediarios que responsablemente identificamos como los agentes autorizados de la URSS para este tipo de negocios. Tuvi- mos varias conversaciones con el empresario extranjero facultado para concertar estos acuerdos. Mientras tanto, crecía la resistencia en el seno del Gobierno para seguir adelante en esa negociación, por temor a entrar en conflicto con los Estados Unidos y las compañías norteamericanas dueñas de las minas. Amparado por los enunciados programáticos de la plataforma presidencial de Ibáñez, defendí con ardor mis puntos de vista. Al mismo tiempo, muchos intereses polí- ticos y económicos se movían en sentido contrario. En definitiva, triunfaron estos últimos. Tuvieron más fuerza que nosotros. Pero lo inusitado del asunto fue la forma cómo expresó el Presidente su decisión final. Después de una reunión de Gabinete y cuando ya nos levantábamos de nuestras sillas para retirarnos, Ibáñez nos dijo: “Es- pérense un poquito. Tengo que decirles una cosa, en especial al Mi- nistro de Minería. Se acabó eso de las negociaciones con los rusos para la venta de cobre. No hay tal intermediario confiable por parte de ellos. El señor X no los representa, es sólo un impostor. Según me ha informado el Director de Investigaciones, se trata no de un hombre de negocios responsable sino de un cuatrero de Linares, que ha lle- gado hasta a robar gran cantidad de animales a mi primo fulano de tal, agricultor de la región”. Obviamente, no abandoné la sala y es- peré hasta quedarme solo con el Presidente. Quería señalarle el des- propósito que significaba la razón que aducía para terminar nuestras gestiones. Le entregué los antecedentes de nuestro interlocutor co- mercial, los que acreditaban su representatividad e idoneidad desde todo punto de vista. Todo fue inútil. Para el Presidente, nuestra con- traparte en las negociaciones era un cuatrero de Linares y no había quién le sacara de la cabeza tan absurda suposición.

¿Qué habría detrás de todo esto? ¿Qué pensaba en realidad Ibáñez al respecto? Misterio. Sobre su personalidad y sus actuaciones era y es difícil pronunciarse, porque en cuanto a cómo era en reali- dad el Presidente, continúa siendo válido lo expresado por Eugenio González: “sobre esa materia, los tratadistas discuten y la jurispru- dencia vacila”.

Pero lo extraño es que ese infundio, a fuerza de difundirlo el Presidente y quién sabe cuáles de sus amigos, comenzó a tomar visos de realidad ante terceros. En efecto, al hacer entrega de la cartera de

Minería a mi sucesor, el abogado agrariolaborista Pedro Foncea, tam- bién partidario acérrimo del vender sin condicionamientos políticos, me manifestó que yo le dejaba una pesada y negativa herencia para lograr materializar sus propósitos. “Porque”, me dijo, “ocurrírseles tratar tan decisivos asuntos con un cuatrero de Linares...”. Debí deshacerme en explicaciones para desmentir aquel mito y tranquilizar al bueno de don Pedro.

A los pocos meses se había resuelto en el Senado tratar en sesión especial el asunto de las ventas de cobre. El Senador Humberto Mar- tones fue a hablar conmigo para informarse acerca de lo que yo sabía de ello. Pero comenzó diciéndome: “Nuestra causa se encuentra en condición muy vulnerable después del disparate que cometiste al confundir al representante de los compradores soviéticos con un cuatrero de Linares. Con ello se debilita mucho nuestro alegato”. Lo mismo que con don Pedro Foncea, tuve que decirle una vez más cómo habían ocurrido los hechos y poder desmentir así esa grotesca patraña que incluso nuestros propios compañeros la tenían como una verdad.

En una elección extraordinaria a senador por Santiago triunfó el candidato opositor frente al ibañismo dividido entre un exponente de su sector populista y Pedro Foncea, quien recibió el apoyo de los partidos de gobierno, entre ellos, el nuestro. Esa derrota determinó el abandono del Socialismo Popular de sus responsabilidades guberna- tivas, y desde ese momento nuestro Partido asumió una actitud de independencia frente al Ejecutivo.

Esa derrota determinó también un comienzo de desintegración del Partido Agrario Laborista, heterogéneo conglomerado que había sido el principal sustento político del Gobierno, pero que por su carácter policlasista estaba sujeto a fuertes tensiones internas.

Uno de los grupos políticos que emergió del fraccionamiento del agrariolaborismo fue el llamado Partido del Pueblo, encabezado y liderado por un hábil político de extracción nacionalista pero de una marcada connotación de izquierda, el ya mencionado Pedro Foncea. En un gesto unitario, Foncea quiso invitar al acto de presentación en sociedad de su flamante Partido, en el Teatro Miraflores, a los re-

presentantes de los partidos de izquierda y los socialistas populares me designaron a mí para que acudiera en nombre del Partido. Allí sucedió un insólito acontecimiento que no puedo dejar de registrar en estas páginas de remembranzas del pasado.

Tras presentar y definir a su partido, Pedro Foncea ofreció el uso de la palabra a los voceros de las distintas fuerzas y personalidades de la izquierda allí presentes. Entre estos últimos estaba el afa- mado jurista y profesor universitario, humanista de renombre e inge- nioso y punzante polemista, Carlos Vicuña Fuentes. Yo lo recordaba no sólo por accidentales encuentros en conciliábulos políticos o en los Tribunales, sino también por un singular debate en la Cámara de Diputados, del que fue protagonista y he conservado en la memoria, pues revela la arrogancia intelectual del prestigioso jurista. Vicuña Fuentes hacía en esa ocasión uso de la palabra cuando un diputado de otras filas le solicitó una interrupción. Con prepotencia, éste le contestó: "Siempre que no sea para decir una ineptia, se la con- cedo". El diputado solicitante hizo sus observaciones, no muy afortu- nadas, por cierto, y Vicuña Fuentes, mirando con desprecio al autor de la interrupción y dirigiéndose con voz tronante a la mesa, espetó la siguiente frase: "Lo que me temía, señor Presidente".

Bueno, tras esta anécdota, regresemos a nuestra reunión inaugu- ral del Partido del Pueblo. Cuando, al final Pedro Foncea ofreció la palabra a Carlos Vicuña, éste se apoderó del micrófono y expresó más o menos lo siguiente: "Uno de los grandes males que afligen al país, que desorganizan la vida política y hacen imposible un correc- to funcionamiento de la democracia es la proliferación de partidos políticos artificiales, sin un programa claro ni una ideología definida, como es precisamente el caso de este Partido del Pueblo que ahora pretende engrosar el ya abundante repertorio de partidos que no tie- nen razón de ser y que sólo reflejan personalismos o situaciones co- yunturales. Por eso, pido a la concurrencia que se levante de sus asientos y que, como un tributo a la Democracia y un homenaje a la Razón, entonemos todos la Canción Nacional y, con ello, exprese- mos nuestra voluntad de que se disuelva al nacer el Partido del Pueblo y se elimine así un factor más de confusión y caos en la política chi- lena".

Es imposible describir la sorpresa y perplejidad de los asistentes ante semejante requisitoria. En especial la de los organizadores del acto y de su líder, Pedro Foncea. Nadie atinaba a cómo responder al

desafío de las palabras de Carlos Vicuña, quien luego se retiró de la reunión, dejando a los que permanecieron sumidos en el más patético de los desconciertos. Lo demás, lo dejo a la imaginación del lector. El Partido del Pueblo logró, a pesar de todo, subsistir durante algún tiempo, "a medio morir saltando", hasta que desapareció como tan- tos otros de precaria existencia y discutible justificación.

Esta no es la ocasión para hacer un balance de la segunda Admi- nistración de Ibáñez, pero hay algunas cosas en que ya la historia ha dado su veredicto. El proyecto político estratégico de integrar la izquierda tradicional con el populismo ibañista para proseguir y pro- fundizar el proceso de democratización y de desarrollo económico del país sobre la base de una racional planificación económica promo- vida por un Estado fuerte, realizador y modernizado, fracasó en lo esencial. Se registraron iniciativas aisladas, orientadas en esa dirección: el Banco del Estado, la Superintendencia del Cobre y del Salitre, el Ministerio de Minería, etcétera. Pero, por otra parte, no se produjo la temida regresión dictatorial del Gobierno y éste se mantuvo dentro de los marcos democráticos e institucionales. Y por el contrario, dos grandes iniciativas de orden político fortalecieron nuestra democra- cia: la primera fue la derogación de la ley represiva anticomunista dic- tada por González Videla, restableciéndose así la convivencia demo- crática pluralista, gravemente afectada por la mencionada legislación liberticida. La segunda iniciativa fue una nueva ley electoral que perfec- cionó y saneó el procedimiento para designar democráticamente a las autoridades, desterrando de las prácticas electorales el cohecho. Algunas tímidas leyes sociales favorables al campesinado no lograron alcanzar la profundidad deseada y constituyeron sólo el preludio de lo que en ese terreno se avanzaría en las administraciones posteriores.

Pero, en lo básico, la estructura socioeconómica del país quedó indemne. La presencia de la misión Klein-Sacks, de clara orientación liberal, invitada por el Gobierno para asesorar su equipo económico, era una clara muestra de la incapacidad de éste de romper por la iz- quierda el impasse político social en que se encontraba el país, y un preanuncio de que la derecha se aprestaba a intentar, por la vía del retorno al liberalismo económico, una salida a la problemática nacio- nal. Una especie de anticipo de los "Chicago boys".

La pérdida de influencia que experimentaron los partidos tradicionales, en especial los de derecha, durante su administración, fue sólo un paréntesis temporal. A través de la candidatura presidencial de su sucesor, Jorge Alessandri, esos partidos volvieron a expresarse con todo su poderío.

Pero, paralelamente, el movimiento popular también avanzó en fuerza y unidad, polarizándose claramente la opinión pública al final del régimen entre los partidos de la restauración derechista y las fuerzas de izquierda, ahora conducidas por socialistas y comunistas, y engrosadas por los restos del ibañismo de posiciones progresistas. El centro político —la Democracia Cristiana en ascenso y el radicalismo en declinación— dejó de ser por un tiempo el eje del proceso político nacional.

Abandoné el Gobierno de Ibáñez conservando, a pesar de todo, un buen recuerdo y una imagen positiva del Presidente. Quizás haya influido en ello lo poco o mucho de mentalidad “huasa” que ambos compartíamos, lo cual nos facilitaba la comunicación sobre la base de ciertos valores comunes, no tanto políticos, que en este terreno no eran muchas nuestras coincidencias, sino más bien en cuanto a criterios para apreciar la vida y a los hombres y para reaccionar frente a ellos.

El natural bonachón y campechano de Ibáñez, su paternalismo tradicional y su sentido del humor quizá se reflejen en las siguientes anécdotas con las que quiero cerrar el capítulo.

A veces Ibáñez, cuando se juntaban en su despacho amigos de su confianza, solía conversar con ellos sobre asuntos que le preocupaban y les pedía su opinión.

En una ocasión, había quedado vacante el Ministerio de Agricultura y, aprovechando la presencia de varios ministros y colaboradores, les preguntó acerca de quién podría desempeñar ese cargo. Acababa de producirse una escandalera —muy orquestada por la derecha— porque el Instituto Nacional de Comercio (INACO) había hecho una importación de camionetas para uso de los agricultores. Aprovechándose de sus cargos, los consejeros de esa entidad estatal se habían adjudicado, dándose preferencia, la correspondiente

camioneta. Entre quienes habían adquirido una estaba el Vicepresidente de INACO, agricultor y primo del Presidente, Hernán Bustamante del Campo.

Contestando la pregunta del General, uno de los contertulios le sugirió que la persona indicada para el Ministerio de Agricultura, por su experiencia en los negocios agrícolas y la confianza que él presumía tenía Ibáñez en su pariente, era precisamente Hernán Bustamante. Ibáñez levantó la cabeza, reflexionó algunos segundos, y luego, sonriente y con un tono malicioso, respondió: “No, ese no. Los que tocan camioneta no tocan Ministerio”.

Un periodista amigo que acompañó al General Ibáñez en una visita a nuestras provincias nortinas me contó lo siguiente. En una conferencia de prensa en Arica, a la que asistieron varios periodistas bolivianos, uno de ellos le preguntó al Presidente: “¿Cuál es la posición de su gobierno frente a la aspiración de los bolivianos a tener un puerto propio?”. Aparentemente desconcertado, Ibáñez meditó algunos instantes y contestó, simulando gran extrañeza frente a la pregunta: “Señor periodista, pero, ¿para qué quieren tener un puerto si no tienen mar?”. La inusitada respuesta paralogizó al periodista y nadie insistió en abordar el espinudo tema.

Cuando se discutía frente a Ibáñez la cuestión que ya mencioné sobre la posibilidad de que Chile vendiera cobre a la URSS, desconociendo ciertos convenios con los Estados Unidos, un apasionado adversario de esta operación le hizo presente al Primer Mandatario que tal decisión iba a originar un agudísimo conflicto de Chile con el poderoso país del norte. “Bueno”, le habría dicho el Presidente, burlándose un poco del furibundo alegato de su interlocutor, “por la alarma con que usted ve la situación, esa decisión nuestra podría hasta hacer que los yanquis nos declararan la guerra. Pero, ¿y si la ganamos?”.

**EN LA UNIVERSIDAD Y EN EL DIARIO
*ULTIMA HORA***

INGRESO COMO DOCENTE A LA UNIVERSIDAD EN LA ESCUELA DE MEDICINA VETERINARIA. EN LA ESCUELA DE CIENCIAS POLITICAS Y ADMINISTRATIVAS Y EN LA ESCUELA DE SOCIOLOGIA. DOS ESCUELAS SOCIOLOGICAS DE MODA: EL ESTRUCTURALISMO Y LA TEORIA DE LA DEPENDENCIA. EN LA EDITORIAL UNIVERSITARIA Y LA COLECCION *AMERICA NUESTRA*. UN LIBRO DE MALA SUERTE. MI AMISTAD CON ARTURO MATTE ALESSANDRI. INCORPORACION AL DIARIO *ULTIMA HORA*. IMPORTANCIA Y PAPEL QUE DESEMPEÑO ESTE ROTATIVO. *PANORAMA ECONOMICO* Y *PANORAMA POLITICO*.

A todo esto, la absorbente dedicación a la política que conllevaban las tareas gubernativas y las responsabilidades políticas que fui asumiendo progresivamente en el Partido, hicieron imposible mi desarrollo profesional como abogado, lo cual, por lo demás, no me satisfacía en mi fuero interno.

En ese período se me abrieron las puertas a la docencia en la universidad, más compatible con los ajetreos políticos que el ejercicio profesional y mucho más acorde con mis intereses y vocaciones personales.

Mi primera responsabilidad como docente en la Universidad de Chile fue algo estrambótica en el sentido exacto del término. Felipe Herrera —quien ya se había dedicado a los estudios económicos—, requerido por otras ocupaciones docentes más importantes, tuvo que abandonar al poco tiempo la cátedra de Economía Rural que desempeñaba en la Escuela de Medicina Veterinaria y, sabedor de mis vinculaciones personales con las actividades agropecuarias, me recomendó para que lo sucediera en ese cargo.

Mi carrera universitaria como profesor se inició pues en la Escuela de Medicina Veterinaria. Desempeñé la mencionada cátedra durante unos largos veinte años, hasta el momento en que juzgué que, entre las generaciones de profesionales que habían hecho estudios de postgrado en temas conexos a la economía pecuaria, era posible encontrar personas más idóneos que yo para desempeñarse en esas labores.

A menudo hacía mis clases en una sala recubierta de gráficos que describían pezuñas sanas y enfermas de toda clase de caballos, era el aula de la cátedra de Podopatología y Arte de Herrar, dictada por un militar de caballería.

Mi presencia en esa Escuela fue, como es explicable, marginal. Sin embargo, no dejaron de ocurrirme allí cosas pintorescas. Una vez, las sociedades de agricultores, los industriales de cecinas y la Facultad de Ciencias Pecuarias y Medicina Veterinaria de la Universidad de Chile —que ése era el pomposo nombre del reducto universitario que me acogía en sus aulas— se propusieron patrocinar la realización de las Primeras Jornadas Nacionales del Cerdo. A mis colegas profesores se les ocurrió la peregrina idea de que yo debería representar a la Universidad en la Comisión Organizadora de ese evento, al que se atribuía gran importancia para el desarrollo de la ganadería porcina y de las agroindustrias correspondientes en Chile. Pese a mis resistencias, me vi presionado para integrar esa Comisión junto a los más conspicuos representantes del ambiente porcícola chileno. Nos reuníamos semanalmente en el Club de Carabineros, en la calle Dieciocho. Los carabineros estaban vinculados a estos asuntos pecuarios dada su condición de importantes usuarios de la ganadería caballar. Allí tuve una de las escasas oportunidades de mi vida de toparme con gente de uniforme.

A la mencionada Comisión se le ocurrió otra peregrina idea: que fuera yo quien inaugurara con un discurso solemne las Primeras Jornadas Nacionales del Cerdo. Inútiles resultaron nuevamente mis excusas. Debí prepararme especialmente para ello porque, a pesar de todo, mis conocimientos sobre el mundo de los cerdos eran bastante precarios en relación con las exigencias de ése que debería ser un discurso trascendente, destinado a marcar una época en la historia de la ganadería y de la industria porcina en Chile. Y había que hacerlo bien. Recuerdo que uno o dos días antes de mi intervención en la sesión inaugural de las jornadas teníamos una reunión muy impor-

tante del Comité Central y no podía dejar de asistir. Todavía no había asimilado bien las complejas fórmulas de conversión de los alimentos en proteína que caracterizan la fisiología del cerdo, ni otras precisiones semejantes. En consecuencia, llevé a la reunión del Comité Central algunos voluminosos libros de zootecnia para aprovechar mi tiempo. Tan absorto estaba en aquellos asuntos porcinos y tan ausente de la discusión política que se desarrollaba en el seno de nuestra dirección, que de repente Raúl Ampuero, quien presidía la sesión, me increpó duramente por la falta de atención que prestaba a lo que se debatía, interrogándome, además, acerca de qué estaba leyendo que me hacía abstraerme completamente del apasionante problema político que nos ocupaba en esos momentos. Cuando le respondí que estaba estudiando el metabolismo del nitrógeno en los puercos, porque me apresaba a pronunciar al día siguiente una significativa intervención al respecto en la inauguración de las Primeras Jornadas Nacionales del Cerdo, nuestro buen Raúl y el resto de los compañeros creyeron que me había vuelto loco. Mis inocentes camaradas ignoraban esta oculta y exótica dimensión zootécnica y pecuaria de mis preocupaciones intelectuales.

Pero, como decía, estos afanes eran para mí secundarios y, si los menciono, es porque constituyeron mi primera actividad docente universitaria.

Pasado algún tiempo, el profesor Rubén Oyarzún me ofreció la cátedra de Introducción a las Ciencias Sociales en la Escuela de Ciencias Políticas y Administrativas, donde fui profesor paralelo de Jaime Castillo y Máximo Pacheco.

Más adelante, mi amigo Manuel Zamorano, Director de la Escuela de Sociología, me invitó a integrar el plantel docente de ese establecimiento. Allí, entre muchos otros, fueron mis alumnos Germán Correa y Ricardo Núñez, hoy políticos que hacen noticia en Chile. Me especialicé en ciencias políticas y sociología del subdesarrollo, y luego me presenté y gané un concurso para una cátedra en la primera de esas disciplinas, recién creada, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Después, también hice clases de Ciencias Políticas en la Escuela de Derecho, en la de Economía y en los cursos de posgrado de Escolatina.

En cuanto a mis investigaciones en el campo de la ciencia política, me interesó en especial la teoría general del poder y algunas de sus expresiones más importantes como el liderazgo y la correlación

entre la coacción y el consenso en el marco del poder político. A mi juicio, ambos aspectos están desarrollados de manera insuficiente en la teoría marxista del Estado y ameritan de los estudiosos en estas materias reflexiones más profundas. Desgraciadamente, la vida me ha impedido producir algún escrito que valga la pena, que consigne el resultado de estas preocupaciones. Estos han sido meros apuntes de clases.

Así, pues, las labores en la universidad se convirtieron en mi quehacer fundamental desde todo punto de vista. La docencia y la investigación no sólo me satisfacían plenamente, sino que a su vez me permitieron aprender, ampliar y profundizar mis conocimientos en un área muy ligada a mi actividad pública.

La tumultuosa Reforma Universitaria de finales de los años sesenta me sorprendió en la dirección de la Escuela de Sociología. El medio estudiantil en ese plantel era a la sazón, creo, el más singular de la Universidad. Los que allí acudían por esos años, lo hacían, más que para estudiar ciencias sociales, movidos por un difuso e inmaduro afán de jugar algún papel en algo así como la gesta del Che Guevara en Bolivia, o la revuelta de los estudiantes parisinos de mayo de 1968. Querían hacer de nuestra Facultad en Chile algo así como lo que fue la Sierra Maestra para la Revolución Cubana. Se dejaban crecer barba y melena, usaban manta en vez de abrigo y fumaban pipa en lugar de cigarrillos. Preferían sentarse en el suelo y no en las sillas. Era un mundo extravagante y alienado. Mucha pasión e idealismo pero poca racionalidad y sensatez. Sin embargo, por lo menos en la Facultad de Filosofía, lograron renovar anquilosadas estructuras y abrir paso a un vivificante aunque inorgánico cambio en aspectos fundamentales de la vida universitaria.

Durante este período, y robándole tiempo al tiempo, escribí **Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria**, un libro de carácter teórico en el cual trato de explicar el desarrollo de la “práctica teórica” —como diría Althusser— dentro del movimiento revolucionario, como producto de la lucha contra las desviaciones empíricas de derecha, e idealistas de izquierda. El libro es de índole filosófica y está escrito en un alto nivel de abstracción. Me pareció necesario abordar así esa temática, al observar desde mi mirador de la Di-

rección de la Escuela de Sociología cómo un sector de los científicos sociales chilenos se veía influido por la sociología empírica norteamericana y no lograba trascender el plano de los datos y de las apariencias; mientras otros se ubicaban en posiciones “de principio”, en una consideración abstracta e idealizada de la realidad, cayendo en el error opuesto de confundir la esencia de las cosas con la forma cómo éstas se manifiestan en la realidad, en desmedro de esta última, lo que explica el divorcio de la izquierda “ideologizante” con la política concreta y con las fuerzas y energías reales disponibles para constituir un eficaz agente transformador de la sociedad.

El libro tuvo mala suerte. Apareció pocos días antes del golpe militar y, como era previsible dado el tema y el autor, su circulación se hizo imposible.

En México fue editado por el Fondo de Cultura Económica durante mi exilio en ese país. La edición se agotó, pero el libro es prácticamente desconocido en Chile.

Estar en la Dirección de la Escuela de Sociología lo exponía a uno a toda clase de intempestivos e imprevistos desafíos, desde el tener que participar en el esclarecimiento de lo ocurrido en el famoso Plan Camelot, a través del cual la CIA quería meter la nariz en las investigaciones sociológicas chilenas, hasta tener que representar a la sociología académica en la Directiva de la Sociedad Chilena de Sexología Antropológica. Si aludo a esto último es porque mi presencia allí estuvo a punto de mezclarme con otra aventura diversionista.

En efecto, en aquella sociedad, cuya alma era el doctor Osvaldo Quijada y en la cual se realizaba una interesante labor científica, para mí muy atrayente por mi ignorancia en esa nueva y promisoría disciplina, se les ocurrió organizar un curso para preparar Consultores Matrimoniales, novedosa profesión surgida por las necesidades de la vida moderna. Cuando se presentó el proyecto del curso, quedé atónito al escuchar que mi nombre figuraba en el plantel de profesores del mismo. Pero, en este caso, recordando el lío en el cual me vi envuelto por entrometerme en la organización de las Jornadas Nacionales del Cerdo, me negué rotundamente a convertirme en profesor de los futuros consultores matrimoniales. Mi argumentación fue más

convinciente que otras veces, y quizás el haber puesto énfasis en lo ridículo y absurdo que resultaba que un ignaro y recién llegado al ambiente de esas disciplinas se convirtiera en profesor de los cursos, logró desactivar a los promotores de mi designación. Corté así de raíz lo que pudo ser una extravagante experiencia. Pero ya no estaba en edad para seguir haciendo experimentos con mi vida y continuar dispersándome en las más diversas y disímiles actividades.

En sociología, como en todo, también existe la manía de las modas. Mientras trabajaba en la Escuela de Sociología estaban de moda furiosa en los ámbitos académicos del marxismo latinoamericano dos novedades, independientes entre sí. Una, de origen europeo, la llamada escuela “estructuralista”, formada alrededor de Louis Althusser y sus seguidores, Rancière, Balilar y Poulanzas, entre otros. La otra, de procedencia estrictamente latinoamericana, representada principalmente por Rui Mauro Marini, Theotonio Dos Santos y por el cientista social estadounidense André Gunther Frank, la así llamada “sociología de la dependencia”.

Como modas que eran, ambas corrientes, cuyos aportes al acervo del marxismo han sido considerables y valiosos, siguieron la suerte de todas las modas. En un momento brillaron y deslumbraron. Muchos creían ver en ellas la última palabra, pero luego, con el tiempo, fueron perdiendo atracción y fuerza y pasaron a ser uno de otros tantos aportes al enriquecimiento del marxismo, pero ya enjuiciados críticamente y sin trascendentalizar su importancia.

El estructuralismo significó a mi juicio un avance importante en la precisión y profundización del materialismo histórico, fundamentalmente en el aspecto de la estructura de la sociedad y de la relación entre la base socioeconómica y las formas cognoscitivas a través de las cuales los hombres y las clases toman conciencia de la situación objetiva y se comportan frente a ella. Muy significativas fueron sus contribuciones a la precisión conceptual y terminológica y a la metodología para el análisis de la realidad social. No comparto, sin embargo, algunos aspectos de su concepción de las “ideologías”. Creo que hay algo de positivismo científico en ellos que se corresponde, a mi entender, con una insuficiente asimilación de la dialéctica objetiva como realidad, y de la dialéctica subjetiva como meto-

dología en el proceso del pensar. En otras palabras, creo que el estructuralismo tiene debilidades en sus supuestos filosóficos. Muchas de estas carencias fueron después reconocidas por el propio Althusser en sus escritos últimos.

Destacada discípula de Althusser es nuestra compatriota Marta Harnecker, cuyo libro, **Los elementos fundamentales del Materialismo Histórico**, ha sido “best seller” en este género de obras y ha servido de texto de educación política a miles de jóvenes latinoamericanos.

La “sociología de la dependencia” como teoría explicativa del subdesarrollo, apuntando correctamente a la interrelación que existe entre el desarrollo en los países metropolitanos y el subdesarrollo en los países atrasados, exagera, a mi juicio, esta relación hasta el extremo de hacer del atraso un mero producto de la dependencia, sin reparar en que lo primitivo de la estructura económica de los países atrasados es una situación de hecho preexistente y no provocada por la acción de las economías centrales. El atraso es el telón de fondo sobre el cual ejerce su impacto deformador y esterilizante la relación de dependencia.

Siguiendo la línea de pensamiento de esta corriente se llega, por último, a la conclusión errónea de hacer de la contradicción entre las economías centrales capitalistas y la periferia dependiente de ella la contradicción fundamental de nuestra época.

Y eso no es así. El antagonismo entre centro y periferia es una de las formas en que se manifiesta la contradicción fundamental entre capital y trabajo, capitalismo y socialismo. Antagonismo que puede tornarse más agudo en determinada situación, pero que no es en sí el núcleo esencialmente conflictivo de la sociedad contemporánea.

Ahora, ambas escuelas han pasado de moda y personalmente creo que todavía no se ha llegado a establecer seriamente la parte de verdad que ambas encierran y que enriquecen el marxismo, como asimismo las insuficiencias de que ellas adolecen y que relativizan su contribución al avance del pensamiento revolucionario

Mis años de intensa labor universitaria coincidieron con una incursión en el periodismo a través de mi incorporación al diario **Las Noticias de Última Hora**.

Aquello fue consecuencia de mi estrecha amistad con Arturo Matte Alessandri, copropietario, con Aníbal Pinto, de ese importante rotativo vespertino que en esos años, *mutatis mutandi*, desempeñó para la izquierda el papel que **El Mercurio** cumplía en la derecha.

A Arturo Matte lo conocía desde la infancia en el Liceo Alemán. Después de muchos años nos reencontramos en nuestros comunes afanes en la política universitaria. Simpatizamos y, desde entonces hasta su prematura muerte, mantuvimos un permanente y fraternal diálogo intelectual y político, jalonado por acuerdos y desacuerdos, iniciativas comunes y agudas divergencias.

De grandes condiciones empresariales, imaginación y creatividad, Arturo Matte se entregó durante años al desarrollo de la Editorial Universitaria, entidad asociada a la Universidad de Chile, algo así como su brazo en el mundo de la edición y difusión de los libros requeridos por el estudiantado universitario.

Arturo me llamó a colaborar con él en la editorial cuando ideó publicar una colección de libros destinados a abordar los grandes temas de la realidad latinoamericana. Estuvimos de acuerdo en bautizar la flamante colección con el título “América Nuestra” y en caracterizar sus libros por el estampado en la portada de la silueta geográfica de nuestro subcontinente.

Pensé que las ediciones debían iniciarse con una obra chilena y el libro con el cual quise inaugurar la colección fue una reedición de la obra de Francisco Antonio Encina, **Nuestra inferioridad económica**, la que no se había reimpresso desde que apareció, a comienzos del siglo, por lo que era una curiosidad bibliográfica. El hecho de que esta obra de Encina constituya la primera reflexión crítica sobre la decadencia económica y social de Chile, que paradójicamente se manifestaba en los momentos del auge de la explotación del salitre y de una aparente pero precaria prosperidad, me llevó a tomar aquella opción. La historia de la llamada “República parlamentaria”, posterior a la guerra civil de 1891, estaba por hacerse y era, a mi juicio, un vacío indispensable de llenar¹. Esta obra, como **Raza chilena**, de

¹ A mediados del segundo decenio del siglo, Francisco Antonio Encina, junto con Alberto Edwards, Guillermo Subercaseaux, Luis Galdámez, Rafael Monta-

Nicolás Palacios, y **Sinceridad**, del doctor Valdés Canje², constituyen una trilogía de libros que intentan, allá por los años del Centenario, hacer filosofía de Chile, y que apuntan a señalar los pies de barro en que se cimentaba la sociedad oligárquica chilena y a develar sus injusticias, fealdades y contradicciones. Preferí la obra de Encina a las otras dos por ser ésta menos fantástica que la de Palacios y menos ideologizada y negativamente contestataria que la del doctor Valdés Canje. Se centra en un hecho fundamental: la ausencia en Chile de una burguesía nacional e industrial que pudo haber sacado provecho para el país de la prosperidad salitrera, la que nos “farreamos” importando artículos suntuarios, comprando armamentos y dedicándonos a la especulación.

La segunda obra que se publicó fue la primera edición chilena de los **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, de José Carlos Mariátegui, libro prácticamente desconocido en Chile y sobre el cual existe consenso en considerarlo como uno de los primeros y más importantes intentos por aplicar la metodología histórica marxista, con un sentido creador, al análisis de la realidad de un país latinoamericano.

El tercer libro que editamos en “América Nuestra”, inédito hasta entonces, fue el interesante ensayo histórico-sociológico del escritor, periodista y político boliviano Augusto Céspedes, **El dictador suicida**. En él se analizan los orígenes de lo que fue más tarde la Revolución Boliviana de 1952, a través de la historia de la Presidencia del General Busch, en la que ya se advierten los primeros síntomas de lo que iba a ser la más profunda y ambiciosa empresa revolucionaria latinoamericana, después de la Revolución Mexicana y antes de la epopeya de Fidel Castro.

ner, Armando Jaramillo y otros, crearon un Partido Nacionalista que expresaba la disidencia dentro de la oligarquía con el infecundo liberalismo económico de la época parlamentaria, y que reclamaba un fuerte impulso promovido por el Estado a las actividades productivas, especialmente a la industria nacional. El intento se frustró, y abortó así en Chile la posibilidad de la existencia de una fuerza política identificada que promoviera los intereses de una burguesía nacional y productiva.

² Doctor Valdés Canje era el pseudónimo del perspicaz y agudo crítico del régimen de la oligarquía liberal, el profesor Alejandro Venegas, quien en su obra devela las miserias e injusticias que se escondían detrás de la aparente prosperidad nacional en la época del Centenario.

Después editamos **La isla fascinante**, del escritor y político dominicano Juan Bosch, donde éste desata toda su admiración y cariño hacia Cuba, destacando las particularidades históricas y geográficas del país, con el rico lenguaje y la exhuberante imaginación que le son característicos.

Pero quedémonos aquí con lo de la colección “América Nuestra” y volvamos a lo de mi incorporación a **Ultima Hora**.

Matte y Aníbal Pinto habían comprado ese diario —ya de vasto tiraje e influencia política—, y se proponían hacer de él la expresión periodística de la “inteligentzia” de izquierda, recogiendo de manera pluralista lo que pudiera encontrarse de valioso en ese ambiente, abandonando un tanto el carácter sensacionalista y panfletario del periódico para darle mayor seriedad y poder así acrecentar su aporte constructivo al pensamiento izquierdista.

Aníbal Pinto, como nuevo director del diario, en buena parte —yo diría en lo fundamental— consiguió ese objetivo. Bajo su conducción, el diario alcanzó sus más altos tirajes y su influencia se hizo notar en la opinión pública no sólo a través de su página editorial, a la que se invitó a colaborar a los más preclaros dirigentes políticos, economistas y periodistas de izquierda, sino también a través de sus crónicas políticas —las más agudas y penetrantes de esos años—, en las que desempeñaron un papel clave Fernando Murillo y después Mario Díaz, Augusto Olivares, Luis Rodríguez y Carlos Jorquera.

Arturo y Aníbal eran grandes amigos y, aunque convergían en lo que ambos querían hacer del diario, divergían en cómo hacerlo. Allí chocaban sensibilidades y formaciones intelectuales diferentes. Para resolver ese problema, Matte ideó introducir a terceros en el equipo de dirección, que pudieran contribuir al consenso entre los contradictores. Y para ello me propuso ingresar al diario, comprando con facilidades una pequeña cuota de su capital, pero que me confería, al igual que a él y a Aníbal, la calidad común de copropietario de la empresa.

En **Ultima Hora** colaboré como columnista con el pseudónimo de “Bolivariano”. Tiempo después se editó un libro que contenía una selección de esos artículos, bajo el título de **Reflexiones políticas**.

Pero mi participación más importante en el periódico era la casi diaria presencia en las tertulias de las tardes que, como es habitual en los periódicos, reunían en la oficina de la dirección a periodistas, colaboradores y visitantes ocasionales o invitados para debatir la actualidad política y contribuir a orientar la línea política del vespertino. Aquellas discusiones, por demás interesantes, congregaban también a gentes del mundo de los economistas de izquierda, los que, bajo el impulso de Aníbal Pinto y de Arturo Matte, mantuvieron durante años la revista **Panorama Económico**, que fue la tribuna de la corriente estructuralista y desarrollista del pensamiento económico chileno. Por esa vía, economistas como Max Nollf, Pedro Vuskovic, Gonzalo Martner, Jaime Barrios y otros, mantenían estrecha relación con nuestro periódico. Todo esto constituía una relativa novedad dentro de la izquierda, porque hasta entonces la problemática económica nacional o no era abordada por ésta o, si lo era, se hacía de manera superficial y en un tono más agitativo que científico y objetivo.

En efecto, el movimiento popular chileno y la izquierda en las primeras fases de su desarrollo sustentaban, como era natural, un ideario programático centrado en las demandas de mayor justicia y más democracia. La problemática económica subyacente, derivada de nuestro incipiente desarrollo productivo, de nuestra dependencia del extranjero y de la rigidez de las estructuras sociales estuvo durante largo tiempo sumida en una difusa nebulosa.

La gran crisis de 1929 y su repercusión en Chile —en lo económico y en lo social— desnudó la verdadera naturaleza de nuestros males, de los cuales la injusticia y la concentración del poder en manos de los ricos eran sólo su manifestación en la superficie.

Incluso la propia campaña electoral del Frente Popular en 1938 —en una época en que ya el análisis de la crisis de los principios del decenio debería haber ampliado las perspectivas y horizontes del pensamiento de la izquierda— no asumió la realidad social que ya se estaba viviendo. Su programa, sintetizado en las demandas de “Pan, Techo y Abrigo”, muestra cómo hasta ese momento la conciencia de la izquierda continuaba marcada por su falta de preocupación por las cuestiones económicas de fondo y la índole de las transformaciones estructurales requeridas.

Fue más bien la necesidad empírica de hacer frente a las dificultades económicas originadas por la Segunda Guerra Mundial la

que obligó a la izquierda gobernante a centrar su atención en la problemática del desarrollo, en la necesidad de industrializar el país y de alcanzar lo que en ese tiempo se llamaba la “Segunda Independencia” o la “Independencia Económica de Chile”, lo que cristalizó en la creación de la Corporación de Fomento y luego de las empresas estatales en los campos de la siderurgia (Compañía de Aceros del Pacífico), la energía (Empresa Nacional de Electricidad y Empresa Nacional del Petróleo) y, en general, de la infraestructura necesaria para levantar el proyecto industrializador.

Luego, ya en la posguerra, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), bajo el liderazgo de Raúl Prebisch, ensayó con éxito la racionalización y justificación teórica del derrotero que ya en la práctica estaban recorriendo los países entonces más avanzados del subcontinente: Argentina, Brasil, Chile y México.

Comenzaron a egresar en ese tiempo los primeros titulados de las recientemente creadas escuelas universitarias de economía y a regresar a Chile los primeros jóvenes que habían ido al extranjero a estudiar esta disciplina.

Se conformó así un clima intelectual que se reflejó en la aparición de la mencionada revista **Panorama Económico**. Su difusión y repercusión en nuestra clase política, en los círculos empresariales y universitarios y en la juventud estudiosa de izquierda fueron considerables, y el contenido de sus artículos y crónicas es un fiel testimonio de lo que fue en sus inicios la introducción en Chile del pensamiento desarrollista de corte “cepaliano”.

Estimulado por el éxito de **Panorama Económico**, Arturo ideó sacar un quincenario que pretendía abordar la temática política desde una perspectiva y un nivel semejantes al de aquella revista con el nombre de **Panorama Político** y como una publicación, en este caso, de propiedad de la empresa “Ultima Hora”.

Como hombre decisivo en la nueva revista se invitó a trabajar a un exiliado dirigente aprista peruano, muy amigo nuestro, que colaboraba en **Ultima Hora**, Armando Villanueva del Campo. Villanueva ha sido después candidato presidencial del APRA y es hoy Secretario General de su Partido y Presidente del Senado peruano.

La primera edición de **Panorama Político** fue un éxito. Le tocó aparecer justo con la revuelta militar que depuso a Perón en la Argentina. Pero, desgraciadamente, los números posteriores no siguieron

la misma suerte y, por razones económicas, después del cuarto o quinto número dejó de salir.

Con el tiempo fue modificándose la composición del equipo propietario de **Ultima Hora**. Salió Aníbal Pinto y entraron José Tohá y Luis Matte Valdés, quien después sería Ministro de Vivienda durante el Gobierno del Presidente Allende. Al cuerpo directivo ingresó también Julio Silva Solar, vocero extraoficial de la izquierda de la Democracia Cristiana. Y todo esto dentro del espíritu de Arturo Matte de hacer de **Ultima Hora** un órgano realmente pluralista de izquierda que lograra superar las estrecheces partidistas, propósito que logró en gran parte, demostrando la viabilidad de acometer por las distintas tendencias progresistas una tarea común que satisficiera el interés del conjunto.

Desgraciadamente y de improviso falleció Arturo Matte, como su amigo Salomón Corbalán, en un accidente automovilístico. Ambos tenían en común un rasgo que incluso explicaba su estrecha amistad: eran hombres de acción. Como en el caso de Salomón, la desaparición de Arturo Matte fue una pérdida significativa para la izquierda chilena. Conservo de él el mejor de los recuerdos. Pocos días antes de morir, durante un verano, hicimos con nuestras respectivas familias un paseo a la laguna del río Laja, en la cordillera, de Chillán al interior. Fue, sin que lo supiéramos, nuestra despedida final.

En esos años de intensa labor académica en la Universidad de Chile, fui muchas veces invitado a dictar cursos y conferencias a otros centros universitarios del país y del extranjero.

Una vez —sería a mediados de los años sesenta—, a solicitud de su Federación de Estudiantes, fui a la Universidad de Concepción a dar una conferencia sobre algún tema que no recuerdo con precisión. Con este motivo, el Decano o el Director de la Escuela de Derecho, don Hugo Trucco, me invitó a una comida en el Club de Concepción, con un selecto grupo de la plana mayor de la universidad penquista.

Como se sabe, la Universidad de Concepción nació promovida por la masonería penquista, como un centro laico de estudios superiores fuertemente apoyado por la clase dirigente de esa zona, anticlerical y “progresista”, para usar un término convencional.

La comida me resultó muy ilustrativa para entender mejor el fenómeno que ya se estaba produciendo en ciertos sectores de la masonería y del radicalismo chilenos, sectores que a la postre, después del golpe militar, terminaron por colocarse sin ambages del lado de la dictadura. Pronto la conversación se enrumbó hacia temas de política universitaria. Allí la izquierda estudiantil encabezaba un movimiento de renovación que cuestionaba el *statu quo* universitario, aspiraba a modernizar y democratizar sus estructuras y sus métodos de estudio, a ligar más estrechamente la Universidad al quehacer nacional y regional, y a comprometerla en el proceso de transformación del país que impulsaban las fuerzas de izquierda. Obviamente, esta conducta chocaba con la mentalidad y las prácticas tradicionales imperantes en la institución. Ese movimiento contestatario incluía también sectores estudiantiles de inspiración cristiana y de tendencias avanzadas.

Los profesores penquistas se preguntaban inquietos y perplejos cómo era posible que la nueva izquierda estudiantil se hubiera colocado contra el espíritu y las autoridades de una universidad laica y racionalista, lo que para ellos era la cristalización consumada de lo que debería ser una universidad progresista. No se explicaban tampoco cómo los universitarios de izquierda podían simpatizar con experiencias sociales como la Revolución Cubana —una negación abrupta de la democracia liberal, la única democracia que ellos concebían—, y menos entendían cómo esa juventud podía hacerle el juego a tendencias políticas emparentadas con el catolicismo, que para ellos continuaba siendo la encarnación misma del oscurantismo.

Primaba en los comensales una visión decimonónica del mundo, muy influida por el positivismo filosófico, lo cual los incapacitaba para entender el comportamiento de líderes estudiantiles como un Salomón Corbalán, un Hugo Zemelman, un Miguel Enríquez, todos ellos hijos de prominentes personalidades laicas, masónicas o radicales, de cuyas ideas y obras progresistas estos jóvenes aparecían desconociendo y renegando.

Lo que perseguía el movimiento estudiantil no sólo les parecía ininteligible, sino que era percibido como una rebeldía anómica, sin causa, mero producto de la inmadurez y del inconformismo de una juventud que no sabía lo que quería y que sólo conduciría a la universidad y al país —si llegaban a influir en sus destinos— a la anarquía y al caos.

Es evidente que había más que algo de verdad en lo que afirmaban mis anfitriones, pero los rasgos del movimiento universitario en los cuales ellos reparaban no eran su aspecto principal, no constituían su contenido esencial, contenido que apuntaba a una visión de Chile —de su futuro y de la universidad— ligado a una transformación revolucionaria y socialista de nuestra patria, contenido que a los académicos se les escapaba; que no veían ni captaban, porque tampoco ellos sentían ni percibían la necesidad del cambio social en el país y en su Universidad. Para ellos, las cosas marchaban bien. No eran perfectas, había que mejorarlas, pero nada de imaginar y oponer alternativas a lo existente, porque esas alternativas no existían y sólo eran producto de mentalidades afiebradas.

Traté de darme a entender y de explicar el porqué de la rebeldía estudiantil, de su trabazón con los cambios a escala mundial en la esfera del pensamiento, de la ciencia y de la técnica, y con la crisis profunda que ya se insinuaba en el establecimiento tradicional latinoamericano. Que lo que a ellos alarmaba en esa rebeldía no era su esencia, sino sólo su forma. Y que para criticarla en sus debidos términos debían primero situarla en el contexto del contenido que quería expresar. Más que seguro que mis invitantes tampoco me entendieron, y más de alguno me habrá calificado en su interior como un ideólogo trasnochado. Pero esa larga discusión que se prolongó hasta la madrugada me ayudó mucho a comprender, después del golpe, el porqué de la traición a la democracia de no tan pocos masones y radicales, que abjuraron de lo que parecía ser la razón de su existencia: la defensa de la democracia, la justicia y la libertad. En ese cuadro se destaca en Concepción y en su Universidad, por contraste, la venerable figura del doctor Edgardo Enríquez —Rector de esa casa de estudios durante el Gobierno de la Unidad Popular—, fiel exponente de las mejores tradiciones humanistas y democráticas de la Masonería y del Radicalismo y que hoy, desde su exilio mexicano, sigue siendo un referente iluminador y renovador para aquella institución y para esa tendencia política.

Al rememorar mis visitas a los países del Río de la Plata en esos años, para dictar conferencias y cursillos sobre temas de mi especialidad, se me reavivan las imágenes de dos personas que en aquella

ocasión tuve oportunidad de conocer y que, por razones diferentes y explicables, su recuerdo ha reflatado en estos días en mi conciencia.

Una de ellas es Alicia Moreau, esposa del fundador del socialismo argentino, Juan B. Justo, que hace algunas semanas falleció en Buenos Aires a los cien años —más que una vida— y cuya existencia consagró a luchar por el bienestar de su pueblo y por el socialismo en la Argentina. Era doña Alicia modesta y puritana, como lo fueron los pioneros del socialismo rioplatense, formados espiritualmente en las austeras tradiciones y costumbres de sus antecesores europeos, en los que gravitaban fuertemente los severos hábitos anarquistas.

Alicia Moreau no desmayó un instante de su dilatada existencia en la brega por sus ideas. En ella se encarnaba una fase de la historia del movimiento obrero latinoamericano, especialmente rioplatense, cuya mirada continuaba dirigida hacia Europa, en aquellos años del auge del reformismo de la Segunda Internacional. Esa visión trasladada a nuestro continente se traducía en un socialismo liberalizante y anarcoide, para el que su misión en América Latina consistía en combatir la perversa confabulación de “La Cruz y la Espada”. Era un socialismo esencialmente anticlerical y antimilitarista.

Alicia Moreau se nutrió en su adolescencia con esas ideas, como ocurrió con toda la generación fundadora del socialismo rioplatense. No supo entender el radicalismo criollo ni a Irigoyen ni menos aún el peronismo. Pero, sin embargo, Alicia Moreau no perdió su brújula ni dejó de estar al lado de su pueblo, pese a su impermeabilidad para recoger y asimilar los ingredientes típicamente latinoamericanos y argentinos de su realidad nacional. Siguió peleando por sus ideas contra viento y marea, aunque ellas a veces fuesen disonantes con la forma en que las masas populares argentinas incidían en la vida política de su país.

Su abnegación, su estatura moral y su honestidad la fueron convirtiendo poco a poco en una personalidad que sobrepasaba los linderos partidarios, para llegar a ser una figura moral de proyección nacional que demuestra cómo los ideales humanistas del socialismo son capaces de forjar un espíritu y una voluntad indoblegables e intransigentes frente a la injusticia y a la opresión. Es oportuno destacar ahora figuras como las de Alicia Moreau de Justo, porque su vida desmiente esas novísimas y a la vez muy viejas teorías que hacen del egoísmo, del individualismo, de la búsqueda del provecho inmedia-

to y del pragmatismo cortoplacista la esencia del ser humano, todo ello biológicamente determinado. El querer construir un hombre nuevo, fundado en otra superior escala de valores es para esa ideología neoconservadora una romántica utopía, que contradice las conclusiones de la “ciencia” contemporánea³.

La vida centenaria de Alicia Moreau de Justo demuestra lo contrario. Como la del Ché Guevara y tantos otros anónimos soldados del movimiento popular, cuyo ejemplo nos infunde optimismo, fe y esperanzas en el superior destino de la humanidad. No hay en nuestra especie sólo mala levadura, también hay racionalidad, un afán de mayor equidad, voluntad y energías disponibles, las que el socialismo tiene que despertar y desplegar en provecho del Hombre. No sólo existe la legalidad del mercado, de la competencia y de la fuerza bruta; también existe en potencia y en desarrollo, abriéndose paso en áspere lucha, la legalidad de la justicia, de la libertad y del amor.

No hace mucho tiempo me encontré en Managua, con motivo de un evento de solidaridad con la patria de Rubén Darío y de Augusto César Sandino, con Raúl Sendic, el patriota y revolucionario uruguayo que acababa de salir de la prisión, después de quince años de encierro en las cárceles de su país.

Lo conocí muy joven, en Montevideo, con ocasión de unos cursos que dicté en la Universidad de la República. Era entonces un joven socialista entregado sin reservas a la causa, fervoroso admirador de la Revolución Cubana, cuyo rostro y cuya mirada, palabras y gestos reflejaban la firmeza de sus convicciones y su recia y generosa textura espiritual.

Abandonó después las filas socialistas e incorporado al Movimiento Tupamaro se dio a la tarea de organizar a los campesinos de

³ El neoconservantismo contemporáneo pretende fundamentarse en un determinismo de carácter biológico que necesariamente se reflejaría en el plano social en una diferenciación y una desigualdad irreductible entre los hombres, que sería funcional al progreso de la humanidad. Se trata de un neoconservantismo que aspira a legitimarse por la presuntamente rígida programación cromosómica de la conducta humana. Para una crítica desde el punto de vista marxista de este materialismo vulgar que cohabita paradójicamente en las mismas mentalidades conservadoras que son religiosamente fundamentalistas se puede consultar el libro *Nous ne sommes pas programmes*, de R. Lewontin, S. Rose y L. Kanin, ed. La Découverte, París, 1985.

los cañaverales del norte de su país. Allí fue detenido y encarcelado indefinidamente.

Ahora, en Nicaragua, me fue difícil reconocerlo. Sendic fue perseguido y torturado como nadie. La huella de los tormentos a que fue sometido por los guardianes de la “Suiza de América” se advertían en su cuerpo.

Pero ahí estaba. El mismo Sendic de hace veintitantos años, cuando me invitó a almorzar para gozar de esos inmensos “bifes” rioplatenses que a los chilenos nos dejaban perplejos por su tamaño y baratura. Corrían todavía los descuentos de los tiempos de la prosperidad de la República Oriental. Ahora, ese mismo Sendic era también otro, más maduro, más profundo. Pero con el mismo espíritu revolucionario de antes, decantado a través del tamiz de la cárcel y la tortura, la meditación y las reflexiones. Si los militares uruguayos quisieron destruir a un rebelde, aniquilar a un revolucionario, lo que consiguieron fue precisamente lo contrario: ayudarlo a superarse, a hacer de sí mismo un mejor combatiente por la causa de su pueblo. He leído algunas tesis donde Sendic sintetiza sus actuales puntos de vista para juzgar la situación de su patria y la fisonomía de la salida democrática avanzada que propugna. Mucho de lo que él piensa para su país es válido para Chile. No es del caso extenderse en sus actuales ideas, pero sí quiero remarcar la ausencia de sectarismo y de rencores en sus planteamientos, la misma generosidad de antes, pero ahora engrandecida y proyectada a planos superiores; la misma intransigencia en los principios, pero ahora con mayor valoración de lo que es la flexibilidad táctica. La misma fe en el futuro socialista, pero ahora con mayor conciencia de las dificultades que jalonan el derrotero hacia él.

Por esos años trabé también contacto personal en Santiago con los pocos exiliados cubanos que habían llegado a Chile huyendo o que habían sido expulsados por la dictadura de Batista. Al primero que conocí fue a René Anillo Capote, quien, con el tiempo, ha ocupado diversos cargos en el Gobierno revolucionario. Lo encontré después, durante mi exilio, en la Embajada de Cuba en Moscú y una vez más, no hace mucho, ahora como flamante Presidente de la Organización de Solidaridad con Africa, Asia y América Latina (OSPAAL).

Poco tiempo después de haber conocido a René Anillo, Lucho Rodríguez, entonces Subdirector de **Ultima Hora**, me concertó una entrevista con un alto dirigente comunista cubano que estaba de paso

por Chile. Eran los tiempos en que el Partido Socialista Popular —la denominación del partido de los comunistas cubanos— aún mantenía distancia con el Movimiento 26 de Julio, cuyo liderazgo ya estaba instalado en la Sierra Maestra, con Fidel Castro a la cabeza. El mencionado dirigente resultó ser Carlos Rafael Rodríguez, con quien sostuvimos largas pláticas en mi casa. Su cultura y perspicacia políticas me causaron profunda impresión. Hasta ese momento no había conocido otro político comunista latinoamericano que poseyera tales atributos. Me habló de la creciente convergencia entre el PSP y “los barbudos” de la montaña, por lo que no me resultó extraño —como a tantos otros sorprendió después— el proceso de unidad entre el Movimiento 26 de Julio, el PSP y el Directorio Revolucionario en las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), luego en el Partido Unido de la Revolución Socialista Cubana y, finalmente, en el Partido Comunista de Cuba.

Con Carlos Rafael hemos vuelto a encontrarnos muchas veces, en múltiples oportunidades, y nunca dejo de recordar aquella soleada mañana en que llegó a mi hogar, para mí como un ilustre desconocido, el mismo que después llegaría a ser uno de los más firmes, importantes y creativos consejeros y colaboradores de Fidel Castro. Con él suscribimos en Santiago, recién instalado el Gobierno de la Unidad Popular, el documento que restablecía las relaciones diplomáticas entre Cuba y Chile; él, en su carácter de enviado personal de Fidel a la transmisión del mando a Salvador Allende, y yo como novel Canciller chileno.

JUNTO AL PRESIDENTE ALLENDE

MIS RELACIONES PERSONALES Y POLITICAS CON ALLENDE. EL DIA DEL TRIUNFO. LA REUNION DE ECONOMISTAS DE "EL QUISCO". EL PRESIDENTE ME OFRECE LA CANCELLERIA. EN EL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES. LA ENTREVISTA CON BOUMEDIENNE. CONVERSACIONES CON CHOU EN-LAI Y UN MENSAJE AL PRESIDENTE. ALLENDE ME DESIGNA VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA. EN EL MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. LAS GELIDAS REUNIONES CON LOS ALTOS MANDOS. UNA SOLEMNE ADVERTENCIA DE ALLENDE A GENERALES Y ALMIRANTES. DOS ANECDOTAS REVELADORAS. CON LOS MILITARES CHILENOS NO HABIA NADA QUE HACER. CARLOS PRATS GONZALEZ. EL LEGADO POLITICO Y UNITARIO DE SALVADOR ALLENDE.

La primera visión que conservo de Salvador Allende es en el Hemiciclo de la Cámara de Diputados, integrando, como representante de Valparaíso, ese brillante equipo de congresales socialistas elegidos en 1937, del cual formaban parte Ricardo Latcham, César Godoy Urrutia, Julio Barrenechea, Carlos Müller y Manuel Eduardo Hubner, entre otros. Desde las tribunas presencié el estreno parlamentario de Allende, sus primeras intervenciones, en las que ya se insinuaban los rasgos posteriores de su oratoria política y de su personalidad.

Allende y yo no formábamos parte de la misma generación partidaria. Tampoco teníamos entonces amigos comunes. Yo lo miraba desde fuera, a cierta distancia, en su desempeño fuese como Ministro de Salubridad, diputado y luego senador, o como Secretario General del Partido, allá por 1941. Su imagen me lucía como la de un

hábil político, capaz de manejar con destreza las difíciles situaciones que sobrevenían en la escena política nacional o partidaria.

No recuerdo cuándo lo conocí personalmente. De seguro fue en el local del Comité Central, cuando años después comencé a concurrir a él dadas las responsabilidades que asumí tras el Congreso de Concepción, en 1946. Pero durante largo tiempo no tuvimos interlocución ni amistad. Nos movíamos en diferentes círculos partidarios. Y cuando tuvimos mayor contacto en la dirección que ambos integrábamos a principios de los años cincuenta, pronto se produjo entre nosotros un fuerte cortocircuito. Como Subsecretario General del Partido, en ausencia de Raúl Ampuero, me correspondió presidir la sesión del Comité Central en la que se resolvió apoyar la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez. Allende era abiertamente contrario a esta postulación y reaccionó muy negativa y airadamente ante la forma en que yo conduje esa reunión con el propósito de que la gran mayoría de la Dirección, favorable a Ibáñez, resolviera finalmente apoyarlo, dejando de lado consideraciones o gestiones que Allende introducía en el debate para postergar la decisión final.

Fue así como las ya precarias relaciones que manteníamos se debilitaron aún más y durante varios meses apenas nos hablábamos. Pero andando el tiempo —y aun encontrándonos ya en dos orgánicas socialistas diversas: yo socialista popular y él socialista de Chile—, a fines del Gobierno de Ibáñez nuestras relaciones se deshielaron y tuvimos muchas veces oportunidad de dialogar con franqueza, de manera fraternal e informal, en casa de amigos comunes como Carlos Altamirano o Manuel Matus Benavente. Incluso “conspiramos” juntos por lograr la reunificación del socialismo en 1957, cuando todos integrábamos el Frente de Acción Popular que habíamos conformado con los comunistas y con otras fuerzas políticas.

Durante el Congreso de Unidad Socialista se produjo un episodio muy revelador de la amplitud y generosidad políticas de Allende, y también de su habilidad. Por razones que no es del caso detallar ahora, en aquel evento yo me había distanciado de la mayoría de mis compañeros ex socialistas populares al no apoyar a quien ellos levantaban como candidato a Secretario General del socialismo unido, Salomón Corbalán, sosteniendo en cambio la postulación de Eugenio González. Este último perdió por estrecho margen, pero mis compañeros ex socialistas populares quisieron “castigarme” por mi conducta

independiente y no me incluyeron en la lista de candidatos al Comité Central. Entonces Allende, no obstante las diferencias políticas que habíamos tenido, me ofreció ir en la lista que él patrocinaba, dando así de paso a mis amigos políticos de tantos años una lección de grandeza y justicia, a la vez que demostraba a esos compañeros cómo se debía “hacer política” en serio, sin pequeñeces ni sectarismos.

Aunque reconocía las grandes dotes políticas de Allende y su perspectiva mucho más amplia y lúcida que la de la mayoría de los dirigentes de la izquierda, nacida más de una penetrante intuición política de la realidad que de consideraciones abstractas o teóricas, y valorando sobre todo su innegable vocación y el papel unitario que jugaba en la política chilena, a pesar de todo esto, en general no simpatizaba con su estilo político.

No difería tanto del contenido de su pensamiento como de la forma de expresarlo. Y creo que eso se debía a la distinta manera de acceder culturalmente al socialismo. El lo hizo desde la vertiente racionalista jacobina, con su consiguiente proyección instrumentalista y pragmática al servicio de los grandes ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad, a los cuales él sólo los visualizaba plenamente realizables en el Socialismo. Mi formación socialista reconocía otras fuentes ideológicas, lo cual se reflejaba en valoraciones diferentes de aspectos políticos más formales que sustantivos. Allende, por otra parte, tenía una línea de pensamiento más analítica que yo, era más propenso a las síntesis globales y totalizantes.

Esta distinta manera de aproximarnos a los problemas concretos, que dificultaba nuestra comunicación interpersonal, no fue óbice para que generalmente estuviéramos de acuerdo en el fondo de los asuntos políticos. Ello se demostró claramente durante su Gobierno, donde nunca tuvimos discrepancias frente a los numerosos problemas que debíamos enfrentar. A eso contribuía especialmente la similar vivencia de la realidad que ambos compartíamos. Pisábamos el mismo terreno. Ninguno de los dos era ideologizante, por distintos motivos, pero lo importante es que valorábamos las situaciones concretas y las relaciones de fuerza de manera similar. No obstante yo era ideólogo de profesión, y también por serlo, siempre

he percibido la política como un campo en el cual se enfrentan fuerzas y no ideas; y, estas últimas, sólo en cuanto se traducen en fuerza. Allende, político nato e intuitivo, sin necesidad de teorizar, vivía la política en esa dimensión, y por eso superaba de lejos al común de los dirigentes de la izquierda, generalmente ideologizados al extremo que su teoricismo no servía para aproximarlos a la realidad sino para alejarlos de ella.

Yo no estaba seguro del triunfo de Allende en las elecciones de 1970. La influencia del paternalismo alessandrista en sectores de nuestro pueblo políticamente retrasados, la división de las fuerzas progresistas, parte de las cuales iba a sufragar por Tomic, y la feroz y millonaria campaña antimarxista y anticomunista que ya había demostrado su impacto en los anteriores comicios presidenciales de 1964, se me hacían obstáculos difíciles de superar. Eso, a pesar del inmenso trabajo político electoral de la izquierda y de nuestro Partido, dirigido entonces por Aniceto Rodríguez.

Por eso fue mayor mi alegría cuando nos percatamos de nuestra victoria, ya a la hora siguiente de comenzados los escrutinios. Como pudimos, todos los allendistas nos fuimos espontáneamente, esa tarde de septiembre de 1970, al centro, a celebrar el triunfo. Incluso se hicieron presente en esa verdadera fiesta popular importantes contingentes de jóvenes demócratacristianos que consideraban como victoria suya la derrota del candidato derechista, aunque ésta se hubiera logrado a través de Salvador Allende.

Allí, en el centro, nos encontramos todos. Los que tantos años habíamos luchado en las mismas barricadas, sin distinción de partidos ni de edades ni de sexo. Estaba todo el pueblo allendista de Santiago, estaba la Unidad Popular.

¡Qué de abrazos y de besos, a las mujeres, se entiende! ¡Qué de rostros felices, iluminados, esperanzados! ¡Qué de sonrisas y de alegría! ¡Qué de cantos, de consignas y de gritos! Allí nació, o al menos se legitimó, aquello de que “el que no salta es momio”. Porque todos saltaban de júbilo.

Y luego escuchamos la palabra de Allende, ubicado en el bal-

cón del local de la Federación de Estudiantes, frente al cerro Santa Lucía. Un discurso improvisado, como era su costumbre, a la vez combativo, sereno y responsable. Un discurso de quien era consciente de la inmensa y difícil tarea que tenía por delante. Un discurso de gratitud, homenaje y estímulo al pueblo de Chile, a sus obreros, empleados y campesino, a las mujeres y a los jóvenes, “a los hombres humildes de nuestra Patria”, como él decía, que habían confiado y depositado en él y en la fuerza política que lo apoyaba —la Unidad Popular— sus esperanzas. Un discurso inolvidable.

Pero poco a poco, y en la medida en que la exaltación y el entusiasmo de aquellas multitudes iban creciendo hasta llegar al paroxismo, como que comencé a tomar distancia del entorno. Como que fueron tomando forma sensible la verdad de las palabras de Allende aludiendo a la magnitud de la obra que se emprendía y a las dificultades que debería enfrentar. Fue como apareciendo en mi conciencia la otra cara de la medalla. Nuestras insuficiencias y nuestros sectarismos; nuestras diferencias internas —sobre todo en el Partido—, nuestro déficit unitario, incluso a nivel de Unidad Popular, los enfoques errados que ésta hacía de algunas cuestiones importantes. Y, sobre todo, el telón de fondo de la conciencia del enorme poder del adversario, el de adentro y el de fuera del país, que no estaba aún derrotado política sino sólo electoralmente. Y las Fuerzas Armadas, misteriosas, impenetrables, enigmáticas. (Después se supo que a esas horas ya estaban conspirando e intentando un pronunciamiento que encabezaba el Jefe de la Guarnición de Santiago.)

Toda esa otra cara de la medalla fue haciéndoseme presente. Y me fui preocupando por momentos.

Y en tanto seguía contemplando, anímicamente ya no como participante sino como observador, aquella eufórica fiesta popular, me fui también entristeciendo.

Los últimos abrazos de felicitaciones mutuas que nos dábamos con los amigos que encontrábamos a cada paso ya no fueron como los primeros, espontáneas expresiones de auténtica alegría y felicidad. Fueron siendo cada vez más externos y más convencionales.

Esa noche no volví a mi casa como partí. Volví meditabundo y hasta apenado. Sobre todo por ese pueblo que, enfervorizado por su gran triunfo, no imaginaba el difícil futuro por el que debería

transitar. Era como un presentimiento de la tragedia del 11 de septiembre de 1973. Así fue.

Mis temores acerca de los errores que podríamos cometer los partidos de la Unidad Popular en el Gobierno —que me causaban gran inquietud— se vieron, desgraciadamente, confirmados cuando asistí a una reunión informal y ampliada en el balneario de El Quisco, a las pocas semanas del triunfo del 4 de septiembre, y a la que asistió lo que podríamos llamar la plana mayor del “equipo tecnocrático” que trabajaba con Allende y la Unidad Popular, al cual pertenecían militantes de todos los partidos de esa combinación política y un numeroso grupo de economistas y científicos sociales independientes. En su inmensa mayoría se trataba de gente joven formada en la universidad y cuya práctica, muchos de ellos, la habían hecho trabajando en organismos internacionales o en los propios institutos universitarios.

El primer hecho preocupante que se observaba en aquella reunión es que continuaba primando lo que ya era un hábito en los círculos tecnocráticos de izquierda: el separar lo político de lo técnico. Lo que allí se quería profundizar era el Programa Económico de la Unidad Popular, dejando de lado su interrelación con los aspectos propiamente políticos del proceso o, al menos, considerándolos sólo en términos muy generales, como por ejemplo, el que el programa económico debería ayudar a incrementar la base de apoyo social y político al nuevo régimen y abrir caminos de participación de los trabajadores en la toma de decisiones a través del diálogo con la Central Única de Trabajadores, u otras generalidades semejantes.

La tarea que se autoasignaba el equipo económico era la de concebir y luego llevar adelante determinados proyectos, dando ciertas opiniones políticas en las que ellos, se suponía, no debían intervenir pues eran materias propias de las instancias superiores gubernativas y partidarias. Esto los inducía a no responsabilizarse del contenido esencial de las políticas a realizar y a no interesarse como era su deber en sus supuestos y consecuencias políticas, produciéndose así, de hecho, un divorcio a todas luces inconveniente entre políticos y técnicos.

Ideológicamente, la mayoría del equipo tecnocrático de la Unidad Popular estaba bastante identificada con la llamada “escuela estructuralista” en materia de política económica y social; línea de razonamiento que es, a mi juicio, complementaria de una concepción “desarrollista” del proceso de transformaciones sociales de América Latina, pero que no resulta congruente con una política de alcances revolucionarios que debía partir del supuesto del agotamiento de las virtualidades del “desarrollismo” —demostrada por la frustración de la experiencia gubernativa de la Democracia Cristiana—, y debía proponerse ir sentando progresivamente las bases de la construcción del socialismo.

El plantearse este último objetivo equivalía, a mi juicio, a tener que situar los factores políticos como los decisivos, y a plantearse el problema del poder como tópico central en el desarrollo del proceso transformador. Pero el problema del poder depende de la correlación de fuerzas, y ésta de una adecuada política de alianzas, lo cual conduce a que los programas económico-sociales tienen que coadyuvar a la realización de esa política de acumulación de fuerzas. En otras palabras, en una etapa de transición como la que se anunciaba, esta dimensión estrictamente política no era asumida por el esquema estructuralista.

Y esto era tanto más grave si se toma en cuenta nuestra debilidad en el aspecto militar, dado el descompromiso de las Fuerzas Armadas con los proyectos transformadores del Gobierno.

Cualquier política de alianzas correcta suponía el desarrollo paralelo de la fuerza propia de la vertiente democrática radical, de orientación socialista, o sea, en otras palabras, avanzar en la construcción de la fuerza rectora del proceso —del Partido o del Frente de Partidos— como vanguardia unitaria, como instancia política de convergencia y de conducción, incluso en relación con el Gobierno mismo, el que, en último término, debía llevar a cabo la política decidida por esa instancia unitaria y conductora.

Estas consideraciones, que deberían haber sido el telón de fondo sobre el cual se diseñaran los proyectos específicos para implementar el Programa de la Unidad Popular, estaban al margen de la discusión, por lo que lo planteado en aquella reunión de El Quisco se construía sobre un vacío político, de manera abstracta, sin tomar

en cuenta el contexto político-social que rodeaba la empresa que se proponía acometer.

Caricaturizando el debate que allí se produjo, para hacer más claro lo que quiero decir, daré algunos ejemplos significativos.

Se partía allí por el conjunto de la tecnocracia, del supuesto de que la Reforma Agraria jugaría un papel importante en la lucha contra la inflación, porque las transformaciones en el régimen de propiedad de la tierra, al eliminar las rigideces institucionales todavía imperantes allí —no obstante los avances que hubo durante la Administración Frei—, iban a permitir aumentar la oferta de productos agrícolas e inducir a la baja de sus precios.

A mi juicio, ese supuesto era falso. Lo que era previsible es que ocurriera todo lo contrario, ya que una profundización de la Reforma Agraria, al desorganizar por un período el sistema productivo, originaría, mientras no se estabilizara una nueva situación (lo cual lleva años), una disminución de la oferta de productos agrícolas durante ese período, presionando los precios hacia arriba y exigiendo mayor gasto de divisas en importaciones agrícolas, sobre todo tomando en cuenta la prevista y deseada expansión de la demanda.

A la inversa de lo presupuestado por el estructuralismo, la Reforma Agraria, en el período decisivo no iba a ayudar ni a alimentar mejor a los chilenos ni a combatir la inflación ni a mejorar el balance del comercio exterior.

Otro ejemplo. Se partía del supuesto de que la creación de una vasta área de propiedad social de la economía iba a significar una fuente de ingresos para el Fisco que permitiría replantear toda la política fiscal y tributaria en esas nuevas condiciones.

Igualmente falso. El área de propiedad social, durante un tiempo no iba a generar excedentes sino pérdidas, lo que se traduciría en una permanente presión para emitir dinero con el fin de resolver esos déficit de las empresas. En el período de transición, en lugar de aumentar, la eficiencia visible disminuiría, con lo cual se daría otro fuerte estímulo a la inflación.

Otro ejemplo. Se pensaba que el incremento de la demanda provocado por los proyectados aumentos de remuneraciones, al hacer posible el aumento de la producción y de las ganancias de los empresarios del área privada, constituiría un incentivo para las inversio-

nes, ya que se incrementarían sus recursos potencialmente destinables a capitalización.

Errónea también esa presunción. Si bien era previsible un aumento de la producción y de las ganancias, por la razón indicada, durante uno o dos años, era evidente que desde el momento en que el empresariado se percatara de que las cosas marchaban en último término hacia el socialismo —no obstante las promesas que pudiera hacerse para garantizar la inexpropiabilidad de sus empresas—, desde ese momento, repito, era evidente que los excedentes económicos que obtuviera la burguesía tenderían a salir del país o se destinarían a la especulación. En ningún caso a la inversión.

El recurso a una estricta política de control de precios y de subvenciones a los mismos con el fin de atenuar las tendencias alcistas —en lo que también se confiaba—, a mi entender, a mediano plazo iba a generar una distorsión completa del sistema de precios, dando origen a un enorme mercado negro que desorganizaría el funcionamiento del sistema económico vigente, antes de haberse creado los fundamentos políticos y económicos del sistema alternativo.

En resumen, a mi juicio, el esquema estructuralista no funcionaría en el contexto político de un cambio social significativo, el que sería percibido por los sectores económicos privados como mucho más lesivo a sus intereses de lo que realmente se quería que fuera en aquella etapa de transición. Pero esa percepción determinaría su comportamiento práctico en lo económico y en lo político.

En ese contexto —y en ello insistí mucho en la reunión de El Quisco—, los desequilibrios en el terreno financiero monetario, fiscal y de balanza de pagos, tenderían en pocos años a convertirse en el talón de Aquiles de todo el proceso, e iban a crear condiciones sociales muy favorables para la desestabilización política del régimen.

La subestimación, por parte del pensamiento estructuralista de la importancia de los aspectos financieros y de los efectos desestabilizadores de los desequilibrios en esa área, se confirmó ampliamente en aquella reunión.

El hablar allí de los peligros de la inflación, por ejemplo, era casi decir malas palabras, ya que ése y otros problemas similares eran solucionables —a juicio de la tecnocracia— a través de la política de reformas estructurales. Todo lo contrario de lo que yo pensaba, en el sentido de que precisamente esas reformas estructurales constituí-

rían el motor de los desequilibrios financieros y del comercio exterior.

Es obvio que no objetaba que se pusiera en marcha el proceso de reformas estructurales, pero lo que yo reclamaba era la necesidad de tener conciencia de los efectos económicos, sociales y, sobre todo, políticos que iban a producir, de manera que en su implementación debería procurarse minimizar sus efectos perversos, recurriéndose, para controlarlos, a los instrumentos más idóneos para ello, previniéndose las contramedidas más eficaces para enfrentar los desequilibrios que necesariamente se producirían, si éstos alcanzaban un determinado nivel: una reforma monetaria o una política de racionamientos, si era necesario, lo cual exigía una larga y eficiente preparación política e ideológica, que debería contemplarse desde el comienzo. Ello suponía la conquista plena del poder, lo que estábamos lejos de alcanzar, y que por lo tanto debería ser nuestro objetivo supremo, subordinando todo lo demás al mismo.

Como era previsible, en ese ambiente de la reunión de El Quisco, abrumadoramente favorable a los esquemas estructuralistas, mis opiniones no sólo fueron minoritarias, sino que fui el único disidente total de lo que allí se decía, porque el enfoque para apreciar la realidad era también totalmente distinto y el elenco de ideas que me servían de parámetros teóricos tampoco era compartido por los demás. Fue un diálogo de sordos. Más de alguien me dijo en privado que estaba prisionero de los conceptos económicos convencionales —monetaristas— y que ahora era necesario mirar las cosas de otro modo, totalmente distinto...

La subestimación de los factores políticos —fortalecimiento de las instancias partidarias, conducción única, política de alianzas, etcétera— y, en lo económico, la subestimación de los aspectos financieros y monetarios, unida a una sobrevaloración del efecto positivo inmediato de las reformas estructurales, se explicaba, a mi entender, por la introducción en toda esa visión del proceso de los estructuralistas de una variable tácita omnipresente.

Esa variable tácita era la fe en una supuesta e innata racionalidad en el comportamiento de los actores sociales y de las masas. Estas últimas desarrollarían rápidamente y de manera extraordinaria su conciencia política, lo cual las haría actuar espontáneamente en una forma congruente con las finalidades deseadas por la conducción.

Sobre la base de ese ingenuo y providencialista supuesto, es claro que el papel de la instancia y la conducción política pierde relevancia.

A juicio de aquellos economistas, incluso las masas serían más sabias que los partidos políticos. Igualmente, sobre la base de ese supuesto, esa conciencia espontánea y de superior nivel político, las convertiría en eficaces y lúcidos puntos de apoyo para favorecer la acción gubernativa y para ayudar a corregir los desequilibrios que se pudieran originar en algunos ámbitos económicos. Incluso, muchos pensaban que esas masas, iluminadas por la Divina Providencia, estaban en condiciones de generar un poder alternativo al del Gobierno, destinado a absorber, copar y sustituir por último el aparato del Estado democrático burgués. Para mí, todo eso era y es pura fantasía. Sólo una instancia política orgánica y una conducción fuerte, unitaria y coherente podían orientar y ser vanguardia del movimiento de masas, encauzando sus energías y su combatividad en una dirección convergente con la del Poder Político. La ausencia de una instancia política que cumpliera eficazmente esa función no se puede suplir con nada. Y la espontánea concientización de las masas a través de su propia experiencia, sin el concurso determinante de la experiencia internacional y nacional, cristalizada y “capitalizada” en partidos de vanguardia, es un proceso largo y accidentado. El enemigo de clase no va a esperar a que las masas por su propia experiencia alcancen los niveles de conciencia que se supone deben radicarse e irradiarse en y desde los partidos. Por el contrario, los enemigos van a actuar antes de que ese nivel se haya alcanzado, precisamente en el momento de mayor debilidad en el decurso de ese proceso de espontánea maduración de la conciencia popular.

Igualmente advertí en la reunión de El Quisco una subvaloración del factor eficiencia técnica y administrativa en todo lo relativo a la gestión de la política económica, a nivel público y a nivel de empresa. En verdad, durante un proceso revolucionario, la eficiencia no es lo fundamental. Está subordinada a lo político; pero para que este nivel político sea en sí eficiente, supone un umbral de eficiencia en la gestión económica que, si no se alcanza, produce consecuencias nefastas. La aceptación tácita por parte de la tecnocracia del absurdo sistema del “cuoteo político partidista” de los cargos públicos es una demostración de la insensibilidad frente a esta cuestión capital. El

“cuoteo” conducía, necesariamente, a que la estrecha racionalidad partidista primara decisivamente por sobre la eficiencia política y técnica, como criterio para la designación de funcionarios.

La crítica de fondo que puede hacerse a la escuela estructuralista es que, con un punto de vista no dialéctico (teniendo razón en que el contenido de la política revolucionaria está constituido por las transformaciones estructurales), la forma en que ella se expresa en el plano monetario-financiero y en el de eficiencia en la gestión de los negocios públicos y del área social de la economía, eran subestimados y definidos como un simple epifenómeno trivial. Y no es así. La dimensión monetario-financiera y la mayor o menor eficiencia en la gestión económica reaccionan y afectan el contenido del proceso, de manera que su resultante es producto de esa interacción dialéctica. Se trata de algo homólogo a las relaciones que en un plano más general se dan entre la estructura económica de la sociedad y la superestructura ideológica. Esta última está condicionada y se mueve en los límites marcados por la primera, pero goza de relativa autonomía y reacciona sobre la base económica, de manera que la sociedad tal como es expresa la resultante de esa interacción entre base y superestructura.

No he pretendido ahora sino dar una idea general de la problemática debatida en la reunión de El Quisco, y he intentado, no sé si con éxito, bosquejar solamente un cuadro aproximado del clima ideológico que allí primaba y de la índole y la profundidad de mi disenso con la tecnocracia estructuralista.

El esclarecimiento riguroso de toda esta problemática, es claro, amerita consideraciones mucho más profundas, pero no son estas páginas el lugar indicado para ello.

Dos consideraciones finales sobre la materia. Pienso que ya a mediados de 1973 se estaban creando las condiciones para superar, sobre la base de la experiencia vivida, buena parte de los errores que se habían cometido en el área económica en los primeros tiempos, producto del equivocado enfoque que aquí he cuestionado.

Y lo que es más importante, por significativos que hayan sido esos errores, no fueron en modo alguno los factores decisivos en la emergencia del golpe militar contrarrevolucionario.

La razón última del pronunciamiento militar está en que los intereses económicos y políticos afectados por la política del Go-

bierno Popular no podían ser tolerados por las clases dominantes ni por el imperialismo. Y en Chile, como en todas partes del mundo, ante una situación semejante, necesariamente esas clases recurren a cualquier medio con el fin de salvar el sistema de dominación del que usufructan. Desde luego, echando por la borda la democracia y sus instituciones, y recurriendo —como en nuestro país— a las Fuerzas Armadas para promover la contrarrevolución, cuando éstas están en disposición de hacerlo. Es lo que ocurrió en Chile. Y el Gobierno Popular no estaba preparado para defenderse. He ahí la esencia de lo sucedido.

Nuestros errores políticos y económicos facilitaron el éxito de la contrarrevolución al predisponer a gran parte de las capas medias en contra nuestra. Jugaron, en consecuencia, un papel negativo muy importante en el desenlace final, pero no fueron la causa determinante ni última del golpe contrarrevolucionario.

Cuando el Presidente electo me llamó a su casa de la calle Guardia Vieja para ofrecerme el Ministerio de Relaciones Exteriores, de acuerdo con el Partido, le expresé mis temores acerca de los criterios dominantes que había observado en su equipo económico, señalándole que a mediano plazo podrían generar problemas graves en esa área, con repercusiones muy negativas en el plano político.

Era mi deber dejar constancia de esa preocupación. Pero, por otra parte, no podía negarme a asumir una responsabilidad como la que se me ofrecía tomar. Decidí, entonces, colocar “entre paréntesis” esas inquietudes pertenecientes a un área distinta de aquélla para la cual se solicitaba mi cooperación, y limitarme a cumplir la tarea encomendada. No formaba parte, tampoco, en ese momento, de la Comisión Política del Partido sino sólo de su Comité Central, de manera que no podía influir directamente en aquel otro tipo de cuestiones.

Al ofrecerme la Cancillería, Allende dio otra muestra de generosidad y amplitud. Yo no había sido partidario suyo en la lucha interna del Partido para elegir candidato presidencial, mas eso no era para el Presidente razón para privarse de una colaboración que él estimaba útil.

Pero eso no significaba que no abrigara ciertos temores acerca de mi eventual idoneidad para tan importante cargo. Me sugirió, con muy buen criterio, que designara a su amigo Ramón Huidobro, distinguido diplomático de carrera, en la función de Jefe de Gabinete del Ministro. Fue una muy afortunada proposición, y Ramón Huidobro fue para mí un excelente introductor en el mundo de la diplomacia y los diplomáticos y en los misterios y características de esa institución tan particular que es en Chile, como en todas partes, el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Otro amigo del Presidente Allende que, sobre todo, en el ámbito de las relaciones internacionales multilaterales se colocó de inmediato a disposición de la Cancillería y cuyos consejos me fueron extraordinariamente útiles fue Hernán Santa Cruz, de vasta actuación y experiencia en ese cargo de la diplomacia.

También creo que fue acertada la designación de Fernando Belloni como mi secretario privado. Su experiencia en el Ministerio y el conocimiento de sus funciones me ayudaron al comienzo a moverme con cierta soltura en ese proceloso mar, sobre todo en el crítico período de las designaciones diplomáticas que corresponde hacer a todo gobierno.

Mucho podría escribir sobre mis experiencias en la Cancillería, pero no es del caso hacerlo ahora. Sólo quisiera dejar constancia de algunos hechos.

Desde luego, quisiera referirme a la relativa continuidad que existió entre la gestión del Gobierno del Presidente Allende y la que durante la Presidencia de Frei había conducido su Canciller Gabriel Valdés. Era natural que un gobierno como el nuestro tuviera que poner énfasis en ciertas líneas de acción y romper ciertos "tabúes" del régimen anterior, como el restablecer relaciones con Cuba, reconocer a la República Democrática Alemana y a China, por ejemplo, o incorporarse de lleno al Movimiento de los No Alineados. Pero todo eso pudo hacerse sin dar la impresión, ni dentro del Ministerio ni en el exterior, de que en la Cancillería chilena se había producido un cambio revolucionario en cuanto a sus orientaciones fundamentales. Para el nuevo Gobierno no era conveniente que fueran percibidas así las cosas. Y la política externa del Gobierno anterior facilitaba la adopción de esa conducta.

En segundo lugar, creo que debo decir que no tuve mayores

dificultades con el conjunto de funcionarios del Ministerio, salvo ya a mediados de 1973, en mis últimas semanas de desempeño en la Cancillería. Ya por esos tiempos, el enfrentamiento político que cruzaba toda la sociedad chilena llegó también a penetrar los muros de la Cancillería. Y con el pretexto de ciertas diferencias de orden corporativo entre el personal del Ministerio y la recién creada Secretaría de Relaciones Económicas Exteriores —dependiente en alguna medida del Banco Central—, comenzaron a agitarse las aguas en el Ministerio y los funcionarios opositores —ahora engrosados por el apoyo democratacristiano, e incluso bajo el liderazgo de estos últimos— intentaron trasladar al seno de la Cancillería el conflicto sociopolítico que ya se había generalizado en todos y cada uno de los organismos del Estado.

Por mediación de Tomás Reyes Vicuña, presidente de la Comisión de Relaciones del Senado, y quien siempre ayudó a compatibilizar los puntos de vista de la Democracia Cristiana con los del Gobierno en política exterior, me puse en contacto con Renán Fuentealba, presidente de ese Partido. Tras no muy largas negociaciones, se resolvió por la vía del diálogo constructivo la totalidad de los problemas que estaban sirviendo de pretexto para crear dificultades al Gobierno también en la Cancillería, lo que era necesario evitar para no agregar otro frente contencioso al ya abrumador conjunto de problemas que, con fines desestabilizadores, le estaba creando la oposición al Gobierno Popular. Es claro que las exitosas negociaciones con Renán Fuentealba no suprimían el trasfondo político subyacente tras esas controversias, pero es claro también que su solución eliminaba motivos para profundizar dicho conflicto, constituía un alivio para el Gobierno y contrariaba los propósitos subversivos de los promotores de un golpe militar. Es de justicia destacar que mucho ayudó a llegar a esos acuerdos el distinguido diplomático Enrique Bernstein, quien, pese a disentir de la política del Gobierno, en su carácter de Presidente de la Asociación de Funcionarios del Ministerio, los hizo posibles.

Durante mi actuación en la Cancillería, junto con el Presidente Allende y otras veces encabezando yo la comitiva, realicé numerosos viajes al extranjero.

Quiero recordar aquí por lo menos dos experiencias que me parece ilustrativo difundir.

La primera se produjo durante la visita que el Presidente, acompañado por su Canciller, hizo a la Unión Soviética, a finales de 1972, en la que de ida estaba contemplada una corta estadía en Argelia, donde nuestro Primer Mandatario debería ser recibido y entrevistarse con el Presidente argelino, el General Boumedienne.

Este encuentro de los mandatarios no fue entre ellos solos, sino que estuvieron acompañados por la plana mayor de la delegación visitante y un equipo de altos colaboradores del Presidente argelino. Estuve, pues, presente en él.

El Presidente Allende hizo una larga exposición sobre la situación chilena, señalando nuestros avances y no ocultando las dificultades de tipo económico que enfrentábamos por aquellos meses, entre cuyas causas no era la menor el bloqueo financiero que nos habían impuesto los Estados Unidos. Boumedienne escuchó atentamente lo expuesto por el Presidente, pero, al final, dejando de lado todos los temas abordados por Allende, hizo sólo una pregunta: ¿Cómo está la situación en las Fuerzas Armadas?

Allende se explayó entonces acerca del problema y, reconociendo la predisposición política adversa de buena parte de ellas frente al Gobierno de la Unidad Popular, puso énfasis en el carácter históricamente profesional de nuestros Institutos Militares y su tradicional prescindencia política. Al mismo tiempo, expuso la forma en la que el Gobierno se manejaba en sus relaciones con ellos, satisfaciendo sus necesidades profesionales, abriéndoles un amplio campo para que pudieran integrarse en diversas formas a la acción gubernativa en tareas compatibles con su naturaleza militar, y manifestando que especialmente procuraba eliminar todo aquello que pudiera significar un pretexto para que abandonaran su misión profesional e intervinieran directamente en política, contribuyendo a desestabilizar el Gobierno o a derrocarlo.

Las explicaciones no satisficieron en manera alguna al General Boumedienne. Se refirió a su experiencia personal como militar y como político y a las enseñanzas que arroja la historia de los movimientos revolucionarios, terminando francamente por expresar que las propias explicaciones del Presidente Allende le confirmaban su pronóstico negativo acerca del destino final del experimento polí-

tico que estábamos realizando. Reiteró que, a su juicio, si no se lograba extirpar radicalmente en una u otra forma todo lo que hubiera de potencialmente contrarrevolucionario en las Fuerzas Armadas, convirtiéndolas en un real sostén político del Gobierno, todo lo que estábamos construyendo lo hacíamos sobre cimientos de barro. Pidió excusas por su franqueza, pero ésa era su opinión y consideraba su deber darla a conocer en aquella extraordinaria oportunidad que tenía de conversar con el Presidente de Chile. Es obvio que sus juicios no fueron del agrado de muchos, aunque creo que nadie dejó de pensar en su interior que en lo manifestado por el Mandatario argelino no había mucho sino muchísimo de verdad.

Pasó el tiempo y regresé a finales de agosto de 1973 a Argel, encabezando la delegación chilena a la Conferencia Cumbre de los No Alineados. Me acompañaba, entre otras personalidades, Hernán Santa Cruz. El Presidente Boumedienne nos comunicó sus deseos de conversar personalmente con nosotros. Acudimos a su despacho con el Embajador Santa Cruz. En la sala de espera manifesté a Hernán que, dada la naturaleza de la conversación que Boumedienne había tenido con Allende unos diez meses antes y los juicios que el General había emitido en aquella ocasión en relación con la situación chilena, me imaginaba que la entrevista iba a colocarnos en una posición incómoda. En esos días, en todo el mundo se sabía con detalles lo que estaba ocurriendo en Chile, y la propia prensa, radio y televisión argelinas informaban permanentemente sobre el curso del conflicto político en nuestro país.

Sucedió lo que yo preveía. El Presidente Boumedienne, muy atento, fue sin embargo breve y lapidario en sus juicios. Comenzó por recordar lo que había dicho al Presidente Allende en su visita al país el año anterior. Luego, agregó que lo que estaba ocurriendo ahora era cuanto él había previsto, señalando que no pasaría mucho tiempo, días quizás, para que las Fuerzas Armadas dieran un golpe de Estado. Tímidamente intenté replicar —sin ninguna convicción interior—, afirmando que las Fuerzas Armadas se mantenían adictas y obedientes al Gobierno. Boumedienne sonrió y volvió a reiterar sus juicios. “Esa conducta de las Fuerzas Armadas no durará mucho”, me dijo, “t como ustedes no tienen cómo defenderse, creo que, lamentablemente, la situación ya está decidida en contra vuestra”. Así de simple. “Saludos al Presidente Allende y deseos de que ‘providencialmente’ las

cosas puedan arreglarse”. Esas fueron sus últimas palabras. Y hasta luego.

Detrás de la opinión del Presidente Boumedienne, seguramente se hallaba su experiencia de lo que era la mentalidad y la ideología del ejército francés, que, como es natural, él conoció muy a fondo. Y con ese antecedente, dado lo similar de las culturas políticas de los ejércitos occidentales europeos y del chileno, a su entender era obvio que nuestras Fuerzas Armadas en último término iban a comportarse como lo hicieron. Pero, a diferencia de Argelia, nosotros no teníamos un Ejército de Liberación Nacional, del cual Boumedienne era la principal y prominente figura.

A principios de 1973 visité como Canciller la República Popular China. Fui recibido por Chou En-lai, figura prominente de aquel país, cuya trayectoria política, hasta su muerte, estuvo signada por su consecuencia revolucionaria, su ponderación y perspicacia política, lo que le ganó un prestigio que incluso mantuvo a raya a los guardias rojos en los “años locos” de la Revolución Cultural, que no lograron desplazarlo del poder.

Tuvimos una larga e interesantísima conversación. Su enfoque de los acontecimientos chilenos, de los que estaba en general suficientemente informado y que seguramente respondía a puntos de vista personales, reflejaba una profunda y, a mi entender, ajustada percepción de la realidad. Contrariamente a quienes en Chile criticaban al Gobierno por no acelerar el desarrollo del proceso, bajo la consigna de “avanzar sin transar”, Chou En-lai estimaba que la fuerza de que disponía el Gobierno en todas sus variantes —política, social y militar— no era la suficiente para arriesgarse más allá de cierto límite. Incluso, creía que ese límite podría ya haberse sobrepasado. La retaguardia, usando sus palabras, estaba desguamecida, y la vanguardia corría el peligro de quedar aislada de la primera por un ataque por los flancos. Al igual que Boumedienne, estimaba que lo más débil del Gobierno radicaba en la ausencia de una fuerza militar que pudiera sostenerlo y defenderlo, ya que las Fuerzas Armadas oficiales no daban prenda alguna de lealtad al régimen. Sin ese respaldo no era

mucho lo que se podía hacer y, cuanto se hiciera, quedaba a título precario.

Advertía, por otra parte, que el pueblo chileno no parecía tener conciencia de esta situación; mal orientado por un programa meramente reivindicacionista, no parecía dispuesto a asumir su propia responsabilidad de trabajo, esfuerzo y sacrificio para lograr sus objetivos revolucionarios y confiaba mucho en la ayuda externa para resolver sus problemas, en circunstancias de que su emancipación debía ser el resultado de su propia lucha, la cual no era fácil ni estaba exenta de requerir privaciones. Diplomáticamente, expresó que le parecía que las famosas “40 medidas” del programa inmediato del Gobierno eran imposibles de cumplirse, dada la debilidad de la economía chilena.

Y, en segundo lugar, me manifestó: “El Presidente Mao ha dicho que las cosas pueden resultar o no resultar, y que hay que prever ambas posibilidades. Usted me ha diseñado una política para salir de la crisis que enfrentan en el país, en especial en lo referente a la situación financiera y de la balanza de pagos. Si resulta, está bien. Pero, y si esa política no resulta, ¿qué piensan hacer?”.

Confieso que esta pregunta me descolocó. No estaba en condiciones de imaginar una política alternativa a la que se estaba siguiendo para el caso en que ésta fracasara.

Poco a poco, Chou En-lai fue entusiasmándose en la conversación y me preguntó si yo creía positivo que esas ideas tan simples que me había expuesto fueran transmitidas en un mensaje personal al Presidente Allende. Por cierto, le respondí afirmativamente. Como mi regreso era casi inmediato, me dijo: “Enviados míos le llevarán un mensaje al Presidente, a Hong Kong, donde pueden alcanzarlo pasado mañana”. Le pregunté si ese mensaje podía hacerse público en Chile. Me respondió que sí, lo cual explica que en su contenido no se haya referido expresamente al problema de las Fuerzas Armadas, al cual en nuestra conversación dio especial importancia.

El texto, con la venia de la Embajada china en Santiago, fue entregado a la prensa. Pero por diversas razones, explicables, nadie estaba interesado en darle mucha publicidad. La prensa no lo destacó y muchos medios lo transcribieron sólo de manera fragmentaria.

Creo ahora oportuno reproducir ese mensaje completo:

Pekín, 3 de febrero de 1973

Excelentísimo y respetado Señor Presidente
Salvador Allende:

“Hace poco, hemos tenido el gusto de atender en Pekín al Ministro de Relaciones Exteriores, don Clodomiro Almeyda, y su comitiva. Estamos muy agradecidos por los buenos votos que usted le encargó de hacernos llegar. Gracias a la visita del Señor Ministro, nuestras dos partes tuvieron la oportunidad de celebrar conversaciones directas, las cuales contribuyeron a nuestro conocimiento mutuo, y se lograron resultados positivos en el robustecimiento de las relaciones de amistad y cooperación entre China y Chile. Estamos satisfechos con ello.

“Los planteamientos que Vuestra Excelencia Presidente formulara el 9 de enero por conducto del Embajador Lin Ping, los veníamos considerando con seriedad. Y durante la visita del Ministro Almeyda efectuamos con él un exhaustivo intercambio de opiniones y propusimos una medida concreta, de lo cual estamos seguros el Ministro Almeyda le rendirá cuenta. Deseamos que esta medida pueda significar cierta ayuda para ustedes, ayuda que sólo podrá desempeñar, naturalmente, el reducido papel de cubrir una parte de sus necesidades urgentes. Nos habría gustado hacer una contribución relativamente grande a la construcción económica en que está empeñado el pueblo chileno. Pero como nuestro poder económico es todavía muy limitado y, además, pesan sobre nuestros hombros la obligación de apoyar y ayudar en su lucha a los pueblos de Vietnam y de toda Indochina, y otros compromisos internacionales, nos encontramos aún en una situación en que nuestra fuerza está por debajo de nuestra voluntad, lo que, indudablemente, comprenderá Vuestra Excelencia Presidente.

“Siendo China y Chile igualmente países en desarrollo, podemos comprender muy bien las dificultades que actualmente enfrenta Chile y tenemos una sentida simpatía con ustedes. Esta situación es, fundamentalmente, una desastrosa secuela de la larga dominación co-

lonial y de la agresión imperialista. No pocos países del Tercer Mundo tropiezan, en mayor o menor grado, con semejantes problemas. A fin de vencer estas dificultades, además de ayudarse recíprocamente, lo fundamental para los países en desarrollo es proyectarse en sus propias fuerzas, vale decir, tomar el autosostenimiento como medio principal, y la ayuda externa como medida complementaria. Es muy peligroso apoyarse demasiado en la ayuda externa, particularmente en los créditos de las grandes potencias, en lugar de basar la economía en los propios esfuerzos del país. A este respecto, algunos países han tenido sus dolorosas experiencias y lecciones.

“Para desarrollar con autodecisión nuestra economía nacional independiente, los países del Tercer Mundo tenemos que trabajar duro durante largo tiempo, pagar cierto precio y hacer ciertos sacrificios. Confiamos en que nuestros pueblos son todos valientes y laboriosos. Con objeto de sacudirse el control y la intervención imperialistas y conquistar para sí una vida independiente y feliz, ellos sabrán valorar la situación con lucidez y aceptarán con valor los desafíos que tienen por delante. En la actual situación internacional llena de conmociones, resulta más necesario aún pensar en cómo encarar las diversas contingencias que puedan producirse; hay que prepararse para dos eventualidades, procurar una favorable y prepararse para enfrentar una adversa. En una palabra, sólo actuando de acuerdo con las condiciones y posibilidades reales y en forma preparada y gradual es como puede alcanzarse paso a paso el objetivo de cambiar la fisonomía de atraso económico y mejorar las condiciones de vida del pueblo. Este es un juicio nuestro que se ha formado con las experiencias vividas en carne propia por China. Nosotros tenemos muy pocos conocimientos de la situación de Chile; pero, como viejo amigo suyo, y movido por mi preocupación, he querido intercambiar francamente opiniones con Vuestra Excelencia, opiniones que pueden servir de referencia para ambas partes.

“En los últimos dos años transcurridos, el Gobierno y el pueblo de Chile han logrado muchos e importantes éxitos en la defensa de la independencia nacional y la soberanía estatal, en la lucha contra el imperialismo y el colonialismo, en el desarrollo de la economía nacio-

nal y en otros terrenos, por lo cual expresamos nuestra admiración. Estamos convencidos de que, bajo la dirección de Vuestra Excelencia y reforzando la unidad, luchando con perseverancia, haciendo suficientes preparativos y actuando sólo después de reflexionar a fondo, se sobrepondrán a las temporales dificultades con que tropiezan, alcanzarán nuevas victorias y seguirán marchando hacia adelante.

“Estamos contentos por el desarrollo que han cobrado en los últimos años las relaciones de amistad y cooperación entre China y Chile. En adelante, desplegaremos todos los esfuerzos que podamos por fortalecerlas aún más.

“Aprovechando el viaje de retorno del Ministro Almeyda a su país, he escrito apresuradamente estas líneas a Vuestra Excelencia.

“Me valgo de esta ocasión para reiterar a Vuestra Excelencia el testimonio de mi más alta consideración y mis afectuosos saludos”.

Chou En-lai

Quiero destacar algunos párrafos porque creo que sus contenidos son de actualidad permanente. El primero se refiere a los peligros del endeudamiento externo. Creo que lo ocurrido en Chile luego del desplome del modelo de los “Chicago boys” y la enorme e impagable deuda con la que de él salimos, demuestra la clarividencia de esos párrafos. El segundo tiene que ver con la idea de que el desarrollo y el bienestar no nos caerán del cielo, sino que deben ser el fruto de la lucha, el esfuerzo y el sacrificio. Y con la idea complementaria de que los pueblos son capaces de asumir esas tareas cuando están de veras comprometidos y conscientes de los objetivos revolucionarios, cuya consecución hará posible su real emancipación. El tercero alude a la necesidad de actuar de acuerdo con las posibilidades reales, no en forma subjetiva e improvisada, a fin de ir avanzando con paso lento pero seguro hacia el objetivo final. Y el cuarto apunta a que la unidad y la lucha, junto a un estudio sereno y a fondo de la situación y de cómo enfrentarla, pueden permitir alcanzar la victoria y “marchar hacia adelante”.

Cada uno de los conceptos contenidos en los párrafos destacados alude a puntos críticos del proceso revolucionario en que está-

bamos comprometidos, y, a mi juicio, plantea un criterio y una línea correctos para enfrentarlos. Me temo que en estos asuntos, en ese momento como en tantos otros, mi opinión, coincidente con la de Chou En-lai, particularmente en el Partido Socialista, fue notoriamente minoritaria.

A comienzos de 1973 se agudizaba la tensión interna en el Partido Socialista. Una corriente pugnaba, de acuerdo con los comunistas, por robustecer la autoridad del Gobierno del Presidente Allende, otorgándole el máximo respaldo político con el concurso de la tendencia constitucionalista de las Fuerzas Armadas que encabezaba el Comandante en Jefe del Ejército, General Carlos Prats, con el fin de avanzar en el cumplimiento del Programa, procurando allegar el máximo de fuerzas políticas y sociales para ello, fortaleciendo la cohesión de los partidos de la Unidad Popular.

Otra corriente, que ponía énfasis en los desacuerdos entre el Partido y el Presidente, se inclinaba más bien a tomar distancia de Allende y de los comunistas para que el Partido pudiera, con el apoyo de otras fuerzas, corregir la presunta inclinación “hacia la derecha” que, a su juicio, se advertía en el Gobierno.

Se creía que un Pleno Nacional, a celebrarse en marzo de aquel año, podría resolver esa pugna interna y se pensó que yo debía integrar la Comisión Política, en el caso de que en aquel evento se impusiera la corriente que respaldaba plenamente la política de unidad, de autoridad y de respaldo que necesitaba y requería el Presidente.

Para ese efecto, y de acuerdo con el Presidente, renuncié al Ministerio de Relaciones Exteriores para dedicarme de lleno a las tareas direccionales del Partido. En mi reemplazo, el Presidente nombró al hasta entonces Embajador en Washington, Orlando Letelier.

El pleno se ganó para nuestra posición, pero por tan estrecha mayoría —un voto—, que prácticamente no logró romperse el “impasse” político interno y el Partido no pudo dar el viraje en su línea, necesario para producir las rectificaciones anheladas. Así, pues, las cosas siguieron igual.

Una noche de mediados de 1973, en pleno desarrollo de la crisis política que condujo al golpe, alarmadísimo llegó hasta mi casa el doctor Carlos Lorca, Secretario General de la Juventud Socialista. Venía directamente de una de aquellas multitudinarias y tumultuosas concentraciones con que nuestro pueblo expresaba en esos difíciles momentos su respaldo al Gobierno Popular, objeto ya de ataques concertados y desestabilizadores provenientes de los más diversos frentes.

Según me expresó, la razón de su alarma era que durante un desfile popular había escuchado una consigna que juzgaba peligrosísima y que, según él, revelaba un estado de ánimo en algunos sectores del pueblo socialista —ya que era gente nuestra la que la voceaba— que demostraba una gran inconciencia acerca de la situación imperante en el país. Desde hacía meses, los sectores más radicalizados del movimiento popular, entre ellos los nuestros, habían estado creando la consigna “Avanzar sin transar”, la que reflejaba el pensamiento de esa tendencia: la manera de ir resolviendo la crisis de poder que se insinuaba a ojos vista consistía en apretar el acelerador del proceso de cambios que llevaba a cabo el Gobierno, ampliando el área social de la economía, expropiando más y más empresas —aunque fueran medianas o pequeñas— e ir creando un poder popular alternativo al del Gobierno, que en definitiva se fuese convirtiendo en el verdadero sujeto del proceso político transformador.

Lo que más inquietaba a Carlos Lorca, según expresó, era que en la concentración que acababa de realizarse había escuchado otra consigna, aún más radicalizada, expresión de una posición todavía más desubicada del real cuadro político nacional. Los manifestantes coreaban ahora “Avanzar sin pensar”, dando un paso más en esa política de arrancar para adelante. No di mucha importancia al nuevo grito de guerra de nuestras masas enardecidas pues estimaba que podía tratarse de una consigna voceada en tono de broma. Le recordé que días antes, en otra manifestación popular de apoyo al régimen, los simpatizantes del Gobierno de la Cancillería habían desfilado gritando a voz en cuello, y evidentemente con propósitos humorísticos: “Whisky, dólares, condecoraciones, Ministerio de Relaciones”, para identificar su presencia en el acto. En este caso podía tratarse de algo similar.

Pero ese día Carlos Lorca no estaba para bromas ni de mucho

humor, y desestimó de inmediato la benevolente interpretación que daba yo a la inusitada consigna que decía haber escuchado.

Lo que lo inquietaba —lo mismo que a mí—, era que detrás de “Avanzar sin transar” se escondía toda una equivocada apreciación de la correlación de fuerzas existente en Chile en ese momento, una subvaloración de la fuerza del adversario y una sobreestimación de la nuestra. La importancia de las Fuerzas Armadas, controladas por la derecha, nuestra impotencia en este terreno, producto de una equivocada política que se prolongaba desde hacía largo tiempo y no había sido rectificadas oportunamente durante el Gobierno de la Unidad Popular, la notoria inclinación de las capas medias hacia la oposición, nuestras dificultades y desequilibrios económicos, el desborde inflacionista y el auge del mercado negro, la influencia ejercida por los medios de comunicación en poder de la reacción, el insuficiente nivel de unidad entre quienes apoyaban el Gobierno, etcétera, parecían no ser tomados en cuenta por aquellos que con tanta ligereza insistían en avanzar sin transar.

Estábamos en presencia de una desviación de izquierda en el seno de la izquierda, y en especial en el Partido, desviación que, como todas las de su especie, favorece en definitiva a la derecha.

La esencia de las desviaciones de “izquierda” consiste precisamente en la sobrevaloración de la fuerza propia, lo cual conduce a que se proponga objetivos inalcanzables con los recursos de que se dispone. Así como la esencia de las desviaciones de derecha consiste en una subestimación de la fuerza propia y una sobrevaloración de la del adversario, lo cual conduce a que se planteen metas que están más acá de las posibles de conseguir, produciéndose una sobreutilización de los recursos disponibles.

En toda aquella visión distorsionada de la realidad había un elemento de ingenuo espontaneísmo, de confianza ilimitada en una especie de sabiduría innata y providencial de las masas, que subestimaba el fundamental papel conductor de la instancia política, sin cuya intervención es imposible que en plazos útiles pueda la “clase en sí” devenir en “clase para sí”, como decían los clásicos, y, en consecuencia, ser capaz de distinguir lo principal de lo accesorio, de subordinar los medios a los fines y de elaborar una estrategia que sepa compatibilizar el enfrentamiento con el compromiso, tomando en cuenta

la correlación de fuerzas existente, sin olvidar nunca cuál es el objetivo final.

Revelador de este estado de ánimo de buena parte de la izquierda, en especial de sectores juveniles y otros recién incorporados en la vida política, es una espontánea exclamación de una de mis hijas —todavía adolescente y entonces militante del sector del MAPU más radicalizado—, cuando, en una ocasión, expresé mi simpatía por el otro sector de ese partido, que me parecía más maduro y responsable. “Papá”, me dijo, muy decepcionada, “nunca hubiera creído que fuera usted tan reformista...”

Coincidimos con Lorca en el diagnóstico de la situación y en la necesidad de luchar por enmendar esa desviación en la izquierda del Partido.

Desgraciadamente, a esas alturas del proceso, aquello no podía lograrse. Y la fuerza que esas tendencias tenían en el seno de nuestras organizaciones fueron obstáculo importante para intentar el reajuste de nuestra política a las difíciles condiciones objetivas en que nos hallábamos.

Fue así como los esfuerzos que Allende hizo por llegar a una tregua con la Democracia Cristiana estaban condenados al fracaso. Desde luego, no había seguridad alguna de que aquello se lograra porque en lo fundamental ya la Democracia Cristiana había adoptado una conducta opositora declarada y exigía poco menos que la capitulación del Presidente para cambiar de actitud. Pero lo importante es que la visión “izquierdista” de esta situación se traducía en que para ellos el lograr esa tregua era negativo, y en lugar de lamentar su fracaso, más bien se alegraban de ello. Es decir, no existía voluntad política para que resultara.

También en esas semanas se intentó, por iniciativa y con el resuelto apoyo del General Prats, un reacomodo de la política gubernativa en la que, sobre la base de determinadas concesiones a la DC, el Comandante en Jefe del Ejército se jugaría en el seno de las Fuerzas Armadas, incluso pagando los costos que fuesen necesarios, para formar un frente común con la Central Unica de Trabajadores y con el Presidente Allende que pusiera un atajo definitivo a los intentos golpistas. Quienes en el Partido sostenían la política de “avanzar sin transar” rechazaron también esa salida porque significaba hacer con-

cesiones a la Democracia Cristiana, lo que a su juicio significaría renunciar a los principios.

Por último, esta misma tendencia de los partidarios de avanzar sin transar llegó a plantear la salida del Partido Socialista del Gobierno, por la lentitud con que a su juicio se llevaba a cabo el proceso de cambios, y se aprestaban a hacer esa propuesta suicida en el pleno que el Partido realizaría precisamente en los días en que se produjo el golpe.

Tenía razón Carlos Lorca para estar inquieto y preocupado. Esas actitudes de nuestra “ultra” dificultaban el accionar del Presidente y facilitaron el éxito del golpe al resentir la unidad del Partido y de la izquierda, así como el entendimiento con el Presidente y el Partido Comunista, entonces más necesario que nunca.

Después del golpe y en pleno período represivo, nuestra dirección clandestina, entonces a cargo de Exequiel Ponce —hoy detenido desaparecido—, bajo la inspiración de Carlos Lorca, produjo el llamado “Documento de Marzo”, de 1974, donde se realiza una profunda y radical autocrítica de la conducta partidaria durante el período de la Unidad Popular y sus desviaciones de izquierda, que a mi juicio es la base fundamental sobre la que se inició el proceso de reconstrucción partidaria, ahora sobre una asimilación consecuente del marxismo-leninismo, depurada de las manifestaciones “infantiles” que tanto debilitaron la cohesión y la fuerza de la Unidad Popular en los meses inmediatamente anteriores al golpe militar.

Cuando hube de abandonar el Ministerio de Relaciones Exteriores por las razones antes expuestas, el Presidente tuvo conmigo un gesto de confianza y reconocimiento que quiero poner de relieve. Enterado de que yo renunciaría a la Cancillería, me llamó a su despacho para manifestarme su decisión de que me hiciera cargo de la Vicepresidencia de la República durante el tiempo que durara su viaje a la Argentina, donde concurriría a la asunción del Poder del nuevo mandatario, el doctor Héctor Cámpora. Me expresó que este ofrecimiento me lo hacía como reconocimiento a mi desempeño en el Ministerio de Relaciones Exteriores, dejando constancia de la unidad de criterios que siempre existió entre ambos y de su satisfac-

ción por haber logrado que mi gestión en esa cartera hubiese interpretado fielmente sus propias convicciones e ideas al respecto.

Ostenté, pues, durante una semana, el honroso cargo de Vicepresidente de la República por voluntad de Salvador Allende, quien con ello dio otra muestra de generosidad para conmigo y comprometió aún más mi lealtad hacia él.

No quisiera dejar al margen de estos recuerdos de mi gestión en la Cancillería a algunas notables personalidades sudamericanas con las que me tocó en suerte alternar y promover en conjunto provechosas iniciativas para nuestro país.

En el marco de nuestros esfuerzos por infundir más vitalidad al Pacto Andino, trabé amistad con el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, doctor Alfredo Vázquez Carrisoza, de filiación conservadora en el Gobierno del Presidente Misael Pastrana. Nadie habría podido prever que alguien con ese color político hubiera podido demostrar la comprensión, el interés y, diría, hasta la simpatía que el doctor Vázquez Carrisoza mostró hacia la experiencia política que la Unidad Popular estaba realizando en Chile. Se convirtió en campeón de la llamada doctrina del "pluralismo ideológico", en tanto supuesto para poder estrechar las relaciones entre los países latinoamericanos, con pleno respeto hacia los principios de la autodeterminación de los pueblos y de la no intervención. Con ello, igual que nuestro Gobierno, pretendía hacer frente a la doctrina opuesta, aquella de las "fronteras ideológicas" enarbolada por los militares brasileños, para legitimizar una política de presión y de aislamiento hacia aquellas naciones de nuestro continente que soberanamente hubieran optado por una salida democrática, consecuente y avanzada.

Después del golpe militar en Chile, el doctor Vázquez Carrisoza, junto a otras personalidades colombianas como el senador Apolinar Díaz Callejas, se jugó por entero por desarrollar la solidaridad con el pueblo chileno y por denunciar la brutal represión que se descargó sobre Chile. Desde esa época en adelante, a pesar de su filiación política y seguramente influido por la experiencia chilena y el papel que los cristianos de pensamiento renovador desempeñaban en nuestro país, el doctor Vázquez Carrisoza se ha convertido en líder de la causa

de los derechos humanos y en implacable adversario de las fuerzas reaccionarias de su país y dentro de nuestro subcontinente.

También con motivo de nuestros comunes esfuerzos por levantar el perfil del Pacto Andino, trabé estrechas relaciones personales con los cancilleres peruanos, el General Edgardo Mercado Jarrín, primero, y su sucesor, el General Miguel Ángel de la Flor. Ambos trasladaron al plano internacional la orientación avanzada del General Velasco Alvarado. Con ellos logramos coincidir en una política de no alineamiento, antimperialista y tercermundista, de la que participaban los gobiernos del Perú y de Chile. El tradicional recelo mutuo que tanto ha perjudicado las relaciones chileno-peruanas creo que durante nuestra gestión ministerial fue disipado en buena parte gracias a la superior visión política de estos distinguidos altos oficiales del Ejército peruano, quienes comprendían que el papel de los Institutos Armados está del lado de sus pueblos y no al servicio de los intereses oligárquicos y del capital foráneo.

Mención especial quiero hacer también del Canciller argentino, doctor Luis María de Pablo Pardo. Hombre de derecha y de orientación nacionalista, aparentemente no era el mejor interlocutor para lograr convenir con él una solución definitiva al secular conflicto de las islas del Canal Beagle. Sin embargo, en el primer contacto que tuve con el doctor De Pablo Pardo, en San José de Costa Rica, con ocasión de una Conferencia Interamericana, escuché de él algunas afirmaciones contundentes que definían criterios constructivos para abordar la solución del conflicto limítrofe.

A su juicio, las querrelas limítrofes latinoamericanas eran en este siglo fenómenos anacrónicos y extemporáneos. Fue durante el siglo pasado cuando se constituyeron nuestras repúblicas fijándose sus límites territoriales, atendiendo a imperiosas realidades históricas y geográficas. Había, pues, que resolver los conflictos subsistentes cuanto antes, por vía pacífica, y comenzar a hacer política internacional a la altura de las exigencias y tareas del presente siglo, descontando el tiempo perdido en tan inútiles como improductivas disputas.

Para el doctor De Pablo Pardo, el Tratado de 1902 vigente entre Chile y Argentina para resolver sus querrelas fronterizas, entregando un papel arbitral a la Corona Británica, era también una reminiscencia del siglo XIX, de la época victoriana, cuando Inglaterra ocupaba en el mundo y en relación con América una posición privilegiada que en

la presente centuria había perdido. Por lo tanto, era necesario buscar otro procedimiento para resolver las controversias entre ambos países, uno que asumiera las nuevas condiciones de la realidad internacional.

Conocida la terca resistencia argentina a la solución arbitral del problema del Beagle, no dejó de causarme sorpresa la imprevista aceptación trasandina a nuestra propuesta de llevar el asunto "a Londres", hecho que fue un éxito indiscutible de nuestra diplomacia.

No fue tanta mi sorpresa cuando, al poco tiempo, Argentina desahució el Tratado de Arbitraje de 1902, que entregaba a la Corona Británica la solución a nuestras controversias, pues yo conocía cuál era el criterio al respecto del Canciller argentino. El recurso ante Su Majestad Británica era ahora el resabio de un pasado obsoleto y neocolonial.

Imborrable es también el recuerdo que conservo de Raúl Roa, Canciller cubano en el período del Gobierno de la Unidad Popular. Dentro del equipo gobernante agrupado tras Fidel Castro, Raúl Roa era quien mejor encarnaba los ideales martianos. Por su edad, su formación intelectual y política y su entronque con la Cuba del pasado, Raúl Roa era una especie de José Martí redivivo en el seno de la joven vanguardia revolucionaria cubana. Pero a ello añadía valiosos ingredientes personales: una notable vivacidad espiritual, un humor combativo y punzante que abatía al mejor contendor y una oratoria fogosa y aguda que, unida a una inimitable gesticulación, lo convirtieron en el más eficiente e imbatible defensor de la causa cubana en los foros internacionales.

Después del golpe, seguimos viéndonos con Raúl Roa, yo ya en el exilio. Lamentablemente falleció, no hace muchos años, pero su labor al frente de la Cancillería durante los más difíciles momentos por los que atravesó Cuba, cuando el imperialismo se empeñaba en aislarla totalmente del mundo, estoy cierto que hará de su gestión en ese cargo una de las más brillantes páginas de la diplomacia cubana y latinoamericana.

Tampoco quisiera dejar pasar esta ocasión para referirme a algunos de nuestros embajadores. Desde luego, debo valorar el acierto del Presidente Allende al haber asignado en la más difícil de nuestras representaciones diplomáticas, la de Washington, a Orlando Letelier. "The right man in the right place". Lo conocía desde antes, cuando era un eficiente funcionario de la Corporación del Cobre, especializa-

do en asuntos de comercio internacional y, sobre todo, en lo que decía relación con los Estados Unidos. También lo conocí como eximio guitarrista, cantor de tangos y de música mexicana, condición que aprovechamos cuando estábamos prisioneros en Dawson para aligerar nuestras desventuras. Supo Orlando cumplir a la perfección la difícil misión que se le había encomendado ante la Casa Blanca. Tenía plena conciencia del terreno resbaladizo que pisaba. Sin embargo, su tacto, criterio y sentido de la realidad obstaculizaron la puesta en práctica de la política agresiva del binomio Nixon-Kissinger hacia nosotros. Se entendió muy bien y trabajó coordinadamente con nuestro otro embajador en aquella ciudad, el representante ante la OEA, mi amigo y camarada Luis Herrera. Si no pudo hacer más, fue porque el contexto general en que se desenvolvía su misión no se lo permitía, como lo explicaré en el capítulo siguiente.

El brutal asesinato de Orlando tronchó la vida de uno de los más capaces y visionarios políticos de la izquierda y del socialismo chilenos: señal de que el enemigo afina bien la puntería.

Su mujer, Isabel Margarita, continúa siendo en los Estados Unidos el alma y el motor de la solidaridad con Chile.

En Nueva York conocí a Humberto Díaz Casanueva, diplomático de carrera, político de renombre y también camarada de Partido. Me impresionó su vasta cultura, y tras haberme percatado de sus dotes intelectuales, he leído sus más destacadas producciones poéticas, de cierta índole metafísica y existencial y, aunque soy lego en la materia, no me cabe duda que Humberto es uno de los grandes valores de la poesía chilena, con una modalidad que no es habitual entre nuestros cultores de este ámbito de las letras. Sigue vinculado a las Naciones Unidas y su nombre, con el de Chile, se asocia con la lucha contra el "apartheid", que ha sido su constante motivación en el organismo especializado de las Naciones Unidas de protección a las minorías, donde presta sus servicios desde hace mucho tiempo.

A Pablo Neruda lo conocía poco. Ya he dejado constancia de que durante mi vida sólo he tenido contactos marginales con el mundo del arte y de las letras. Pero las naturales y obligadas relaciones que debí mantener con él en su calidad de Embajador en París, me permitieron verlo de cerca y comprobar personalmente lo que sus amigos más íntimos se han encargado de explicitar y difundir: su excepcional riqueza espiritual y humana, amén de su excelencia como gran

poeta chileno y americano. Pero lo que más me llamó la atención en él —lo cual me sorprendió— fue que, no obstante su vocación literaria, se preocupara con especial atención de aspectos de la labor diplomática del todo ajenas a su quehacer literario, como por ejemplo de los asuntos económicos y comerciales, o de cooperación científico-técnica, y evidenciara en general una capacidad organizadora y administrativa en el manejo de la Embajada de excepcional eficiencia, si se lo compara con la mayoría de sus colegas. No dejó de extrañarme, repito, esa faceta para mí desconocida de su extraordinaria personalidad, demostrativa de que no siempre los intelectuales, escritores y artistas, “andan por las nubes”, como generalmente se cree, sino que a veces pisan firme en la tierra y “residen” realmente en ella.

Como parece que los chilenos no carecemos del sentido del humor, en una de mis visitas a París, no sé si por iniciativa del propio Neruda, al Ministro y su comitiva nos hicieron la siguiente broma. Cuando de mañana llegamos a la capital francesa, el personal de la Embajada nos hizo saber que Neruda nos invitaba a almorzar ese día en una casita que había arrendado por su cuenta en un pequeño pueblo de los alrededores para descansar los fines de semana. De inmediato partimos con el Ministro Consejero hacia el lugar; pero cuando nos informaron que habíamos llegado al pueblo, en lugar de encontrarnos con una modesta y confortable residencia, como presumíamos, nuestro vehículo comenzó a internarse en un exuberante parque, donde jardines floridos, árboles centenarios y suaves y cuidados prados rivalizaban en belleza y suntuosidad. En medio del parque se destacaba un inmenso y hermoso castillo estilo dieciochesco. Mientras nos aproximábamos al castillo que se nos presentaba como el refugio del Embajador para sus fines de semana, nos íbamos asombrando cada vez más. No entendíamos cómo Neruda podía haber arrendado semejante palacio; además, en nuestras mentes surgían toda clase de temores ante la reacción que se produciría al saberse de la fastuosa residencia que alojaba al Embajador de Chile. Pero la broma seguía adelante. Descendimos de los autos y alcanzamos a atravesar una lujosa terraza. Sólo cuando llegamos al pie de una majestuosa e imponente escalera de entrada, nos percatamos que aquel palacio no podía ser la morada que Neruda había arrendado y se trataba sólo de una humorada de buen gusto.

Por fin llegamos a la casa de Neruda, quien se rió de buenas ganas con la broma, que tal vez él mismo había ideado. Allí, en aquel rincón de una aldea normanda, con los valiosos objetos que ya habían logrado reunir y amenazaban convertir el lugar en una nueva Isla Negra en miniatura, tuvimos el agrado de disfrutar de su amable compañía y de la de Matilde.

No habían transcurrido dos meses desde que abandonara el equipo ministerial del Presidente Allende cuando éste me ofreció la Cartera de Defensa Nacional en circunstancias excepcionalmente complicadas. Acababa de abortar el intento subversivo protagonizado por un regimiento de guarnición en Santiago, conocido con el apelativo de “tanquetazo” y que hubo de ser contenido por la fuerza.

El ofrecimiento me tomó por sorpresa y de no haber sido por la orden que recibí del Partido de aceptarlo, lo habría rechazado. El mundo de lo militar en general, y en particular el mundo de los militares chilenos me era totalmente ajeno. Y si acepté la orden del Partido fue porque abrigué la ingenua creencia de que entre el Ministro de Defensa y los altos mandos era posible establecer un diálogo político, asumiendo con todas sus consecuencias lo que ya era una realidad evidente: las Fuerzas Armadas deliberaban y su prescindencia política a esas horas ya era sólo un mito y una hipocresía. Se respiraba en el ambiente que los militares estaban intranquilos, descontentos, dialogaban entre sí sobre el acontecer político y, lo que era muy probable, también conspiraban.

Los anteriores ministros de Defensa, Alejandro Ríos y José Tohá, se habían desempeñado en otras circunstancias, ateniéndose a que el supuesto profesionalismo y apoliticismo de las Fuerzas Armadas debía seguir marcando la línea del Gobierno en su trato con los militares. El Presidente pensaba que las condiciones habían cambiado. Esa era también la opinión del General Carlos Prats. No cabía seguir la política del avestruz y seguir ignorando lo que para todos era evidente: los militares deliberaban. De lo que se trataba era que el Ministro de Defensa interviniera en esa deliberación y contribuyera a crear un ámbito de reflexión política. Y mirando las cosas desde ese ángulo, yo creía tener algunas condiciones para acometer la empre-

sa. Mis relaciones con el universo militar durante mi gestión como Canciller habían sido buenas, y la imagen pública de mi paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores no era mala. Razonablemente, los militares no podían sindicarme como un “cabeza caliente” ni un- desafortado; además, mi formación política en general me parecían elementos que podrían ayudar a promover ese diálogo y romper la incomunicación entre Gobierno y Fuerzas Armadas.

Aquello sólo se había logrado, y muy satisfactoriamente, con el General Prats; se trataba ahora de extenderlo a los altos mandos.

Grandísima ingenuidad todo aquello. Profunda y lamentable ignorancia de lo que era la íntima e inconsciente cultura política de nuestras Fuerzas Armadas. De ello me di cuenta muy pronto y de manera muy sencilla y elemental.

Era costumbre de que un nuevo Ministro de Defensa recibiera por separado a los generales y almirantes de las tres ramas de las Fuerzas Armadas cuando asumía el cargo. Yo creí que era ésa la oportunidad para comenzar a crear condiciones para ese diálogo político. Preparé con cuidado la alocución que haría al recibir a los altos mandos.

El fracaso más absoluto. Después de los saludos y reverencias de rigor, con los generales o almirantes sentados alrededor de una larga mesa presidida por el Ministro, ensayé un análisis de la situación nacional, de la política y los objetivos del Gobierno y del papel que en ese marco les correspondía a las Fuerzas Armadas. En realidad, nadie me oyó, nadie me escuchó y nadie tampoco tenía la disposición de atender a lo que se decía, ni menos aún de preocuparse del contenido del discurso.

Para ellos, ya antes de que comenzara mi perorata, lo que oírían eran sólo palabras carentes de realismo y sinceridad. Meros recursos discursivos para “emborrachar la perdiz”. Ya había en ellos un juicio formado sobre la situación. Absolutamente formado. No había nada que hacer.

Para mi exposición, elegí un tono entre magistral y coloquial, que me pareció el más indicado. En parte por mi larga experiencia como profesor, que me había adiestrado en ese tipo de discurso; en parte porque una intervención trascendentalista, fogosa y apasionada pensaba que habría sido contraproducente. Pero daba lo mismo, los dados estaban ya echados.

Nunca en mi vida he sentido la sensación de “hielo” como en esas reuniones. No me precio de psicólogo, pero cualquiera que hubiera estado allí se habría percatado de lo que ocurría en las mentes de generales y almirantes con sólo mirarles el rostro.

Los rasgos faciales estaban tensos, preocupados, indiferentes. Sus miradas denunciaban claramente su desconfianza e incertidumbre frente a todo lo que se decía. Estaban ausentes de allí en espíritu. Se advertía que eran impermeables a cualquier razonamiento, y más aún a un diálogo. Todos ya sabían todo. Cualquier cosa nueva sobraba. Hasta la manera de fumar era sugerente. Todavía recuerdo la forma ausente con que el General Leigh seguía la trayectoria de las volutas de humo de su cigarrillo.

Si se hubiera preguntado a los participantes inmediatamente después de esas reuniones qué fue lo que dije, nadie se habría acordado de nada. Era la incomunicación cristalizada. Eran dos mundos, dos culturas, dos estructuras espirituales, dos clases de chilenos las que allí se topaban físicamente, pero que no tenían nada en común.

Mucho de ese clima gélido y de incompreensión puede imputarse a carencias o a torpezas de la intervención del Ministro. Pero sinceramente creo que nadie habría podido desatar el nudo de prejuicios, ignorancias y pasiones que se escondía tras las máscaras disciplinadas y obsecuentes de los altos mandos militares.

Después de mis palabras, silencio. ¡Pero qué silencio! Absolutamente. Sepulcral. Pero más revelador que el más elocuente de los discursos.

Y después, el saludo militar, la reverencia de rigor y la nada.

Chile ya estaba quebrado, irreversiblemente quebrado. Y no es que la inmensa mayoría de esos militares estuviera ya entonces comprometida con algunas conspiración en marcha. Seguramente no. Lo que pasaba es que estaban desconcertados, eran incapaces e impotentes para comprender racionalmente lo que ocurría en Chile. Su horizonte cultural —y no es culpa de ellos— no alcanzaba a permitirles ver la realidad profunda de las cosas. Y sólo atinaban, sobre la base de las apariencias, a hacerse una composición de lugar recurriendo al limitado y paupérrimo elenco de conceptos de que disponían, determinados por algunos valores distorsionados por la refracción que experimentaban al atravesar su estrecho mundo cultural. Los

valores de “orden”, “patria”, “seguridad nacional”, entendidos a su manera, eran y son los esmirriados instrumentos conceptuales con los cuales podían interpretar la compleja realidad social chilena. Todo alimentado, además, por el instinto de clase —y subrayo la palabra instinto— que emerge con fuerza en los momentos de conflictividad social y del cual estaban absolutamente inconscientes. De la misma manera en que en general lo están acerca del papel esencial que cumplen las instituciones armadas en las sociedades de clase. De todo eso no saben ni entienden nada. Entonces, son explicables esas miradas y gestos ausentes, defensivos, de perplejidad y desconfianza frente al vacío y a la incertidumbre que les producía su inconsciente impotencia para captar la realidad.

No quiero por el momento filosofar más sobre el tema, la vida chilena en el ya largo interregno de la dictadura militar ahorra mayores divagaciones.

Después de las mencionadas reuniones con los altos mandos, me apersoné ante el Presidente y le narré lo ocurrido. En realidad, no había ocurrido nada. Sólo mi percepción de un hecho fundamental, sobre la base de la interpretación de puras sensaciones, sin mediación de palabras ni menos aún de diálogos o intercambio de opiniones. Lo que había ocurrido, y así se lo dije al Presidente, era mi creencia de que con las Fuerzas Armadas no había nada que hacer ya. Si hubo oportunidad de hacer algo, esa oportunidad estaba definitivamente perdida. No podíamos contar con ellas para nada. Y eran, en consecuencia, potenciales y poderosos adversarios.

El Presidente compartía ese juicio. Recuerdo una reunión, poco tiempo después, del CONSUSENA (Consejo Superior de Seguridad Nacional). Lo integraban varios ministros, los jefes supremos de las tres armas de la Defensa Nacional y algunos otros altos oficiales. En esa ocasión se trataron varios asuntos de rutina institucional, como compras de armamentos, situación presupuestaria, algunas destinaciones, etcétera. Cuando se hubo ya despachado el temario, el Presidente Allende, después de algunos segundos que esperábamos fueran seguidos por el levantamiento de la sesión, cambió de tono y de actitud y, en forma pausada, serena y solemne, expresó a los altos

mandos más o menos lo siguiente, sin preámbulos ni consideraciones de ninguna especie: “Señores Generales y Almirantes, quiero hacerles una formal advertencia. Estoy en este alto sitio por voluntad del pueblo de Chile, según la Constitución y las leyes que ustedes y yo hemos jurado respetar. Estoy aquí porque ofrecí al pueblo de Chile la realización de un programa destinado a satisfacer las más grandes aspiraciones populares y nacionales, un programa de transformaciones sociales que estamos realizando y lo continuaremos haciendo en democracia, pluralismo y libertad. Sé que esta tarea hierde intereses y éstos intentan, para defenderse, trastornar el orden institucional.

“Sepan ustedes, señores Generales y Almirantes, que no abandonaré este Palacio de los Presidentes de Chile ante presiones ni amenazas. Para que ustedes lo sepan, de La Moneda sólo podrán sacarme muerto. Tengo un compromiso sagrado con mi pueblo, que respetaré hasta el final. Les hago esta advertencia para que lo tengan presente. Nada más. Se levanta la sesión”.

Ningún general o almirante dijo nada. Se levantaron de sus asientos y, uno por uno, en silencio, se fueron despidiendo con la cabeza gacha, reverente y obsecuentemente, estrechando la mano del que por disposición constitucional era el Generalísimo de las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra, y ante quien habían jurado respetar la Constitución y las leyes.

No hablaré más sobre los militares. Ni aludiré tampoco a quien los representa y dirige y al que ahora obedecen incondicionalmente por aquello de la “verticalidad del mando”. No me referiré tampoco a sus pretensiones de ser los tutores de Chile, los “auténticos intérpretes del interés nacional”, “del orden social” y de “los valores de la civilización cristiano-occidental”.

Simplemente voy a contar dos anécdotas, intrascendentes en sí, pero muy reveladoras de lo que son los militares chilenos, de lo que piensan y de cómo reaccionaban ante los acontecimientos de esos tensos meses y semanas previos al golpe militar, acontecidos durante mi efímero paso por el Ministerio de Defensa.

Una mañana llegó a mi despacho el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, César Ruiz —quien no estaba muy contento conmigo

porque, contra su opinión, había llamado a retiro a dos altos jefes de la Aviación que perdieron la confianza del Ejecutivo—, para mostrarme varios ejemplares de algunos periódicos proclives al Gobierno en los que, junto con expresarse en mala forma de las Fuerzas Armadas, se llamaba a sus integrantes a cerrar filas contra los militares golpistas y a desobedecerlos en caso de que se sublevaran. El General Ruiz me manifestó que aquellas expresiones caían en el ámbito penal, de acuerdo con el Código de Justicia Militar, y que solicitaba mi autorización para proceder a incoar los correspondientes procedimientos judiciales.

Daba la casualidad de que yo tenía sobre mi escritorio otros tantos ejemplares de periódicos opositores, **Tribuna** y **Sepa**, este último redactado en Washington por periodistas chilenos residentes allí. En ellos se incitaba abierta y desembosadamente a las Fuerzas Armadas a rebelarse contra el Gobierno Constitucional. Le expresé al Jefe de la FACH que no tenía inconveniente de que se procesara a quienes él juzgaba estaban atentando contra la ley, y que la justicia diría la última palabra. Pero también le pregunté por qué no había tenido el mismo celo para solicitarme que igualmente se sometiera a proceso a los responsables de esas publicaciones opositoras que eran igual o más atentatorias a los valores y disposiciones que él quería salvaguardar, que yo tenía a mano y cuyos párrafos penalizables le di a leer.

Respuesta: como siempre de parte de los militares, silencio. Ni una explicación. Ni una autocrítica. Ni una rectificación. Sólo su arma preferida cuando no saben cómo contestar, silencio. Mudez y más silencio.

No sé ni recuerdo qué pasó en definitiva. Sólo estoy seguro de que la FACH no intentó procesar a quienes llamaban a rebelarse contra el Gobierno constituido. Eso, jamás. Y, de haberlo hecho, los Tribunales los habrían absuelto, como ocurrió con varias denuncias por hechos semejantes, formuladas por el Ministerio del Interior.

En esos mismos días se producía un paro patronal opositor en el que jugaban un importante papel los transportistas, los dueños de camiones. En la provincia de Valparaíso se habían concentrado los vehículos parados en un lugar determinado, creo que en Playa Ancha, pero no lo recuerdo con precisión. El Gobierno, para evitar que esta paralización pudiera afectar el abastecimiento del puerto, había or-

denado la requisición de estos medios de transporte para ponerlos en actividad y encomendó a la Armada poner en práctica este instructivo.

Llegó entonces a mi despacho, creo que el Jefe de la Zona de Emergencia en Valparaíso, el Almirante X, a quien le correspondía implementar el decreto de requisición y de movilización de los camiones parados. Un almirante, por lo demás, según parece, del ala constitucionalista de las Fuerzas Armadas, tan es así que pronto, después del golpe militar, fue dado de baja.

El alto oficial náutico me desarrolló la siguiente argumentación, digna de una antología, y que está grabada por los micrófonos secretos que seguramente los servicios de inteligencia militar tenían instalados en mi oficina.

“Mire, señor Ministro”, me dijo, “creo sinceramente que el Gobierno está estirando demasiado la cuerda al exigirle a nuestros muchachos —se refería al personal de la Armada— que hagan efectiva la requisición de los camiones y los pongan en actividad. Porque eso, señor Ministro, significa en el fondo atentar en contra, lesionar el derecho de propiedad, una de las bases del orden social vigente. Y eso es pedirles mucho a nuestros oficiales, es pedirles algo que va en contra de sus más caros valores. ¿Para qué les crea el Gobierno ese conflicto de conciencia, ese problema de tener que obedecer una orden que contraría sus más profundas convicciones?”.

“Otra cosa sería”, agregó, con inocente sinceridad, “si se tratara de pedirles a mis oficiales que desocuparan una fábrica tomada por los obreros, por ejemplo, incluso usando la fuerza. Eso lo harían con gusto, no tendrían problemas. Porque en ese caso ellos estarían ayudando a que se respetara el derecho de propiedad, y actuarían en contra de quienes lo estarían desconociendo. Y ésa es su función. Ustedes me están pidiendo que ordene precisamente lo contrario. Le ruego, Ministro, que reflexione sobre esto”, terminó diciendo, con transparente ingenuidad.

¡Qué le puede contestar uno a alguien que le plantea semejante argumentación! Yo quedé paralogizado ante su alegato. No se me ocurría qué responderle, salvo haberle dicho que habitábamos distintos planetas.

Para salir del paso hice hincapié en la legalidad del instructivo gubernativo y en el deber de obediencia de los institutos armados.

Contraargumentos correctos, pero puramente formales. Pero, en lo de fondo, francamente el Almirante me descolocó. Sobre todo por lo natural y obvio que a él le parecían sus razonamientos y por la sinceridad que revelaban sus cándidas pero significativas palabras.

Después de éstas y otras experiencias similares se confirmó mi convicción de que con las Fuerzas Armadas chilenas no había nada que hacer. No tenían remedio.

Algunos oficiales superiores, como el Almirante Carvajal, por ejemplo, no contraargumentaban como su transparente y sincero colega protagonista de la anécdota anterior, pero bastaba mirarle los ojos, observar los movimientos de sus ínfimos labios y las tensiones de sus músculos faciales para darse cuenta —más allá de ceremonias y de formalismos— que se estaba en presencia de un hombre que, pese a sus esfuerzos, no podía disimular la incompreensión y el odio zoológico sin límites que sentía hacia nosotros y que le nacía de lo más hondo de su ser. Su proceder posterior, durante la dictadura, demuestra que ese diagnóstico era acertado.

No me extraña pues que antes del golpe, durante el Gobierno Popular, la Marina haya procedido a detener y a torturar con inhumano salvajismo a los clarividentes y patriotas suboficiales de la Armada que intentaron organizarse para enfrentar la previsible sublevación de sus superiores, cuyo reaccionarismo fundamentalista conocían ellos mejor que nadie.

Lo menguado e intrínsecamente reaccionario de la cultura política militar chilena se me fue haciendo cada vez más evidente en el transcurso de mi experiencia durante el Gobierno de la Unidad Popular. Que no es el caso de la cultura política militar peruana, argentina o brasileña. Hay un abismo de diferencia de niveles entre ellos. Logré percatarme concretamente o, más bien dicho, corroborar mis impresiones cuando, siendo nuevamente Canciller, a finales de agosto de 1973, llegaron a mi poder los textos de los discursos que los representantes de algunas de las fuerzas armadas de esos países iban a pronunciar en un encuentro interamericano de las más altas autoridades militares del continente que se realizaría en Caracas a principios de septiembre.

Cuando advertí la riqueza del contenido de esas intervenciones y la perspectiva en que se situaban, me alarmé en grado sumo al imaginar el triste papel que preveía iban a desempeñar los militares

chilenos en ese evento, dada su ignorancia supina sobre cuestiones elementales, lo pedestre de sus preocupaciones e inquietudes políticas, su incapacidad para trascender el estrecho campo donde llegaba su miope visión de la realidad y su impermeabilidad para acoger y procesar lo nuevo que se estaba generando y produciendo en el mundo y en América Latina, incluyendo el terreno de las ideologías castrenses.

Me alarmé tanto que, pocas horas antes de partir a Argel a la Conferencia Cumbre de los No Alineados, telefoneé al entonces Comandante en Jefe del Ejército para pedirle que estudiara cuidadosamente las intervenciones que pensaban hacer sus colegas, a fin de que las tomara en cuenta al preparar la suya. Evidentemente no lo hizo, porque a esas alturas él y sus corresponsales en los mandos de las otras ramas militares estaban más interesados en la preparación del golpe militar...

Por lo demás, creo que los militares chilenos no llegaron a Caracas. Otras actividades ocupaban su tiempo en esos días.

Con todos estos antecedentes, nada tiene de extraño que, al poco tiempo de hacerse cargo del Gobierno las Fuerzas Armadas, carentes de una idea o proyecto propio sobre lo que podía hacerse en Chile, hayan entregado a los "Chicago boys" la dirección de la política económica del país, y a los ideólogos nacionalistas la responsabilidad de dar una cubierta conceptual a la aventura política en que se comprometieron.

Por eso, tampoco nada tiene de extraño que, una vez derrumbada la tentativa de rehacer nuestro país en los marcos de un modelo neoliberal, frente al estrepitoso desplome de ese proyecto con la crisis de los años 1981-1982, nuestros militares no hayan podido concebir respuesta alguna y se hayan limitado solamente a administrar la crisis. Cada vez más a la defensiva, desorientados y desconcertados ante una realidad social cuya legalidad se les escapa y se les presenta con un signo de interrogación que son incapaces de descifrar.

Frente al cuadro desolador que ofrecían las Fuerzas Armadas durante el Gobierno de Allende, apenas se traspasaba la costra de su aparente profesionalismo se advertía la fragilidad esencial de su ar-

ticulación con la democracia; frente a ese siniestro panorama, se erigía como antítesis de todo aquel universo militar deformado, reaccionario y mediocre, la figura del General Carlos Prats González.

Mucho podrían escribir sobre el General Prats personas más autorizadas que yo. El conocimiento personal que de él tuve, la lectura de sus **Memorias** —todo un tratado en potencia de sociología política y militar— y, sobre todo, su actuación pública, ameritan que su vida y su obra sean no sólo motivo de reflexión, sino que, además, constituyan un referente necesario para cualquier gran proyecto nacional de construcción de unas fuerzas armadas abiertas al porvenir de Chile, comprometidas con la realización de las grandes tareas nacionales y confundidas con las aspiraciones y el alma de nuestro pueblo.

Es necesario reconocer que todas esas orientaciones que se desprenden de lo que hizo, pensó y escribió Carlos Prats, parten desde el punto de vista de un militar auténtico, de un profesional de la carrera de las armas, cuya superación espiritual, intelectual y política fue producto de su experiencia y de su vivencia de Chile, de su percepción de la realidad de su pueblo y de sus organizaciones, y de su valoración del empeño que su pueblo puso por empinarse sobre sí mismo y por hacer imperar en Chile una democracia de veras con contenido social.

Prats rompió el compartamiento estanco en que estaban sumergidos los militares chilenos. Por eso, junto con ser el principal abogado de la “Doctrina Schneider”, que no es otra cosa que el hacer de los soldados mandatarios del pueblo, obedientes al Poder Civil, democráticamente constituido, Prats agregó una segunda dimensión a las responsabilidades militares, la de insertarse en la sociedad civil sin perder su carácter institucional para, en ese carácter, contribuir a las transformaciones sociales necesarias para que Chile sea una patria para todos y no para algunos.

El General Prats intentó llevar a la práctica esta segunda dimensión de la faena militar.

La forma en que lideró la participación castrense en el Gobierno cívico-militar de octubre de 1972 fue la expresión de esa manera de concebir el papel contemporáneo de los institutos armados, prolongando en esta segunda mitad del siglo XX la misión que los ejércitos libertadores cumplieron en la gesta de emancipación latinoamericana,

misión entroncada con las aspiraciones del pueblo y con la demanda de soberanía, independencia y dignidad nacional.

Prats demostró que desde el seno de la orgánica militar es posible abrirse hacia el pueblo y hacer una relectura, en términos de nuestra circunstancia chilena y latinoamericana actual, de los valores de Orden y Patria, de Soberanía y Defensa Nacionales, que digan relación con lo que hoy son y significan esos valores, y que nada tienen que ver con la versión momificada, formal y estéril, como todavía son entendidos por la mayoría de los integrantes de las instituciones armadas. Valores que, interpretados anacrónicamente, devienen sólo en instrumentos manipulables por los intereses del antipueblo y de la antinación.

Prats vio en Allende a un hombre que, desde otro lugar de la sociedad, desde el mundo de la política, estaba inspirado en sus mismos propósitos. Su contacto con el Presidente le sirvió para ver más claro lo que antes quizás sólo intuía. Constató su voluntad y su entrega, sin dobleces ni claudicaciones, a esos objetivos. Y su propósito de realizarlos por las vías más consensuales posibles, con el mínimo de dolores, de conflictos y enfrentamientos.

De allí su admiración y lealtad hacia el Presidente. De ahí que tanto sacrificara como persona y como individuo para intentar, contra viento y marea, que su querida institución militar, conservando su identidad profesional, ocupara también un lugar en ese proceso de rehacer también a Chile, en términos de mayor justicia, democracia y dignidad.

Ese empeño suyo le valió ser asesinado junto a su esposa en el exilio trasandino en octubre de 1974. Pero lo que dejó detrás de su vida es el más sólido pivote sobre el que se han de edificar las futuras Fuerzas Armadas de Chile.

Estoy cierto de que una de las características de Allende que más impresionaron a Prats y que explican su admiración y lealtad hacia él fue su amplitud, su generosidad y su espíritu unitario. Y su complemento, la ausencia de sectarismo, de estrechez, de dogmatismo que irradia su personalidad.

Es que Allende ha sido en Chile el gran campeón de la unidad.

Siendo leal con su Partido —del cual dijo una vez que todo lo que era a él se lo debía—, fue capaz de superar los sectarismos e, interpretando auténticamente la visión socialista de la lucha política, se empeñó en todo momento por unir las diferentes vertientes de la izquierda chilena.

Fue el principal artífice del entendimiento socialista-comunista, elemento clave para cualquier proyecto de reconstrucción democrática y avanzada de Chile.

Fue abogado incansable, luchando contra ideologismos y prejuicios, por recuperar para el radicalismo un lugar señalado en la coalición de fuerzas de izquierda.

Fue promotor principal de la acogida en el seno de las alianzas de izquierda de las vertientes radicalizadas que se desprendieron de la Democracia Cristiana y que expresaban las nuevas tendencias renovadoras del cristianismo.

Y, más allá de la izquierda, Allende no sólo no se cerró al diálogo con quienes eran susceptibles de coincidir en objetivos comunes, sino que buscó, no solamente durante su gestión presidencial, ensanchar siempre más y más la base popular y nacional de sustento de cualquier proyecto político y en especial del de la Unidad Popular. Entendía que eso a veces significaba hacer concesiones, pero bien sabía que en política las trayectorias no se dan nunca en línea recta, sino que siempre suponen y exigen virajes a derecha o a izquierda, con el fin de acumular fuerzas y hacer posible la consecución del objetivo final. Lo que, en otras palabras, significa que Allende era un político de verdad, con mayúscula, que intuía e intelegía a la vez el valor de la unidad como generación de fuerza y factor determinante en el desenlace de la lucha social.

Personalmente, dentro de las múltiples facetas que se pueden destacar en el legado de Allende, lo que más me conmovió siempre fue su mensaje y su conducta unitarios. Y creo que es también ese legado unitario, junto a su lealtad a sus promesas y compromisos, la mejor lección que entrega su vida al pueblo de Chile, para que le sirva de ejemplo y de inspiración.

Cuando durante el Gobierno de la Unidad Popular los enemigos del régimen se aglutinaban para entorpecer su gestión, Allende imaginó que quienes lo apoyaban deberían responder a esa política obstructionista con un gesto de grandeza y de clarividencia políticas. Cons-

ciente como estaba del insuficiente nivel de unidad alcanzado por los partidos que lo respaldaban, creía que la mejor forma de fortalecer su Gobierno y permitirle llevar a cabo su proyecto histórico era forjando con todos ellos una sola gran fuerza política, con una conducción única, que asumiera el papel de fuerza dirigente del proceso revolucionario.

Pensaba que en el seno de ese nuevo actor político, no obstante la profundidad que debería lograr el consenso entre sus integrantes, éstos debían por lo menos durante un tiempo conservar su identidad, que reflejara el aporte específico con que cada vertiente de la izquierda debía enriquecer al conjunto, al gran frente, alianza o partido federado que proponía crear.

Imaginaba Allende que esa nueva y superior forma de expresión unitaria de la izquierda chilena debía estar conformada por cinco componentes que, dentro de la instancia política única, constituyeran lo que él llamaba “destacamentos”, queriendo con ese término sacado del lenguaje militar, significar el carácter militante, combativo y de vanguardia que debía caracterizar la nueva organización unitaria.

Hablaba así de un destacamento “Eugenio Matte Hurtado”, que recogiera el aporte socialista; de un destacamento “Luis Emilio Recabarren”, que hiciera lo suyo con la contribución comunista; de un destacamento “Pedro León Ugalde” o “Pedro Aguirre Cerda”, que reuniera a las viejas huestes provenientes del tronco radical, remozado y reactualizado en su nueva posición socialista; de un destacamento “Malaquías Concha”, que sumara a los contingentes de izquierda herederos del viejo Partido Democrático y del ibañismo progresista; y un destacamento “Rafael Luis Gumucio”, que reuniera a las tendencias avanzadas de inspiración cristiana y que, a su juicio, eran un ingrediente fundamental de la nueva izquierda que había que ayudar a desarrollar y a fortalecer.

Estas ideas tuyas están ahora más vigentes que nunca. La construcción del nuevo Chile en una dirección democrático-revolucionaria reclama de una conducción y de una fuerza política unida y renovada, como la que ya durante su Gobierno Salvador Allende intuyó como condición necesaria para consolidar y profundizar los avances del movimiento popular y los cambios que su Gobierno estaba llevando a cabo para transformar radicalmente la sociedad chilena.

LA POLITICA EXTERIOR DEL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

LAS AMENAZAS EXTERNAS AL PROYECTO POLITICO DE LA UNIDAD POPULAR. NUESTRAS CONTRADICCIONES CON LOS ESTADOS UNIDOS. LA CONDUCTA DESESTABILIZADORA NORTEAMERICANA HACIA EL GOBIERNO Y NUESTRA POLITICA FRENTE A ELLA. CRITICA AL SISTEMA INTERAMERICANO. LA POLITICA LATINOAMERICANA DE LA UNIDAD POPULAR. APOYO AL PACTO ANDINO Y RELACIONES CON LOS PAISES VECINOS. RELACIONES CON LOS PAISES CAPITALISTAS OCCIDENTALES. VINCULACIONES CON LOS PAISES SOCIALISTAS. LA POLITICA TERCERMUNDISTA DEL GOBIERNO POPULAR. INGRESO AL MOVIMIENTO DE LOS NO ALINEADOS Y APOYO A LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION NACIONAL. VALORACION Y RESPALDO AL SISTEMA DE NACIONES UNIDAS.

De manera sintética, intentaremos aquí pasar revista a la política internacional del Gobierno de Salvador Allende, política que, como Ministro de Relaciones Exteriores, tuve la responsabilidad de implementar durante casi todo su período como gobernante.

Para ello seguiré la pauta utilizada en otros documentos que he debido preparar para abordar el mismo tema, con las variaciones que exige la índole de estas memorias.

El proyecto político de la Unidad Popular tenía una clara dimensión internacional, recogida precisamente en su Programa, dentro de sus formulaciones de política exterior.

Y obligadamente tenía esa dimensión internacional porque la

realización en Chile de una transformación democrática avanzada, orientada hacia el socialismo, afectaba intereses extranjeros de significativa importancia, alteraba también en algún modo el *statu quo* político latinoamericano, introducía un elemento conflictivo y perturbador en el sistema interamericano (fundamentalmente en la OEA y en el TIAR) y, por tanto, influía también en alguna medida en el panorama político mundial, determinado esencialmente por la pugna entre el mundo capitalista liderado por los Estados Unidos y el conjunto de estados socialistas encabezado por la Unión Soviética.

La experiencia política chilena se realizaba en un momento determinado del acontecer mundial, en una coyuntura determinada. Aunque nuestra época es, en lo esencial, la época de la transición del capitalismo al socialismo —y así lo entendían los núcleos pertinentes en el seno de la Unidad Popular—, esa transición adopta, en las distintas circunstancias, modalidades diferentes. Esas modalidades del proceso de transición están condicionadas por el conjunto de circunstancias concretas que lo rodean y que le imprimen un corrector específico. En otras palabras, la forma en que se realiza el proceso de transición depende de la coyuntura en que se inscribe.

El examen de la coyuntura global de 1970 conducía a creer que la experiencia chilena de la Unidad Popular era viable desde el punto de vista internacional. En efecto, la intervención armada norteamericana para poner término a ese proceso de transición era muy poco probable, suponiendo una conducta racional del Gobierno chileno. La invasión de República Dominicana no podía repetirse en Chile. Las previsibles resistencias internas dentro de los propios Estados Unidos a tal aventura, como asimismo su repercusión negativa en el resto de la comunidad internacional —sobre todo considerando el origen limpiamente democrático, constitucional y electoral del Gobierno chileno—, hacían prácticamente imposible una abierta intervención armada. Por otra parte, los Estados Unidos no necesitaban, en último término, recurrir a esa medida extrema con un costo político tan alto. Tenían a su disposición otros medios para llegar a los mismos fines, tan eficaces como una invasión en grande de los “marines”.

La simpatía que despertaba el ensayo chileno en Europa Occidental, por la naturaleza democrática y electoral del proceso de transformación socialista que se anunciaba, era un fuerte dique para

los eventuales agresores norteamericanos¹. La amistad declarada con el régimen chileno del mundo socialista agravaba aún más los riesgos de una política belicista en relación con Chile. Por otra parte, hay que recordar que en esa época los Estados Unidos estaban profundamente envueltos en el conflicto del Sudeste asiático, y comenzaban a recoger en el mundo una amarga cosecha de impopularidad por esta causa. En esas condiciones, no parecía sensato embarcarse en otra aventura bélica, incluso mucho más difícil de justificar.

Por otra parte, la prevalencia de un clima de distensión entre Occidente y Oriente, no obstante los conflictos de Vietnam y del Cercano Oriente, favorecía el desarrollo y consumación del experimento chileno y creaba enormes dificultades a los “duros” norteamericanos que pudieran haber abrigado propósitos agresivos.

Parecía mucho más probable que si alguna contingencia de orden militar pudiera interferir la experiencia chilena, ésta podría tener su origen en actitudes de los países vecinos, por asuntos pendientes con Chile susceptibles de agravarse. Los Estados Unidos podían estimular a estos potenciales adversarios de Chile para que provocaran problemas al país, los que podrían evolucionar hasta el plano militar, generando así agudas y hasta insolubles dificultades al Gobierno de la Unidad Popular.

Si bien la posibilidad de una agresión armada de los Estados Unidos para liquidar la empresa política chilena se presentaba como altamente improbable —por la naturaleza de la coyuntura que a la sazón atravesaba el mundo—, ello no implicaba descartar que los Estados Unidos pudieran intentar destruirla por otros medios a su

¹ Un indicador de la simpatía que rodeaba al nuevo Gobierno chileno presidido por Salvador Allende en los inicios de su gestión, fue la decisión de las Naciones Unidas de efectuar en Santiago la Tercera Conferencia de la UNCTAD, a los pocos meses de instalada la nueva Administración.

La improvisada postulación de nuestra capital como sede del mencionado evento fue aprobada por el organismo mundial con holgada mayoría, no obstante el largo trabajo preparatorio de otros aspirantes —entre ellos México— para obtener esa significativa distinción. Esa decisión fue una notable victoria diplomática de nuestro país y del Gobierno.

alcance. Ya se ha aludido a la posibilidad de que utilizaran los problemas que Chile tenía con sus vecinos para encender allí un conflicto de proporciones.

Para un análisis más profundo en este aspecto, procede esclarecer previamente la naturaleza del peligro que el Gobierno de la Unidad Popular entrañaba para los Estados Unidos.

Se piensa a menudo que la principal razón por la cual los Estados Unidos manifestaron desde el comienzo su oposición cerrada a la experiencia chilena (que llevó incluso al Presidente Nixon a ordenar a la Agencia Central de Inteligencia que maniobrara para impedir por cualquier medio el acceso de Salvador Allende al Poder, una vez conocidos los resultados electorales del 4 de septiembre de 1970), era el eventual riesgo que corrían los intereses económicos de los inversionistas estadounidenses en Chile. Dada la magnitud de los intereses cupríferos de los Estados Unidos en Chile, la anunciada nacionalización de la gran minería del cobre aparecía gravemente lesiva para las empresas propietarias, máxime cuando era previsible un procedimiento de indemnización bastante estricto. Además, se preveía la nacionalización de otras inversiones mineras, como las del hierro; de inversiones comprometidas en empresas de servicio público, como teléfonos, o la de muchas actividades industriales donde todo o parte de sus capitales eran de esa nacionalidad.

Aun siendo efectivo el riesgo que corrían esas inversiones, y cierto también que ello afectaba los intereses de los Estados Unidos en tanto nación, por diversas razones, entre las cuales figuraba como una de las más importantes el precedente que pudieran sentar para el futuro las nacionalizaciones y la forma de indemnización, no obstante ello, pensamos que no eran estas consideraciones las que determinaban la abierta hostilidad, manifestada desde sus inicios, del Gobierno de los Estados Unidos hacia el Gobierno de la Unidad Popular.

A nuestro juicio, las razones determinantes de la hostilidad del Gobierno norteamericano hacia la nueva Administración chilena y su proyecto gubernativo eran de naturaleza esencialmente política, de política general, y trascendían con mucho las posibles lesiones a los intereses económicos de las empresas norteamericanas eventualmente nacionalizables establecidas en Chile.

Nos explicamos. El Gobierno norteamericano no era entonces

ni lo es ahora sólo el representante del conjunto de los intereses generales de la economía privada norteamericana sobre la que está construida la estructura política e ideológica del país. No sólo era y es la entidad que regula, defiende y ampara las reglas del juego que permiten la reproducción y el desarrollo de la economía privada estadounidense, ya sea operando a través de capitales invertidos en los Estados Unidos o en el extranjero. Esa función le compete al Estado norteamericano como tal, en tanto cúspide y condición de la subsistencia del sistema capitalista interno, propio de la sociedad norteamericana.

El Estado norteamericano, además, ha ido asumiendo otro papel adicional en el contexto de la sociedad mundial contemporánea. Ha ido deviniendo, especialmente desde el llamado período de la “guerra fría”, el puntal y garante de toda una estructura de poderes contrarrevolucionarios en el mundo, papel que determina su conducta inspirada en una racionalidad política superior —racionalidad específicamente política y geopolítica— que subsume, integra y eleva a un nivel cualitativo distinto el conjunto de los intereses privados de los Estados Unidos con los del resto del mundo capitalista. En otras palabras, alrededor de los Estados Unidos en su carácter de potencia hegemónica de Occidente, después de la Segunda Guerra Mundial se ha ido configurando una estructura “parapolítica” destinada a defender los intereses generales y comunes de todo el mundo capitalista, amenazados por la Revolución y el Socialismo, también en las áreas dependientes y subdesarrolladas insertas orgánicamente en su sistema económico y político mundial.

Analizando el establecimiento del Gobierno de la Unidad Popular desde el punto de vista de la estructura contrarrevolucionaria mundial y hemisférica que lideran los Estados Unidos, la peligrosidad de nuestro Gobierno era suma y la amenaza que implicaba para esa estructura excedía con mucho el perjuicio netamente económico que las nacionalizaciones anunciadas por Chile podían inferir a los monopolios transnacionales afectados.

De allí que la razón fundamental de la hostilidad norteamericana hacia el Gobierno del Presidente Allende deba buscarse en el contexto de la racionalidad de la estructura mundial contrarrevolucionaria construida alrededor del poder de los Estados Unidos, potencia hegemónica en esa coalición de fuerzas. Detengámonos un poco en la profundización de los motivos de esa peligrosidad.

En primer lugar, se debe tener presente que el ejemplo chileno, sobre todo su empeño por edificar el socialismo en libertad, se presentaba como altamente atractivo y contagioso para varios países del área sur del continente. En esos años, en la Argentina ya podía considerarse fracasada la experiencia castrense de la llamada “Revolución Argentina” y, más tarde o más temprano, las urnas decidirían el destino político del país. Y, en ese evento, el ejemplo de un Chile democrático encaminado hacia el socialismo —triumfante frente a las dificultades políticas y económicas que siempre acompañan a empresas semejantes— podía tener claras consecuencias del otro lado de los Andes, donde, naturalmente, se tendería a imitar la experiencia chilena. Otro tanto podía pensarse del Uruguay, donde estaba por constituirse el llamado Frente Amplio que, *mutatis mutandi*, seguía los mismos lineamientos de la Unidad Popular chilena. El Gobierno populista de izquierda de Bolivia se vería también fortalecido y consolidado con los éxitos del proceso revolucionario chileno, configurándose así en el cono sur toda una situación que escapaba al control político de los Estados Unidos, y que podía significar a sus ojos una virtual “cabeza de puente” del mundo socialista en el extremo austral del continente. Si a eso se agrega la posición independiente y nacionalista del Gobierno de las Fuerzas Armadas del Perú y sus estrechas relaciones con Cuba socialista, es comprensible que para los intereses de la contrarrevolución en América Latina —tutelados por los Estados Unidos— un desarrollo exitoso de la Revolución chilena produciría consecuencias negativas de grandes proporciones y con proyecciones en toda la política mundial.

La peligrosidad del triunfo y la consolidación del Gobierno de la Unidad Popular se agravaba por su origen democrático y electoral. Esta circunstancia, junto con atraerle muchas simpatías, hacía, a la vez, bastante difícil combatirlo utilizando los argumentos que se esgrimieron contra Cuba y contra otros ensayos socialistas, cuyo origen y funcionamiento no se acomodaban a la ortodoxia democrático-liberal dominante y vigente en Occidente. Por otra parte, ello dificultaba y hasta tornaba políticamente imposible una intervención armada contrarrevolucionaria, como ya se anotaba anteriormente.

De este examen fluye claramente que el desafío a la estructura mundial y hemisférica de la contrarrevolución fue el motivo determinante de la hostilidad norteamericana al Gobierno de la Unidad Po-

pular, la que se tradujo en variadas formas de intervención en su contra.

Esto no quiere decir de manera alguna que la actividad de los intereses económicos norteamericanos directamente afectados por la política nacionalista del Gobierno chileno no haya jugado un importante papel en la aceleración, intensificación y agudización de esta política contrarrevolucionaria, pero su acción no fue determinante en la adopción de aquella conducta.

Interesa también poner énfasis en que, a juicio de los Estados Unidos, el hecho de que Chile soberanamente hubiera resuelto seguir el camino que siguió, no le impedía a ese país desempeñar su papel de “gendarme internacional”. Las ya conocidas expresiones del Presidente Ford para explicar el porqué de su intervención en Chile a través de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), demuestran hasta la saciedad que los Estados Unidos se asignan a sí mismos un papel tutelar en Occidente, el que los habilita para violar la soberanía de los países cuando ellos, de acuerdo con su criterio, estiman que la “seguridad mundial” está amenazada en alguna parte del orbe por fuerzas contrarias a sus intereses políticos. Y si esto es válido en general, lo es mucho más en el continente americano, donde tradicionalmente los Estados Unidos han ejercido una hasta hace poco indisputada hegemonía. En otras palabras, la tristemente famosa “Doctrina Johnson”, formulada con ocasión de la invasión armada a la República Dominicana, en cuya virtud los Estados Unidos se arrogan el derecho a intervenir por la fuerza en cualquier ámbito del continente americano para evitar el dominio del comunismo o de fuerzas afines a éste en algún país del hemisferio, se encontraba y se encuentra en plena vigencia. Así lo demuestran claramente los actos de Nixon y de Kissinger —este último, en su carácter de Presidente del Comité Nacional de Seguridad, autorizó la inversión de millones de dólares para “desestabilizar” el Gobierno de la Unidad Popular—, y las palabras de Ford para justificar dichas acciones.

La actual conducta norteamericana frente a Nicaragua es el mejor ejemplo de que hasta ahora esa doctrina, reactualizada por Reagan, continúa orientando estratégicamente su política exterior y particularmente hemisférica de los Estados Unidos.

Oficialmente, los Estados Unidos, durante el Gobierno de la Unidad Popular, ni a través de su representación diplomática en

Santiago ni a través de los voceros autorizados de su Gobierno, jamás confesaron públicamente cuál era su real política frente a Chile, ni tampoco cuáles eran los reales motivos en los cuales la fundamentaban.

En las comunicaciones oficiales entre ambos gobiernos a través de sus embajadas, lo que objetaron persistentemente era el procedimiento empleado para indemnizar a las empresas propietarias de las minas de cobre nacionalizadas y, sobre todo, el resultado a que ese procedimiento condujo y que significó que, en la liquidación de los créditos y débitos recíprocos entre el Estado de Chile y las empresas, el saldo final, en el hecho, implicó que las empresas no recibían compensación monetaria alguna. Esas objeciones se fundamentaban en una presunta violación —por parte de Chile— de supuestos principios de Derecho Internacional, en orden a que la indemnización en estos casos debería ser “justa, pronta y efectiva”, criterio que el Gobierno de Chile nunca compartió sino que rechazó de plano. A juicio de nuestro Gobierno, la verdadera doctrina en Derecho Internacional que debiera aplicarse en estos casos era la proveniente de la Resolución 1803 de la Asamblea de las Naciones Unidas.

Para resolver esta diferencia de criterios sobre tan importante materia, el Gobierno de Chile recurrió al único instrumento jurídico existente y vigente entre las partes para resolver diferendos de esa naturaleza: el Tratado Chileno-Norteamericano de 1916. Este Tratado entregaba el conocimiento de los asuntos conflictivos entre las partes a un organismo de conciliación integrado por personeros designados por los afectados que, en el caso de no lograr un acuerdo entre las partes, sólo podía emitir una opinión, un derecho sobre la cuestión controvertida, susceptible de entenderse como proposición de arreglo que las partes podían o no aceptar, conforme lo determinaran soberanamente.

En las cuatro oportunidades en que se discutió este asunto entre personeros autorizados de ambos gobiernos, el Gobierno norteamericano nunca se allanó a aceptar la mencionada solución jurídica propuesta por Chile, argumentando que ello no daba seguridad alguna de solución pronta y eficaz al problema de las indemnizaciones. Insistía en la necesidad de conversaciones directas sobre el fondo del problema, la procedencia y magnitud de las compensaciones. El aceptar el criterio norteamericano exigiría en Chile una reforma constitucional, la que no podía suponerse que contaría con el patrocinio del Gobierno, así como tampoco podría ser aprobada por el Congre-

so, considerando el contexto político prevaleciente en esos momentos. El “impasse” en la materia duró hasta que se produjo la asonada militar.

Tras las investigaciones que hizo públicas el Senado norteamericano y las declaraciones de los funcionarios comprometidos, ha quedado en evidencia el propósito del Gobierno de ese país: promover la “desestabilización” del Gobierno de Chile. Por las razones antes expuestas, se ha visto que ello no podía lograrse a través de una intervención militar directa, pero sí era posible entorpecer y obstruir la política del Gobierno chileno hasta provocar su caída, mediante acciones que afectarían de manera negativa la economía del país y que, junto con crearle problemas al Gobierno de la Unidad Popular, favorecerían el descontento popular ante esas dificultades económicas. Y esta política de fomentar el descontento tal vez influiría en la población, ya fuese para determinar su comportamiento electoral adverso a la Unidad Popular y favorable a la oposición, ya fuese creando condiciones que ayudaran y estimularan una intervención de las Fuerzas Armadas para derribar el Gobierno.

Una lógica semejante a la que explica ahora la ayuda a los “contra” nicaragüenses, destinada sobre todo a deteriorar la economía del país y predisponer así al pueblo en contra del Gobierno.

De las evidencias surgidas por las investigaciones realizadas por una Comisión del Senado norteamericano sobre la acción de la CIA, se desprende que ya antes de la asunción del Poder del Presidente Allende, luego de la elección del 4 de septiembre, la CIA no sólo intervino para intentar obstruir en el Congreso la ratificación del triunfo de Allende y para promover una acción militar destinada a arrebatarse el triunfo —maniobra que condujo al asesinato del General Schneider—, sino que también estimuló el pánico financiero en el mundo de los negocios con el fin de crear un clima propicio para cualquier operación destinada a impedir el acceso de Allende a la Presidencia. En esa misma dirección se orientaban los planes que fraguó la ITT, con la complicidad de la CIA, los que son de conocimiento público.

Todas estas maniobras fracasaron, si bien debe imputarse a la acción de la CIA y de las empresas transnacionales la intensidad y

publicidad que alcanzó la campaña dirigida a producir el ya referido pánico en el mundo de los negocios, pánico que creó, de hecho, notorias dificultades para el Gobierno de la Unidad Popular, que asumió el poder en un clima de desconfianza aumentado artificialmente por esas injerencias foráneas.

Instalado ya el Gobierno de la Unidad Popular, y ante el fracaso de los intentos por impedir su acceso al poder, intentos que cubrieron toda la gama de acciones posibles, excluida la acción militar directa —desde el intento de soborno a parlamentarios hasta la inducción a una sublevación militar—, se puso en marcha toda una política destinada a desestabilizar el Gobierno chileno. Esto obedecía a una evaluación estratégico-política de la peligrosidad del Gobierno chileno y a la consiguiente necesidad de que se lo presionara a abandonar su programa y a alterar su base de sustentación, incluyendo la posibilidad de que esa alteración fuese producto de un evento electoral. Si ello no se conseguía, quedaba todavía la alternativa de ayudar a que se lo derribara por la acción combinada de la oposición civil subversiva y las Fuerzas Armadas. En su concepción básica, esta orientación era compartida tanto por el Departamento de Estado como por el Pentágono y por las empresas directamente afectadas por la política chilena. Aunque entre estos factores de poder posiblemente haya habido diferencias tácticas en cuanto a la forma de poner en práctica esta línea de acción, nada autoriza a pensar que en este asunto hubo diferencias profundas entre ellos. Si, eventualmente, en el seno del Departamento de Estado hubiese existido alguna oposición a esta política, la actitud personal del Presidente Nixon (reflejada en las instrucciones que dio para evitar por cualquier medio el ascenso de Allende al Poder) y, sobre todo, la de su asesor Kissinger (avalada por su directa responsabilidad como Presidente del Comité de los 40, que ordenó la materialización de diferentes operaciones desestabilizadoras), demuestran que esa oposición, si existió, fue muy débil, incapaz de imponerse por sobre la voluntad de Nixon y de su máximo consejero y no pudo evitar que los designios de los superiores responsables de la política exterior se llevaran a la práctica. La articulación de los puntos de vista del Ejecutivo, de las Fuerzas Armadas y de los organismos de seguridad en el seno del “Comité de los 40” confirma esta opinión.

Por otra parte, la relación entre la política diseñada por la autoridad estatal y los intereses privados afectados aparece también de

manifiesto específicamente en las reuniones conjuntas que se realizaron entre personeros gubernamentales y representantes de las empresas con capitales en Chile, las cuales estaban destinadas a discutir y coordinar su acción antichilena. Por lo demás, está en la esencia del sistema político norteamericano el que haya una estrecha interrelación entre las políticas del Estado y las de las empresas monopolísticas y transnacionales, aunque ello no necesariamente suponga que siempre exista acuerdo absoluto entre ambos. Esto último se debe a que la superior y global responsabilidad que complete al Estado norteamericano en la estructura “parapolítica” de la contrarrevolución lo hace trascender la perspectiva más limitada de los intereses privados. Aunque, repetimos, en el caso de Chile no parecen haber aflorado diferencias apreciables entre las políticas del Estado y la del mundo de los negocios.

Vale la pena mencionar que, sugestivamente, durante el bloqueo financiero a Chile por parte de los Estados Unidos, a mediados de 1973, justificado con el pretexto de la no solución del diferendo sobre las compensaciones cupríferas, las operaciones de crédito a las Fuerzas Armadas chilenas no se suspendieron en ningún momento. Esta sugerente circunstancia la hizo presente a los representantes norteamericanos su contraparte chilena en una de las conversaciones que se llevaron a cabo en aquella época, tendientes a buscar un arreglo al mencionado entredicho sobre las compensaciones sin que, desde luego, haya existido una explicación plausible al respecto.

En los círculos que diseñaron y llevaron a cabo la política internacional chilena durante el Gobierno de la Unidad Popular, existió claridad acerca de que la hostilidad de los Estados Unidos hacia Chile estaba determinada fundamentalmente por razones políticas profundas que se enraizaban en su doble papel de soporte de toda la estructura contrarrevolucionaria mundial y de potencia hegemónica en el continente. Pero también existía claridad en cuanto a que una política razonable de nuestro país, exenta de todo tipo de provocaciones, evitaría no sólo la intervención armada norteamericana en contra nuestra sino también el éxito en la promoción de un bloqueo formal y declarado tanto financiero como comercial a Chile, semejante al que antes se había impuesto a Cuba. La coyuntura in-

ternacional no lo permitía. Igualmente, existía claridad en que, a través de la CIA y de los servicios de inteligencia militar se desarrollaba una acción clandestina de zapa contra el Gobierno, destinada a favorecer a la oposición y a ejercer influencia sobre las Fuerzas Armadas chilenas. Existía claridad en cuanto a que las empresas afectadas por las nacionalizaciones empujaban y presionaban por una política lo más dura posible frente a Chile. Pero existía también claridad en que, por muy importante que fuera el problema de las compensaciones, una solución favorable a los Estados Unidos en este asunto no eliminaba en modo alguno la hostilidad norteamericana hacia nuestro país, y ésta no tardaría en manifestarse luego, por algún otro motivo. Y ello, pese a que oficialmente, como se ha dicho, los norteamericanos sólo planteaban el asunto de las compensaciones como obstáculo clave para el mejoramiento de las relaciones entre los dos países.

Dentro de este cuadro general, el objetivo que persiguió el Gobierno chileno en sus relaciones con los Estados Unidos fue el de eliminar todo pretexto que pudiera facilitar o legitimar un bloqueo económico muy estricto a Chile y acciones de otra índole que pudieran adoptar para perjudicar al Gobierno popular. Con el mismo espíritu, se propuso reducir al mínimo las cuestiones objetivamente conflictivas, evitando que éstas se agravaran artificialmente, pero sin contemplar en momento alguno el renuncio a las metas programáticas de la Unidad Popular.

Se estimó que, para el logro de estos objetivos, la afirmación y la práctica estricta del principio de la no intervención por parte del Gobierno chileno cumplía un papel fundamental. Ello dificultaba, dentro de los Estados Unidos, la adopción de una política dura y abiertamente intervencionista y, sobre todo, nos permitía operar en Europa Occidental y en el resto del mundo capitalista, como también en América Latina, de modo de evitar que los países de estas áreas se sumaran a los propósitos norteamericanos de colapsar la economía chilena. Poner énfasis, en las palabras y en los hechos, en la fidelidad a los principios de la no intervención tenía especial relevancia en América Latina, por cuanto la asimilación que se quería hacer de la experiencia chilena a la Revolución Cubana —que se vio obligada a responder a la agresión norteamericana en el mismo terreno en que se la combatía—, imponía al Gobierno chileno la ne-

cesidad de desvirtuar aquella equívoca imagen que se quería difundir para legitimar el aislamiento hemisférico de Chile.

Esta política prudente y no provocativa, aunque digna y de fidelidad al contenido antimperialista del Programa de Gobierno, se mantuvo hasta el final, y estamos ciertos de que ella contribuyó a dificultar la política de “desestabilización”, haciendo políticamente no viable el uso de muchos recursos de poder que los Estados Unidos —en otras condiciones— podrían haber utilizado en contra nuestra, con grave perjuicio para la situación económica del país. No hay que olvidar que el grado de dependencia de Chile respecto a los Estados Unidos en el plano económico le daba a aquel país un margen de acción muy amplio y eficaz para perjudicarnos, el cual no pudo emplear sino en forma parcial, precisamente por la cautela con la que se manejaron las relaciones de Chile con aquella nación.

Ya se ha dicho que las posibilidades de que se provocara, con mayor o menor estímulo norteamericano, el aislamiento político y económico de Chile en América Latina, aparecía como un riesgo que debía evitarse a toda costa, con el sólo límite del respeto al Programa de Gobierno. La política chilena en el hemisferio se dirigió fundamentalmente a conseguir ese objetivo.

Para evitar que se hiciera realidad el propósito de aislar a Chile en la región, el Gobierno se preocupó desde el comienzo por levantar la doctrina del “pluralismo ideológico”, como supuesto básico para regular una constructiva y pacífica convivencia en América Latina. La alusión a la doctrina del “pluralismo ideológico” estuvo contenida en todas las declaraciones conjuntas suscritas por los personeros chilenos con sus contrapartes latinoamericanas. De ello dan fe los documentos conjuntos suscritos por Chile con Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, México y Venezuela. La circunstancia de que muchos de esos Estados estuvieran gobernados por administraciones de orientación conservadora, le dieron especial relevancia a estos acuerdos, los que, por otra parte, no constituyen sino otra versión del Principio de la No Intervención que, como se ha dicho, fue la norma invariable que Chile observó escrupulosamente en sus relaciones con las naciones hermanas del continente. En esta forma, el Gobierno de la Unidad Popular bloqueó oportuna y eficazmente los intentos por aislar a Chile en América Latina, con el pretexto de su orientación política.

Especial atención se prestó a las relaciones con Argentina, po-

niéndose particular empeño en arribar pronto a un acuerdo con aquel país que resolviera el explosivo pleito sobre las islas del Canal Beagle y se llegó a ese respecto a una solución satisfactoria, sometiendo el diferendo a un arbitraje, con lo cual se eliminaba el riesgo de que interesadamente se explotara el "impasse" existente durante cincuenta años en la materia, cuyo propósito era avivar intencionadamente el chauvinismo trasandino contra Chile.

El arbitraje, preparado por un Tribunal de integrantes de la Corte Internacional de Justicia de La Haya, elegido de común acuerdo por las partes y legitimado por la Corona Británica, de acuerdo con los tratados vigentes, le dio la razón a Chile en toda la línea.

Desgraciadamente, el significativo triunfo diplomático de Chile en esa gestión no pudo materializarse después, ya que, como bien se sabe, aprovechándose del aislamiento internacional del régimen militar chileno y de la mala voluntad hacia él por parte de casi todas las naciones del mundo, el laudo arbitral, ampliamente favorable a nuestro país, fue desconocido impune y descaradamente por la dictadura militar argentina.

La visita del Presidente Allende a Salta y la del Presidente Lanusse a Antofagasta consagraron la amistad entre ambos gobiernos pese a sus tan disímiles orientaciones políticas e ideológicas. Que esta amistad no quedó en palabras, lo demuestra no sólo el extraordinario incremento del comercio chileno-argentino durante el trienio 1970-1973, sino también el considerable volumen de créditos, tanto para la adquisición de equipos como para el financiamiento de operaciones a corto plazo, que ascendieron a un total de más o menos trescientos cincuenta millones de dólares, guarismo que habla por sí solo de la extraordinaria importancia que tuvo para la economía chilena la buena voluntad argentina para con Chile, resultado de la franca, respetuosa y amistosa convivencia que la Cancillería chilena logró imponer entre los dos países. Se puede afirmar así que, en uno de los frentes externos más vulnerables para Chile, nuestro Gobierno logró eliminar el peligro de aislamiento político y económico de la nación.

El Gobierno Popular no fue remiso en la responsable consideración del problema tradicionalmente planteado por Bolivia, exigiendo su salida al mar. Durante la Administración del General Torres se realizaron constructivas aproximaciones hacia una solución de ese

enojoso problema, dentro del espíritu latinoamericanista que inspiraba el Programa de la Unidad Popular. La caída del Presidente Torres y la instauración en Bolivia de un régimen militar reaccionario y antichileno paralizó estas gestiones al desaparecer la confianza mutua entre las partes, condición insoslayable para llevar a buen término una negociación tan delicada.

Decisiva importancia le asignó el Gobierno de la Unidad Popular al proceso de integración económica andina programado en el Acuerdo de Cartagena. Durante cierto tiempo, esta iniciativa fue vista con desconfianza y recelo por los partidos de izquierda chilenos, pues se pensaba que en sus bases primitivas no se aseguraba que las ventajas de la ampliación del mercado prevista en el Acuerdo no fueran a ser aprovechadas principalmente por los monopolios norteamericanos. Al aprobarse, durante los primeros meses del Gobierno de la Unidad Popular y con el decidido apoyo de Chile, la llamada Decisión 24 relativa al Régimen Común Andino de Tratamiento a los Capitales Extranjeros, lo fundamental de esas reservas desapareció. En efecto, dicha decisión aseguraba no sólo que las ventajas de la ampliación del mercado accedieran principalmente a las economías signatarias, sino que también consultaba un proceso de progresiva recuperación nacional de las más importantes actividades económicas que se encontraban bajo propiedad foránea.

El Gobierno chileno puso toda su voluntad política al servicio del proyecto de integración andina. Esa voluntad fue decisiva en la aprobación del primer acuerdo de programación económica sectorial en la rama industrial metal mecánica. En algunas ocasiones, hubo que vencer también fuertes resistencias internas para que el sector económico de gobierno cumpliera disposiciones andinas que implicaban gastos de divisas en importaciones de la subregión, lo que se estimaba inconveniente dada la difícil situación que atravesaba la balanza de pagos del país. Pero finalmente se impuso el criterio de la Cancillería, estimándose que el sacrificio económico que significaba para el país la observancia de los compromisos andinos en ese momento era compensado con creces por el significado político de la lealtad chilena al proceso de integración. No obstante ello, en los últimos meses del Gobierno de la Unidad Popular Chile debió recurrir a las cláusulas excepcionales de salvaguardia contempladas en el Acuerdo, para sustraerse temporalmente al régimen común en ma-

tería de comercio interregional, dada la emergencia económica por la que atravesaba el país.

La apertura de la política exterior mexicana hacia América Latina y el Tercer Mundo, que se manifestó ya en el segundo año de la Administración del Presidente Echeverría, dio ocasión para fortalecer los lazos tanto políticos como económicos y culturales entre México y Chile, hecho que halló elocuente expresión en los exitosos resultados de la visita del Presidente Allende a la capital azteca, a finales de 1972.

La amistad chileno-mexicana desarrollada en ese período se tradujo en el apoyo recíproco de ambos países en iniciativas de interés común y de proyección internacional, entre los que cabe destacar el respaldo chileno a la propuesta mexicana de Declaración de Derechos Económicos y Sociales de los Estados, aprobada finalmente en las Naciones Unidas, un indicador del perfil tercermundista con que el Presidente Echeverría quiso destacar la presencia mexicana en la arena internacional, lográndolo con éxito.

La fraternidad entre ambos pueblos, robustecida en el período del Gobierno popular, se proyectó incluso después del golpe militar, con la firme oposición de México a la dictadura, la cual culminó con la ruptura de relaciones diplomáticas de ese país con el régimen castrense chileno.

A los pocos días de instaurado el Gobierno, Chile restableció sus plenas relaciones diplomáticas, económicas y culturales con Cuba, lo cual importó, desde luego, por parte de Chile, el desconocimiento de la legitimidad de los acuerdos de la OEA, que obligaban a sus miembros a romper relaciones con ese país, afirmando, por el contrario, la voluntad de estrechar sus vínculos con Cuba, lo que se puso de manifiesto en los múltiples acuerdos de diferente índole que se suscribieron entre ambos países y en las recíprocas visitas entre el Presidente Allende y el Primer Ministro Fidel Castro.

El triunfo de la Unidad Popular, como era de preverse, fue recibido negativamente por el Brasil. En un comienzo, fue notoria la desfavorable disposición brasileña hacia el nuevo régimen chileno, y es presumible que en esa época el Brasil haya estado dispuesto a apoyar cualquier intento por aislar a Chile en el hemisferio. Sin embargo, el cuidado puesto por nuestro país en el manejo de sus relaciones con el Brasil y el éxito obtenido por la Cancillería para neutrali-

zar las posibles actitudes en su contra por parte de los otros Estados latinoamericanos, hicieron desistirse al Gobierno brasileño de tales propósitos. La doctrina de "pluralismo ideológico" derrotó así en el ámbito latinoamericano la doctrina de las "fronteras ideológicas" que anteriormente sostuvo el propio Brasil.

Fue así como, no obstante, se mantuvo una notoria frialdad en las relaciones entre los dos países a nivel político; en el terreno económico, los vínculos chileno-brasileños no se deterioraron.

En resumen, la decidida política de Chile para sostener y mejorar sus relaciones con las naciones hermanas de América Latina, frustraron los intentos de aislarlo políticamente y le permitieron al país, a través de facilidades crediticias a corto plazo y del incremento del comercio con los países latinoamericanos, atenuar considerablemente los problemas existentes en la balanza de pagos y los efectos del bloqueo financiero estadounidense.

La previsible mala disposición de los Estados Unidos frente al nuevo Gobierno chileno, movió a éste desde sus inicios a conferir a la mantención de los vínculos con los países occidentales la relevancia que merecía. Ello, tanto por la significación que podrían alcanzar las relaciones económicas con esos países en el caso de un eventual bloqueo promovido por los Estados Unidos, como por la influencia política general que esos Estados tienen en la comunidad internacional, influencia que podía ser decisiva para neutralizar cualquier intento de aislar internacionalmente al país.

Los propósitos amistosos hacia Europa Occidental parecían viables, ya que los lazos tradicionales de Chile con esos países y la circunstancia de que muchos de ellos estuvieran regidos por gobiernos de orientación izquierdista o socialdemócrata, los predisponía a tener una actitud favorable hacia el nuevo régimen chileno. El inobjetable acceso al poder por la vía democrática y electoral del Presidente Allende y los propósitos de la Unidad Popular de construir en Chile una sociedad socialista "en términos de democracia, pluralismo y libertad", tornaban particularmente atractivo para la opinión pública europea el experimento político chileno.

La realidad no desmintió esas previsiones y, pese a las presiones

de los círculos financieros norteamericanos y del propio Gobierno de los Estados Unidos, estos países mantuvieron frente al régimen de la Unidad Popular una actitud favorable, cooperativa y amistosa. Las relaciones económicas, tanto comerciales como financieras con ellos, continuaron desenvolviéndose normalmente.

Los comunicados conjuntos y los convenios de cooperación económica, tecnológica y cultural que resultaron de la visita del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile a Europa, en 1972, dan testimonio del nivel alcanzado por las relaciones de Chile con las naciones europeas occidentales.

Es importante destacar estos hechos porque revelan que la política exterior chilena logró minimizar —incluso en relación con países como España, regida por un gobierno tan antitético desde el punto de vista ideológico al de Chile— los roces doctrinarios, atenuando también con ello los efectos de las políticas de quienes promovían el aislamiento económico de Chile.

Un claro ejemplo de lo que estamos aseverando lo constituye el fracaso de las gestiones norteamericanas por paralizar la renegociación de la deuda externa chilena en el Club de París a comienzos de 1972, la que alcanzó notable éxito para Chile, no obstante el empeño puesto por los Estados Unidos para condicionar el acuerdo a seguridades de que, en materia de compensaciones a los capitales foráneos expropiados, Chile se atendería a la interpretación del Derecho Internacional sostenida por ese país. Pese a que el interés de los demás países acreedores de Chile coincidía con el de los Estados Unidos, debido a sus inversiones en Chile, aquellos Estados no se colocaron en la posición norteamericana y permitieron a nuestro país obtener razonables condiciones de pago que facilitaron notablemente su difícil gestión económica.

Cabe mencionar también que, pese a las reclamaciones de muchos de estos países por la situación de empresas de sus connacionales ya sea nacionalizadas o simplemente ocupadas de hecho por sus obreros —reclamaciones que sólo en parte recibieron respuestas satisfactorias de Chile, no obstante el empeño que puso el Gobierno por resolverlas en interés de ambas partes—, esos gobiernos no procedieron como el de los Estados Unidos, con represalias, sino que de buena fe buscaron soluciones que no llevaran a la ruptura de relaciones económicas. Fue así como, a pesar del grave perjuicio inferido

« Chile como resultado de las medidas precautorias sobre el cobre chileno vendido a Europa, impetradas por empresas estadounidenses, « mediados de 1973 Chile había logrado disponer en ese continente de líneas de crédito bancario normales, las que le permitían adquirir allí muchas de las mercaderías que ya no podía comprar en los Estados Unidos.

De más está señalar el amplio y profundo consenso político que servía de telón de fondo para definir las relaciones entre Chile y los países socialistas en las condiciones del Gobierno de la Unidad Popular. De ello dan fe no sólo las declaraciones y discursos de los voceros autorizados del Gobierno chileno a su más alto nivel, sino también los comunicados conjuntos que se suscribieron con la mayoría de los países socialistas para precisar el marco político que iba a servir de base firme para el desenvolvimiento de sus relaciones en los dominios comercial, de cooperación industrial, asistencia técnica, financiero y cultural.

La visita del Canciller chileno, a mediados de 1971, a Europa Oriental inauguró una serie de importantes compromisos destinados a realizar un conjunto de proyectos industriales, mineros, agroindustriales y de transportes con financiamiento y asistencia técnica de los países socialistas. Se trataba de proyectos que estaban contemplados en los planes económicos chilenos, debiendo dejarse constancia de que muchos de esos proyectos chilenos encontraron, por otra parte, apoyo financiero y tecnológico en los países occidentales y en el Japón. La circunstancia de que entonces se entrara a negociar parte de estos proyectos con los países socialistas no significó en modo alguno desestimar las propuestas occidentales al respecto, sino que sólo fue una ampliación del abanico de ofertas, entre las cuales se escogieron las que aparecían como más favorables a Chile. Vale la pena consignar que, particularmente en el caso de la Unión Soviética, algunos de esos proyectos ya estaban siendo considerados por Chile para ser realizados con la cooperación de los países socialistas desde el Gobierno del Presidente Frei, como resultado de los acuerdos suscritos durante esa administración con motivo del viaje de una misión económica chilena a Europa Oriental.

El volumen de los créditos para proyectos de largo plazo suscri-

tos con los países socialistas y que estaban ya en condiciones de materializarse, ascendía más o menos a unos quinientos millones de dólares, de los cuales alcanzaron a ser utilizados unos setenta millones hasta el momento del golpe militar. En estas cifras no se incluyen, desde luego, los montos de los proyectos acerca de los cuales había sólo acuerdos en principio y que, como en el caso del plan para renovación de los transportes y equipamiento energético que se estaba tratando con la Unión Soviética, seguramente iban a aumentar en proporción considerable los guarismos anteriores. Al hablar de países socialistas, incluimos entre ellos a la República Popular China, nación con la que también se suscribieron importantes acuerdos de cooperación industrial y de incremento comercial, principalmente con motivo de la visita realizada a ese país por el Canciller chileno a principios de 1973.

En lo relativo al aspecto comercial de las relaciones económicas, si bien en el período se constató un considerable aumento en el volumen del intercambio entre Chile y los países socialistas, su significación en el conjunto del comercio chileno continuó siendo baja, elevándose en el período de 2 a 12 por ciento.

Mucho más importante —tomando en cuenta las necesidades coyunturales de divisas duras que experimentaba la economía chilena a finales de 1972 y principios de 1973— fue la significación que, para resolver esa apremiante exigencia tuvo la ayuda financiera de la Unión Soviética y de los otros países socialistas. El primero de ellos, facilitó en dos oportunidades recursos de esa índole de libre disponibilidad, por un total de ciento seis millones de dólares; la República Popular China, a través de anticipos en libras esterlinas a cuenta de futuras ventas de cobre y de créditos para adquisiciones de productos chinos, lo cual implicaba ahorro de divisas duras, proporcionó un total de sesenta y cinco millones de dólares; y el resto de los países socialistas, también en créditos para adquisiciones, algo más de diez millones de dólares. Dada la apremiante necesidad de divisas duras disponibles en la oportunidad señalada, esta contribución financiera de los países socialistas en esa coyuntura evitó que el país cayera en cesación de pagos, con las graves consecuencias a que ello habría conducido. No tanto por su magnitud, sino por su oportunidad, la ayuda financiera de los países socialistas fue entonces decisiva. Más adelante, en el transcurso de 1973, la mejoría relativa de la situación de la balanza de pagos, lograda entre otras razones por el alza del

precio del cobre, la reconstrucción de líneas de crédito en Europa Occidental y la importante apertura crediticia argentina, sin disminuir la entidad de los créditos brasileños, evitó al país la necesidad de continuar solicitando ayuda financiera de emergencia, como la que se vio obligado a pedir a los países socialistas a finales de 1972.

Una de las características esenciales de nuestra época es el imperativo desarrollo de los movimientos de liberación nacional en las áreas del planeta que hasta hace poco eran dominios coloniales de las potencias capitalistas y en aquellos que, ya independientes políticamente, experimentan la acción deformadora del imperialismo y del llamado neocolonialismo.

De acuerdo con su definición programática, el Gobierno de la Unidad Popular solidarizó activamente con esta poderosa corriente del mundo contemporáneo, apoyando —ya bilateral, ya multilateralmente—, en los organismos y foros internacionales, los esfuerzos de los pueblos del llamado Tercer Mundo por conquistar y reafirmar su independencia política, desarrollar de manera autónoma sus economías y promover transformaciones sociales progresistas.

En esta dirección política se inscribe, en primer lugar, la denuncia que los representantes del Gobierno chileno hicieron en el seno de la OEA acerca del real carácter de este organismo, como dispositivo de dominación de los Estados Unidos sobre América Latina, y las proposiciones que allí formularon para replantear desde sus fundamentos la naturaleza del sistema interamericano, eliminando desde luego el supuesto básico en que éste descansa, a saber, la identidad de intereses y objetivos entre el Norte y el Sur del continente. Este supuesto, además de ser una mentira, era y es un resabio anacrónico de la “guerra fría”. La realidad es que es más lo que separa y opone al Norte del Sur que lo que los une, y el único sentido que puede tener un sistema institucional americano es el de formalizar el diálogo entre los Estados Unidos y América Latina para contribuir a resolver esa problemática conflictiva por la vía de la negociación. Así lo hizo presente Chile en el seno de la Organización de Estados Americanos.

En segundo lugar, el Gobierno de la Unidad Popular, siguiendo esa línea solidaria con el mundo en vías de desarrollo, se incorporó

formalmente al Movimiento de Países No Alineados, y colaboró activamente en todas sus iniciativas para afirmar la independencia del Tercer Mundo, romper sus lazos de dependencia del imperialismo, y articularlo con las otras fuerzas progresistas de la humanidad que persiguen idénticos objetivos, en especial con los países socialistas.

Consecuente con esta orientación, el Gobierno de la Unidad Popular apoyó la lucha del pueblo vietnamita por su independencia, entabló relaciones diplomáticas con la República Democrática de Vietnam, con el Gobierno Revolucionario de Vietnam del Sur, con el Gobierno Real de Cambodia y con la República Popular y Democrática de Corea; rompió relaciones con el gobierno títere y reconoció la República Popular China y el legítimo Gobierno de esa nación, apoyando su ingreso a las Naciones Unidas. En la cuestión del Medio Oriente, apoyó la justa reivindicación de los pueblos árabes por recuperar las tierras ocupadas por Israel en la guerra de 1967 y los legítimos derechos del pueblo palestino a lograr su expresión nacional. Apoyó los movimientos liberadores de las colonias portuguesas, condenó el "apartheid" y todas las fuerzas racistas y segregacionistas y se identificó en general con las luchas liberadoras de los pueblos oprimidos.

En ese mismo sentido, apoyó sus esfuerzos por reafirmar la soberanía plena sobre sus recursos naturales, incluyendo la zona marítima de las 200 millas, condenando paralelamente las maniobras intervencionistas y neocolonialistas destinadas a mantener bajo otras formas los lazos de dependencia, y procurando un reajuste de la actual estructura de las relaciones económicas internacionales, en orden a fundamentarlas en principios de justa equidad que corrijan los graves desequilibrios hoy existentes que perjudican a los países en desarrollo. Tanto en el llamado "Grupo de los 77" como en los diversos organismos especializados de las Naciones Unidas, especialmente en la UNCTAD, cuyo Tercer Período de Sesiones se efectuó en Santiago en 1972, y en el seno del Movimiento de los No Alineados, la voz de Chile se hizo presente para sostener, perfeccionar y apoyar las aspiraciones de los países en desarrollo por rectificar las estructuras comerciales, financieras, monetarias y reguladoras de la transferencia de tecnología que hoy afirman la preeminencia del capitalismo occidental en el sistema económico mundial.

Finalmente, Chile no vaciló en otorgar su pleno respaldo al sistema mundial de las Naciones Unidas, como el mejor instrumento a

nivel de los gobiernos, susceptible de ser utilizado para trabajar en favor de la paz, la distensión, el desarme y la seguridad mundial, y para promover la cooperación internacional con fines de interés humano y universal.

A modo de conclusión, podemos afirmar que la política internacional del Gobierno de la Unidad Popular cumplió, dentro de los parámetros en los que necesariamente debió desenvolverse, con su tarea principal de hacer viable el proyecto revolucionario chileno en lo concerniente al entorno externo que lo rodeaba².

Y si se tiene en cuenta la primacía estratégica concedida a la tarea de hacer posible el proyecto revolucionario interno, también cumplió con su objetivo de respaldar a las fuerzas progresistas del mundo que luchan en favor de la paz, de la democracia y del socialismo y en favor de la emancipación política y económica de los pueblos y países en desarrollo.

² Es interesante comparar dos editoriales de El Mercurio sobre la política exterior del Gobierno de la Unidad Popular, los que transcribimos a continuación.

El texto del editorial del 6 de mayo de 1973 es el siguiente:

"La política internacional del Gobierno de Chile, en los treinta meses en que Clodomiro Almeyda ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores, exhibe un saldo en general positivo. Los problemas principales que enfrentó se derivaron de decisiones políticas que no fueron de su incumbencia y de actuaciones en el campo económico cuyas consecuencias debió enfrentar. Conocida la filiación partidista del Canciller que ha dimitido y sus declaradas convicciones ideológicas, es de suponer que estuvo de acuerdo con lo obrado por el Gobierno en su conjunto, pero su gestión diplomática contribuyó mucho a suavizar enfrentamientos que pudieron ser graves.

"En treinta meses bajo su dirección, la Cancillería chilena estableció relaciones con los pocos países que aún no las tenían con Chile. En ello, siguió un curso que en general han tomado los gobiernos del mundo entero, cualquiera que sea su signo doctrinario. Se vive una etapa de distensión general. Dentro de ella, la liquidación de la tesis de fronteras ideológicas, en especial, dentro de América Latina, es una actitud lógica, en la que Chile coincidió con las grandes potencias. Esmero se tuvo en descartar las consideraciones de esa especie en las relaciones con países vecinos y con aquellos que integran el Grupo Andino.

“Uno de los éxitos que puede anotarse en la gestión del Canciller saliente es el de haber asumido una posición de vanguardia en el movimiento nacionalista que agita a América Latina en sus relaciones con el resto del mundo. En esa tendencia participan por igual los regímenes de derecha o izquierda. Chile ha tratado de disminuir su dependencia de Estados Unidos, pero reconociendo que no podía exagerarse el cambio a otra órbita. La realidad económica del país, la procedencia de la casi totalidad de su equipo industrial, su ubicación geográfica, tornaban altamente peligroso la sustitución de abastecimiento. Ello fue comprendido y, en lo posible, evitado.

“Clodomiro Almeyda tuvo dos objetivos principales, al margen de los ya señalados, en la conducción de su política exterior. Uno es la coordinación de los países productores de materias primas esenciales para las potencias superindustrializadas. CIPEC, en el campo del cobre, interesa en especial a Chile. Pero la ruta hacia esa meta es larga y sólo empieza a recorrerse. No será posible alcanzarla mientras no se logre un nivel equivalente de conciencia nacional en todos los productores de combustibles, minerales y otros elementos básicos.

“La segunda finalidad, en la que se avanzó mucho más, fue el sistemático veto a la Organización de Estados Americanos. Esta política, en parte consecuencia del anhelo de una mayor independencia real y en parte simple revancha por las sanciones adoptadas contra Cuba, se insertó también dentro de un clima general favorable. Nadie, ni siquiera Estados Unidos, está hoy en día satisfecho con la OEA, y muchos son los que están dispuestos a desobedecer sus dictámenes. Sin embargo, su reemplazo por otro organismo, en que Washington no participe, encierra riesgos que no pueden desestimarse, ya que desligaría a Estados Unidos de muchos compromisos existentes, y le permitiría tratar en forma bilateral y claramente desigual con cada república del continente.

“Clodomiro Almeyda abandona, por lo tanto, un cargo que desempeñó con sensatez y eficiencia para asumir la tarea de crear una dirección política unificada en los partidos de izquierda. Esa apelación es un eufemismo para calificar al Partido Unico, expresión de clara connotación totalitaria”.

El editorial del 15 de septiembre de 1973 es el siguiente:

“Tres años de gobierno de orientación marxista han dejado huellas profundas en nuestra política exterior y han desnaturalizado la imagen de nuestra Patria en el concierto internacional.

“Aislado el Gobierno de la Unidad Popular en el extremo sur de nuestro Hemisferio por fronteras ideológicas que, a pesar de solemnes declaraciones, no se borraron porque respondían a necesidades políticas, económicas y sociales diversas, se fue a buscar aliados en el exterior iniciando una carrera al reconocimiento de gobiernos comunistas o simplemente de izquierda, aun cuando esos gobiernos se encontraran en las antípo-

das de nuestro país y no hubiera entre ellos y el de Chile más nexo que una ideología marxista. Se desvió, así, hacia un plano partidista lo que pudo ser una política conveniente de extensión general e imparcial de nuestras vinculaciones con el exterior.

“Debido a las vinculaciones que existían desde antiguo entre el nuevo Jefe del Estado chileno y el régimen cubano y su principal dirigente, Fidel Castro, Cuba se convirtió en el más estrecho aliado de Chile, en el proveedor de armamento clandestino de fabricación soviética y, sobre todo, de revolucionarios profesionales y mercenarios. El Primer Ministro, Fidel Castro, hizo a Chile la más larga visita oficial de un Jefe de Estado de que hay memoria en nuestros anales diplomáticos. Esta visita tuvo por principal objeto, como lo demostraron hechos posteriores, la inspección revolucionaria del nuevo régimen pro comunista chileno y aconsejar las tácticas y cambios que le parecieron necesarios y que, para ciertas situaciones, se convirtieron en críticas acerbas a pesar de las solemnes declaraciones del comunicado oficial en defensa de los principios de autodeterminación y de no intervención en los asuntos internos.

“El Gobierno chileno se convirtió en ardoroso defensor del levantamiento de las sanciones a Cuba y de la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales, acción política que fue una de las primeras del Gobierno de la Unidad Popular.

“Menudearon las críticas chilenas a la Organización de Estados Americanos, particularmente en su aspecto de las relaciones entre los países latinoamericanos y Estados Unidos, críticas que salieron del plano de lo razonable para convertirse en un ataque abierto a este país hasta llegar a sugerir su exclusión de la organización interamericana. En la Comisión de Reforma designada para estudiar las nuevas estructuras del sistema, las propuestas chilenas junto con algunas peruanas y panameñas, han sido las más extremas, como si se pudiera borrar del día a la mañana un siglo de colaboración panamericana, o el hecho macizo de que una de las superpotencias esté ubicada en nuestro continente.

“Las tribunas de los organismos internacionales fueron utilizadas con profusión para hacer el panegírico del régimen político chileno. Fueron frecuentes las giras presidenciales y de los diversos ministros del Gabinete, en especial del Canciller, las que tendieron fundamentalmente a crear vínculos con el mundo socialista.

“La política exterior chilena se tiñó de rojo, perdiendo su característica de dignidad y ponderación, olvidando o descuidando nuestras amistades tradicionales con los países de este hemisferio y de Europa Occidental.

“Se suscribieron innumerables convenios, algunos de los cuales han sido puramente declarativos de intenciones, exagerando la nota de la asistencia técnica a través de la cual se permitía la entrada indiscriminada al país de elementos extremistas que aportaban, por una parte, conocimientos técnicos y, por otra parte, propaganda política.

“Nuestras relaciones con Estados Unidos, que en general fueron siempre cordiales, llegaron al peor grado de su historia, no sólo a causa de las nacionalizaciones sin compensaciones, sino con el definido propósito de colocarse en una postura de abierta oposición ideológica, en los precisos momentos, por lo demás, en que se producía el acercamiento entre Estados Unidos con la Unión Soviética y China. Fuerza es reconocer que el Gobierno de la Unidad Popular encontró un inesperado aliado en la intervención de algunas empresas transnacionales norteamericanas en nuestros asuntos internos que todos los chilenos, sin excepción, condenaron.

“No todo fue, sin embargo, oscuro y criticable en este cuadro de nuestras relaciones exteriores y, en su oportunidad, lo destacó nuestro diario. Se mantuvieron cordiales relaciones con Argentina y Perú, nuestros mayores vecinos, y se avanzó en el terreno práctico de mejoramiento de relaciones con Bolivia. Se estrecharon los vínculos con los países del Pacto Andino, pero se descuidaron los que siempre nos unieron con Brasil y Paraguay. Se renovó con Argentina el compromiso arbitral de 1902, señalando ahora como tribunal arbitral a la Corte de Justicia Internacional de La Haya. Se terminó la concertación del arbitraje en la zona del Canal Beagle, actualmente en curso, y se iniciaron negociaciones para la elaboración de un Tratado sobre aprovechamiento de los recursos hidráulicos internacionales chileno-argentinos, después de haberse suscrito un Acta en Santiago que fijó los principios básicos del futuro convenio”.

Como se ve, El Mercurio, sobre la base de la misma estrategia política, adopta tácticas diferentes según las circunstancias. Una muestra más de la forma cómo actúan las clases dominantes para defender sus intereses, de acuerdo con las circunstancias del momento.

PRISIONERO DE LA JUNTA MILITAR

REGRESO DE ARGEL EL 10 DE SEPTIEMBRE. ALLENDE, SEGURO DE QUE CON EL DISCURSO QUE PRONUNCIARIA AL DIA SIGUIENTE RESOLVERIA LA CRISIS POLITICA. EL 11 DE SEPTIEMBRE EN LA MONEDA. NUESTRA CAPTURA. EN LA ESCUELA MILITAR. DESTERRADOS A LA ISLA DAWSON. TRABAJOS FORZADOS Y CAMPOS DE CONCENTRACION. A SANTIAGO, AL REGIMIENTO TACNA. PADECIMIENTOS EN LOS SOTANOS DE LA ACADEMIA DE GUERRA AEREA. DE COMO SE FRUSTRO UN INTENTO DE ANIQUILARME PSIQUICA Y FISICAMENTE. LA VISITA DE UN INQUISIDOR. DE NUEVO AL TACNA. EN EL CAMPAMENTO DE RITOQUE. ESTUDIOS Y LECTURAS. NO CESAN LOS MALOS TRATOS. LA DESPEDIDA DEL EMBAJADOR DEL ECUADOR. EL ODIO MILITAR HACIA NOSOTROS. LA UNIDAD EN LAS PRISIONES: APADRINAMOS EN CONJUNTO A LA HIJA DE UNO DE NOSOTROS.

Regresé de Argel —adonde había concurrido presidiendo la delegación chilena a la Conferencia Cumbre de los No Alineados— antes de que terminara el encuentro. El Presidente Allende no había asistido personalmente porque la dramática situación chilena, a finales de agosto de 1973, no hacía aconsejable que saliera del país. Apresuré mi retorno pues las noticias sobre Chile eran alarmantes y me sentí obligado a volver tan pronto como pudiera.

Llegué al Aeropuerto de Pudahuel al anochecer del lunes 10 de septiembre. Como de costumbre en esas ocasiones, fue a recibirme, junto a funcionarios del Ministerio, uno de los edecanes uniformados del Presidente de la República. En esta ocasión fue el Edecán Aé-

reo, Comandante Roberto Sánchez. De inmediato le pregunté cómo andaban las cosas. “Muy mal”, me respondió, y agregó, “el Presidente desea que vaya a verlo a La Moneda, lo está esperando”.

De inmediato nos trasladamos al Palacio de Toesca. En la sala de espera del despacho presidencial aguardaban el senador radical Hugo Miranda y el Secretario General del MAPU Obrero y Campesino, Jaime Gazmuri. Después de un rato, los tres entramos a conversar con el Presidente.

A pesar del pronóstico tan negro de la situación que me había hecho el Comandante Sánchez, encontré al Presidente tranquilo y distendido, como si se hubiera sacado de encima un enorme y pesado fardo. A poco de escucharlo, comprendí la razón de su estado de ánimo. Nos expresó que había resuelto anunciar al día siguiente, en un discurso al país, la realización de un plebiscito constitucional para dirimir los diferendos que mantenía el Gobierno con el Congreso, con el fin de que la ciudadanía se pronunciara sobre el fondo del conflicto y en seguida proceder, en consecuencia, teniendo en cuenta la opinión mayoritaria de los ciudadanos.

A su juicio, tal decisión aliviaría la tensión política y configuraría un nuevo escenario en el que, con las pasiones ya temperadas, fuera posible reflexionar con calma y buscar una salida a la crisis política lo más favorable posible para los intereses del pueblo y del país.

Tan cierto estaba Allende de que su discurso aflojaría las tensiones y abriría un camino a la solución del “impasse” político en que se encontraba Chile, que sólo me pidió que le rindiera cuenta del desarrollo de la Conferencia de Argel, diciéndome que, al día siguiente, muy de mañana, fuera a su casa de calle Tomás Moro a examinar el proyecto de discurso y pudiéramos conversar acerca de su contenido.

Después de haberle contado lo sucedido en Argel, subrayando la unánime solidaridad de los No Alineados con el Gobierno de Chile en aquella difícil emergencia, partí a mi casa, tranquilizado, sobre la base de lo que había escuchado decir al Presidente.

A las cinco de la madrugada del día siguiente me despertó un

llamado telefónico. Era el Ministro de Defensa, Orlando Letelier, para informarme que tenía conocimiento de un comportamiento sospechoso y anormal de la Escuadra en Valparaíso y de movimientos de tropas no previstos desde Aconcagua hacia Santiago.

Había llegado la hora cero. Las Fuerzas Armadas, sabedoras del discurso que pronunciaría el Presidente ofreciendo una salida viable a la crisis política, habían resuelto adelantar el golpe que tenían previsto para días después con el objeto de lograr lo que ya habían decidido: derrocar el Gobierno y tomarse el poder. Todo esto ha sido después esclarecido meridianamente.

Como a las ocho de la mañana llamé al Presidente a Tomás Moro. Me dijo que en ese momento partía a La Moneda y que nos encontraríamos más tarde allí. En el intertanto, escuché por radio los comunicados de las Fuerzas Armadas dando cuenta al país de su alzamiento, de sus razones y de los propósitos que las inspiraban.

Llegué a La Moneda como a las diez de la mañana. El panorama se definía cada vez más claramente. El Gobierno no tenía apoyo alguno de los institutos armados. Allende, sin embargo, creía al comienzo que Pinochet no estaba comprometido en el pronunciamiento, y hasta se preguntó dónde lo mantendrían prisionero los sublevados.

Luego vino el ultimátum de los alzados y su notificación de que bombardearían La Moneda a las once de la mañana si el Presidente no se rendía y abandonaba el país con su familia, en las condiciones que ellos exigían.

Después vino el histórico mensaje-despedida del Presidente Allende que no creo sea redundancia reproducir aquí;

“...Pagaré con mi vida la defensa de principios que son caros a esta Patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra, rompiendo la doctrina de las Fuerzas Armadas.

“El pueblo debe estar alerta y vigilante. No debe dejarse provocar ni dejarse masacrar, pero también debe defender

sus conquistas. Debe defender el derecho a construir con su esfuerzo una vida digna y mejor.

“Una palabra para aquellos que, llamándose demócratas, han estado instigando esta sublevación; para aquellos que, diciéndose representantes del pueblo, han estado turbia y torpemente actuando para hacer posible este paso que coloca a Chile en el despeñadero.

“En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la Patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe.

“La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada, este es un momento duro y difícil.

“Es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

“Compatriotas: es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos dando este ejemplo, para señalar que en este país hay hombres que saben cumplir con las obligaciones que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por la voluntad consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo...

“Quizá sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y de Radio Corporación.

“Mis palabras no tienen amargura sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron.

“¡Soldados de Chile, comandantes en jefe y titulares (...) el almirante Merino (...) El general Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su solidaridad y lealtad

al Gobierno, también se ha denominado director general de Carabineros.

“Ante estos hechos sólo me cabe decirles a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

“¡Trabajadores de mi Patria!: Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo. Es este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes. Espero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider y que reafirmara el Comandante Araya, víctima del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

“Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de vuestra tierra: a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la Patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista.

“Me dirijo a la juventud, a aquellas que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha; me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente en los

atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder; la historia nos juzgará. Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes.

No importa, me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la Patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

“¡Trabajadores de mi Patria!: Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

“¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!”.

Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

La misión que el Presidente había enviado al Ministerio de Defensa para transmitir a los sublevados su negativa a capitular, integrada por el Ministro Fernando Flores, el Subsecretario del Interior, Daniel Vergara, y su secretario privado, Osvaldo Puccio, a quien acompañaba su hijo del mismo nombre, había sido detenida allí y sometida a toda clase de vejaciones.

Cuando el Presidente sugirió que los que quedábamos en La Moneda buscáramos un lugar adecuado para protegernos del inminente bombardeo, un grupo integrado por José Tohá, los ministros Carlos Briones, Aníbal Palma y Jaime Tohá, algunas otras personas y yo, nos trasladamos al otro lado del edificio, al Ministerio de Relaciones, donde había algunos recintos subterráneos adecuados para

soportar la tormenta que se avecinaba. Finalmente, nos ubicamos en el peor y más vulnerable de los lugares posibles: donde estaban las calderas que calefaccionaban el Ministerio. En esos momentos, en que un incesante tiroteo en todas direcciones daba noticia de un enfrentamiento cuyos protagonistas, nosotros, no podíamos identificar con precisión, no nos dábamos bien cuenta de lo que en realidad estaba ocurriendo.

Sobrevino después el bombardeo. Algunas bombas explotaron en el Patio de los Naranjos, a pocos metros de donde nos encontrábamos. Y luego presenciábamos atónitos cómo la parte de La Moneda donde se hallaban los recintos presidenciales se incendiaba y las llamas se extendían por gran parte del costado norte del Palacio. Las comunicaciones telefónicas con las oficinas de la Presidencia se interrumpieron, no así el resto. No tardaron mucho en penetrar a nuestro refugio los gases lacrimógenos. Para soportarlos, hubimos de salir a la superficie. Y allí nos concentramos en una sala desde donde podíamos comunicarnos con nuestras familias. A través de la radio, supimos que todos los allí refugiados, en virtud de un bando militar de triste memoria, debíamos presentarnos ante las autoridades militares.

Como a las cinco de la tarde, una patrulla militar entró a inspeccionar el sector de La Moneda en que nos encontrábamos. Nos ubicaron pronto, notificándonos que quedábamos detenidos y que permaneciéramos juntos en la sala donde nos hallábamos, hasta nuevo aviso. Seguían escuchándose tiros, cada vez más espaciados, y el ambiente era cada vez más pesado con los gases lacrimógenos.

Al atardecer, cuando los disparos habían cesado, se nos notificó que debíamos dirigirnos hasta el Ministerio de Defensa, que se halla frente a La Moneda. Una tarde gris y triste como pocas. Cuando atravesamos la Alameda, ya todo el sector estaba despoblado. Un vacío y un silencio de muerte y la oscuridad creciente del anochecer nos rodeaban mientras avanzábamos hasta el Ministerio de Defensa con los brazos en alto, seguidos por un piquete de uniformados, armas en ristre, apuntando hacia nosotros.

En el Ministerio de Defensa, luego de haber sido despojados de todos nuestros efectos personales, pudimos cruzar breves palabras con algunos amigos y compañeros que entreveíamos en algunas de las

piezas. Por palabras entrecortadas y a través de la expresión de sus rostros, nos percatamos de que “lo habían pasado mal”.

A nosotros nos trataron con consideración. Nos condujeron a una sala donde se encontraba el General Nuño, quien de manera civilizada nos invitó a sentarnos, informándonos de la muerte del Presidente, y nos adelantó que de inmediato seríamos trasladados a la Escuela Militar. Hacia allá nos condujeron después, en buses que atravesaron el barrio oriente de Santiago, todo oscuro, vacío y en silencio. La euforia de los reaccionarios seguramente ya a esa hora se manifestaba en el interior de sus mansiones, libando en sus bares domésticos, pero nada de ello se advertía desde la calle.

En la Escuela Militar —donde a medianoche llegó a visitarme el General Jorge Court, amigo personal, para darme noticias de mi familia y llevarme cigarrillos— al comienzo se nos trató seca pero humanamente, aunque advertimos miradas de odio en los ojos de los cadetes con los que, por uno u otro motivo, llegábamos a toparnos.

A pesar de que desde el piso en que nos encontrábamos alcanzábamos a ver buena parte del sector oriente de Santiago, veíamos los aviones incursionar sobre las poblaciones del sector y cómo se levantaban nubes de humo en distintos puntos de la ciudad; a pesar de que sabíamos que había un estricto toque de queda y que estábamos incomunicados de nuestros familiares, no adquiríamos conciencia de lo que había pasado. A pesar, incluso, del salvaje bombardeo de La Moneda y de la muerte del Presidente. Y al usar el plural, estoy diciendo que esa extraña insensibilidad no era sólo mía, sino la de todos mis compañeros.

Poco a poco, durante uno o dos días, fueron llegando a la Escuela Militar otros ministros, autoridades y dirigentes políticos de izquierda, hasta completar las veinticinco personas, más o menos. Entre otros, Orlando Letelier —que venía del Regimiento Tacna—, sumamente afectado porque había podido darse cuenta de las torturas y asesinatos que se cometieron allí inmediatamente después del golpe.

El jueves 13 en la tarde llegó a visitarnos el nuevo Ministro de Justicia de la recién instalada Junta de Gobierno. Nos saludó amablemente y comenzó por darnos el “pésame” por el fallecimiento del Presidente Allende. No hizo mayores consideraciones políticas y dio por entendido que sabíamos lo que estaba ocurriendo. Nos interrogó

acerca de qué pensábamos hacer en el futuro y, diplomáticamente, nos sugirió que podíamos irnos al extranjero. Extraño y revelador aviso, cuyo significado en ese momento ninguno de nosotros descifró acertadamente. Enrique Kirberg, con gran ingenuidad, expresó que quería retornar a su universidad a reasumir sus funciones directivas y académicas. Era nada menos que su Rector. Después de escuchar otras respuestas similares, el Ministro se despidió, saliendo tan desconcertado con nuestra reacción como él nos dejó a nosotros con sus sugerencias.

El sábado en la mañana advertimos que algo raro había pasado. El tono de voz de los oficiales había cambiado. Eran bruscos y terminantes. Y, de repente, la orden de preparar nuestros bártulos y apretarnos a partir. No nos dijeron a donde, pero cuando nos ordenaron dirigirnos a los buses, lo hicimos en la punta de las bayonetas. Ya en su interior, con enérgicas palabras nos ordenaron que no podíamos hablar ni movernos de donde estábamos y que cualquiera contravención a esa orden tendría como respuesta de los soldados que nos acompañaban nada menos que “una ráfaga”, textualmente. Tal amenaza era ya un indicador serio de la situación en que nos hallábamos.

Atravesando Santiago, llegamos inmóviles y silenciosos hasta un aeropuerto militar de la base de El Bosque, donde nos esperaba un avión de transporte de la Fuerza Aérea. Cuando descendimos del bus con las pocas bolsas y maletines que nuestras familias nos habían hecho llegar a la Escuela Militar, la cosa se puso más oscura todavía. A empujones y en medio de gritos e insultos nos ordenaron mostrar en el suelo todo lo que llevábamos. Ya nos comenzaban a tratar como si fuéramos delincuentes. En el avión, el mismo trato. Por la trayectoria del vuelo, al poco tiempo me di cuenta de que íbamos en dirección al extremo sur, hacia Punta Arenas. Pero, a pesar de todo, no reparábamos cuál era nuestra condición y pensábamos que iríamos a parar a algún regimiento de aquella ciudad.

Cuando llegamos al aeropuerto magallánico, ya de noche, la recepción no pudo ser más hostil. A punta de bayonetazos y de golpes descendimos del avión. Apenas en el suelo, nos encasquetaron un capuchón cerrado en la cabeza que nos privó de la visión. A empujones nos hicieron subir en vehículos militares donde nos volvieron a notificar que, al menor ruido o movimiento, una “ráfaga” sería la respuesta. Y no eran sólo amenazas. En el interior del vehículo en que yo era

trasladado se escuchó de repente un balazo. Alguien recibió su impacto. Aniceto Rodríguez cometió la imprudencia de decir en voz alta que había alguien herido. Como única respuesta, un culatazo en la cabeza.

Así arribamos a un ignoto lugar portuario donde vendaron al herido, Daniel Vergara, y donde, atravesando en balsas y por puentes, terminamos por reunirnos todos en las bodegas de un barco. Nuevas advertencias y amenazas. Ahora, incluso nos prohibieron dormir. Aniceto nuevamente desconoció la orden y dejó caer la cabeza sobre una mesa que casualmente estaba a su lado. Otro violento culatazo lo despertó.

En esos momentos —en que no podíamos comunicarnos— cada uno se hizo su propia composición de lugar acerca de lo que estaba aconteciendo. José Cademártori, ex Ministro de Economía, nos contó después que pensaba que, lisa y llanamente, iban a fondearnos en las frías aguas del Estrecho de Magallanes. Y ya se había preparado para gritar, en el momento en que lo dejaran caer al mar, “¡Viva Chile! ¡Viva el Partido Comunista!”.

Entretanto, yo cavilaba acerca de nuestro destino y llegué a la acertada conclusión de que nos conducían a la Isla Dawson, situada al occidente de Tierra del Fuego, propiedad de la Armada de Chile. Isla que hacía muy poco tiempo personalmente había cedido a la Marina, en solemne ceremonia, y como Ministro de Defensa, José Tohá, quien ahora estaba presente entre nosotros.

Al despuntar el alba llegamos a un inhóspito lugar en la costa de la isla. No era puerto ni había muelles. De la barcaza en que navegamos, descendimos directamente a la playa y tuvimos que “formar” con los pies en el agua y la maleta en la mano, numerarnos y hacer giros y pasos marciales para caminar hacia el interior. La luz blanquecina del sol naciente ya se insinuaba desde el oriente. En tierra firme, me percaté que era percibido como un hombre de edad avanzada, porque en ese carácter, junto con don Edgardo Enríquez, Aniceto Rodríguez y no recuerdo quién más, fui trasladado en vehículo a nuestro último destino. Los demás debieron hacerlo a la manera militar, en marcha forzada.

Finalmente, nos concentraron a todos en la sala de un campamento naval, donde un oficial de la Armada nos “leyó la cartilla”, es decir, nos definió nuestro estatuto jurídico.

Eramos “prisioneros de guerra” y nos aplicarían las reglas pertinentes de la Convención de Ginebra. Si desobedecíamos, seríamos severamente sancionados. Cualquier infracción mayor o intento de huida sería respondido a tiros, pero no a la cabeza ni al cuerpo sino a las piernas y a los pies. En general, el trato sería “duro, pero humano”. Textual.

Quedamos, pues, instalados en el campamento de ingenieros navales de aquella remota isla. De la noche a la mañana, de Canciller de Chile, por arte de “birlibirloque”, había devenido en prisionero de guerra, encerrado en un campo de concentración en el último rincón del mundo, con motivo de una singular contienda bélica que los valientes soldados de Chile habían declarado a los gobernantes, dirigentes, militantes y simpatizantes de la Unidad Popular.

Como ha de comprenderse, para cualquiera de nosotros, cual más cual menos, verse de la noche a la mañana convertido en prisionero de guerra en aquel lugar inhóspito, entre riscos, arbustos, bosques y pantanos todavía cubiertos de nieve, cercados por los más fríos mares del mundo, todo aquello podía ser un sueño, una pesadilla o una aventura onírica, cualquier cosa, menos la realidad.

Y lo que veíamos o lo que creíamos ver aparecía ocurriendo en Chile y entre chilenos. Esto le daba mayor irrealidad a lo que nos decían los sentidos. En Chile no podían pasar estas cosas.

Hay todavía muchas partes del mundo donde hechos de esta especie suceden. Pero en Chile lo que estábamos viviendo era sencillamente impensable. Mas, desgraciadamente, todo era verdad. Nos costó, y mucho, dar fe al testimonio de nuestros ojos y de nuestros oídos.

Cabe agregar que, poco a poco, nuestro primitivo grupo de “dawsonianos” se fue engrosando con la periódica llegada de nuevos dirigentes de la izquierda. Llegaron Luis Corvalán y Anselmo Sule. Luego, un grupo de porteños con el diputado Andrés Sepúlveda y el ex Superintendente de Aduanas Leopoldo Zuljevic, que venían de haber sido objeto de toda suerte de tropelías y terribles apremios físicos en las bodegas del buque-escuela “Esmeralda”, cuyo nombre, asociado a las auténticas glorias navales de Chile, quedó mancillado para siempre con aquellos vergonzosos episodios.

No seguiré narrando en detalle lo que fue “el calvario de Dawson”. Ya se ha escrito más de algo sobre esa increíble experiencia. Sólo diré algunas cosas más.

En primer lugar, cabe señalar que existen serias presunciones de que nuestro cautiverio fueguino fue una idea de alguien perteneciente a los altos círculos gubernativos, que con ello quiso evitar que, permaneciendo en Santiago, nos expusiéramos a que un Consejo de Guerra lisa y llanamente ordenara nuestro fusilamiento. En esos momentos se podía hacer todo y esperar cualquier cosa. Miles de chilenos fueron asesinados en esos días por cualquier motivo. Me luce pues que, de no haber sido enviados a Dawson, no estaríamos contando el cuento.

En aquel campamento no estábamos solos. En recinto absolutamente separado se encontraban también allí los presos políticos provenientes de Punta Arenas y de otros lugares magallánicos. Teníamos absolutamente prohibido entrar en contacto con los “chumangos”, como se llama por allá a los oriundos de esas tierras. Al anochecer, escuchábamos sus cantos con guitarra, en especial recuerdo uno muy bonito y pegajoso que terminaba con el verso “el que come calafate, ha de volver”, alusivo a la creencia popular de aquella zona de que el forastero que ingiere el fruto del arbusto llamado calafate necesariamente ha de retornar a Magallanes. Ante estos prisioneros, según supimos después, la oficialidad nos pintaba como peligrosos delincuentes que habían cometido los peores tropelías en el Gobierno, razón por la cual nos motejaban humorísticamente de “los malandras”. Poco a poco supimos que a aquellos “chumangos” los habían tratado salvajemente en Punta Arenas antes de mandarlos a Dawson y habían sido objeto de las mayores torturas. Lo habían pasado mucho peor que nosotros. Con el tiempo, fue imposible evitar que nos encontráramos, y en el exilio es frecuente que uno se tope en algún lugar imprevisto con un compatriota magallánico que dice habernos conocido en Dawson, integrando el lote de “los malandras”.

A los pocos días de habernos instalado y distribuido en tres barracones, que nosotros bautizamos festivamente con los sugerentes nombres de hoteles santiaguinos “El Sheraton”, “El Valdivia” y “El Tupahue”, llegó sorpresivamente una misión del Servicio de Inteligencia Militar de Punta Arenas, la que nos hizo objeto de las ma-

yores vejaciones, no sólo verbales, sino también físicas. En esos momentos nos dimos cuenta de que a los ojos de los militares —que desde hacía tiempo habían sido sistemáticamente adiestrados para odiarnos— éramos seres diabólicos y perversos. No sólo habíamos sido ladrones, sino que también habíamos pretendido asesinarlos a todos, alevosamente, a través del famoso “Plan Z”, en los días posteriores al golpe. Les habían explicado que el pronunciamiento militar se hizo para evitar una masacre que preparábamos contra ellos y contra miles de políticos opositores. Buena parte de aquellos conscriptos y reclutas creía ingenuamente esas supercherías, de ahí el odio que sentían hacia nosotros y el trato bestial que nos daban.

Nos informábamos a través de recortes de diarios santiaguinos y magallánicos que pegábamos en un cartel. Así nos impusimos de lindezas como las siguientes. Que el diputado Luis Guastavino había sido capturado en una lancha a motor, escapando de Valparaíso, desde donde pretendía fugarse con varios millones de dólares contantes y sonantes. Que se había descubierto un pasaje subterráneo secreto entre las bóvedas del Banco Central y La Moneda para trasladar y robar los lingotes de oro depositados en aquéllas. Que había sido posible encontrar el hilo del narcotráfico en que se hallaban comprometidos altos funcionarios del régimen, después de allanar un restaurante de la calle Manuel Montt del que Salvador Allende era habitual parroquiano. Que el Gerente y el Subgerente de la mina de Chuquicamata habían sido sorprendidos al querer atravesar la frontera boliviana con un increíble cargamento de oro y de dólares en billetes. Que, por una casualidad, se había descubierto en un barco chileno, en Holanda, que pretendíamos sustituir por otra la bandera nacional: “¡Hasta querían cambiar nuestra bandera!”, se titulaba el infame libelo publicado en **El Mercurio**. En otra crónica, bajo grandes titulares, se estampaba que Eduardo Frei encabezaba la lista de los cuatro mil dirigentes opositores que serían asesinados por nosotros. Etcétera.

Un día nos llevaron un aparato de televisión para mostrarnos noticiarios retransmitidos desde Santiago. Tocó la mala suerte para mí de que en ese momento se informaba del descubrimiento de un gigantesco robo que se había descubierto al abrir las cajas de seguridad del Edificio Gabriela Mistral, del cual mi mujer era administradora, dando a conocer a todo Chile que la esposa del Ministro de Relaciones Exteriores también participaba del conjunto de robos,

desfalcos y latrocinios que se estaban devejando. Y, para colmo, terminada aquella incalificable y calumniosa información visual, apareció en la pantalla el Almirante Merino diciendo: “Ahí ven ustedes hasta dónde había llegado la podredumbre del régimen de-puesto”, aludiendo a la escena en que se difamaba a mi mujer. Confieso que mi indignación y rabia no tuvo límites y estuve a punto de arrojar una piedra para destruir el televisor. Mis compañeros, tan atónitos como yo, se acercaron de inmediato a tranquilizarme. La sensación de impotencia para responder a tantas malignas imputaciones era insoportable.

Mientras tanto, en Santiago, a mí personalmente se me procesaba por malversación de fondos, con amplia publicidad, por el “delito” de haber trasladado a Chile los fondos reservados del Ministerio de Relaciones Exteriores de una cuenta en un banco neoyorquino, en vista de la amenaza de embargo de los bienes fiscales en los Estados Unidos, y de haberlos depositado en custodia, a nombre de funcionarios del Ministerio, en un banco chileno. De más está decir que los funcionarios dieron cuenta de ese depósito a las nuevas autoridades de la Cancillería tan pronto éstas asumieron sus cargos. Todavía está ese proceso pendiente, debido a la celosa diligencia del Consejo de Defensa Fiscal para cautelar los intereses del Estado... Lo más probable es que si se me permite ingresar al país vaya desde Pudahuel a parar directamente a la cárcel, como le ocurrió al ex Subsecretario de Relaciones, Aníbal Palma, cuando regresó al país, procesado, al igual que yo, por la misma razón.

Esa es la justicia chilena, la que no ha descubierto a los asesinos de Tucapel Jiménez ni de Eduardo Jara ni de los degollados en marzo de 1985, pese a las evidencias existentes. No hay siquiera reos en estos casos y los presuntos culpables fueron todos puestos en libertad. Como tampoco nadie ha sido procesado por los desaparecimientos de miles y miles de detenidos, sobre cuyo paradero o destino final nada se sabe. Para eso, no han faltado razones “jurídicas” que justifiquen esa escandalosa impunidad.

Las informaciones de prensa que ponían en nuestro conocimiento daban cuenta de la actitud cómplice y servil hacia la Junta del Poder Judicial, encabezado por la Corte Suprema, justificando los asesinatos que se cometían contra presuntos “extremistas” y “violentistas” por todo el país. El Serenísimo Gran Maestro de la Masonería,

acudiendo a rendir su homenaje a los “salvadores de la Democracia”. La plana mayor de la Academia de Chile —que reúne a lo más granado de nuestro mundo científico—, apersonándose también ante la Junta, para expresarle su agradecimiento por el pronunciamiento militar “en defensa de la Democracia”. Y luego las declaraciones de emi-nentes “demócratas” y “republicanos” —incluso algunos de izquierda— prodigando loas y alabanzas a las Fuerzas Armadas por su levantamiento en defensa de las instituciones republicanas amenazadas de muerte por el Presidente Allende y su Gobierno. Y también se sumaban al coro de adhesiones los más altos dignatarios de las Iglesias Protestantes. En esos días, la Iglesia Católica en actitud equívoca: la celebración del infortunado **Te Deum** del 18 de Septiembre en presencia de la Junta Militar.

Para nosotros, progresivamente las cosas se hacían más claras. La profundidad e irreconciliabilidad de la lucha de clases se nos hacía presente con abrumadora realidad. Cuando se trata de decidir en definitiva la cuestión del poder y de la propiedad, la institucionalidad democrática se hace trizas y cada quien se ubica del lado que le corresponde. Caían las máscaras y los antifaces. La lucha de clases aparecía sin velos, en toda su incontestable agudeza y desnudez. Y la teoría de la lucha de clases, el marxismo, se nos presentaba más verdadera y lúcida que nunca. A pesar de que un miembro de la Junta justificaba el golpe con el pretexto de la necesidad de extirpar el marxismo desde sus raíces. ¡Qué sarcasmo! Con sus hechos y sus palabras, los militares estaban confirmando la verdad de lo que querían negar y desmentir.

A pesar de que se nos prometió respetar lo dispuesto en la Convención de Ginebra, estábamos sometidos a un régimen de trabajos forzados. Nos especializamos en colocación de postes a lo largo de los caminos de la isla, en instalar alambradas, talar bosques, abrir fosos, trasladar pastelones, acarrear piedras, quemar restos de árboles, trozar madera, encastillar leña, etcétera.

Las condiciones de vida, y en especial de alimentación, eran lo suficientemente duras y malas como para que todos disminuyéramos rápidamente de peso. José Tohá, por ejemplo, se desmayó una vez y

cayó al suelo, cuan largo era, por la extrema debilidad en que se encontraba.

Con todo lo trágico y penoso de la experiencia, no dejaban de producirse hechos cómicos e increíbles. Un sargento especialmente odioso con nosotros, el “Mala Cueva”, acostumbraba a obligarnos a cantar cuando nos dirigíamos a terreno. Él sugería las canciones. Un día se le ocurrió que entonáramos una que estuvo de moda años antes, en la inmediata posguerra, llamada “Himno de las Américas”, en cuya letra se nombra a todos los países del continente. Pero nos hizo una advertencia: “Cuando les corresponda nombrar a Cuba, antes de Canadá, deben omitir la mención de aquel despreciable país, y en su lugar, musitarán mmm...mmm... y Canadá”. Y así, en esa forma ridícula, cantamos el no menos ridículo himno. Y debíamos hacerlo así. Eramos prisioneros de guerra y, si no obedecíamos, “ráfaga”.

Una noche se hizo cargo de nosotros un oficial de aspecto y voz de “canuto”¹ quien, antes de encerrarnos, nos hizo una extraña alocución, más o menos del siguiente tenor: “Espero que aquí, ya lejos de Santiago, en las noches y durante los trabajos, hayan tenido oportunidad de meditar acerca de vuestros crímenes. Y espero también que, Dios mediante, se habrán arrepentido de ellos. Dios es misericordioso y las Fuerzas Armadas no se vengarán, sino que harán justicia castigándolos según lo merecen, de acuerdo con la ley”. Y luego nos hizo hacer una rogativa pidiendo a Dios que nos perdonara por nuestros pecados políticos.

Lo de la censura de la correspondencia y de los libros que nos enviaban desde Santiago es algo inenarrable. Nos borraban la palabra “compañero” y toda expresión que para ellos fuese incomprensible, por lo que tuvimos que emplear el más paupérrimo lenguaje infantil para darnos a entender. Una vez llegó un telegrama a Hugo Miranda todo borrado, excepto el nombre del destinatario y la firma. Increíble. Y sobre todo increíble en Chile.

Sin embargo, logramos que nos aceptaran algunos libros de gran éxito entre los presos. Recuerdo el famoso **Papillón**, entre cuyas

¹ En el lenguaje usual, se denomina “canutos” a los chilenos que pertenecen a la corriente evangélica del cristianismo, nombre derivado de Canut de Bon, quien trajo esa religión a Chile.

increíbles aventuras no escasean las fugas de las cárceles, lo que lo hacía particularmente atrayente.

Sergio Vuskovic, filósofo y ex Alcalde de Valparaíso, logró recibir la **Lógica** y la **Fenomenología**, de Hegel. Yo nunca había leído aquellas obras de ese gran pensador que, indirectamente, tanto había influido en mi concepción del mundo a través del marxismo y los historiadores de la filosofía. Como nos encerraban en los pabellones a las seis de la tarde, tuve tiempo y calma para sumergirme en las honduras de las reflexiones del filósofo germano, no obstante lo difícil y abstruso de su lenguaje.

Pero de mis lecturas en Dawson, la que más me interesó fueron las **Tradiciones peruanas**, de Ricardo Palma, con razón estimada como una de las obras maestras de las letras hispanoamericanas. Sus vívidas crónicas del acontecer cotidiano en la Lima colonial y el trasfondo histórico que subyace en ellas, justifican de más la fama de este libro y el señalado lugar que ocupa en la literatura de nuestro continente. Los comentarios y glosas que sugería su lectura amenizaron durante semanas aquellas largas horas que diariamente debíamos permanecer en el interior de nuestras barracas.

También algunos se entretenían durante nuestros interminables encierros con las cartas o con el dominó. En estos menesteres, los radicales eran los más entusiastas. Al final de la hilera de literas de nuestra barraca, en un reducido espacio libre, Anselmo Sule, Hugo Miranda, Carlos Morales, Aníbal Palma y Camilo Salvo se reunían diariamente a jugar en torno a una tosca mesa fabricada por nosotros mismos. Bautizaron a su grupo de tahures con el festivo nombre de Asamblea Radical de Dawson “Luis Corvalán Lepe”, comó muestra de simpatía hacia nuestro querido camarada Lucho.

Una vez un oficial de aviación se insolentó con nuestro delegado ante las autoridades militares, el doctor Edgardo Enríquez, ex Rector de la Universidad de Concepción y ex Ministro de Educación, venerable varón que, con su sola presencia, infundía respeto. Don Edgardo observó que no se estaba prestando la debida atención a los enfermos Osvaldo Puccio, que era cardíaco, y Daniel Vergara, quien no se reponía de su herida. Ante esta justificada queja, un oficial naval amenazó con fusilarlo y lo desconoció como nuestro representante. En su reemplazo tuvimos que designar a Hugo Miranda, excelente negociador en las necesarias tratativas con los oficiales, aunque

un marino le notificó que sólo hacía las veces de “entrepuesto”. Más arriba no tenía interlocutores.

Sin embargo, pese a todo, nadie lograba percatarse a cabalidad de lo que en verdad ocurría en Chile. Todos creíamos que se trataba de “una borrachera temporal”. Que los excesos que conocíamos y nosotros mismos experimentábamos en carne propia no podían perdurar. La mayoría pensaba que la Navidad de 1973 la pasaríamos en Santiago con nuestros familiares. Y ya habíamos elegido un lugar para reunirnos todos en la capital, días después de nuestro regreso, para celebrarlo y recordar ese breve interregno pesadillesco que estábamos viviendo en aquellas antárticas regiones. Nos iríamos a festejar en una quinta de Carlos Morales Abarzúa, en los alrededores de Santiago.

Llegó la Navidad y no sucedió nada de lo previsto. Y no sólo eso no ocurrió, sino que días antes nos trasladaron desde el campamento de ingenieros navales a un campo de concentración con todas las de la ley: alambradas eléctricas, torrecillas de observación, barracones a la manera de Auschwitz o de Buchenwald, todo construido durante esos dos meses, sin que lo advirtiéramos. Al llegar a esa flamante prisión de “Río Chico”, es obvio que hasta a los más optimistas se les fue el alma a los pies. Teníamos todavía para rato por aquellos pagos.

Otra lindeza de Dawson. Los celosos funcionarios de Impuestos Internos enviaron a uno de los suyos —a quien yo conocía desde los tiempos en que fuimos compañeros en la universidad, y de cuyo nombre prefiero no acordarme— a investigar exhaustivamente nuestra situación tributaria. Se presumía que muchos nos habíamos enriquecido ilícitamente durante el Gobierno y se nos trató en ese carácter, como supuestos delincuentes, no sin ser denostados por razones políticas —que nada tenían que ver con esas investigaciones—, como le ocurrió a Pedro Felipe Ramírez, dirigente de la Izquierda Cristiana, y al propio Luis Corvalán.

De más está decir que toda esa investigación no llegó a nada significativo, pese al exhaustivo y repugnante hurgueteo que se hizo para descubrir defalcas, robos y ocultamiento de ingresos que hubieran podido justificar el infame tratamiento de que éramos objeto.

Y para terminar. En una ocasión llegó a la isla un modesto capellán de la Marina, de apellido Cancino, a proporcionarnos ayuda

espiritual. El pobre clérigo no se atrevía a cruzar las alambradas para conversar con nosotros por temor a que lo lincháramos, según nos confesó después; nos confidenció, además, que era tanto el miedo que nos tenía, que se enfermó del estómago cuando le encomendaron esa misión. ¡Cómo sería la imagen que los oficiales magallánicos fabricaban de nosotros! Después se hizo amigo nuestro y quedó estupefacto al saber que, voluntariamente, nos habíamos ofrecido para reparar y embellecer una vieja y derruida capilla en Puerto Harris —sede del comando naval de la isla—, que databa de la época en que pertenecía o al menos estaba concedida a los Padres Salesianos.

No éramos tan fieros ni enemigos de la religión como se nos quería hacer aparecer. Y más se extrañó aún el cura Cancino cuando, con ocasión de una misa en esa capilla, los no pocos católicos que había entre nosotros comulgaron devotamente.

De improviso, a principios de febrero de 1974, José Tohá, don Edgardo Enríquez, Alfredo Joignant y yo fuimos embarcados a Punta Arenas. Tohá y Joignant esposados. Y de ahí, en un vuelo, trasladados a Santiago. Optimistas, pensábamos que podríamos ser expulsados del país.

Nada de eso. De Tohá y de Enríquez no supimos más. A Joignant y a mí nos dejaron en el Regimiento Tacna. A los dos o tres días a Joignant lo sacaron de la pieza cerrada y oscura en que nos mantenían, no supe hacia dónde.

En el Tacna recibí las primeras visitas familiares. Pude informarme de que a Tohá y a Joignant los habían llevado a la Academia de Guerra Aérea, donde “se pasaba mal” y ya era conocida como lugar de torturas. Allí habían padecido los peores tormentos Carlos Lazo y Erick Schnake.

No pasaron muchos días y me enviaron también a mí a ese maldito establecimiento, esposado y vendado, desde luego.

Llegando me despojaron de mi ropa y me pusieron un traje o pijama de presidiario, haciéndome comparecer ante las autoridades de la Academia. Llevaban allí la voz cantante un Coronel Oteiza y un individuo de aspecto diabólico y siniestrón que resultó ser el tristemente célebre Comandante Edgar Ceballos. Allí me informaron so-

bre las “reglas del juego”, advirtiéndome que era probable que una de esas noches la Academia fuera asaltada por las Juventudes Comunistas (sic) y que, en ese caso, los prisioneros seríamos ajusticiados.

Jamás me interrogaron, expresándose sólo que tenían interés en saber “dónde están las armas”. Me mantuvieron con los ojos vendados e inmóvil durante semanas, y esposado por las noches, con guardia permanente con fusil en la puerta.

Mi pieza estaba ubicada en un lugar desde donde podía escuchar los gritos de los torturados y los denuestos e improperios de los torturadores en el piso de arriba. Las víctimas eran, en su mayoría, entonces militantes del MIR. A veces los llevaban a mi pieza porque no cabían en otra parte. Los obligaban a permanecer absolutamente inmóviles durante larguísimas horas y hasta durante días.

Una vez el Comandante Ceballos me manifestó que mis declaraciones escritas eran muy interesantes para conocer la realidad política chilena, pero que no era eso lo que les interesaba sino otras cosas, las cuales no especificaba. Que ya había que acabar con eso, por lo cual esa noche se me sometería a un trato distinto. O sea, me iban a torturar. Me preparé anímicamente para esta nueva prueba. Pero, a pesar de que demoré en dormirme esperando que me llamaran al piso de arriba, no lo hicieron y, finalmente, el sueño me venció.

Felizmente, por esos días mi mujer, tras denodados esfuerzos, logró romper mi incomunicación y pudo visitarme con mi anciana madre. Con un oficial presente, les conté todo lo que podía acerca de la miserable situación en que me encontraba. Esa visita impidió que se consumara conmigo el tratamiento a que se sometió a José Tohá y que lo condujo a la muerte.

Frustrado con la ruptura de la incomunicación el propósito de irme “bajando” anímicamente hasta el máximo extremo posible en aquella fatídica Academia, fui enviado nuevamente al Regimiento Tacna.

Pocos días antes de regresar al Regimiento recibí en la Academia la visita de un abogado de la FACH de apellido Cruzat que, por lo inusitada, no puedo dejar de mencionar. Ese señor había sido alumno del Liceo Alemán y sabía de mi formación religiosa en aquel colegio.

Al más auténtico estilo de la época de la Inquisición, me espetó

más o menos el siguiente discurso: “A los ojos de Dios, su culpa y responsabilidad frente a lo que está pasando es mucho mayor que la de casi todas las otras víctimas de la represión. A usted Dios le dio la oportunidad de conocer la verdad y de salvarse y usted, voluntariamente, la rechazó. Ese es un pecado gravísimo del que tendrá que responder cuando deba dar cuenta de su vida”. Por poco me adelantó que, en el juicio final, iba a ser condenado seguramente a las penas del fuego eterno si no me arrepentía de mis horrorosos pecados.

Antes de retirarse, le pregunté que hasta cuándo me tendrían en esa lúgubre prisión, porque, tal como iban las cosas, me quedaría allí indefinidamente, ya que no se me acusaba ni procesaba formalmente por nada. Muy “cristianamente”, ese inquisidor de la segunda mitad del siglo XX me contestó: “Esa es cosa suya, a nosotros nos da lo mismo que usted permanezca aquí toda su vida”. Pero, para ser justo, debo decir que el tal inquisidor se apiadó de mí en una ocasión y me mandó comprar dos cajetillas de cigarrillos...

Al regresar al Regimiento Tacna, afectado por los tratamientos en el AGA (Academia de Guerra Aérea), los primeros días experimenté un notorio proceso de desestabilización psíquica, que se caracterizó por una incapacidad para concentrarme mentalmente en la lectura o en cualquier otra cosa, y por una insoportable claustrofobia frente al encierro absoluto al que me tenían sometido.

Después de gestiones y forcejeos con mi mujer ante las autoridades militares, se logró que mejorara mi situación en términos de visitas, posibilidades de leer con mayor libertad y de suministrarme complementos alimenticios. Me acostumbré a mi nuevo estado y comencé a estudiar y a leer sistemáticamente y a repasar mis conocimientos de idiomas extranjeros.

Un día frío de otoño me notificaron en la celda que debía vestirme “de gala” porque un personaje de importancia me esperaba en las oficinas del Comandante del Regimiento. Era el Secretario de Relaciones Exteriores de México, el licenciado Emilio O. Rabasa, a quien el Presidente Echeverría había enviado a Chile para obtener la visa de salida del país para muchos asilados en la sede de la Embajada mexicana en Santiago y para pedir la libertad de Orlando Letelier y la mía. Por cierto, estas últimas peticiones le fueron denegadas.

Tuve con mi ex colega mexicano una amable y reconfortante

entrevista. Aproveché la ocasión para enviar con él una carta personal al Presidente Echeverría, cuyos desvelos por los perseguidos políticos habíamos llegado a saber.

Santiago de Chile, 1 de junio de 1974

Excelentísimo señor Presidente de los
Estados Unidos Mexicanos

Licenciado Luis Echeverría
Ciudad de México

“Excelentísimo señor Presidente:

Recibí hoy en la mañana la grata y sorpresiva visita del Canciller de su país, mi dilecto ex colega y amigo licenciado Emilio Rabasa, quien tuvo la fraternal y humana gentileza de llegar hasta el lugar donde me encuentro detenido, con el fin de saludarme, informarse de mi situación y expresarme la preocupación suya y de su Gobierno por mi incierto futuro.

“No puede imaginarse, señor Presidente, la satisfacción y la gratitud con que recibí tan hermosa como distinguida visita. Otra manifestación más del afecto de México por el respecto a los derechos humanos, que tan lealmente ha defendido a propósito de la situación de los chilenos asilados en su Embajada, la que espero habrá de resolverse satisfactoriamente.

“Me unían y me unen al ilustre Canciller Rabasa lazos de profunda amistad y consideración que su noble gesto de esta mañana, no ha hecho sino acrecentar y comprometer. Me ha expresado el señor Canciller el deseo y la confianza de su Gobierno de que el Consejo de Guerra que eventualmente deba juzgarme, lo hará con la mayor objetividad, pese a la situación en que me coloca mi condición de prisionero de guerra, y la aplicación, por tanto, a mi respecto, de la legislación militar de tiempo de guerra, tanto en sus aspectos procesales como sustantivos. Me ha ofrecido además su acreditado Canciller la hospitalidad mexicana, tan reiteradamente puesta de manifiesto en estos últimos tiempos, para el caso de ob-

tener mi libertad. Al respecto, he recibido una invitación de la UNAM para trabajar académicamente en esa prestigiosa Casa de Estudios, la que he aceptado gustoso, para cuando las circunstancias me lo permitan.

“Quiero aprovechar el viaje del Canciller Rabasa, para hacerle llegar mis más emocionados y sinceros agradecimientos, señor Presidente, por su generosa y comprensiva actitud para con nosotros, confirmando con ello, no sólo su invariable afecto al pueblo de Chile, sino también su vocación de eminente estadista, comprometido con el desarrollo progresivo de la unidad, la fraternidad y la democracia entre los pueblos de nuestra América Latina.

“Le ruego, señor Presidente, salude cariñosamente en nombre de mi mujer y en el mío propio a su distinguida esposa, la señora María Esther, de quien conservamos tan amables como reconocidos recuerdos y reciba usted el afectuoso abrazo de gratitud y esperanza de quien ahora más que nunca se atreve a considerarse su amigo”.

Clodomiro Almeyda

De repente, como siempre, me notificaron que abandonaría el Regimiento Tacna para ser enviado a otro lugar. Se trataba de Ritoque, un campo de concentración, habilitado aprovechando unas cabinas que el Gobierno Popular había construido para vacaciones de los trabajadores, que se encontraba en una playa vecina a la Base Aérea de Quintero, al norte de Valparaíso.

Allí volvimos a encontrarnos prácticamente todos los antiguos conocidos de Dawson. Pero ahora en condiciones, por los menos ambientales, mejores que en la isla fueguina.

La estadía en Ritoque nos permitió constituir un grupo de estudio con Fernando Flores, Carlos Matus y Sergio Bitar, que fue muy provechoso. Pude iniciarme en los complejos problemas de la cibernética gracias al dominio que de esa disciplina tenía Fernando Flores, quien hacía de profesor. Por lo menos en su aspecto filosófico, linda con el campo de la teoría de los sistemas, en el cual yo ya me había introducido por su relación con el pensamiento dialéctico. Se llenó así un gran vacío que tenía en mi formación cultural.

En ese grupo intercambiamos conocimientos de nuestras respectivas especialidades y creo que para todos nosotros el trabajo sistemático interdisciplinario fue particularmente productivo. Años después, Carlos Matus publicó en Venezuela un interesante y sugerente libro que tituló **Planificación de Situaciones**, que recoge buena parte del fruto de esas reflexiones.

Pude, además, burlando la censura, estudiar más seriamente a George Lukács y releer con calma su famosa obra **Historia y conciencia de clases**, tan llena de virtualidades, como también su excelente y poco conocido folleto sobre Lenin. Igualmente, pude adentrarme en el pensamiento de Gramsci, cuyas agudas y penetrantes observaciones sobre la dimensión cultural e ideológica de las luchas sociales y políticas en Occidente ofrecen particular interés y son todavía de gran actualidad.

Pero no se crea que la existencia en Ritoque era paradisíaca. Todavía estábamos sujetos al status de prisioneros de guerra. Diana en la mañana y coreo de la Canción Nacional. Y, lo más insoportable, teníamos que cumplir la nueva disposición que obligaba a cantar, además de la estrofa "Puro Chile es tu cielo azulado...", aquella otra que sarcásticamente comienza con "Vuestros nombres, valientes soldados, que habéis sido de Chile el sostén..."

Periódicamente, para que no olvidáramos que éramos prisioneros de guerra, nos aplicaban "un apretón". Una vez, las emprendieron contra Jaime Concha, haciéndolo correr por el campamento seguido de feroces perros amaestrados al efecto, que le mordían las piernas y los talones. Para muestra, un botón.

Pero también hay otro botón de muestra que no debo olvidar. Un día se llevaron a Santiago a Tito Palestro, a propósito de una citación judicial. En la noche, regresó el pobre Tito lleno de moretones y sumamente afligido e indignado. Militares y carabineros se habían encargado de aprovecharse de este traslado para descargar sobre él todo su odio retenido, haciéndolo objeto de toda clase de oprobios y vejaciones. Fue algo espeluznante oírlo narrar la forma cómo, cobardemente, se habían ensañado con él.

Pero también nosotros veíamos formas de vengarnos. Cuando supimos de la ruptura de relaciones de México con Chile, a los uniformados no les fue posible evitar que durante todo el día entonáramos voz en cuello desde nuestras cabinas las conocidas canciones

mexicanas como "...Y si Adelita se fuera con otro...", o "Allá en el Rancho Grande...", y otras parecidas.

Por otra parte, el lugar no se prestaba para hacernos trabajar pesadamente. Y a pesar de que la oficialidad se daba maña para inventar trabajos artificiales, la imaginación no les daba para evitar que tuviéramos tiempo libre y pudiéramos dedicarnos a estudiar, leer, discutir y hasta escribir. Pero el problema era cómo ocultar y sacar del campamento lo que escribíamos.

Lucho Corvalán aprovechó su tiempo escribiendo ese atrayente libro **Algo de mi vida**, que se ha publicado en el exilio y es un interesante testimonio de una existencia consagrada a luchar por el pueblo de Chile.

Llegamos hasta a celebrar un acto cultural en homenaje a Neruda, en presencia de un invitado militar. Y conmemoramos la fecha de un nuevo aniversario de la fundación del Partido Comunista bebiendo un trago de whisky en un dedal. La purísima verdad.

A propósito de whisky, un día me llamaron a la Base Aérea de Quintero. Nos pareció misteriosa la destinación. Pero se trataba de que el Embajador del Ecuador, quien terminaba su misión y regresaba a su patria, había obtenido permiso para ir a despedirse de mí. Nos reunieron en una sala de los cuarteles, siempre en presencia de un oficial. Allí, después de saludarme y explicarme el propósito de su visita, me dijo que, desgraciadamente, no nos podríamos tomar una botella de whisky que había llevado especialmente para bebérsela conmigo porque la autoridad aeronáutica se lo había prohibido. Pero me contó aquello de tal forma y con tales palabras, que el oficial que escuchaba sus lamentaciones estimó necesario informar a sus superiores lo dicho por el Embajador. Al poco rato regresó, diciéndonos que se levantaba la prohibición y podíamos tomarnos tranquilamente la botella. Y así lo hicimos, en animada y entusiasta charla.

Volví al campamento ya anocheciendo. Los presos esperaban mi llegada con curiosidad, presumiendo que nada bueno podría haberme ocurrido. Cuando de mis propios labios se informaron de la razón de mi ausencia y en qué había ocupado el tiempo aquella larga tarde de verano, no podían dar crédito a lo que oían, aunque, al observar con mayor acuciosidad mi comportamiento un tanto anómalo, no les quedaron dudas de que había dicho la verdad. Menos mal que "los valientes soldados" no me castigaron por ese desarreglo que,

por lo demás, no fue de mi iniciativa.

Lo que más indignaba a nuestros guardianes y sus oficiales, tanto en Dawson como en Ritoque, era la correspondencia que recibíamos de todo el mundo, donde solidarizaban con nosotros y nos ofrecían hospitalidad en los distintos países, asegurándonos trabajo en universidades e institutos. No podían comprender que en naciones “civilizadas y cristianas” se tratara con tal consideración a esa pandilla de delincuentes y malandrines que éramos. Algo andaba muy mal en el mundo. La única explicación posible de todo ello era suponer que “el marxismo soviético” se había infiltrado en el corazón del “mundo libre” y hasta en el seno de la Iglesia. Razón de más para reprimirnos sin contemplaciones a fin de evitar que nuestro querido Chile —después de haber obtenido, por obra y gracia del “patriotismo” y la “valentía” de sus soldados, una histórica victoria sobre las fuerzas del mal— volviera a caer algún día en sus diabólicas manos.

Nuestra vida en las prisiones, como todo, tiene también dos caras. El aspecto negativo, tenebroso y oscuro tiene su contrapartida. Genera, como subproducto positivo de la conciencia de los presos, una impresionante solidaridad, una comunidad de sentimiento e ideas que atraviesa las fronteras partidarias y los confunde a todos en una común categoría —en el caso nuestro— de demócratas revolucionarios.

Todos vivimos la misma experiencia. Fuimos solidarios en las esperanzas que pusimos en la empresa transformadora que encabezaba el Presidente Allende. Todos terminamos por compartir la idea fundamental de que las fuerzas contrarrevolucionarias latentes en Chile eran mucho más poderosas de lo que creíamos y que, cuando esas fuerzas se desencadenan al ver que se les escapa el poder y el control de la sociedad, son capaces de todo. Sin límite de ninguna especie. Eramos solidarios también en reconocer nuestros errores y falencias y en atribuir a esas carencias el haber favorecido el éxito de la aventura golpista contrarrevolucionaria.

Los sufrimientos y reflexiones compartidos en las prisiones nos unieron profundamente, más allá de partidos, posiciones filosóficas y creencias religiosas. Advertimos que el solo hecho de estar viviendo la misma tragedia, por las mismas causas, significaba mucho. Nuestros padecimientos habían soldado entre nosotros nuestra unidad para el futuro. Como complemento a este sentimiento unitario y casi como corolario suyo, se diluía entre nosotros el sectarismo. Desde

lejos, mirando hacia el pasado, veíamos con claridad lo estéril e infecundo de las querellas secundarias y las disensiones ideologizantes y bizantinas que resintieron nuestro accionar común y nos restaron fuerza para enfrentar con éxito la subversión de los reaccionarios.

Tal fenómeno no es sólo fruto de una experiencia chilena. También lo es de otras similares, como la del Uruguay, donde la gente que ha salido de las prisiones, así como los exiliados, han sido y son los campeones de la unidad y los adversarios más decididos del sectarismo. En contraste con la mentalidad y la conducta de los “clandestinos”, que quizás por el alejamiento de la vida real que les impone su condición de tales o por otras causas que no puedo visualizar con claridad, son quienes menos han superado los vicios del pasado, y en quienes la tendencia hacia el “internismo organicista” los hace proclives a caer en los mismos vicios y deformaciones que tanto contribuyeron a nuestra derrota.

Bueno, pero en la prisión es otra cosa. Se estará alejado de la vida real, pero la fraternidad que genera la solidaridad en el dolor o que brota del diálogo amistoso, suelto y abierto entre presos de distintas filiaciones ideológicas y orgánicas, ayuda a conformar un cuadro excepcionalmente favorable para eso que llaman “un nuevo estilo de hacer política” y que creo debe estar signado sobre todo por la valoración de la unidad de las fuerzas democráticas y, en su seno, la de los revolucionarios, como vigas maestras para reemprender en Chile la tarea que dejó inconclusa Salvador Allende.

Por otra parte, el estar presos permite también tener en cada momento presente lo que es el adversario de clase, su naturaleza violenta y represiva, su odio hacia el pueblo, lo retardatario de sus ideas y la imposibilidad de llegar a acuerdos con ellos. Desde este punto de vista, quienes han vivido la prisión, la crueldad y la tortura no son presa fácil para caer incautamente en las celadas de los falsos demócratas de última hora que, con fútiles y retorcidos pretextos, pero con muy claros objetivos, meten su cuña entre las fuerzas democráticas para dividir las y debilitarlas.

Ese superior nivel de unidad y de conciencia democrática y revolucionaria también germinó y se desarrolló entre nosotros, los presos de Dawson y de Ritoque.

Un indicador externo y emocionante de ese proceso que se desenvolvía en nuestras conciencias fue cuando todos los prisioneros

EL EXILIO

EXPULSADOS A RUMANIA. BREVE PERMANENCIA EN ESE PAIS. MI EXILIO MEXICANO. VIGOR Y GRANDEZA DE MEXICO. EL EXILIO EN LA REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA. ASUMO NUEVAS RESPONSABILIDADES POLITICAS. ALGUNAS CARACTERISTICAS DE NUESTRO EXILIO. COMPROMISO Y REAFIRMACION DE LA CHILENIDAD. LA CONTRIBUCION DEL EXILIO A LA CULTURA Y AL PENSAMIENTO CHILENOS. MIS VIAJES POR EL MUNDO. EL PROVINCIALISMO DE LA POLITICA CHILENA. ALGUNAS ANECDOTAS. ENCUESTRO DEL EXILIO CON LOS OBISPOS CHILENOS EN ROMA Y CON EL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ. MI PRESENCIA EN LOS ULTIMOS CONGRESOS DE LOS PARTIDOS GOBERNANTES EN LOS PAISES SOCIALISTAS. EL ENCUENTRO SOBRE LA DEUDA EXTERNA DE LA HABANA. ACTUALIZACION DEL IDEAL LATINOAMERICANISTA BOLIVARIANO. PRESENCIA CRISTIANA EN EL EVENTO. LA NECESARIA CONVERGENCIA ENTRE CRISTIANOS Y MARXISTAS EN LA LUCHA POR LA JUSTICIA Y LA LIBERTAD. UNA ENTREVISTA PARA "EL MERCURIO".

De imprevisto, como de costumbre, una noche de enero de 1975, me despertaron en Ritoque para que hiciera mis maletas porque iba a ser trasladado a alguna parte. Sólo alcancé a despedirme de Lucho Corvalán, quien dormía en la cabina vecina y despertó con los ruidos de mis apresurados trajines para empaquetar mis bártulos.

Minutos después, nos encontramos en un bus con Jorge Tapia, Miguel Muñoz, Leopoldo Zuljevic y Ariel Tacchi, encaminados hacia el mismo ignorado destino. Fuimos a parar a la prisión de Tres Alamos, donde de manera hostil nos recibió un oficial de Carabineros.

de Ritoque decidimos apadrinar en conjunto a una hija de Pedro Felipe Ramírez y de Olaya Tomic Errázuriz, cuando fue bautizada en aquel campo de prisioneros en un día de visitas. No fue ése un gesto formal ni protocolar. Cuando todos apadrinamos a ese nuevo ser humano, nacido en tan dramáticas circunstancias para sus padres y para el país, estábamos también sellando una promesa de unidad y de comunión para el porvenir.

Pueda ser que este tácito compromiso con nosotros mismos —que nació espontáneamente con ocasión de ese bautizo— no se afloje y olvide luego en medio de los recovecos de la política contingente y perdure para siempre, ayudando a nuestro pueblo a ser cada vez más consciente, combativo y unido, no sólo para luchar contra la dictadura, sino también para construir en conjunto, codo con codo, ¡el Chile que todos queremos!

Nos encerraron incomunicados en un pabellón especial, pero en el que había un televisor, gracias a cuyas transmisiones nos impusimos de que se había dictado un decreto de expulsión de nosotros cinco a Rumania.

Al día subsiguiente, integrando un impresionante convoy de autos, "cucas" y motocicletas, partimos a Pudahuel. Allí había un gran grupo de parientes que, sabedores de nuestra expulsión del país, fueron a despedirnos. De más está decir que no se les permitió acercarse a nosotros y tuvimos que despedirnos sólo con gestos y pañuelos al viento.

A la única persona a quien se autorizó conversar con nosotros fue a la Embajadora de Rumania, nuestra querida compañera Sandra, quien, desafiante, nos prendió a cada uno un clavel rojo en el ojal. En el registro de nuestros efectos personales, como era de prever, se nos retiró todo el material escrito, incluyendo, por cierto, las anotaciones en que había sintetizado las conclusiones de nuestros estudios y discusiones de los últimos meses. Entre esos papeles se hallaban los únicos versos que he escrito en mi vida —con la métrica del romancero español—, referentes a temas campesinos y a personajes de Itata. Me sentía muy satisfecho de esta primera y única incursión, no diré en la poesía, sino en la literatura versificada. Sabrá Dios a dónde habrá ido a parar todo ese material.

En un avión Lufthansa, acompañados del Embajador rumano Vasili Dimitrescu, nos dirigimos a Bucarest, vía Frankfurt. En este aeropuerto alemán fue a recibirnos y a saludarnos el entonces Ministro Hans Mathoffer, quien nos había visitado en Chile, presidiendo una delegación de la República Federal de Alemania, y había demostrado gran simpatía y voluntad para cooperar con el Gobierno de la Unidad Popular.

En Rumania nos recibió el Canciller Manescu con emocionantes muestras de solidaridad. Nos dieron oportunidad, primero, de descansar y recuperarnos. A los pocos días, trasladaron desde Chile a nuestras familias y, juntos, pudimos disfrutar de los comienzos de la primavera, visitando los hermosos balnearios del Mar Negro y las no menos bellas montañas de Transilvania, con sus bosques todavía nevados, sus pintorescas aldeas campesinas y sus campos para deportes de invierno.

Fuimos recibidos por el Presidente Ceaucescu, quien nos rei-

teró la decidida solidaridad de su país con la causa democrática chilena, solidaridad que, ya en esa época, había acogido y dado hospitalidad a más de dos mil refugiados políticos. Allí tuve la primera oportunidad de encontrarme con un contingente de exiliados chilenos que, en el caso de los residentes en Rumania, era particularmente numeroso y heterogéneo.

En Rumania —país donde ya pude constatar el gigantesco esfuerzo que se realiza en los países socialistas para superar el subdesarrollo—, pronto recibí la confirmación del ofrecimiento del Gobierno de México para residir allí y trabajar como académico en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el Centro de Estudios Latinoamericanos.

Trasladado con mi familia a México —donde el Presidente Echeverría, su mujer, María Ester Zuno, su Canciller, el licenciado Emilio O. Rabasa y el ex Embajador en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá, se desvivieron por facilitar nuestro establecimiento—, me incorporé de inmediato a las labores académicas de la UNAM, en la institución mencionada. Allí trabajaba un selecto grupo de científicos sociales latinoamericanos, muchos de ellos como yo exiliados políticos, lo cual permitía desarrollar un fecundo diálogo intelectual sobre la conflictiva y compleja realidad latinoamericana. Trabajaban allí el argentino Sergio Bagú, el uruguayo Samuel Lichtensztein, el boliviano René Zavaleta, el ecuatoriano Agustín Cueva, el mexicano Arnaldo Córdova, el haitiano Gérard Pierre-Charles y otros sociólogos y científicos sociales de prestigio y renombre continental.

Otras instituciones académicas mexicanas, como el CIDE y el Colegio de México, albergaban también a calificados equipos de científicos sociales latinoamericanos, entre ellos, los chilenos Hugo Zemelman, Fernando Fajnzylber, Pedro Vuscovic, Alvaro Bunster, Eduardo Novoa, Raúl Brañes, José Miguel Insulza, Luis Maira, Orlando Caputto, Alejandro Witker, Ricardo Joselewky, el doctor Vicente Sánchez, etcétera.

También estábamos en contacto con nuestros colegas chilenos de Venezuela y de Costa Rica, como Carlos Matus, Sergio Bitar, José Cademártori, Sergio y Germán Aranda, Mario Céspedes, etc., quienes a veces viajaban a México, o nosotros a sus lugares de residencia.

Mirando esos años a la distancia, creo que no se aprovechó

de manera óptima el tiempo para que los chilenos de las más diversas corrientes de izquierda que trabajábamos en el área de las ciencias sociales desarrolláramos y profundizáramos mucho más nuestra interlocución, adelantando en la búsqueda de los necesarios consensos ideológicos que habrían facilitado posteriores entendimientos políticos.

En parte, eso se explica por el extraordinario activismo de la izquierda chilena promoviendo la solidaridad con nuestro pueblo, lo cual absorbía la mayor parte del tiempo y de las energías del exilio. Ello, favorecido además por la existencia en México de la “Casa de Chile”, lugar de encuentro de todos los compatriotas, y a la vez activo centro promotor de la solidaridad con nuestro pueblo, foco de chilenidad que irradiaba hacia toda la sociedad mexicana. Todo esto fue posible gracias a la permanente disposición de relevantes personalidades mexicanas para ayudar a la “Casa de Chile” en sus actividades.

Como alguien que pudiera simbolizar ese espíritu solidario, podemos mencionar la figura del eminente intelectual mexicano Pablo González Casanova, ex Rector de la UNAM, quien no ha sido ajeno a ninguna iniciativa que los chilenos hayan ideado en México para mantener siempre viva y presente la causa de la democracia en nuestro país.

Entre las personalidades latinoamericanas exiliadas en México, sin duda la más prominente era el afamado intelectual y publicista uruguayo Carlos Quijano. Cuando lo conocí personalmente en el destierro, ya sabía mucho de él, como tantos otros latinoamericanos a través de su gran creación periodística, la revista uruguayana **Marcha** que, durante decenios fue la mejor publicación de su especie en todo el subcontinente. **Marcha** llegó a ser la más lúcida expresión de todo el pensamiento de izquierda latinoamericano. Recogió, por una parte, los mejores frutos del esfuerzo intelectual y creativo de nuestros países en el campo de la política, la economía, la sociología, el arte y la cultura y, a la vez, divulgaba y traducía en nuestro lenguaje espiritual lo mejor del pensamiento europeo contemporáneo. Sus páginas estaban abiertas a los más destacados pensadores latinoamericanos que algo tenían que decir a nuestros pueblos. Entre los uruguayos, además de Quijano —que impartía su magisterio intelectual en sus siempre enjundiosos y profundos editoriales—, escribían

allí Carlos Ral de Azúa, Juan Carlos Onetti, Angel Rama, Mario Benedetti, Atahualpa del Cioppo, etc., lo que da una idea del nivel de sus colaboradores. Pero no hubo contribución positiva en el campo de la ensayística subcontinental que no se reflejara en las páginas de **Marcha**, proviniera ésta de México o de la Argentina, de Chile o de Venezuela. La revista estaba caracterizada por un sello bolivariano y antimperialista, ajena a toda demagogia superficial y siempre situada en un rango de excelencia intelectual. Era una especie de **Le Monde Diplomatique** latinoamericano. Desgraciadamente, circulaba poco en nuestro país, aunque no eran escasas las prestigiosas plumas chilenas que escribían en sus páginas. La revista, como era lógico, fue prohibida por la dictadura uruguaya. En México, Quijano publicó **Cuadernos de Marcha**, dando cabida en ellos a lo mejor de la producción intelectual del exilio latinoamericano. Su muerte en el destierro mexicano determinó la desaparición de estos **Cuadernos**; pero la huella intelectual y política de su recia personalidad moral, de sus acendradas convicciones democráticas y de su vocación latinoamericanista perdurarán siempre en la conciencia de quienes, directa o indirectamente, experimentaron el impacto del vigor de sus ideas y de sus motivaciones ético-políticas.

No puede hablarse de México y Chile en los años del exilio sin recordar la infatigable labor que, no sólo en el país azteca, sino en América y el mundo, ha llevado a cabo la viuda del Presidente Allende, nuestra querida Tencha, quien no ha dejado puerta sin tocar ni gestión sin realizar con el fin de mantener e incrementar la solidaridad internacional con Chile. Toda su actividad, además, ha estado signada por su espíritu unitario, el que le ha permitido, honrosamente, en numerosos eventos internacionales, llevar la palabra de todo el exilio chileno, que reconoce en ella a su más autorizado vocero.

Conociendo México, uno toma conciencia de la pequeñez de Chile, no tanto por la diferencia de su magnitud territorial, sino en términos de población, de recursos y riquezas naturales, de exuberancia y variedad en su ámbito geográfico, de vitalidad de sus gentes, de identidad de sus hábitos y costumbres, y de policromía y originalidad de su inagotable y auténtico folclore.

Los mexicanos sostienen que no ha culminado su proceso de integración nacional, que nosotros, los chilenos, somos más nación que ellos. Puede que así sea y, aún más, creo que así es. Pero ellos

cuentan con una materia prima y una energía latente como para constituirse en un gran pueblo-nación a escala mundial, con personalidad propia e inconfundible. A este respecto, es indiscutible que México se destaca entre los pueblos latinoamericanos. Viviendo en ese país es posible entender aquello de la grandeza de México, con sus miserias, desigualdades y falencias de toda índole, pero con una inmensa fuerza real y más aún potencial, que uno percibe a los pocos días de pisar su tierra, conocer sus gentes y captar su ambiente.

No permanecí mucho tiempo en México. Cuando se resolvió reconstituir la Unidad Popular en el exilio, en una reunión celebrada en Oaxtepec, fui designado Secretario Ejecutivo de esa alianza política, la que tendría su sede en Berlín, República Democrática Alemana. Al margen de dicha circunstancia, las autoridades de ese país ya me habían invitado a residir allí con mi familia.

Me trasladé, pues, a Berlín, con "camas y petacas". Y aquí he vivido hasta la fecha. Primero, como Secretario Ejecutivo de la Unidad Popular en el exterior y, luego, como Secretario General del Partido Socialista. La Subsecretaría General ha permanecido en México a cargo del ex Vicerrector de la Universidad de Concepción, profesor Galo Gómez Oyarzún.

Cuando salí expulsado al extranjero, no pensaba dedicarme principalmente a la actividad política propiamente tal. Creía que era también una oportunidad para proseguir de manera más intensa mi actividad académica, como comencé a hacerlo en México.

Pero, como dice el adagio, "el hombre propone y Dios dispone". Me vi arrastrado por el vértigo de los acontecimientos políticos y volví, muy a mi pesar y muy pronto, a las andanzas de siempre. Pero debo confesar que a ello contribuyó mucho el constatar que, en una significativa proporción de la militancia socialista, las enseñanzas que arrojó nuestra experiencia gubernativa y el mismo golpe militar habían elevado considerablemente su conciencia política. Y esto particularmente entre los jóvenes —que es lo más importante, porque ellos son los dueños del porvenir—, donde la huella dejada por su último Secretario General, el doctor Carlos Lorca —detenido desaparecido—, ha perdurado en las nuevas generaciones

socialistas, que son toda una promesa para el futuro de nuestro pueblo.

Los familiares que viven conmigo en la RDA y yo mismo nos hemos acostumbrado en este país, no sólo por la solidaria acogida de su pueblo y de sus autoridades políticas y gubernamentales, sino de manera muy especial porque también aquí hemos podido valorar lo que es la vida en un país socialista que, con todas las limitaciones de las obras humanas, construye con sacrificios y éxito una nueva sociedad.

Innumerables son los gestos y manifestaciones de amistad que hemos recibido. Desde las del propio Secretario General del PSUA, compañero Erich Honecker, pasando por las de su responsable de Relaciones Internacionales, compañero Hermann Axen, y las de los ex embajadores de este país en Chile, compañeros Harry Spindler y Friedel Trappen, hasta las de aquellos que han tenido la paciencia de tratar con nosotros directamente los cotidianos problemas que afectan al exilio. Todos ellos se han esmerado por facilitar nuestra convivencia en su país.

En la RDA he podido percibir y valorar lo que es una sociedad sin miseria, sin desocupación, con salud, educación y recreación gratuitos para todos. Y con vivienda digna y confortable, prácticamente también sin costo (un 4%, término medio, del ingreso de sus moradores). Con un intenso desarrollo cultural y artístico del que puede aprovechar toda la comunidad. Y con sanas entretenciones y una intensa preocupación por la cultura física, de la que son indicadores los impresionantes desempeños olímpicos de sus deportistas. Sobre todo, aquí uno se percata de cómo se avanza día a día en todo orden de cosas; cómo se conjuga el desarrollo económico con el bienestar social, formando entre ambos una indisoluble y dialéctica unidad.

El Berlín al que yo llegué en 1977 es ahora realmente otra ciudad que, en 1987, se apresta a conmemorar su 750^o aniversario. Enormes barrios residenciales nuevos, con sus respectivas instalaciones para proveerlos de toda suerte de servicios; nuevas avenidas, parques, el centro histórico de la ciudad casi totalmente reconstituido, conservando todo lo valioso de la arquitectura tradicional, y el resto, remodelado de manera que se complementen lo antiguo y lo moderno.

El exilio chileno, a diferencia del español e incluso de otros países del Cono Sur que han sufrido el mismo drama nuestro, es un exilio no sólo numeroso, sino también extraordinariamente disperso y extendido a través de prácticamente todo el mundo.

Desde Canadá y los Estados Unidos hasta Australia y Nueva Zelanda; desde Suecia y la Unión Soviética hasta Argelia y Mozambique, para no mencionar todos los países latinoamericanos. En ese amplísimo ámbito que comprende casi todo el mundo, se encuentran esparcidos grupos de chilenos alejados por la fuerza de su país.

Nuestro Partido tiene organización en 28 naciones en los cinco continentes: eso da una idea de nuestra dispersión.

Hay chilenos en los países más inverosímiles. Me he encontrado con compatriotas que viven y trabajan en las islas de Cabo Verde. Hay uno que estuvo, o está todavía, en Bangladesh, a cargo de un programa forestal, a quien conocí en París como pintor. Los hay en Nairobi, alrededor de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA). Y hasta un especialista en faenas náuticas se trasladó de Génova a Groenlandia, desde cuyos árticos hielos reclamaba porque desde Italia no le enviaban informaciones acerca de Chile.

Nuestros compatriotas se desempeñan en las más diversas profesiones y ocupan todos los rangos posibles en sus respectivas segundas patrias. Un chileno encabezó una delegación mexicana que debía convenir con la RDA la constitución de una empresa mixta en la rama metalúrgica. A otro chileno, residente en un país africano, lo vi de repente presidiendo la representación de aquel país en una importante conferencia internacional a nivel gubernamental.

Los hay consejeros gubernativos, regidores elegidos por la ciudadanía, directores de institutos de investigación y de periódicos de circulación nacional. Algunos militan o colaboran con los partidos políticos de los países que los acogen, y sus sugerencias e indicaciones son particularmente valoradas. En un país latinoamericano los hicieron responsables de todo un aparato de seguridad, hasta que fueron despedidos cuando la principal autoridad a la que debían proporcionar protección fue acribillada a balazos en pleno centro de la gran ciudad.

En Mozambique, en un congreso del FRELIMO, se condecoró solemnemente a los cooperantes que se habían destacado por su

reponsable y heroico comportamiento en las regiones asoladas por las bandas contrarrevolucionarias financiadas por Africa del Sur. Y me sorprendió ver avanzar entre los agraciados, en lugar prominente, a un ingeniero forestal chileno, hijo de un viejo amigo. La numerosa colonia chilena de Maputo no cabía en sí de satisfacción. Esa misma noche se organizó una gran fiesta a la chilena para celebrar el acontecimiento.

Los obreros y técnicos chilenos a veces son particularmente estimados, como ocurre en la mayoría de los países latinoamericanos. En un país socialista, uno de ellos me contó que había llegado al más alto nivel posible en su especialidad y que su remuneración era de las más elevadas que era posible percibir allí. Por contraste, en algunas naciones de Europa Occidental, no obstante ser profesionales u obreros calificados, los chilenos se ven obligados a desempeñar faenas subalternas que no son del agrado de los nacionales del país y se reservan a los inmigrantes. En un país escandinavo, un abogado y ex diputado trabajaba como cortador de boletos en el transporte de pasajeros; una bibliotecaria universitaria lavaba pisos en un hospital, y un connotado periodista repartía diarios por la madrugada en los departamentos de un complejo habitacional. Mas, en estos últimos casos, las remuneraciones que percibían les permitían vivir mejor de lo que habrían podido aspirar en Chile, ejerciendo su profesión.

En Roma, el dirigente máximo de un partido político chileno, conocido economista, se ocupaba como profesor de tenis; en esa misma ciudad, un destacado folclorista trabajaba cuidando de noche a ancianos enfermos. Y en una ciudad de la Regia Emilia un ex dirigente sindical cuidaba niños en una piscina para que no se ahogaran. En Canadá, la solidaridad de las iglesias con los chilenos se ha reflejado en que muchos de ellos ofician de sacristanes, aunque sean descreídos. Un Encargado Local de nuestro Partido, por ejemplo, fue, y creo que es aún, sacristán en una iglesia bautista de Toronto.

En algunos países los exiliados se concentran sobre todo en las capitales, como los casos de México, Francia o Rumania; pero en otras partes también están dispersos a lo largo y ancho de los países huéspedes. Es el caso de los Estados Unidos, por ejemplo, donde, a propósito, el Gobierno distribuyó a los exiliados —en su

mayoría obreros que llegaron a comienzos de la Administración Carter— desde California hasta Nueva Inglaterra y desde los Grandes Lagos hasta el Sur profundo. Dos veces nuestro Partido estadounidense, hace ya años, realizó ampliados nacionales, la primera ocasión en Denver, Colorado, y la segunda en Chicago, Illinois. Por lo costosa y complicada, aquélla fue una obra de romanos. No se ha vuelto a intentar empresa semejante y los socialistas chilenos en los Estados Unidos se hallan bastante desarticulados e incommunicados entre sí.

No ocurre lo mismo en Canadá, donde también están dispersos desde Vancouver hasta el Quebec. Pero ahí hay otros problemas. Los residentes en el Canadá francés quieren independizarse de los que viven en las provincias anglófonas y, mientras escribo esto, tenemos una rebelión *ad portas* de los socialistas “quebequenses” reclamando su autonomía. Una querrela semejante se observa en el exilio australiano entre los habitantes de Sydney y de Melbourne.

Hay exiliados conformistas que se asimilan al país huésped y no desean moverse de allí. Hay otros que, por naturaleza, son “pata’e perro” y no están conformes en ninguna parte, trasladándose de país en país, como si fueran de visita a una casa vecina. Lo curioso es la facilidad y expedición con que los exiliados humildes, que no conocen ningún idioma extranjero y que en Chile apenas se habían movido de su ciudad de origen, se movilizan de un país y de un continente a otro, atravesando aduanas, puestos policiales y fronteras con el mayor desparpajo.

Es casi imposible llegar a algún aeropuerto de los importantes, como los de Amsterdam o Frankfurt, sin que aparezca un chileno conocido transitando por el mundo, de visita a sus parientes o corriendo alguna aventura.

En general, los chilenos en Europa —en comparación con las migraciones africanas o asiáticas— somos una cantidad insignificante, pero parece que no pasamos desapercibidos. Nos movemos lo suficiente como para hacernos notar. Se me viene a propósito a la memoria una prédica de Navidad que vi por televisión en Alemania Federal, en la que el pastor, refiriéndose a la necesidad de tratar bien a los inmigrantes, añadió: “sean ellos chilenos, africanos, árabes o asiáticos”. Nos colocó a la altura de todo un pueblo-continente.

Los enredos en que a veces se aventuran nuestros connacionales son de no creerlos. Para resolver problemas de documentación, un compatriota no encontró mejor manera de obviarlos que inventarse un documento con una carta del menú del hotel de un país árabe, al que le puso una fotografía suya tamaño carnet y luego marcó con timbres indescritibles que para tal efecto se mandó a hacer. Con esa “documentación de viaje” logró atravesar varias fronteras, hasta que al cuarto o quinto ensayo fue sorprendido en su impostura.

Nuestros compatriotas no han perdido el sentido del humor a la chilena, aun del humor negro. A un exiliado boliviano, muy conocido por su imponente físico e irascible carácter que, en Zwickau, en la RDA, en un acceso de ira decidió lanzarse de un cuarto piso y su corpulenta musculatura hizo que cayera indemne a la calle, los chilenos que vivían en los pisos intermedios y lo vieron precipitarse como un celaje frente a sus ventanas lo bautizaron como “El Cóndor pasa”.

Es conocido también en este país el caso de un compatriota que se enamoró de una hermosa alemancita y, para resolver su problema conyugal, le contó a su mujer que había decidido irse como voluntario a luchar con los angolanos, contra las bandas contrarrevolucionarias sostenidas por Africa del Sur. Su cónyuge, una chilena de gran conciencia antimperialista, lamentó su partida, pero lo comprendió y valoró el gesto internacionalista de su marido. No tardó mucho en saber que su héroe estaba residiendo amancebado con la buenamoza alemana en un pueblecito de los alrededores de Berlín.

Todo el exilio conoce el caso de “El Cóndor pasa” o el de “El angolano”, porque los chilenos se han hecho maniáticos del teléfono y del carteo entre ellos, de país a país y de continente a continente. Y por esas vías se transmiten toda clase de informaciones, “copuchas” y rumores de la más diversa índole, que luego se difunden en todas las direcciones, las más de las veces distorsionando la realidad.

A los chilenos les cuesta asimilarse a algunas costumbres de los países huéspedes. El “machismo”, tan propio de Latinoamérica, es una de las fuentes de esas dificultades; y no sólo el machismo de los hombres, sino también el de las mujeres. En Suecia, una delegación de madres chilenas se apersonó ante las autoridades de una escuela

para protestar enérgicamente porque a sus hijos varones les enseñaban a coser. A su juicio, ello significaba criar niños afeminados, lo que les parecía intolerable.

Otro fenómeno curioso que se repara en el exilio es un rebrote del regionalismo, no observable en el interior de Chile. Los chilenos oriundos de la misma zona tienden a comunicarse de preferencia entre sí, y hasta a reunirse, venciendo grandes distancias y toda suerte de dificultades. En esta materia, en Europa, los campeones son los valdivianos, quienes se reúnen periódicamente en diversas capitales. Pero eso no ocurre sólo con ellos. También se ha desarrollado el regionalismo entre los porteños, penquistas, chillanejos y puntarenenses.

En cierta ocasión, hacía una visita a los diferentes núcleos del Partido en Alemania Federal. En Stuttgart, al sur del país, esperaba encontrarme con una media docena de compañeros, puesto que no eran más nuestros militantes en esa ciudad; sin embargo, al llegar a la casa donde debíamos juntarnos, advertí con sorpresa la presencia de más de veinte personas. Tras mi pregunta al Jefe de Núcleo a qué se debía esa numerosa asistencia, me explicó que no todos se iban a quedar en la reunión de Partido, pero que en ese momento estaban allí por accidente, porque en esos días se realizaba en Stuttgart un "encuentro mundial de parralinos". Y así era, efectivamente. Allí había incluso gente proveniente de Australia y Canadá, todos oriundos de la ciudad donde nació Pablo Neruda.

También existe la tendencia de los exiliados procedentes de un mismo pueblo de Chile a reagruparse en un mismo lugar en el extranjero. En Suecia hay una pequeña ciudad repleta de chilenos de Tocopilla, incluso han llegado hasta allí "las niñas alegres" de ese puerto nortino.

Al margen de los conjuntos musicales chilenos conocidos universalmente y famosos, como "Quilapayún", residentes en París, e "Inti Illimani", en Roma, hay muchos otros bastante destacados. Para mí fue una sorpresa, por ejemplo, presenciar en Frankfurt del Meno al mejor conjunto que he visto jamás de bailes chilotos, no creo que en Chile haya otro igual. En Suecia, sobre la base de un

grupo que fuera integrante del conocido conjunto "Cuncumén", se creó una réplica que no le va en zaga, el "Rucalí", del que forma parte un equipo de no menos de veinte cantoras guitarreras, cosa que nunca vi tampoco en Chile.

Nuestros exiliados han incursionado asimismo en el campo de la gastronomía chilena, con suertes diversas.

En San José de Costa Rica visité el restaurante "La Copucha", entre cuyos administradores se contaba el doctor Vulhiemme, ex Director del Hospital José Joaquín Aguirre. En Berlín Oeste algunos compañeros mantienen desde hace años con relativo éxito otro, "La Batea". En Viena, un grupo de socialistas también mantuvo durante un tiempo un restaurante chileno. En Munich conocí otro que tuvo mejor fortuna y al menos hasta hace poco llevaba una vida próspera. Y a media cuadra de la Plaza del Mercado, en Bruselas, se instaló otro compatriota, pero en cuya carta abarca la amplia paleta de la cocina latinoamericana.

Nuestro plato característico, el que más nos identifica como chilenos, es la empanada; por lo mismo, su fabricación y venta es una de las fuentes más generalizadas y seguras para obtener fuentes de ingresos destinados a Chile. Por eso, más de alguien ha sugerido que de regreso en Chile algún artista plástico con imaginación deberá encargarse de concebir y esculpir un gran monumento a la Empanada Chilena, como símbolo del trabajo del exilio para ayudar a sus compañeros del interior del país.

La presencia sindical, juvenil y femenina de los expatriados en los respectivos medios en el extranjero podría decirse que ha sido protagónica.

El reconocimiento internacional del Secretariado Exterior de la CUT, con sede en París —a pesar de que la Central Unica de Trabajadores dejó de existir en Chile—, en su carácter de referente exterior chileno de nuestro movimiento sindical, ha sido general e indiscutido. Incluso, en él han estado representados los demócratacristianos. Tuvimos que lamentar el prematuro fallecimiento en el exilio de su Secretario General, Luis Figueroa, figura del movimiento obrero chileno que había alcanzado renombre internacional. Nuestras relaciones con todas las centrales sindicales mundiales, ya sea la Federación Sindical Mundial (FSM), la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), o la Confederación Mun-

dial de Trabajadores (CMT), han sido permanentes y estrechas, y dichas entidades, en todo momento, han prestado a nuestras organizaciones de trabajadores en Chile una efectiva solidaridad y apoyo.

Lo propio tendría que decirse del ámbito juvenil. Baste señalar que hubo un momento en que las dos confederaciones mundiales que en la práctica agrupan a la totalidad de las organizaciones juveniles del mundo —la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (FMJD) y la Unión Internacional de Juventudes Socialistas (JUSY)— estuvieron presididas simultáneamente por dos jóvenes exiliados chilenos.

Similar ha sido también nuestra intervención en el movimiento femenino. Desde luego, Hortensia Bussi de Allende es considerada como una de las figuras cumbre del mundo femenino internacional y la presencia de las exiliadas chilenas, ahora a menudo integrada también por las representantes de las organizaciones femeninas del interior, en todos los eventos internacionales es siempre destacada y significativa.

En la esfera de la lucha internacional por la defensa de los derechos humanos cabe destacar que el exiliado chileno en los Estados Unidos José Zalaquett fue honrado con la presidencia de “Amnesty International”, la más prestigiosa entidad mundial que se ocupa de estos asuntos.

Mientras estuvo expulsado de Chile, el dirigente democratacristiano exiliado en Madrid, Andrés Zaldívar, fue elegido Presidente de la Internacional Demócrata Cristiana. Y durante más de diez años el político radical Anselmo Sule, exiliado en México, fue uno de los vicepresidentes de la Internacional Socialista.

Los exiliados tampoco hemos sido indiferentes ante el inmenso movimiento internacional que se ha desatado en los últimos años en favor de la paz, la distensión y el desarme, y cinco chilenos —de diversas tendencias políticas— integramos la Presidencia del Consejo Mundial de la Paz, la más representativa de las entidades que impulsan y estimulan, en los cinco continentes, los esfuerzos por detener las guerras y combatir el armamentismo.

Acerca de la actividad del exilio en materia cultural y artística, es sobre lo que más se ha escrito y lo que ha contado con la mayor divulgación. No sé si en Chile habrá conciencia acerca del gigantesco aporte creativo en esta esfera de los intelectuales y artistas chilenos

expulsados de su patria o que les ha sido imposible desarrollar en ella sus potencialidades, debido a la falta de libertad y en medio del así llamado “apagón cultural” en que la dictadura sumió a nuestro país.

Mucho han contribuido a la tarea de intercomunicación entre los creadores chilenos, de adentro y de fuera, y, entre estos últimos, separados a su vez por miles de kilómetros, revistas como *Araucaria de Chile*, que dirige Volodia Teitelboim, publicada primero en París y ahora en Madrid, y *Literatura Chilena en el Exilio*, que durante ocho años dirigió Fernando Alegría en California y ahora timonea David Valjalo desde Madrid. La excelencia de estas publicaciones —que no tienen parangón en el interior de Chile— se evidencia no sólo por su calidad intrínseca, la seriedad con que se han aplicado a la difícil tarea de registrar, divulgar, valorar y criticar la impresionante producción artística del exilio chileno, sino también por el pluralismo que las inspira, complementario con su compromiso militante.

No soy yo el más indicado ni estas páginas las más idóneas para dar una imagen de lo que ha sido capaz de concebir el exilio chileno en el mundo de la cultura y de la belleza.

Pero vale la pena citar algunos nombres y lugares. Desde luego a los que en París mantienen o mantuvieron, mientras residían allí, nuestra presencia cultural: Roberto Matta y José Balmes en pintura, Sergio Ortega en música, Angel e Isabel Parra en folclore, Raúl Ruiz en cine, Sergio Spoerer, Armando Uribe, el padre Gonzalo Arroyo, Miguel Rojas Mix y Osvaldo Fernández en ensayo, Alexis Guardia y Alberto Martínez en economía, etcétera. En esa ciudad fallecieron, en plena actividad, el historiador Hernán Ramírez Necochea y el escritor Guillermo Atías.

En Alemania Federal ese papel lo han cumplido un Antonio Skármeta y un Arturo Avaria en literatura, y un Gustavo Becerra en música. En Suiza residen, crean y producen José Venturelli, el pintor, y Patricio Manns, el músico y ensayista. En Italia trabaja el escritor Hernán Loyola. En Bolonia se destaca la labor filosófica de Sergio Vuscovic. En España viven los poetas Sergio Macías y Radomiro Spotorno, y el cineasta Patricio Guzmán, quien ha trabajado igualmente en Cuba, de donde también nos llega la producción del poeta Roberto Contreras. En Holanda viven el profesor Carlos Ossa y el poeta Fernando Quilodrán. El escritor Guillermo Quiñones

y el bailarín Patricio Bunster han desplegado su actividad artística en la República Democrática Alemana.

En México, y luego en otros países, ha seguido activísimo el pintor José de Rokha, quien regresó a Chile. En la capital azteca destacan también Miguel Littin en cine, Eugenia Echeverría en poesía. Allí estuvieron también, dejando la impronta de su presencia, Luis Enrique Délano, recientemente fallecido, y su hijo, Poli Délano, ahora en Chile; sin contar con los numerosos científicos sociales que han transitado o todavía viven en ese país, a algunos de los cuales ya he mencionado.

En Venezuela escribe Isabel Allende, quien ha logrado situar nuestra literatura en un nivel de excelencia en el plano continental. En los Estados Unidos nos representan un Fernando Alegría, un Juan Epple, un Bernardo Subercaseaux, un Jaime Concha y un Bernardo Bravo Elizondo en el campo literario y de la ensayística. Allí vivió también, después de una larga permanencia en Holanda, el escritor Ariel Dorfman, ahora retornado a Chile. En el ámbito científico, en ese país ha destacado el trabajo del ex Ministro Fernando Flores. Allí también residen el ex Rector de la Universidad Técnica del Estado el profesor Enrique Kirberg y el ex Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, Eugenio Velasco Letelier, infatigables e influyentes promotores de la causa de la democracia chilena.

Incluso en el campo del periodismo, un Fernando Murillo, una Frida Modak, un Hernán Uribe, un Leonardo Cáceres, un José Miguel Varas, han continuado en el extranjero, con brillo y reconocimiento público su labor profesional.

Y no quiero ser redundante en lo relativo a las ciencias sociales. Al recordar mi exilio mexicano ya toqué, aunque marginalmente, la significación de nuestro aporte en este campo.

Lo que he querido expresar con esta incompleta lista de nombres que en este momento se me han venido a la mente, con muchas inexcusables omisiones, es sólo reiterar que la diáspora de nuestros artistas, pensadores e intelectuales ha afirmado la presencia espiritual y la creatividad chilena en el mundo de la cultura, presencia y creatividad estrechamente ligadas a la brega liberadora en el interior del país.

Gran parte del quehacer del exilio se ha consumido en una febril actividad publicitaria. Centenares de revistas, boletines, folletos e informativos han brotado como callampas en todos los confines del mundo donde han sentido sus reales los expatriados chilenos. Los ha habido de larga o permanente existencia o de efímera y precaria vida. Su índole es por demás variada. Algunas publicaciones son meramente informativas y destinadas a satisfacer el afán de saber de Chile por parte del exilio y de los círculos extranjeros simpatizantes con nuestra causa. Otros están dirigidos a la juventud, y no pocos abordan temas específicos, ya sea culturales, artísticos, sindicales o femeninos. Los hay de circulación meramente local y otros con pretensión de difusión internacional. Algunos impresos, otros, simplemente mimeografiados. De todo.

Si estas hojas no hubieran sido escritas con tanta premura, podría haber registrado mis archivos, llenando páginas de páginas con los nombres y sedes de ese enjambre de publicaciones con que nuestro exilio ha intentado inundar el mundo, ya sea denunciando los atropellos a la dignidad del hombre, ya sea analizando nuestra situación, y siempre llamando a solidarizar con nosotros.

Esta fiebre publicitaria —cuya productividad en términos de la relación entre los miles de toneladas de papel consumidos, tiempo y energía para redactarlos, imprimirlos y difundirlos, y su efecto político real, creo que ha sido relativamente menguado— se explica por razones psicológicas.

El hombre necesita expresarse. Y la impotencia del exilio para incidir directamente en los acontecimientos chilenos se intenta compensar con estas publicaciones en las que los chilenos se desahogan dando rienda suelta a sus sentimientos, y encauzando por esa vía sus contenidas energías combativas.

Ha habido mucho empeño para tratar de racionalizar y concertar todos estos esfuerzos publicitarios con el fin de darle mayor eficiencia política e ideológica. Pero ha sido imposible impedir que cada vez que en algún lugar se junta una media docena de chilenos, no surja de allí algún nuevo medio de comunicación, aunque sólo lo lean quienes lo redactan y reproducen.

Entre las publicaciones que han logrado consolidarse y tener difusión internacional de carácter partidista vale la pena citar nuestros Cuadernos de Orientación Socialista y el Boletín Exterior del

Partido Comunista de Chile. Lo cual no quiere decir que los otros partidos no hagan lo suyo. Por ejemplo, *El Correo de la Resistencia*, del MIR, o las revistas que, cuando estaba unido, sacaban los compañeros del MAPU OC. En México, los radicales ensayaron sacar una revista de amplia circulación, rebasando los marcos partidarios, *Límite Sur*, pero ese intento no logró asentarse y consolidarse. *Presencia*, editada por la Casa de Chile, en México, ha llegado a ser una publicación permanente y bastante lograda; lo mismo que el Boletín del Secretariado Exterior de la CUT, la mejor fuente de información en el exilio acerca del movimiento sindical chileno. En un nivel más teórico y analítico, hay que mencionar la revista *Chile-América*, editada en Roma durante cerca de un decenio, pero que dejó de publicarse cuando la mayoría de los integrantes de su equipo promotor logró regresar a Chile, entre ellos, Julio Silva Solar y José Antonio Viera Gallo. En otras partes, singularmente en Australia y en Canadá, los chilenos se han "tomado" la dirección y orientación de las publicaciones en castellano dirigidas a todos los inmigrantes de nuestro idioma, alcanzando esos órganos un excelente nivel informativo y analítico, así como una extendida difusión entre los hispanoparlantes.

No vale la pena continuar. La descripción y valoración de todo lo que ha hecho y sigue haciendo el exilio chileno en esta materia daría para escribir un libro completo, el cual no dejaría de tener interés para un estudio sociológico y psicológico sobre nuestra diáspora.

Los conglomerados de expatriados chilenos son muy diferentes en cada país. A ello contribuye no sólo el distinto entorno nacional que los rodea, sino también quiénes son los chilenos de carne y hueso que lo componen, su extracción social, su filiación política, su nivel cultural, su grado de compromiso. Y algo que es muy importante, quién o quiénes son sus personalidades más relevantes y cuál es su capacidad de liderazgo.

Así como del otro lado de la Cordillera, en la Argentina, los pueblos que en su mayoría están habitados por chilenos se llaman "chilecitos", el más importante de los cuales es el Chilecito, con mayúscula, de la provincia de La Rioja, así también en el exilio

cada núcleo de desterrados chilenos constituye una especie de "chilecito" con sus particularidades que le son propias.

Nada tiene que ver el "chilecito" de México con el de Rumania ni con el de Suecia ni con los muchos "chilecitos" de Argentina. Como tampoco tienen que ver los "chilecitos" de Canadá y Australia con los de España, Francia o Italia.

La naturaleza del medio circundante acrecienta o atenúa el carácter de "ghetto" de la diáspora chilena y su grado de inserción en la sociedad anfitriona. El mayor o menor auge del consumismo en estas ciudades, su grado de individualismo o de tradicionalismo y la índole de la cultura política predominante influyen decisivamente, entre otros muchos factores, en la forma cómo piensan los exiliados, cómo reaccionan y cómo cambia su mentalidad.

Todos estos elementos configuran algo así como "microclimas" del exilio, "chilecitos" específicos, que son fácilmente advertibles para el observador.

¿Qué va a resultar cuando toda esa abigarrada mezcla de chilenos, parecidos y diferentes a la vez, retornen a la patria y se reencuentren con nuestro pueblo? ¿Qué interacciones han de producirse entre ambos subsistemas de chilenos en el orden cultural y político? Difícil es predecirlo. Seguramente, el tema proporcionará un rico y sugerente material sociológico para investigaciones futuras. Pero me parece que ya se puede anticipar, sobre la base de la experiencia de lo que ha sucedido con aquellos compatriotas que han podido retornar a Chile, que este proceso de adaptación y reacomodación del exilio será enriquecedor para el país, para su cultura y para su desarrollo político y social.

El propósito de la dictadura de aniquilar el pensamiento y la cultura chilena de vanguardia por medio del exilio se ha frustrado por completo. Y los escritores, hombres de ciencia, artistas y pensadores exiliados se han desarrollado más aún en el extranjero, han prestigiado la cultura democrática chilena y, con toda seguridad, su regreso al país será un factor decisivo de cambio y renovación de las estructuras sociales e institucionales, así como del clima artístico e intelectual de nuestra nación.

Cuando, por razones de distinta naturaleza, algunos exiliados no quieren o no pueden ingresar al país, a pesar de no tener impedimentos para hacerlo, se sienten en una situación incómoda y embarazosa. Aun cuando sean justificados los motivos que los inducen a permanecer fuera, intentan legitimar su decisión ocultando sus causas verdaderas y recurriendo a variados y hasta a inverosímiles pretextos. Como el de un compatriota residente en un país escandinavo que, interrogado acerca de su retorno, manifestó más o menos lo siguiente: No tengo inconveniente en regresar de inmediato, pero sepan que serán ustedes los responsables de lo que ocurra. Tengo un odio tan acendrado y profundo a la dictadura, que en Chile no voy a poder controlarme y haré cualquier barbaridad. No podré contenerme. Y, cuando cometa algún desatino, que no se me reproche ni acuse de provocador. La culpa será de ustedes, que me autorizan a retornar, sabiendo de antemano que allá voy a acriminarme.

Nuestro compañero no tenía razón para buscar ese retorcido argumento que justificara por algún tiempo más su residencia en el extranjero. Estaba a punto de obtener, en algunos meses, un beneficio previsional que le facilitaría su establecimiento en Chile para hacer frente en mejores condiciones a la difícil subsistencia en un país donde, los que no están desocupados, ganan misérrimos salarios, totalmente insuficientes para asegurarse una vida medianamente digna.

Se hace cada vez más necesario colocar a la orden del día de las preocupaciones nacionales la compleja problemática del retorno, no sólo en términos de oportunidades laborales —muy ligadas éstas a la imperiosa exigencia de reactivar la economía nacional—, sino también en otros aspectos como los relativos a las facilidades aduaneras para ingresar los pocos bienes que, con sus ahorros, hayan podido adquirir en el extranjero, o a la necesidad de buscar un procedimiento expedito de revalidación de títulos para aquellos que estudiaron fuera, o el mecanismo para reinsertarse en el sistema previsional, etcétera.

Aquello del “exilio dorado” es un mito, y es de justicia que las autoridades democráticas futuras se esfuercen por atenuar, al menos, los graves daños que el exilio forzado ha causado a miles y miles de chilenos, ahorrándoles algunas de las muchas dificultades que encontrarán al reincorporarse en su patria a la vida nacional.

El exilio chileno es un exilio comprometido. Es un exilio en el que Chile está presente en todo momento. Y lo que pasa o no pasa en Chile determina el ritmo de su vida, su estado de ánimo; lo que hace o no hace la inmensa mayoría de los expatriados. Incluso entre aquellos que, por uno u otro motivo, por razones atendibles, han decidido o no pueden regresar a su tierra.

Esto se refleja en la tremenda nostalgia de Chile que a todos nos embarga hasta en lo más íntimo de nuestro ser. Una nostalgia que se refleja en que todo lo miramos o medimos en función de lo chileno. Si vemos una montaña, un bosque, un lago o un río, es inevitable que surja la comparación: No es como el cerro tal o cual de Chile, o como el bosque de mi tierra, o como los lagos del sur, o como el río Valdivia, etcétera. Y para qué hablar del chauvinismo en relación con las frutas, los vinos y los mariscos chilenos. En esta materia nos hacemos “pesados” y “cargantes”. Más de un amigo extranjero me ha confidenciado que en esto de las comparaciones culinarias, los chilenos “nos pasamos”...

Así, se ha desarrollado en el exilio una especie de neonacionalismo que nada tiene que ver con el patriotismo chauvinista, sino que es más bien un redescubrimiento de Chile y lo chileno gracias a nuestra permanencia en tan diferentes y extrañas latitudes culturales.

A la emergencia de este neonacionalismo y a la valoración de lo propio ha contribuido no sólo la solidaridad de otros pueblos con el nuestro, sino, además, la indiscutible preferencia que los extranjeros no disimulan en manifestar por nosotros, en comparación con otros exilios o inmigraciones que viven situaciones semejantes; una preferencia a veces rayana en la injusticia, pero que se da así. Descubren en nosotros virtudes que quizás no tenemos, o que al menos no nos hemos dado cuenta de que forman parte de nuestra forma de ser, de nuestra idiosincrasia nacional.

Desde luego, esta preferencia se manifiesta también en el terreno político. Recuerdo que en Argel se realizó un evento internacional del Tercer Mundo al que fue invitada una delegación de demócratas chilenos. Fue por el año 1976, cuando acababa de producirse la vergonzosa retirada y derrota de los norteamericanos en Vietnam, culminando así una heroica epopeya casi sin parangón en la historia del mundo. Cuando los dueños de casa presentaron en primer lugar

a la delegación vietnamita, la sala se puso de pie en medio de prolongados y entusiastas aplausos. Pero cuando le tocó su turno de presentación a la delegación chilena, la reacción fue aún más calurosa y los aplausos más entusiastas y sostenidos. Increíble. Daba vergüenza ajena constatar esa privilegiada atención e interés que nuestra causa despertaba, comparada con la vietnamita en esos momentos.

Pero este mismo fenómeno no ha dejado de provocar celos entre los exiliados de otros países latinoamericanos. Una vez fue invitado, en París, un conjunto musical paraguayo a animar una peña de solidaridad "latina", como en Europa se nos llama, abreviando, a los latinoamericanos. Cuando los paraguayos supieron que se trataba de un evento organizado por y en beneficio de los chilenos, se negaron a asistir. Era una manera de protestar, justificadamente, ante la indiferencia general frente a la ya semisecular tiranía que oprime a nuestros hermanos paraguayos.

En otra ocasión, en México, se trataba de constituir un Comité de Solidaridad Latinoamericano que articulara los esfuerzos de los muchos exilios avocados allí, procedentes de América Latina. Los representantes de cada uno de ellos expusieron la situación prevaliente en su país, sobresaliendo el dramático cuadro que presentaban de su patria los exiliados argentinos, en lo más álgido del período de los desaparecimientos durante el Gobierno del general Videla. Todos quedamos conmovidos por las palabras de nuestros hermanos trasandinos. A continuación correspondía la designación de la directiva de la nueva organización, comenzando por la de su presidente. Ofrecida la palabra para hacer proposiciones, la tomó un representante boliviano, quien expresó que consideraba que ese cargo debía corresponderle a un chileno, y propuso el nombre de nuestro compañero Pedro Vuscovic. Sin oponerse a esta nominación, pero reflejando una desazón explicable, el ex Rector de la Universidad de Buenos Aires, Rodolfo Puigros, casi gritando golpeó la mesa y dijo: "¡Hasta cuándo se menosprecia el dolor, el sacrificio y la lucha del pueblo argentino!". No dijo nada más, pero todos comprendimos la razón de su justificada protesta. Sin embargo, así y todo, fue elegido por consenso nuestro Pedro Vuscovic.

El exilio chileno, pese a la propaganda interesada que se empeña en presentarnos como divididos, ha sido, en general, un exilio unido. Nuestras diferencias internas son de tono menor, sobre todo al com-

pararlas con las que se han suscitado en el resto de los exilios latinoamericanos, con la sola excepción del uruguayo.

Pocos días después del golpe militar se constituyó en Roma la llamada Oficina de Chile Democrático, para promover y organizar la solidaridad internacional con Chile. Allí, desde el primer momento, estuvieron presentes personeros de todos los partidos de la Unidad Popular y el MIR, además de representantes de los independientes. Esa unidad en la esfera del trabajo internacional por estimular la solidaridad no se ha trizado jamás. Y ha persistido así hasta el presente, con la única diferencia que, en las condiciones de los últimos años, cuando han mejorado mucho las vinculaciones directas de los exiliados en los diversos países con Chile, esa unidad se ha reformulado en torno a los organismos de solidaridad en cada uno de los países, también de carácter pluralista. La Oficina de Roma ha perdido su razón de ser y, en la práctica, se ha convertido en el Comité Chileno de Solidaridad en Italia.

Las diferencias políticas que, salvo el primer tiempo en que fueron un tanto agudas entre los partidarios de la UP y del MIR —cosa que ahora ha cambiado en un sentido positivo—, nunca fueron muy profundas ni impidieron que en todas las grandes iniciativas internacionales que se han llevado a la práctica en este campo —como la gran Conferencia Mundial de Solidaridad con Chile, realizada en Madrid en 1978, y en tantas otras—, hayan estado presentes todas las vertientes políticas opositoras, incluyendo la Democracia Cristiana, cuando un representativo grupo de sus militantes también debió soportar este forzado alejamiento de la patria.

Las mayores dificultades y fricciones se han dado a nivel local, y no tanto y sólo entre partidos, sino incluso en el seno de éstos. Y han sido más el producto de rivalidades personales o de grupos que de diferencias políticas. No hay que olvidarse de que en casi todas partes, en alguna medida, los chilenos han constituido especies de "ghettos" en los países donde residen, tendiendo a vincularse sobre todo entre sí, con lo cual se genera aquello de "pueblo chico, infierno grande", que registra el refrán, y que constituye un rasgo general de todos los exilios, derivado de las condiciones psicosociales en que éstos se desenvuelven. Se trata, pues, de un fenómeno de esta naturaleza, más ligado a la desadaptación a los diversos ambientes, a los problemas de desintegración familiar, conflictos conyugales, anomalías psicopáticas (que a muchos han llevado hasta el suicidio),

que a diferencias y antagonismos políticos. A veces, ambos tipos de problemas se interrelacionan, produciéndose situaciones complicadas; pero, en general, repito, esas situaciones conflictivas del exilio no han sido producto de fricciones políticas, por lo que no desmienten esta afirmación perentoria en la que es necesario poner énfasis: el exilio chileno no sólo ha sido y es un exilio comprometido con su patria, sino —por eso mismo— ha sido también un exilio unido. Un exilio indisolublemente arraigado en la patria y que, disperso por las más diversas latitudes del mundo, no sólo se ha empujado sobre sí mismo, conservando y enriqueciendo su chilenidad, sino que también ha sido capaz de acrecentar la consideración y estima de la comunidad internacional y de los pueblos en cuyo seno ha debido convivir hacia nuestro país y sus tradiciones y luchas democráticas.

En un ampliado partidario en la República Federal de Alemania, Oscar Waiss, con el ingenio y la mordacidad que lo caracterizan, me aludió en una intervención, diciendo: “El compañero Almeyda —que, así como Neruda, escribió un libro que tituló **Confieso que he vivido**—, debería escribir otro con el nombre de ‘Confieso que he viajado’”. Con sus palabras reflejaba la imagen que en Chile y en el propio exilio se tiene sobre la extrema movilidad de los dirigentes políticos.

Eso es verdad. Pero no porque a uno le agrada ir de aeropuerto en aeropuerto, de estación en estación, de país en país, de continente en continente, en busca de nuevos aires y de nuevas sensaciones, experiencias y aventuras. Yo soy particularmente sedentario y, al salir del exilio, ya conocía bastante del mundo como para no tener una curiosidad particular por andar recorriéndolo de un lado para otro.

Ya me he referido a lo disperso y comprometido del exilio chileno y a la inmensa solidaridad que ha despertado la causa de nuestro pueblo. Ello es fuente de continuas demandas e invitaciones para visitar a nuestros compañeros, asistir a seminarios o encuentros destinados a analizar la problemática de nuestro país y de América Latina. Personalmente, he tratado y trato de eludir hasta donde me es posible los viajes que originan esas invitaciones. Pero todo tiene su límite. Y, a pesar del esfuerzo y del cansancio que esos trajines traen consigo, uno no puede excusarse de ciertos compromisos que tienen significación política y que, en alguna medida, ayudan

a sostener la solidaridad con Chile de manera más o menos positiva para el interior.

Es cierto, pues, como lo decía mi amigo Waiss, debo confesar que durante estos doce años de exilio me he movido por los cinco continentes; y eso, a pesar de que, por cada cinco invitaciones que recibo, acepto sólo una, de quinta parte. Además, porque algunas no incluyen pasajes y gastos pagados, lo cual hace imposible costearlas con recursos personales o partidarios.

A pesar de que por medio de libros y revistas uno está informado en el exilio —mucho más que en Chile— de lo que pasa e interesa en el mundo, la vivencia personal que se recibe en los distintos ambientes nacionales, culturales y políticos que conoce, enriquece de manera notable la visión general del momento por el cual atraviesa la humanidad, que gravita señaladamente en todo lo que ocurre incluso en los rincones aparentemente más alejados de los centros en los cuales se deciden las grandes cuestiones que inquietan a nuestros contemporáneos.

En contraste con esa visión general de las cosas, uno no puede dejar de asombrarse del provincialismo que caracteriza el acontecer político chileno. Parece que la cortedad de vista y la falta de perspectivas del régimen militar hubieran logrado contagiar a nuestros conciudadanos. El “rayado de la cancha” en cuanto a la índole de las preocupaciones políticas nacionales, generalmente lo hace el adversario, gracias a los enormes recursos publicitarios de que dispone. Desde **El Mercurio** y las revistas oficialistas, que presentan un cuadro irreal de Chile, inserto en un mundo que no existe, hasta la televisión, que sistemáticamente se encarga de desinformar, distraer la atención de lo realmente importante, distorsionando lo que ocurre en el país y en el extranjero.

Esa falta o ausencia de una comprensión real global por parte de la clase política chilena de la situación mundial, con sus múltiples y encontradas facetas, ha contribuido a dificultar los consensos opositores y a la magnificación y trascendentalización de aspectos secundarios e irrelevantes. Es claro que eso, intencionalmente, interesa que así sea al adversario de clase, declarado o encubierto. Pero lo grave es que esa chatura se comunique y extienda a sectores sociales o políticos cuyos intereses objetivos y cuya posición en la sociedad deberían permitirles elevarse por sobre los lugares comunes con los

que la dictadura y sus intelectuales orgánicos quieren acotar y empujear el debate político nacional.

El tanto viajar, conocer, conversar, escuchar y dialogar con gentes de todas partes del mundo ayuda a defenderse de esta ofensiva por desconocer la verdad, la que uno desde el exilio advierte cuando lee el diario de los Edwards o publicaciones oficialistas como **Qué Pasa** o **Alternativa**, para no citar otras. Esos medios, por lo demás, habitualmente incluyen crónicas e informaciones del extranjero, pero todas provenientes de voceros del neoconservantismo norteamericano o europeo, como si el mundo se agotara en ellos. La otra cara de la medalla, lo más importante y significativo, no aparece, y lo que de ello se dice se presenta maliciosamente minimizado o deformado.

El viajar de un punto a otro del globo, con las consiguientes dificultades y costos físicos y espirituales, tiene sus riesgos, pero a veces también sus gratificaciones especiales.

El aventurarse en el convulso Oriente Medio es particularmente riesgoso. En lo personal, estuve a punto de perder la vida en Beirut.

En el verano de 1981 me invitaron la OLP y el Partido Baath sirio a visitar Beirut y Damasco. Cuando, desde Damasco, llegué con mis acompañantes chilenos a la capital libanesa, nuestros amigos palestinos nos llevaron, antes de instalarnos en un hotel ubicado en el centro de la ciudad, a visitar varios edificios en el sector que ellos controlaban y donde tenían sus oficinas direccionales. Nos retiramos de ese sector a las diez y media de la mañana. Como a las once, recién ubicados en un hotel estilo vienés, presenciamos cómo una escuadrilla aérea bombardeaba el sector de la ciudad del que acabábamos de salir. Al poco rato supimos que se trataba de un ataque aéreo israelí, el primero de esa especie que se efectuaba sobre Beirut. A la mañana siguiente, nuestros amigos palestinos nos invitaron a visitar el barrio bombardeado que recorriéramos el día anterior. Todos los edificios que pocas horas antes habíamos conocido estaban totalmente destruidos, en ruinas. Si aquella mañana hubiésemos permanecido unos minutos más allí, no estaría ahora contando el cuento. Por un pelo me escapé de ser otra víctima inocente de las enconadas querellas árabe-israelíes.

Pero decía que también hay viajes y visitas gratificantes. Para muestra, dos que lo fueron en grado sumo.

En una ciudad escocesa, Dundee, vivía un solo compañero militante nuestro que con majadería insistía en que aceptara una invitación para estar presente en los festejos anuales con que en ese lugar se celebra al héroe nacional, el poeta Richard Burns. Me había hecho esta invitación porque los obreros mineros de la localidad ese día querían hacer una colecta para regalar una radio al movimiento sindical chileno y deseaban que estuviera presente un dirigente político, habiéndome elegido a mí.

Fui a Escocia a regañadientes, no muy convencido de la productividad del viaje. Estuve allí no más de veinticuatro horas, pero aquello fue una experiencia inolvidable. Desde luego, los escoceses, pese a la fama de ser “piedra azul”, resultaron ser las personas más desprendidas del mundo. La colecta fue un éxito para mí inesperado y se realizó en una comida singularmente interesante a la que en lo fundamental asistía la dirigencia sindical y política de la ciudad, en cuyas manos estaba la Alcaldía, institución que hacía la invitación. A diferencia de lo que había previsto, aquellos mineros y sus familiares, por su alegría, desenvoltura y extroversión, más parecían andaluces o napolitanos que habitantes de aquellas nórdicas tierras. Me encontré con una pareja de jóvenes del lugar que iba llegando de Chile, donde habían realizado algunos estudios, precisamente en Ñuble y, más concretamente aún, en Itata, mi tierra. Me informaron, como hasta ahora nadie lo ha hecho, incluyendo los compañeros de Chile de esa zona, de todo lo que allí ocurría, con pelos y señales. Mayúscula sorpresa el poder saber en Escocia qué había sido de tal o cual persona de aquellas lejanas provincias chilenas, por boca de un par de mozos escoceses enamorados de nuestro país.

Me invitaron a reunirme con ellas las direcciones de los partidos laborista, comunista y la dirección sindical de los obreros del carbón. Los encuentros —otra novedad— se efectuaban un tanto informalmente en bares y en tabernas donde el whisky corría a chorros y todos mis interlocutores estaban “a medio filo”, lo cual los ponía más graciosos y ocurrentes. Nuestro compañero socialista chileno se paseaba de mesa en mesa, como un rey. Era conocido y querido por todos, de manera que en poco tiempo me sentí en aquellos bares y tabernas como si estuviera en algún “bolicho” chileno, con amigos de toda una vida.

Pude allí darme cuenta de la alegría de los escoceses en com-

paración con los ingleses. Mis anfitriones me llevaron a visitar todo lo que en la ciudad recordaba la historia de sus reyertas con los vecinos del sur, a los que consideraban fríos, desabridos e indiferentes, como si ellos —los escoceses— fuesen meridionales.

El único problema que tuve fue que en la recepción ofrecida por el Alcalde laborista —un minero—, en un ambiente idéntico al que en Chile podría haber tenido un acto similar ofrecido por un alcalde socialista o comunista de Calama, Lota o Machalí, se me ocurrió pedir como aperitivo un vaso de whisky “en las rocas”, o sea, con hielo. Pero los escoceses no lo toman así, sino puro, y a esas horas en la ciudad no había dónde encontrar hielo, lo cual puso en amarillos aprietos al Alcalde y a su responsable de protocolo. Cuando me di cuenta de la razón de la demora en servir el aperitivo, lo que atrasaba el resto del programa, abandoné mi propósito que, en Escocia, es como si en Chile alguien pidiera vino con hielo o con agua. El preciado licor escocés “en las rocas” es un hábito producto del “american way of life”, que un auténtico escocés no puede comprender ni tolerar.

Volví a Berlín habiendo contribuido a formar un fondo destinado a una radio para los mineros chilenos. Como única condición, los mineros escoceses exigían que llevara el nombre de “Richard Burns”. Nunca supe qué suerte corrió esa iniciativa que se inició con tan buenos auspicios. Pero, así y todo, me traje la mejor de las impresiones de los connacionales de Burns y ex súbditos de María Estuardo.

Otro viaje excepcionalmente gratificante fue el que hice hará uno o dos años, con ocasión de la organización de nuestro Partido en la Argentina, país donde hay chilenos en gran cantidad y, por lo tanto, también chilenos socialistas. Esto fue una vez que los militares fueron expulsados del poder. No pudimos hacerlo antes porque, en plena dictadura, era particularmente riesgoso.

El evento fue sumamente grato porque, además de haber constituido una ocasión de reencuentro con los socialistas chilenos en Argentina entre sí, también hubo oportunidad de compartir fraternalmente con compañeros del Partido de Chile y del exterior.

Para culminar nuestras actividades, nos llevaron a un local, una tanguería de calle Corrientes un tanto alejada del centro. Allí nos reunimos en un espléndido y típico ambiente porteño chilenos

de Argentina, de Chile y también dirigentes del Partido en el exilio. Tuvimos oportunidad de escuchar y de bailar auténticos tangos, cosa que muchos no hacíamos desde tantos años. Pero, lo más curioso del caso —y por eso narro este episodio—, es que en aquel lugar servían como complemento de un menú bastante aceptable, vino sin costo. Esa es una práctica que funciona cuando la clientela es argentina, pero cuando es chilena... las cosas cambian.

Eramos alrededor de unas veinte personas asistentes a esa cena de despedida, pero el clima que se había creado entre nosotros durante la Conferencia Organizadora de nuestro Partido en las riberas del Plata era tan alegre que nos impulsaba a pedir vino sin limitaciones.

Cuando cada uno de los asistentes comenzó a exigir una segunda botella, hasta los mozos empezaron a poner caras largas, y más largas se ponían cuando avanzábamos hacia la tercera botella **per cápita**. Es de imaginar cómo estaría la cara del dueño, pero los afectados no tenían escapatoria. Nos estábamos moviendo dentro de las reglas del juego establecidas por ellos. Con el correr de las horas, la cosa se puso más difícil porque los mozos nos hacían el quite. Tras evaluar la situación como insostenible, nos retiramos.

Alguno de nosotros, en el momento de abandonar ese privilegiado lugar, pronosticó que al día siguiente, en la puerta de entrada, colgaría un letrero en el que diría “No para chilenos”. Y habrían sobradas razones. Para los chilenos no puede regir esa pródiga fórmula de ofrecer vino sin límite. Con los argentinos no hay peligro, se autolimitan. Pero no sucede igual con los chilenos, so pena de que al poco tiempo el restaurante quiebre y deba cerrar sus puertas por incumplimiento de sus obligaciones con los proveedores de vino.

Uno de los acontecimientos más importantes que ha vivido el exilio fue el encuentro que compatriotas esparcidos por todos los países de Europa —pertenecientes a las más diversas filiaciones políticas— tuvieron en Roma con los obispos chilenos, en octubre de 1984, con ocasión de la visita *ad limine* que éstos hicieron al Papa Juan Pablo II.

Este encuentro se realizó en los alrededores de la ciudad, en

un convento de los Padres Salesianos ubicado entre suaves colinas cubiertas de viñedos y bosques de coníferas que nos hacían evocar el paisaje chileno. Hasta allí llegaron nuestros exiliados a reunirse con el episcopado, como resultado de una feliz iniciativa de la Pastoral del Exilio, que entonces dirigía en Chile el Obispo Camilo Vial y cuyas orientaciones implementa en el exilio el Padre Luis Caro, avecindado en Bruselas, quien fue el alma de la reunión y un eficiente organizador de la misma.

La iniciativa encontró cálida acogida entre los exiliados. Así, llegaron a Roma, en los más variados medios de locomoción, familias enteras procedentes desde los países escandinavos hasta los mediterráneos; desde los países socialistas del Este europeo, hasta los de las islas británicas. Muchas mujeres y muchos niños, los más de modesta condición y muchos de ellos católicos observantes. También asistimos un reducido pero representativo grupo de dirigentes políticos. Quisimos ser pocos para no partidizar el encuentro y permitir el más amplio y franco diálogo entre nuestra diáspora europea y la Iglesia Chilena.

La reunión fue todo un éxito. Se realizaron varias sesiones plenarias en las que diversos compañeros analizaron la tragedia de nuestro prolongado e injusto destierro desde los más variados puntos de vista. Desde el ángulo de los derechos del hombre hasta el de su relación con la Ley Internacional. Se analizaron asimismo las graves y penosas consecuencias de toda índole que trae consigo el desarraigo forzado, que afectan en especial a los niños, las más inocentes víctimas de este verdadero genocidio espiritual que nos impide vivir, trabajar, sufrir, gozar y soñar en el entorno natural de nuestras existencias: Chile, nuestra patria.

Todos los obispos allí presentes intervinieron en los a veces serenos y a veces apasionados debates que se suscitaron. Cada uno dijo su palabra de condena a tan inhumana práctica represiva, respaldando la lucha por terminar cuanto antes con este inicuo atentado a la dignidad del hombre y a nuestra condición de chilenos. No otra cosa significa el privarnos del derecho a pisar nuestro suelo, indefinidamente y sin razón valedera alguna. Se reiteró allí la firme posición de la Iglesia en esta materia, que es una de las que mayores fricciones le ha generado con la dictadura, hasta ahora absolutamente reacia a acceder a la unánime demanda de poner término de inmediato a tan inhumana situación.

El encuentro tuvo un broche de oro. En la tarde de clausura del evento nos anunciaron que llegaría el Cardenal Silva Henríquez, quien oficiaría una misa solemne, acompañado por el resto del episcopado allí presente.

No bien terminó el Cardenal de colocarse los ornamentos sacros, pasé a saludarlo y a presentarle mis respetos. No lo veía desde mayo de 1973, cuando, en representación del Presidente Allende, fui a pedirle en su nombre que encabezara la delegación chilena que debía asistir a la transmisión del mando presidencial en la Argentina, misión que, después de algunos días de reflexión, no aceptó por razones atendibles. El Cardenal recordó en esa oportunidad que, al salir mi mujer hacia el exilio, le encomendé dejar como prenda de gratitud por el apoyo que le prestó para ubicarme cuando estaba desaparecido, una colección completa de las obras de Beethoven que me habían obsequiado durante una de mis visitas a Europa como Canciller.

La misa oficiada por el Cardenal Silva Henríquez, asistido por los obispos y con la activa participación de los fieles allí presentes, muchos de los cuales comulgaron, fue una ceremonia realmente conmovedora. En un momento, el Cardenal se dirigió a los exiliados allí reunidos y, en una prédica corta, dijo lo que le salía del alma al preguntarse cómo era posible que se cometiera con nosotros esa iniquidad de querer mantenernos indefinidamente alejados de Chile, circunstancia que relacionó con un significativo pasaje bíblico que aludía de manera directa a una situación similar a la que nos afecta a nosotros. La emoción que lo embargaba turbó su voz entrecortada y, en elocuente silencio, regresó al altar seguido en espíritu por todos nosotros, creyentes y no creyentes, en esos momentos plenamente identificados con las sentidas palabras de protesta, de aliento y de esperanza que habían brotado de sus labios.

En los últimos meses me ha correspondido asistir a una serie de congresos de los partidos gobernantes en los países socialistas, y después seguir de cerca la puesta en ejecución de sus conclusiones.

La línea y orientación general que ha inspirado esos eventos y que caracteriza tanto sus políticas internas como su actual com-

portamiento en la arena internacional, constituye uno de los nuevos elementos que es preciso tener presente para poder ubicarse de manera adecuada en la realidad contemporánea, en cuyo contexto tenemos que imaginar el nuevo Chile democrático por el cual estamos luchando.

El auge del neoconservantismo en el mundo, reflejando en especial por la revaloración del liberalismo ortodoxo en el marco de un autoritarismo represivo, en el plano ideológico se ha traducido en una ofensiva destinada a desacreditar a los llamados socialismos reales y a dar como un hecho indiscutido e indiscutible la causa de su fracaso definitivo y, con ello, la bancarrota de todas las experiencias de planificación económica. La experiencia habría demostrado que el Estado es deficiente administrador y pésimo gestor en el campo económico, por lo que en el futuro su accionar deberá limitarse a servir de garante jurídico para el correcto desempeño de los agentes económicos privados, en una economía de libre mercado.

A propósito de este discurso ideológico de la nueva derecha —cuyos ecos tienen evidente repercusión, incluso en el seno de la izquierda—, acuden a mi memoria algunos juicios que emití en mi tesis de prueba para obtener la licenciatura en Derecho y que versaba sobre la teoría marxista del Estado. Influenciado en esos tiempos por la crítica de “izquierda” a las deformaciones y abusos del estalinismo y por la histeria anticomunista del “macartismo” en boga en los Estados Unidos, que también centraba sus esfuerzos en el desprestigio y descalificación de la URSS, atrevidamente me adelanté a diagnosticar la irreversibilidad de los síntomas degenerativos que se advertían en el socialismo soviético en la era estalinista. Han transcurrido treinta años desde entonces y lo esencial de mis pronósticos ha sido desmentido por la realidad.

El socialismo real logró escapar del túnel del estalinismo que yo veía sin salida y en ese lapso —más en unas partes, menos en otras— el mundo socialista, junto con experimentar un impetuoso desarrollo económico sin precedentes, inició un accidentado pero insistente proceso para deshacerse y abandonar los rasgos más negativos de las prácticas estalinistas.

Ahora estamos en presencia de una nueva fase en la historia del socialismo real. La rigidez de sus estructuras políticas y económicas, la excesiva centralización del poder, el burocratismo conservador y paralizante, la ineficiencia y hasta la corrupción, la resistencia

a asumir lo nuevo y la falta de estímulo a la iniciativa y creatividad individuales, así como la limitada participación popular en las decisiones políticas y económicas, toda esa gama de desviaciones y falencias, ha sido claramente identificada y denunciada en los recientes eventos a los cuales hacía mención, señalándolos como los factores determinantes de la disminución del ritmo de crecimiento económico, del insatisfactorio incremento en la productividad del trabajo y del insuficiente avance en la democratización general de la sociedad.

La fuerza y decisión con que se está llevando a cabo la rectificación de los rumbos equivocados —ahora producto de una autocrítica radical y no de un mero formalismo ritual— permiten abrigar fundadas esperanzas en que este viraje histórico que está en pleno desarrollo en la comunidad de Estados socialistas —y que no estará exento de tropiezos y dificultades—, permitirá al socialismo real retomar el ritmo ascendente de su desenvolvimiento económico e insertar cada vez más las prácticas democráticas a nivel político y en la esfera económica, liquidando de paso los resabios del período estalinista, que todavía subsistían, enquistados en ciertos reductos de la sociedad.

La política rectificadora abarca los más variados aspectos. En la Unión Soviética se centra en lo que se ha denominado intensificación del desarrollo económico y en el estímulo a una mayor democratización de la sociedad. La intensificación del desarrollo económico significa que ahora el esfuerzo no se dirigirá a incorporar más y más recursos humanos y naturales al proceso productivo, sino a aumentar la productividad de esos recursos sobre la base de su uso más eficiente, del mejoramiento de los métodos administrativos de las empresas, de una mayor participación del trabajador en la gestión económica y, sobre todo, en la asimilación y aprovechamiento de los resultados de la revolución científico-técnica en la producción. La automatización y robotización de la economía pasan ahora a tener una prioridad de primer rango en el esfuerzo por intensificar y acelerar el proceso productivo. Esto supone a su vez una mayor apertura económica hacia el mercado internacional y la búsqueda de mecanismos que permitan captar la tecnología avanzada de Occidente, e incluso atraer el interés de los capitales extranjeros para que se asocien en determinados proyectos económicos.

Es interesante constatar que la orientación de este proceso

en los países socialistas europeos tiende a converger con la dirección que, desde otro punto de partida, está imprimiendo a su economía la República Popular China, con su política de las cuatro modernizaciones.

La entidad de las metas que ambos países se han propuesto: la URSS, de duplicar su potencial económico actual hasta finales del siglo; la República Popular China, de cuadruplicarlo en el mismo período, da una idea de la magnitud de la empresa en que ambos países se encuentran comprometidos.

Este esfuerzo económico se plantea sin afectar la progresiva elevación del nivel de vida de las masas. El mayor costo que implica esta magna empresa de renovación y rectificación económica no debe recaer sobre las espaldas de la clase trabajadora, sino debe solventarse con los frutos de la racionalización y la intensificación del desarrollo productivo y el incremento en general de la eficacia en la gestión económica.

En este proceso desempeña un importante papel la utilización del mercado —dentro de los márgenes de la planificación general— como mecanismo incentivador para promover la eficacia de las empresas y hacer posible su autofinanciamiento, como asimismo para establecer la más estrecha relación entre el aporte individual y los colectivos laborales a la producción, con la remuneración de su trabajo, de manera de ajustarse estrechamente al principio de retribución socialista: “De cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo”.

La dimensión democratizadora de esta línea económica general se refleja en el papel cada vez más importante que se pretende desempeñen los soviets, en calidad de corresponsables con el Partido en su ejecución, en el estímulo a la autogestión en las empresas, en el papel que se le asigna a los colectivos de trabajo y a los sindicatos en la promoción de este proceso y en la descentralización de la toma de decisiones, complementaria con la responsabilización de los ejecutivos en los resultados de su actuación.

El éxito de toda esta política está ligado a la solución del más decisivo de los dilemas que se plantea ahora en el mundo en el terreno

económico: planificación económica con fines de uso o libre mercado con fines de lucro.

Los socialistas nos definimos como tales por nuestra convicción de que la primera alternativa es a la larga aquella que mejor contribuye al progreso y al bienestar humano, lo cual no significa ni que sus excelencias se manifiesten de inmediato ni que no sea necesario hacer que elementos de la economía de mercado desempeñen un papel en el proceso de maduración del socialismo, como queda de manifiesto en las resoluciones sobre el carácter de ésta que se han aprobado en los distintos eventos partidarios.

Sin embargo, en esta evaluación de lo que hoy ocurre en los países socialistas, es necesario tener presente que las potencialidades que encierra el socialismo sólo podrán manifestarse en plenitud cuando éste haya logrado imponerse como sistema de vida y como estructura política a escala universal. Mientras subsista la actual oposición entre capitalismo y socialismo, la coexistencia entre ambos sistemas constituye un límite para que el núcleo de racionalidad y de justicia que contiene el socialismo pueda desplegar a cabalidad todas sus virtudes.

Estos importantes cambios —que en Occidente se minimizan o malinterpretan, o simplemente se desconocen— se han traducido también en el plano internacional.

La ofensiva de paz desencadenada por la Unión Soviética dirigida a poner término a la carrera armamentista y a llegar al año 2000 con un mundo sin armas nucleares, con el respaldo mayoritario de la opinión pública mundial, está logrando aislar y arrinconar los círculos más extremistas en los Estados Unidos y recrear un clima de distensión y de diálogo que aleje el peligro de la guerra y permita al mundo concentrar sus esfuerzos y energías en el combate contra el subdesarrollo y en pro del mejoramiento de las condiciones de la existencia humana.

La toma de conciencia de los nuevos fenómenos que hemos registrado en este apartado no puede dejar de ponerse de relieve como un parámetro esencial para comprender la situación mundial, y quienes en el exilio hemos tenido la oportunidad de palparlos más de cerca, tenemos la obligación de ayudar a que sean ponderados adecuadamente en nuestro país.

En páginas anteriores, entre las curiosidades de mi fugaz visita a la ciudad escocesa de Dundee, recordaba la novedad que fue para mí el hecho de que todas las reuniones oficiales a las que asistí se hubieran realizado en bares y con sus participantes "a medio filo", como decimos los chilenos.

Esta propensión a la bebida es un rasgo característico de los países del Norte de Europa. En Estocolmo, los viernes, ya entrada la noche, al viajar en un medio de transporte público uno se encuentra con otra clase de suecos, diferentes a los del resto de la semana. Los escandinavos —por naturaleza introvertidos y reservados— se convierten en otras personas. Conversan, se ríen, gritan y abordan directamente a quienes les parecen extranjeros para establecer un diálogo. Muchas veces un vecino de asiento, al escuchar la conversación con algún compatriota, nos ha interrumpido con los ojos brillantes y otros inequívocos indicadores de que el hombre viene con más grados de alcohol de lo conveniente, preguntándonos si somos árabes, turcos o latinos. En Finlandia, el fenómeno es aún más agudo.

Desde luego, también estos hábitos alcohólicos están presentes en la sociedad soviética. La inveterada costumbre de los campesinos rusos de beber vodka más de la cuenta es proverbial. Pedro I, el Grande, para atraer a los campesinos a trabajar en la construcción de la artificial nueva capital del imperio —San Petersburgo— diariamente les ofrecía una tentadora ración de vodka. En muchos aspectos, la Unión Soviética es todavía una sociedad en la cual las costumbres de la población siguen teniendo un carácter rural. Y el hábito de la bebida es absolutamente disfuncional con la disciplina y la eficiencia en el trabajo en las industrias. En el proceso de autocrítica que se ha llevado a cabo en los últimos años para combatir las falencias que se registraban en el funcionamiento del sistema productivo, se llegó a la conclusión de que era indispensable enfrentar resueltamente este mal del alcoholismo, en grande y en serio, si se quería combatir el ausentismo y obtener un mejor rendimiento general de los operarios.

En otras partes he expresado también que en ése y en otros países socialistas se advertía una extraordinaria fuerza y decisión para sacar adelante los ambiciosos programas de rectificación y renovación en el área económica. Una manifestación de este fenómeno es la campaña antialcohólica que ha emprendido el nuevo equipo directivo en la Unión Soviética. Como ya he dicho, se trata

de una tarea emprendida en grande y en serio. No se trata de querer imponer la "ley seca" como en los Estados Unidos de los años veinte, que arrojó resultados tan negativos y contraproducentes. Las dificultades y limitaciones para adquirir bebidas alcohólicas son considerables. Las sanciones a quienes perturban el orden y la tranquilidad pública por el abuso de la bebida son ahora extraordinariamente severas. Los premios y estímulos a los equipos de trabajo donde no se registra ausentismo se han elevado de modo considerable. La campaña propagandística a través de la prensa, la radio y la televisión para advertir a la población acerca de los perniciosos efectos del alcoholismo, se lleva a la práctica de manera sistemática en todos los terrenos, desde el científico hasta el de la difusión de afiches y consignas al respecto. De este modo, se intenta generar una reacción de rechazo social a lo que los chilenos llamamos "el curadito simpático", para terminar con la trivial condescendencia hacia ese tipo de individuos.

El costo económico inicial que ha significado esta campaña es un indicador de la fuerza y la decisión con que se ha emprendido. Los problemas que ello ha generado a los productores de vino y de otras bebidas alcohólicas, en especial en las repúblicas sureñas —Moldavia, Georgia, Armenia, etc.— son considerables. Incluso le ha creado situaciones difíciles a países que son grandes exportadores de vinos a la URSS, como Bulgaria y otros. Pero se ha decidido pagar estos costos. También dentro del Partido se proyectó la lucha antialcohólica con singulares consecuencias. Ha habido infinidad de expulsiones de militantes, remoción de cuadros en la administración pública y otro tipo de medidas ejemplarizadoras.

Si se ha traído a colación este tema es porque me parece refleja el ánimo de la nueva dirigencia soviética, consistente en dar un vuelco decisivo en varias esferas de la vida social, para cumplir con los ambiciosos planes aprobados en el XXVII Congreso del PCUS. Los resultados logrados hasta ahora son satisfactorios. Se calcula que el consumo de bebidas alcohólicas ha disminuido en un tercio, lo que es indiscutiblemente un éxito.

La reacción de la comunidad ante esta ofensiva para erradicar el alcoholismo ha sido de diversos tipos, según los distintos segmentos sociales, pero existe consenso en estimar que la línea general del Partido se ha abierto paso sin costos políticos significativos, demostrando que aquél está en condiciones de orientar y dirigir al pueblo

soviético, incluso en cuestiones tan complejas como ésta. En la medida en que los exitosos resultados en este aspecto de la política de rectificación se repitan en las áreas más sensibles y decisivas de la sociedad y de la economía, el socialismo podrá demostrar en los hechos su superioridad frente al capitalismo, lo que en el fondo es lo que determinará cuál de los sistemas sociales sirve mejor a los intereses de la humanidad.

Entre los numerosos torneos internacionales en los cuales he estado presente en mis años de exilio, el que más me ha impactado en lo personal y que evalúo como un hecho trascendente que no podrá ser ignorado en la historia de América Latina, es la Conferencia de dirigentes políticos, sociales, sindicales y religiosos a la que convocó Fidel Castro en La Habana en agosto de 1985 para debatir el problema de la deuda externa latinoamericana y sus repercusiones en todo orden de cosas.

Al llegar a La Habana, desde luego tuve la sorpresa de encontrarme con casi un centenar de compatriotas venidos del interior, muchos de los cuales eran amigos a los que no veía desde hacía doce años y con quienes me fue particularmente grato volver a platicar y convivir, aunque sólo fuera por unos cuantos días. Creo que una impresión parecida, en sentido inverso, experimentó la gente venida del interior, que tuvo la oportunidad de conocer e intercambiar ideas con los exiliados, a muchos de los cuales sólo conocían de nombre.

La singular sensibilidad e intuición política de Fidel Castro le permitió captar que el agudo problema de la deuda externa latinoamericana era la ocasión propicia para que, en un foro abierto y sin connotación política partidista, pudiera debatirse en profundidad la situación actual de nuestra América en el marco del momento por el cual atraviesa la humanidad y teniendo en cuenta el proceso de democratización que, con mayor o menor énfasis en cada país, signa el decenio de los ochenta y abre todo un nuevo período en nuestra historia en las postrimerías del siglo.

Lo impagable e ilegítimo de la deuda externa latinoamericana —por la magnitud que alcanza y por el perverso destino de los préstamos contraídos—, denuncia la crisis de nuestra América dividida

e invertebrada, la imposibilidad de que los Estados latinoamericanos actúen separadamente como pueblos soberanos, y coloca a la orden del día la magna tarea de su integración para responder de consuno a los desafíos del presente.

En varias ocasiones he dejado constancia en estas páginas de recuento del pasado cómo, ya desde muy joven, el ideal bolivariano desempeñó un papel fundamental en tanto estímulo a mi actividad política. Así, la reunión de La Habana se inscribió para mí en lo que ha sido una de las intuiciones y obsesiones esenciales de mi vida: no hay salida ni soluciones para ninguno de los grandes problemas que afectan a nuestros países si éstos no se plantean y resuelven en términos latinoamericanos.

Y, desde luego, esto vale también para Chile, pero no sólo en el plano abstracto, sino también en relación con las respuestas concretas que debemos dar a las exigencias actuales de nuestro pueblo. El carácter de nuestra industrialización, nuestra especialización agropecuaria, la forma en que nos insertaremos en el mercado internacional, las modalidades del esfuerzo por liberarnos de la dependencia imperialista, la amplitud del mercado que requerimos, son todas cuestiones en cuya determinación incide de manera decisiva la adopción de esta perspectiva integracionista latinoamericana.

El reciente acuerdo de integración entre la Argentina y el Brasil abre un eventual derrotero para incorporarnos en él cuando recuperemos la democracia. Las posibilidades de reintegrarnos en el futuro al Pacto Andino se ven difíciles y oscuras.

Ha llegado la hora de pensar en grande. Y eso pasa por la necesidad de situarnos y definirnos como parte del todo latinoamericano, de una Patria Grande capaz de recibir el aporte de cada uno de nuestros pueblos, conservando individualmente su identidad nacional, para optimizar su específica contribución al conjunto.

En ese encuentro de La Habana tuve la oportunidad de intervenir en el debate llevando la voz del socialismo chileno. A continuación transcribo el texto de esa intervención, donde intento interpretar y valorar la significación y el contenido del evento.

“Tengo el honroso mandato del socialismo chileno de hacer llegar su voz hasta aquí, el mandato de todos los invitados socialistas del interior del país y del exilio, invitados a esta memorable cita. Y lo hago con el orgullo que significa representar al Partido de Salvador Allende, un Partido que nació a la vida impregnado de una profunda vocación bolivariana y cuya enseña es precisamente la silueta roja de la América nuestra en fondo blanco, simbolizando con ello el perfil latinoamericanista que siempre ha caracterizado a nuestro Partido, perfil que ahora vemos interpretado en la más representativa y elocuente de las formas en este significativo encuentro convocado por la Revolución Cubana y por su máximo dirigente, el Comandante Fidel Castro.

“Nadie, quizás, como Salvador Allende, habría estado más feliz si hubiera podido estar presente en este acto, en el que habría visto una viva y combatiente encarnación de sus convicciones antimperialistas y latinoamericanistas, que supo reflejar en su Gobierno, entre otros actos, con la nacionalización de la gran minería del cobre y la gestión de una política externa altiva e independiente, que logró colocar a Chile en los más altos niveles de su prestigio internacional.

“No quisiéramos, compañeros y amigos, porque está de más abundar en cifras y guarismos para reiterar que la América Latina de hoy, desintegrada, parcelada e hipotecada al mundo del capital, y políticamente comprometida con el interés de los poderosos y de los opulentos de afuera y de adentro, no quisiera abundar en razones —repito— para poner en evidencia que esa América Latina descuartizada, que aún sobrevive en el presente, está tocando fondo, que ya no da para más, ni para nuestros pueblos ni para nuestro futuro en el próximo siglo que se avecina.

“El desafío de responder a como solventar una deuda externa impagable y no legítima, porque no la han contraído y no la han aprovechado nuestros pueblos, nos está haciendo tomar, dolorosamente, conciencia de una profunda e inmensa verdad. Así como hoy estamos, divididos e impotentes, no tenemos otra salida a la vista que el hundirnos cada vez más en la crisis, seguir el camino hacia el abismo, hacia la nada.

“Estamos, pues, en un momento decisivo, en que para construir y consolidar la democracia en nuestras tierras, democracia que significa soberanía e independencia nacionales, justicia y dignidad para nuestros pueblos, se hace necesario introducir con fuerza la dimensión latinoamericanista, como componente imprescindible de los programas nacionales liberadores de cada uno de nuestros pueblos. Al margen de una perspectiva latinoamericana es imposible plantearse, con realismo, entre otros grandes objetivos, la única solución efectiva al problema de la deuda: No pagarla en las condiciones en que se nos quiere imponer, y endosar a los gobiernos de los países acreedores la responsabilidad de ajustar cuentas con la banca prestamista, de manera que no sea el pueblo latinoamericano quien deba hacerse cargo del pago de algo que no ha pedido, no ha utilizado y por lo que no tiene, por tanto, la obligación política ni moral de responder.

“Los latinoamericanos, compañeros y amigos, estamos acostumbrados a oír hablar desde que nacemos del sueño de Bolívar, en foros, academias y discursos, como un recurso puramente literario, cuando se quiere evocar la brumosa y difusa imagen de una deseable, pero hasta ahora utópica, integración de los países de América, situados al sur del Río Grande.

“Pero en estos difíciles momentos por que atraviesan nuestros pueblos, empeñados todos en conquistar y consolidar la democracia como un objetivo común, solidario e interdependiente; en estos momentos en que cada país latinoamericano experimenta la fría y despiadada presión del Fondo Monetario Internacional y de la banca acreedora para apretarnos más aún el cinturón; en estos momentos en que frente a la miseria desesperanzada de las grandes multitudes contemplamos perplejos como se despilfarra en inútiles y costosos establecimientos militares gran parte de nuestros recursos para defender artificiosas e irrelevantes fronteras; en estos difíciles momentos, el sueño de Bolívar va progresivamente transformándose en una imperiosa y necesaria exigencia de nuestro desarrollo económico, de nuestra soberanía política y de nuestra emancipación social.

“Las nubes que encubrían la aspiración hacia la

unidad latinoamericana, como que se van disipando, como que esa unidad va tomando formas, va respondiendo a realidades, va bajando del cielo a la tierra; como que se van dando los primeros pasos en una dificultosa senda que conduce a una meta que va adquiriendo paulatinamente actualidad y viabilidad. Y, en la misma medida en que la necesidad del concierto latinoamericano va conquistando los espíritus y permeando la mentalidad de los pueblos, se va desmoronando ese artificial edificio que quisieron construir los rubios del Norte, bajo la dudosa y desprestigiada denominación de panamericanismo. Su encarnación institucional, la OEA, se ha convertido ya en un cascarón vacío, en una forma sin contenido, en un fantasma.

“Mientras la OEA y sus instituciones complementarias van ingresando al museo de la historia, como el TIAR, por ejemplo, la tendencia hacia conciertos latinoamericanos comienza a reflejarse en múltiples iniciativas, a decantarse en medidas compartidas, a inspirar a ideólogos, tecnócratas, líderes políticos, sindicales y religiosos.

“Es así como nació el SELA, Sistema Económico Latinoamericano, ensayo de consensos y tareas comunes en el plano económico.

“Algo ha quedado y se niegan a morir, los pactos de integración subregionales, como el Pacto Andino y el Mercado Común Centroamericano, esperando otra orientación que con la que nacieron, bajo la inspiración de la Alianza para el Progreso.

“Surge el grupo de Contadora para hacer jugar a los países nuestros el rol autónomo e independiente que les corresponde en la solución de los problemas latinoamericanos, como es el caso de la conflictiva situación de América Central. Y aunque sean sólo declaraciones de intención, los encuentros gubernamentales de Cartagena, Quito, Mar del Plata y Santo Domingo expresan claramente que sin consenso, sin unidad de América Latina para ganar fuerza negociadora, no hay solución posible al insoportable servicio de la deuda externa.

“Cuba se reintegra a la América Latina de donde la quiso excluir, sin resultados, el coloso del Norte, hace una veintena de años. Se reúnen los socialistas latinoamericanos para dialogar y compartir; se efectúan

cada vez con más frecuencia encuentros de los comunistas del subcontinente; lo propio hacen los demócrata-cristianos para concertar esfuerzos conjuntos; se instituye el Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista; renace con fuerza el Parlamento Latinoamericano, recientemente reunido en Brasilia, al que acaban de integrarse representantes de las Asambleas Legislativas de Cuba y Nicaragua; se reúnen los obispos católicos en Medellín y en Puebla y allí se aborda en conjunto la problemática continental; la Iglesia opta por los pobres y se van inspirando sus debates en esa nueva versión del mensaje evangélico para América Latina, que es la llamada Teología de la Liberación.

“Todo esto y mucho más se va haciendo en esta dirección. Queda, sin embargo, mucho por lograr. La trayectoria del proceso se nos anuncia difícil y accidentada, pero se avanza, se va haciendo camino al andar. El siglo XXI nos aguarda, pero nos aguarda unidos, hermanos en la lucha y en el ideal.

“Descendiendo ahora a un plano más concreto, la reciente reunión realizada en La Habana por el más representativo encuentro de dirigentes sindicales que jamás se haya realizado, le ha dado a este foro un ejemplo digno de imitar y multiplicar. Se plantearon esos dirigentes un plan de lucha en el que juega un señalado papel la realización de un paro laboral latinoamericano para sostener y levantar una postura digna y soberana frente al problema de la deuda. Lo suyo y a su modo debiera hacer, como resultado de este histórico encuentro, el mundo de los intelectuales, académicos y científicos sociales; lo suyo y a su manera debieran hacer, con su estilo, las comunidades e instituciones cristianas, a través de las cuales se expresa un ingrediente insoslayable del sentir popular latinoamericano, y principalmente también lo suyo debieran hacer los hombres de armas de vocación democrática y antimperialista, estén dentro o fuera del servicio, a fin de que en conjunto, todos a uno, reclamemos, exijamos y luchemos por lo que es ahora la tarea primordial de todos: unirnos a nivel latinoamericano para responder al reto que nos lanza el Norte revuelto y brutal de que habla el poeta, envuelto en ropajes tecnológicos, a través de las siniestras recetas del Fondo Mo-

netario Internacional, que no puede disimular su fisonomía de engendro privilegiado del sistema de dominación internacional y doméstico que nos oprime.

“Hagamos pues, compañeros y amigos, de este histórico foro, un jalón decisivo en la marcha de América Latina y el Caribe hacia su unidad, a través del rechazo resuelto, audaz y revolucionario, en el mejor sentido de la palabra, de las fórmulas con las que se pretende mantenernos encadenados a un injusto Orden Económico Internacional que nos cierra el camino al futuro. Y levantemos un planteamiento alternativo que, junto con implicar la negativa a pagar una deuda que en verdad y en justicia no debemos, signifique también abrir una nueva era en la historia de las relaciones económicas internacionales, en la que el interés de la inmensa mayoría de la humanidad y de la región prevalezca sobre el de un puñado de monopolios financieros transnacionales, que condensan todo lo irracional e injusto que encierra la sociedad contemporánea, y que es tarea de nuestros pueblos combatir y superar.”

Como respuesta estratégica para abordarla, la reunión de La Habana no situó la cuestión de la deuda externa y la necesidad de la integración latinoamericana fuera del contexto de la situación mundial.

Por el contrario, la trascendencia del evento consistió precisamente en la forma como se enfocaron la problemática y la salida a la crítica situación latinoamericana. En el transcurso de los debates fue quedando en evidencia la interdependencia cada vez más acentuada entre lo que acontece en nuestro subcontinente y el Tercer Mundo en general y lo que ocurre en el mundo como totalidad —que es cada vez más uno— y sus componentes, cada vez más interrelacionados entre sí. De allí que se vincularan estrechamente la integración latinoamericana con la necesidad de luchar por un Nuevo Orden Económico Internacional.

En el evento se puso de manifiesto que el gran escándalo de la segunda mitad de este siglo es que, habiendo alcanzado el poderío del hombre sobre la naturaleza y el desarrollo de sus fuerzas produc-

tivas un nivel capaz de resolver los grandes males que afligen a la humanidad, esta gigantesca potencialidad derivada de los inmensos avances de la ciencia y de la técnica no se utiliza en provecho del hombre y en la satisfacción de las apremiantes necesidades de la mayoría de la población del globo, sino que se desperdicia en finalidades superfluas las unas y destinadas las otras a generar instrumentos de destrucción y muerte, como lo son los armamentos convencionales y nucleares que consumen buena parte del producto del trabajo humano a escala universal.

No es necesario reproducir aquí los ya conocidos guarismos que demuestran que lo que hoy gasta el mundo en armamentos es más que suficiente para garantizar un mínimo nivel de vida digno de la condición humana a los miles de millones de hombres, mujeres y niños que se encuentran en situación de extrema pobreza. Los diarios, revistas y publicaciones científicas de todo el mundo están abarrotados de cifras al respecto. De toda esta aberrante realidad, resulta que la miseria, el hambre, la enfermedad, la ignorancia y el desempleo existen, persisten y se profundizan en el mundo no porque no sea posible erradicarlos del planeta, sino porque el actual orden económico y político internacional y su correlato en el interior de los Estados Unidos impide hacerlo. La organización actual del mundo es el principal obstáculo para dar solución a los problemas humanos; no lo es la escasez de recursos o el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas. La causa última de los males que afligen a la humanidad es la forma en que están dispuestos y ordenados esos recursos y esas fuerzas.

Y no sólo se trata del despilfarro de recursos en la absurda e increíble carrera armamentista en que se halla comprometida la humanidad. Ese despilfarro es aún mayor si se repara en la magnitud de la parte de las inversiones y del aparato productivo del mundo que se destina a satisfacer las necesidades de una insignificante minoría de los habitantes del planeta, en cuyas manos se encuentra concentrada la riqueza y que, traducida en demanda efectiva en el mercado, determina qué se produce y para quién se produce. Tal es la consecuencia esencial de la vigencia del sistema capitalista basado en la libre concurrencia y en el lucro, y la consiguiente estructura de la propiedad que lo sostiene.

Para apreciar la entidad y trascendencia de estas verdades

hay que ubicarse en la perspectiva del mundo considerado como un todo, como irrefutablemente lo es hoy en día.

La tesis fundamental del marxismo de que la necesidad de la Revolución Socialista se desprende de la contradicción insoluble entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalistas hay que entenderlas hoy desde una perspectiva mundial.

En un país determinado pueden incluso estar más adelantadas las relaciones de producción que las fuerzas productivas. Ello origina una serie de dificultades para establecer y consolidar el socialismo y para superar las deformaciones que genera esa asincronía. Es lo que ocurre en los países subdesarrollados que intentan construir el socialismo.

Pero lo que en realidad es más importante es que, a escala mundial, están dadas las condiciones objetivas para el socialismo, en la medida en que el capitalismo impide que la capacidad productiva alcanzada por el hombre se dirija a satisfacer las exigencias de su dignidad y a enriquecer su existencia, estando hoy en condiciones de hacerlo.

Esta es una verdad simple, como todas las grandes verdades. Y son las condiciones subjetivas —la fuerza ideológica, política y material de los portadores del ideal socialista— las que no han alcanzado el desenvolvimiento necesario para quebrar y romper el actual orden internacional y social imperantes, los que se han tornado obsoletos e incapaces de hacer engarzar racionalmente los dos elementos básicos del proceso económico: la producción y el consumo.

De estas verdades simples y sencillas —pero no por ello menos verdaderas— no se sacan, sin embargo, las necesarias conclusiones. Ocurre, como dice el refrán, que “hay verdades que, por sabidas, se callan y, por calladas, se olvidan”. Si así acontece es porque existen intereses poderosos, los de los usufructuarios del estado de cosas existente, a quienes interesa que no se destaque ni profundice lo que pone en evidencia la irracionalidad y la injusticia que globalmente caracteriza la forma en que la sociedad capitalista organiza los recursos financieros, técnicos y materiales que están a su disposición. El control de los medios de comunicación de masas por parte de esos intereses explica por qué la conciencia humana no ha internalizado el hecho absurdo y aberrante de que vivimos ya en una sociedad rica

mientras la enorme mayoría de los hombres se encuentra sumida en la extrema pobreza. Esto explica por qué las conclusiones que se podían desprender de las cifras que denuncian el desperdicio y el mal uso de la riqueza quedan en la penumbra y no se convierten en el tema central de la humanidad contemporánea.

Para quien mire con los ojos bien abiertos lo que pasa en el mundo y reflexione acerca de ello, queda suficientemente claro que la actual situación de la sociedad humana contiene un núcleo de irracionalidad e injusticia que es irreductible y consustancial con ella misma, constituyendo, por tanto, la causa de que no sea posible resolver los grandes problemas de la humanidad.

En La Habana no sólo se ligó la presente situación de América Latina y del Tercer Mundo con la necesidad de cerrar la brecha existente y que cada día se ensancha entre los centros del capitalismo metropolitano y los países subdesarrollados a través de un nuevo Orden Económico Internacional más justo —que sólo es concebible si se construye sobre una matriz socialista—, sino que también se vinculó la superación del subdesarrollo con la defensa de la paz y la lucha contra el armamentismo.

Quedó allí también de manifiesto que el clima de confrontación internacional favorece la carrera armamentista, lo cual no sólo desvía la dirección natural hacia la que debe destinarse el fruto del trabajo humano —la superación del subdesarrollo, en primer lugar—, sino que también pone en peligro la paz mundial, aumentando el riesgo de un infierno nuclear.

Aparecieron así en La Habana, indisolublemente amarrados en una cadena, la solución del problema de la deuda, la integración latinoamericana, la creación de un Nuevo Orden Económico Internacional y la lucha por la paz, la distensión y el desarme.

De La Habana no emergieron conclusiones, pero el rico y amplísimo debate que allí se produjo ayudó a hacer madurar en la conciencia de las representativas personalidades presentes un enfoque global y profundo del crítico momento por el cual atraviesa el subcontinente, que en el fondo no es sino la expresión en América Latina de la obsolescencia de todo un régimen social cuya irracionalidad e injusticia se han tornado insoportables.

Sin que quedara allí registrada de manera explícita la actualidad y vigencia del socialismo, sus perfiles, sin embargo, se dibujaron

nítidamente cuando se insinuaban los rasgos requeridos de la respuesta con que el hombre debía salirle al paso a los grandes desafíos que ahora debe enfrentar.

Entre las muchas personalidades chilenas del interior con quienes conversé o con las que por primera vez trabé conocimiento en La Habana con ocasión del Encuentro sobre la deuda externa, se hallaba el padre Rafael Marotto, vocero del MIR en la política chilena. A través de mi hermano Manuel, con quien Marotto trabajó durante años en el Consejo de Derechos del Pueblo (CODEPU), entidad pluralista de defensa de los derechos humanos, forjada al calor de la lucha contra el régimen militar, sabía bastante de él. Manuel siempre me hablaba del cura Marotto, destacando y valorando su compromiso con el pueblo y la forma cómo él entendía cumplir en la tierra, en su condición de sacerdote, el mandato emanado del Mensaje Evangélico.

En La Habana tuve la satisfacción de conocerlo personalmente. Su prestancia física, su mirada, sus gestos, sus palabras, denunciaban su calidad humana, su espíritu cristiano y su entrega a la causa del pueblo y del socialismo. No se trata de un sacerdote rebelde ni revisionista, sino de alguien, como ahora muchos de su condición, que cree que el Reino de Dios debe comenzar a construirse en la tierra y que esta apertura del cristianismo hacia la vida terrena y su opción en ella por los pobres no lo aleja de la ortodoxia ni de la Iglesia, sino que es la forma más auténtica de dar testimonio de su fe y fidelidad a los valores evangélicos. Estas ideas quedaron de manifiesto con las sentidas palabras que pronunció Marotto al intervenir en la romería a la tumba de Laurita Allende, en La Habana, organizada por los delegados chilenos asistentes a la Conferencia.

Su presencia en este evento —como la de decenas de personalidades de la Iglesia, de los más diversos países de América Latina— simbolizaba la convergencia creciente de marxistas y cristianos en la brega común de nuestros pueblos en demanda de más justicia y libertad. Al evento llegó un caluroso mensaje de salutación del Cardenal Arzobispo de Sao Paulo, Evaristo Arns, cuyo texto interpretaba el pensamiento de centenares de millones de latinoamericanos.

No son estas páginas el lugar apropiado para sumergirse en el conflictivo tema de la Teología de la Liberación que es hoy debatido en profundidad en el mundo cristiano, en especial en América Latina. Pero sí es el lugar para reiterar lo que, desde mis años mozos, barruntaba intuitiva y confusamente: que detrás de la realidad del Cristianismo —más allá de la trabazón de sus estructuras seculares de poder con el orden establecido, que se ha aflojado en muchas partes, pero que pedura en otras— se oculta una verdad utópica que liga en lo más íntimo a marxistas y cristianos, su convicción de que el reinado del Amor sólo es posible en un tipo de sociedad en que el hombre deje de ser “el lobo del hombre” de que hablaba Hobbes, y sea capaz de llegar a ser su hermano, lo cual sólo es concebible y realizable en una sociedad sin clases, en la que la rivalidad antagónica ceda paso a la solidaridad comunitaria.

Todo lo demás es secundario, en términos temporales. Y quien pretenda introducir una espina y una brecha entre los luchadores por la Justicia, o lo hace por ignorancia y retraso ideológico, o porque de manera consciente o instrumentada está al servicio del enemigo de clase, o del “demonio”, que viene a ser lo mismo si queremos acercar la lectura marxista del cristianismo a la lectura cristiana del marxismo.

Nuestra realidad latinoamericana desde su nacimiento está permeada por los valores cristianos. Lo que en ellos hay de trascendente es el ideal que alberga el hombre sencillo de nuestros campos y nuestras ciudades en el fondo de su alma; el reclamo cristiano de la Justicia y la apetencia cristiana del Amor, los que no lo han podido ser expulsados de su conciencia, pese a tanto oblicuo compromiso entre los intereses creados y las expresiones secularizadas e institucionales pretendidamente cristianas.

En una posterior visita a La Habana, de paso hacia América Central, conocí el libro **Fidel y la Religión. Conversaciones con Frei Betto**, donde el líder de la Revolución Cubana, en sugerente coloquio con el religioso brasileño se explaya sobre sus puntos de vista frente al cristianismo. Sin agotar el tema, en esa obra se avanza por el camino del diálogo, la comprensión y la convergencia entre cristianos y marxistas. Avalado este camino por la sangre derramada en común por unos y otros a lo largo y a lo ancho de nuestra América y de nuestro Chile en aras del mismo ideal.

Cada vez más ciertas se revelan las proféticas palabras del Che Guevara: “El día en que los cristianos asuman la Revolución en América Latina, la Revolución será indetenible”.

Hace ya algún tiempo me entrevistó en Buenos Aires, para *El Mercurio* de Santiago, la periodista de ese diario María Angélica de Luigi. Yo conocía a su padre, el escritor y periodista comunista Juan de Luigi, en el diario *Ultima Hora* en el que fungía como crítico literario. Al comenzar nuestra conversación hice muy buenos recuerdos del padre de mi entrevistadora, anotando de paso que “en tiempos de la República” podía un comunista ser tratado con consideración y respeto cuando lo merecía, sin discriminaciones ni “cacerías de brujas” como las que promovía cotidianamente ahora el rotativo en el que trabajaba su hija.

Nuestra amiga comenzó por pedirme que “off the record” le explicara una reciente escisión en uno de los varios grupos y grupúsculos en que se han nucleado los elementos ideologistas sectarios u oportunistas del socialismo que no han podido seguir ni asimilar el proceso de desarrollo teórico, político y orgánico del núcleo básico del socialismo chileno.

Sobre la base de ese compromiso yo me extendí en esa intrascendente “petite histoire” que explica la desagregación de los elementos más retrasados de nuestra familia. Después de una lata exposición, entramos en materia. Conversamos toda una mañana en un amable y civilizado intercambio de preguntas y respuestas en que la hábil periodista, siguiendo la orientación reaccionaria de su diario y su propia posición conservadora, intentaba obtener declaraciones mías en perjuicio de la oposición y del Partido y en provecho del régimen y de sus hombres.

Durante las horas siguientes a la entrevista, comencé a inquietarme intensamente por lo que a la postre podría aparecer publicado en el sibilino “decano” de la prensa chilena, proa ideológica y publicitaria del régimen militar, más allá incluso de los honestos propósitos de la periodista. Volví a Europa “en ascuas”, temiendo encontrarme con cualquier sorpresa desagradable cuando llegara a mis manos el ejemplar pertinente del diario de los Edwards. Habría

bastado la publicación de la exhaustiva narración que hice de las infecundas pequeñeces y chaturas que explican la no incorporación al Partido de elementos desprendidos de nuestro tronco histórico y sus divisiones y subdivisiones, para que la entrevista se hubiese festinado, y *El Mercurio* y la dictadura hubieran conseguido algo útil para ellos: destacar y magnificar la confusión y la inmadurez de los sectores marginales y retrasados del socialismo, desprestigiando con ello la imagen de la oposición, de la izquierda y del Partido Socialista.

Felizmente nada de eso ocurrió. María Angélica de Luigi cumplió su compromiso, seguramente a disgusto de sus tenebrosos jefes, y la entrevista se mantuvo en general —no diré que totalmente a mi gusto— dentro de los parámetros de la honestidad profesional y moral. Lo más pintoresco y heterodoxo de la entrevista fue que la entrevistadora me adjudicó una presunta orientación budista en mis puntos de vista sobre la religión. Algo bastante extravagante y esotérico. Lo que ocurrió fue que cuando me interrogó sobre mis convicciones religiosas, yo intenté explicarle por qué no profesaba ninguna. Pero eso no quería decir que yo compartiera los puntos de vista agnósticos del empirismo positivista ni tampoco los de trasnochado ateísmo decimonónico, porque para mí la vida y la existencia, la conciencia y el ser, tienen un sentido, conducen a la realización de los grandes valores éticos, potencialmente inscritos en la condición humana y que se despliegan fundamentalmente merced a la lucha social de los desposeídos por imponer la justicia en la sociedad. Desde este punto de vista, el contenido valórico de mis convicciones filosóficas si se quiere tenía algo de un socialismo secular como el de las religiones sin Dios, como el budismo.

Nuestra amiga tomó el rábano por las hojas, le quedó sonando la palabra “budismo” y creyó que con ella podía definir en forma más concreta mi posición filosófica frente a la religión, que, sobre la base de abstractas especulaciones teóricas que yo le hice, naturalmente escapaba al interés del diario y al de la mayoría de sus eventuales lectores.

Es de justicia destacar el comportamiento honesto de la periodista en esta entrevista, tanto más cuanto que ella y sus colegas de ese diario y otros órganos de la misma orientación se dan maña siempre para poner de relieve lo que divide y antagoniza a hombres y partidos en la oposición y en la izquierda, para crear la imagen de antagonismo, rivalidades y contradicciones entre los adversarios

a la dictadura, favoreciendo así el eje de su propaganda, que tiende a presentar un cuadro político en el que, frente al régimen militar, no hay otra alternativa que el caos, cuando la real alternativa es precisamente la contraria: democracia o caos.

Hay un novecientos noventa y nueve por mil de probabilidades de que en una entrevista periodística en el Chile de hoy figuren en un plano destacado preguntas sobre la violencia y el terrorismo. Y al hacerlo se interroga sobre la violencia terrorista de las masas, fenómeno prácticamente inexistente en Chile, y se ignora que la gran pregunta al respecto es cómo es posible que la violencia terrorista institucionalizada en el país haya podido durar ya tantos años sin una respuesta adecuada a la lesión que ella infiere a la convivencia civilizada, a la democracia, a los derechos humanos y a la justicia social.

Es el mundo al revés. Hay periodistas opositores para quienes el gran problema es el de la respuesta violenta a la opresión y, sobre la base de los matices en cuanto a la oportunidad, forma y modalidades de recurrir a ella —porque todos reconocen, al menos de palabra, su absoluta e innegable legitimidad—, elaboran sus cuestionarios y formulan sus preguntas. Inconscientemente se ubican conforme el rayado de la cancha que ha marcado el adversario. Y los que conscientemente colocan el problema de la violencia opositora como el tema principal en sus entrevistas, significa sencillamente que están al otro lado de la barricada y que al plantear esa cuestión buscan la manera de agrietar o dividir el campo opositor, haciéndole el juego a la dictadura.

Cuando, en cada una de las jornadas de protesta, hay diez víctimas de la represión militar o de bandas armadas paramilitares coludidas con el régimen y una originada en la legítima respuesta del pueblo a la opresión y a los abusos a que está expuesto, la pregunta de los periodistas no es ordinariamente cómo y por qué no se defienden mejor los pobladores frente a esas provocaciones, sino cómo es posible que se desarrolle y fomente la movilización social que produce tantos daños a las personas y a los bienes y altera la tranquilidad pública. Increíble, pero es así. Y parece que no son pocos los inocentes que se dejan envolver en las redes de la farisea e hipócrita propaganda de la dictadura que intenta, no sin algún éxito, que algunos vean negro lo que es blanco y blanco lo que es negro.

Y los reales temas de envergadura para el destino del país y de la democracia, como la deuda externa, la integración latinoamericana, las amenazas a la paz mundial, la transformación de las Fuerzas Armadas y del Poder Judicial, el porvenir del agro chileno, las nuevas orientaciones que debería seguir la política económica posdictadura, etcétera, a menudo no son tocados. Pero el “¿qué le parece el violentismo de la extrema izquierda?”, esa pregunta no falta nunca. ¿Curioso, no? Porque Chile no es el Líbano ni Colombia ni Francia ni Italia ni España ni Alemania Federal, donde sí se justificaría preguntar por el terrorismo, fenómeno que prácticamente no existe en Chile, excepto el proveniente del régimen militar.

MIRANDO HACIA EL PORVENIR

REFLEXIONES SOBRE LA DEMOCRACIA Y LA DEMOCRACIA AVANZADA. LOS PARAMETROS DE LA NUEVA ECONOMIA. JUSTICIA Y AUSTERIDAD. NECESIDAD DE UN ESTADO FUERTE, REALIZADOR Y EFICAZ. LOS DOS GRANDES OBSTACULOS QUE SE INTERPONEN EN NUESTRO CAMINO: EL ANTICOMUNISMO Y EL SECTARISMO.

No tendría sentido que esta mirada retrospectiva hacia el pasado, de una experiencia de casi toda una vida, quedara estampada en letras de imprenta si no fuera porque esa mirada marca también un hito, un punto de partida para una nueva y, seguramente, la última etapa de esta vida. Un punto de partida en el que se cristalizan las vivencias del pasado, las reflexiones a que ellas han dado lugar y sus resultados proyectados hacia el futuro.

Ya que no es el objeto de estas páginas hacer teoría política, quiero, al terminar este trabajo, hacer una síntesis breve, y si se quiere también desordenada, de lo que me parece ser el producto final de esta mirada hacia atrás, que a la vez constituye un fuerte puntal y un elenco de firmes convicciones para orientar una re inserción en la sociedad chilena en la nueva república que ya estamos avizorando.

La fractura que paulatinamente se fue insinuando en la sociedad chilena y que mostró sus primeros síntomas agudos durante la Presidencia de Frei, que se acrecentó durante el Gobierno de la Unidad Popular y que se manifestó con toda su crudeza, radicalidad y violencia con el golpe militar y la dictadura contrarrevolucionaria que la siguió, es muy profunda y difícil de soldar.

Quienes desde el campo democrático atribuyen principal responsabilidad en ese quiebre de la tradición republicana chilena a

los errores, intemperancias o presuntos excesos producidos durante el Gobierno de la Unidad Popular, yerran medio a medio en su diagnóstico. No distinguen lo principal de lo accesorio.

La raíz de la fractura que divide la sociedad chilena hay que encontrarla en la agudización de la lucha de clase que llegó a poner en tela de juicio la cuestión decisiva del Poder, la cuestión de quién manda en Chile, de quién domina y controla el país. Así de simple.

Esa agudización en la lucha de clases que en su fase culminante se traduce en la lucha por el Poder, no fue en nuestra patria un fenómeno importado ni artificial. Fue y es el resultado de más de medio siglo de duras pugnas y enfrentamientos sociales, políticos e ideológicos. Pugnas y enfrentamientos que alcanzaron tal intensidad que el marco democrático liberal y el parlamentario fue incapaz de acotarlos y contenerlos por las limitaciones inherentes a esa fase y forma de democracia. Para que la vida nacional hubiera podido seguir desarrollándose y progresando dentro de la normalidad y el proceso de solución de las contradicciones de clase pudiera haberse ido resolviendo sin violencias ni rupturas, habría sido necesario ir transformando paralelamente las instituciones republicanas, comenzando por las Fuerzas Armadas y el Poder Judicial, a la vez que ir conquistando la hegemonía ideológica en el pueblo y la sociedad para las ideas democrático revolucionarias. No ocurrió así, y, entonces, la fragilidad de la democracia liberal parlamentaria tradicional para encauzar la lucha social se puso en evidencia y fue destruida por la contrarrevolución armada, por la violencia puesta al servicio de las clases dominantes, temerosas de perder el control de la sociedad y de ver desmoronarse la estructura de la propiedad que sustentaba el orden social del que eran usufructuarias.

Por eso, cuando se quiere responder con la sola palabra mágica de democracia, sin apellidos, a la pregunta de cómo resolver en el mañana la problemática chilena, se está diciendo una verdad a medias. Y las verdades a medias son a veces tanto o más peligrosas que las mentiras.

Es cierto y absolutamente cierto que sin democracia, sin la recuperación por parte del pueblo de la soberanía que le ha sido expropiada, sin el respeto irrestricto a los derechos humanos, sin el retorno al Estado de Derecho, sin todo aquello que constituye el valor permanente y trascendente de la democracia, no hay salida

posible a la crisis chilena. La democracia es condición necesaria para la reconstrucción de Chile.

Y tan cierto es esto que, para los socialistas, es la contradicción entre democracia y dictadura la que establece la línea divisoria en el campo político, es la contradicción principal en el seno de nuestra sociedad, aquí y ahora. Y todo debe subordinarse a la solución de ese conflicto primordial. Todo. Absolutamente todo.

Para ello, es fundamental la unidad de todas las fuerzas democráticas, sin excepciones ni discriminaciones de ninguna especie; ni por la derecha ni por la izquierda. La acumulación unitaria de fuerza democrática es por tanto la tarea principal. De esa coalición democrática deben, naturalmente, quedar excluidas las fuerzas contrarrevolucionarias, como las que promovieron el golpe militar de 1973 y destruyeron la democracia chilena. Pero no las fuerzas democrático revolucionarias, las que, afirmando el valor permanente que encierra la democracia que habíamos logrado establecer en Chile, tienen también conciencia de sus limitaciones y de la necesidad de profundizarla, de hacerla capaz de defenderse y de ir convirtiéndola cada vez más en una democracia con contenido, asociada indisolublemente a la lucha por las transformaciones sociales que le permitan a esa democracia legitimarse en la Justicia que es capaz de desarrollar en su seno y que constituye la razón última de su valor incondicionado.

La presunción de que en el centro político está el núcleo de lo democrático y de que "los extremos" son simétrica e igualmente antidemocráticos, es un sofisma de una superficialidad asombrosa. Equivale a equiparar la contrarrevolución con la Revolución. Equivale a identificar a los que no creen en la democracia, o sólo la conciben como marco para que en una sociedad de clases puedan los ricos administrarla, con quienes conciben la democracia como un medio y un fin indisolublemente interrelacionados en que, permitiéndose al pueblo determinarse a sí mismo en un marco jurídico, respetándose sus derechos fundamentales, se les permita también luchar por conseguir la hegemonía en la sociedad, necesaria para obtener el apoyo mayoritario que se requiere para ir transformando la sociedad en la dirección del socialismo, a través de esa etapa de transición para la cual los socialistas chilenos hemos acuñado el término de República Democrática de Trabajadores.

La democracia es así condición necesaria pero no suficiente para resolver la problemática social contemporánea y chilena. Y si queremos consolidarla y desarrollarla tiene que darse la oportunidad para que los que pugnan por desplegar sus virtualidades transformadoras luchen democráticamente frente a las otras opciones políticas por conquistar la hegemonía en el pueblo y en la sociedad. El propósito de excluir previamente a esas fuerzas del sistema político equivale sencillamente a negar el contenido esencial de la democracia, porque una democracia destinada a ser marco para que pueda ser exclusivamente administrada por los actuales detentores de la riqueza y del poder, no es ni siquiera una democracia formal y liberal, sino sencillamente una dictadura abierta y descarnada de la clase dominante, como lo es la establecida en la fraudulenta Constitución de 1980, impuesta a Chile a espaldas del pueblo y con el solo aval de la fuerza monopolizada por la dictadura militar.

En Chile, la solución de la contradicción entre democracia y dictadura —condición previa e ineludible para cualquier salida a la actual crisis integral que vive el país— pone fin a una etapa en nuestra historia y abre otra en la que es imposible esquivar o suprimir la lucha entre quienes conciben la democracia como forma de administrar la sociedad burguesa y quienes quieren llenarla de un contenido democrático a través de la progresiva implantación de la Justicia Social, sin la cual la democracia no podrá consolidarse ni defenderse ni realizarse en plenitud.

La crisis de la democracia formal parlamentaria, en 1973, no obstante las innegables conquistas y logros con que nuestro pueblo fue llenándola de un contenido sustantivo, demuestra y hace evidente que, una vez reinstalada la democracia en Chile, proseguirán las pugnas por hacer realidad las diversas utopías de los distintos agentes sociales y políticos.

La contradicción fundamental del mundo contemporáneo entre capitalismo y socialismo irá apareciendo cada vez más nítidamente, y las fuerzas democráticas avanzadas deberán esforzarse por resolverla por la vía de la extensión y profundización de la democracia, bajo la conducción de una vanguardia política que asuma el papel de fuerza dirigente unitaria y pluralista capaz de conducir de manera coherente el proceso de transformación social.

Para que esa fuerza democrática avanzada conquiste la hege-

monía en el pueblo y en la sociedad, debe romperse la disposición tripartita que hasta ahora predomina en el arco político chileno. La alianza entre la izquierda y los sectores y fuerzas auténticamente democráticas del centro político y sus partidos es condición fundamental para ello. No hay intereses antagónicos entre las fuerzas sociales y los intereses que éstas representan. Unidas, ellas constituyen la enorme mayoría nacional. Nada hay, pues, que impida la conformación de la unidad política y social del pueblo. Nada, excepto el sectarismo de unos y el anticomunismo de otros. Sobre esto volveremos más adelante. Pero lo que debe quedar claro es que sólo reuniendo, organizando, haciendo participar y conduciendo esas grandes mayorías nacionales de manera unitaria y democrática, se podrá romper el punto muerto a que ha conducido esta división a tres bandas del espectro político nacional.

Antes habíamos ya señalado, a propósito de algunas experiencias del pasado reciente, que el contenido de la política democrática avanzada, en la hora actual, debe asumir la naturaleza del contexto internacional y latinoamericano que sobredetermina la realidad nacional. Ello obliga al proyecto democrático chileno a insertarse en el movimiento internacional por la paz, el desarme y la distensión, y de solidaridad con los pueblos que luchan por sus derechos y libertades en el ámbito del No Alineamiento y, en América Latina, a luchar por su integración y defensa frente a la intervención imperialista en nuestros asuntos internos.

Pero ahora quisiera insistir en otra característica fundamental del proyecto democrático. La reorientación de la economía nacional, en función de la satisfacción de las necesidades populares y la reactivación de la actividad económica que ello supone, se avizora situada en un escenario económico internacional desfavorable y con una estructura productiva decaída y un anémico proceso de acumulación.

El deficiente y deformado desarrollo económico de Chile, cuyas carencias ha agravado en grado sumo la gestión del gobierno militar, exige para superarlo un máximo esfuerzo nacional, cuyo costo en términos de acumulación, ahorro e inversión no puede hacerse recaer en las masas pauperizadas, sino en los detentores y usufructuarios de los ingentes recursos que hoy se malgastan y des-

pilfarran. En otras palabras, lo que hoy consume innecesariamente el sector propietario privilegiado, lo que se destina a producir bienes y servicios de los que sólo aprovecha ese sector, lo que se emplea en importaciones para satisfacer el consumo conspicuo, lo que se gasta en mantener una abultada e inútil institución militar, lo que hoy emigra del país a través de la fuga de capitales o por concepto de utilidades excesivas de los capitales foráneos, lo que se destina a servir una deuda externa ilegítima e impagable y otros rubros similares, deben constituir las principales fuentes para la conformación de un fondo nacional de acumulación en moneda corriente y en divisas, necesario para promover un crecimiento económico que posibilite un paulatino mejoramiento del nivel de vida popular.

Una democracia avanzada debe imprimir un sello de austeridad a la vida nacional, pero no en el sentido de exigirle mayores sacrificios al pueblo de los que hoy día soporta, sino en el sentido de proponerse asegurar un nivel de vida decoroso y digno a todos los chilenos, compatible con nuestro nivel de desarrollo. Esto, necesariamente, lleva a limitar y reorientar el destino del excedente económico que acumulan las clases propietarias nacionales y extranjeras que, en definitiva, son las que deben pagar el costo del impulso al desarrollo económico y al progreso social.

Una orientación de la política económica y social como la aquí bosquejada supone una alteración del régimen de propiedad. No es posible que los agentes privados, movidos por el lucro, sean, en las condiciones supuestas, los promotores fundamentales del desarrollo económico. Los servicios de utilidad pública, la banca, los seguros, las áreas decisivas del comercio exterior, los monopolios constituidos de manera fraudulenta durante la dictadura militar y las industrias y yacimientos minerales estratégicos —desde el punto de vista de la economía nacional— deben ir constituyendo paulatinamente un área de propiedad social gestionada por el Estado, que sirva de instrumento básico para conducir la actividad económica del país en función del cumplimiento de un plan general de desarrollo nacional.

Sin bien cualitativamente el sector público de la economía debe asumir el papel decisivo en el sistema económico, cuantitativamente, la enorme mayoría de las empresas, todas las pequeñas y medianas e incluso las grandes que por alguna razón especial no

sea necesario incluir en el área pública, deben continuar en manos privadas.

Asimismo, debería fomentarse la constitución de modalidades cooperativas y de autogestión de propiedad, cuando las condiciones sean favorables para ello.

La subsistencia de un importante y cualitativamente mayoritario sector privado en la economía requiere que se otorgue a su propiedad las garantías suficientes para su eficaz desempeño y se establezcan y respeten reglas del juego claras y estables que permitan al empresariado privado cumplir la decisiva tarea que le corresponde en el desenvolvimiento económico nacional.

Tales garantías y reglas de juego deben hacerse extensivas a las inversiones extranjeras en Chile, asociadas o no al Estado, cuyo concurso a título del llamado ahorro externo se torna indispensable para aumentar el ritmo de crecimiento económico, adquirir tecnología avanzada e incrementar la productividad.

Un margen relativo de autonomía en la gestión de las empresas públicas, que las responsabilice de su autosostenimiento y las faculte para disponer, según su interés, de parte de sus excedentes, ayuda a que alcancen el necesario nivel de eficiencia contra el que conspira el verticalismo burocrático, que ahoga las iniciativas que deben surgir de la dirección y de los colectivos de trabajo.

Todo este diseño de estructura económica mixta implica que, dentro del plan económico nacional, puedan operar las leyes del mercado como reguladoras de la competencia y de la asignación de recursos y como indirecto control de la eficiencia del sector público de la economía.

El fomento y la atención preferencial a la expansión de las exportaciones no tradicionales —como lo ha demostrado la experiencia reciente— constituye un recurso imprescindible para alcanzar el suficiente ingreso de divisas que demanda el desenvolvimiento económico del país y su adecuada inserción en la división internacional del trabajo.

La magnitud de la tarea que significa entregar al Estado el papel señalado y llevar a cabo las consiguientes reformas estructurales, debe adecuarse a la capacidad real del Estado, a sus recursos financieros, técnicos y de cuadros disponibles, de manera que las responsabilidades que asuma no sobrepasen o excedan esa capacidad

real de Poder Público para realizarlas con la eficiencia requerida a fin de no generar desequilibrios financieros y en la balanza de pagos, anarquía y burocratización en la administración pública y desorganización e inoperancia en la esfera productiva.

Los subproductos indeseables de una intervención inorgánica, improvisada, ineficiente y desproporcionada del Estado en la economía, asociadas inevitablemente a la inflación, el desabastecimiento y el mercado negro, generan condiciones propicias para que se cree un clima favorable a la desestabilización política del régimen, cuyas consecuencias conocemos los chilenos muy de cerca y directamente, en especial por el impacto que el clima de desorganización social y desquiciamiento económico provoca en las numerosas e influyentes capas medias de nuestra sociedad. En esta materia, no sólo la experiencia chilena, sino también la de otros procesos similares en los países en desarrollo son lo suficientemente pródigos en lecciones al respecto como para que estas prevenciones se tengan en cuenta con la adecuada prioridad.

Las nuevas instituciones republicanas chilenas, a la vez que descansan sobre la más resuelta valoración de la democracia en sus múltiples dimensiones, deben constituir un Estado fuerte y robusto, sometido a la legalidad constitucional y a los controles necesarios para hacerla respetar.

Un Estado fuerte y robusto, dotado de autoridad para mandar y ser obedecido, no tiene por qué confundirse con un Estado represivo, arbitrario y opresor. Por el contrario, el radicalismo de sus fundamentos y de sus objetivos democráticos supone y se complementa con su fortaleza y aptitud para orientar y dirigir la sociedad hacia formas superiores de convivencia colectiva.

Debe ser fuerte, en primer lugar, porque debe ser capaz de defenderse de los enemigos de la democracia; lo que supone —ya se ha dicho— una radical transformación de las Fuerzas Armadas y del Poder Judicial, que los convierta en instancias permeadas e inspiradas por el ideal democrático y no puedan ser utilizados en el futuro como puntos de apoyo y agentes de la antidemocracia y del antipueblo.

Debe ser fuerte, en segundo lugar, porque para imprimirle un sentido y una dirección al quehacer nacional, sólo un Estado con una gran autoridad, no sólo formal sino sustantiva, puede permitirle

cumplir los difíciles y ambiciosos objetivos que las circunstancias colocaran en la orden del día de sus actuaciones en los planos político, social, económico e internacional.

Ello sólo es posible si la autoridad está respaldada por la voluntad inmensamente mayoritaria del país, organizada y consciente, que anime, apoye y oriente la conducta del Poder Público. De ahí la importancia que asignamos a la conformación de una instancia política unitaria, intérprete y conductora a la vez del sentir y de los intereses populares y nacionales.

Esos intereses populares y nacionales deben encarnarse en una nueva escala de valores que sitúe el bienestar y dignidad del hombre chileno en una sociedad donde impere la justicia como objetivo fundamental. Tal escala de valores debe caracterizarse pues por el rechazo al egoísmo individualista, al consumismo, al derroche y la ineficiencia, y estar impregnada de un espíritu de solidaridad humana, de laboriosidad, disciplina y sobriedad en las aspiraciones, usos y costumbres, sólo concebibles en una sociedad democrática avanzada, en un orden social enrumbo hacia el socialismo.

Infundir en el pueblo y en la sociedad los valores mencionados y orientar la acción del Estado conforme a ellos es tarea principal de la conducción política, en tanto vanguardia del proceso de transformación social y encarnación de la conciencia revolucionaria.

Nada sería más perjudicial para el futuro de la democracia que un retorno a un parlamentarismo infecundo y electorero y a un partidismo sectario, demagógico y politiquero. Esos vicios dañarían y desacreditarían las instituciones democráticas y ayudarían a generar condiciones propicias para nuevos intentos contrarrevolucionarios y dictatoriales.

El gigantesco esfuerzo por reconstruir la democracia en Chile, consolidarla y permitirle ir superando sus limitaciones hasta convertirla en una democracia social, abierta al porvenir y sustentada en un apoyo mayoritario, consciente y organizado de masas, demandará luchas y sacrificios ineludibles.

Los mayores obstáculos que esta empresa encontrará en su camino, los más difíciles de vencer, pero a la vez lo que es más indispensable combatir para despejar el camino hacia el Chile que avizoramos y queremos, son el anticomunismo y el sectarismo. Mirando hacia atrás y avizorando el futuro, resulta evidente que tanto el

anticomunismo como el sectarismo son las más obstinadas barreras que debemos superar en nuestro derrotero, así me lo ha enseñado y me lo sigue enseñando aún, cada día, medio siglo de trajines en los medios políticos de izquierda.

A su análisis sumario dedicaremos nuestras consideraciones finales.

El insigne escritor alemán Thomas Mann expresó que “el anti-comunismo es la mayor estupidez del siglo XX”.

Compartimos, desde luego, esa sentencia del ilustre humanista germano. Sin pretender profundizar en sus fundamentos, nadie racionalmente podría afirmar que la “utopía comunista”, según la diseña la teoría del comunismo —el marxismo leninismo— sea en sí algo negativo, inhumano, indigno e indeseable. Esa utopía u objetivo final del comunismo y de todos los marxistas leninistas de construir una sociedad sin clases, donde la fraternidad y la solidaridad logren prevalecer sobre el egoísmo individualista y las desigualdades y antagonismos sociales; donde la sociedad se gobierne democráticamente, y donde el “libre desarrollo de cada individuo sea condición para el libre desarrollo de los demás”, no puede ser valorado como algo negativo, inhumano, indigno e indeseable.

Esta “utopía” podrá ser calificada de sueño irrealizable, de meta inalcanzable, pero no de un desvalor en sí.

El camino para alcanzar su objetivo es lograr hegemonizar la sociedad, procurando interpretar a las grandes mayorías nacionales y avanzar hacia la conquista del Estado desplegando democráticamente la fuerza del pueblo, dentro de un sistema político que reconozca y ampare su derecho soberano a autodecidir su destino.

Si ello no es posible —porque las clases dominantes no abandonan fácilmente el poder— y suprimen la democracia para evitar que se les desplace de su control, o se rebelan contra ese poder cuando las fuerzas populares han logrado democráticamente apoderarse total o parcialmente de él, la dominación de esas clases pierde toda legitimidad y autoriza, por tanto, a sus rivales a usar cualquier forma de lucha idónea para conseguir su objetivo. En otras palabras, la

violencia antidemocrática y contrarrevolucionaria legitima la violencia revolucionaria.

Así se ha hecho la historia. Las revoluciones democráticas encabezadas por las burguesías de los siglos pasados y en el presente, debieron recurrir a la violencia cuando las oligarquías dominantes les cerraron por la fuerza el acceso al poder.

Nuestros pueblos latinoamericanos no habrían logrado su emancipación nacional si no se hubieran rebelado como lo hicieron contra la monarquía española cuando ésta opuso la fuerza de las armas a su demanda independentista. Y cuando, como en el caso del Brasil, la monarquía portuguesa no quiso o no pudo oponer la violencia al movimiento emancipador, la conquista de la independencia de ese país se logró de manera incruenta, sin derramamiento de sangre. Es la excepción que confirma la regla.

Tal es el planteamiento del problema de cómo acceder al poder de socialistas y comunistas. Marx, Engels y Lenin consignaron expresamente que mientras más indoloro y pacífico fuera el acceso al poder del pueblo organizado para transformar la sociedad, tanto mejor sería, y que si ello no se hace posible no es por voluntad de los aspirantes al control del Estado, sino por la resistencia que oponen los que ahora lo dominan. El punto de vista de los marxistas sobre la materia es, pues, racionalmente inobjetable y éticamente justificable.

Resulta así que lo único que podría objetársele a los marxistas, y, por tanto, a los comunistas, es que su pensamiento político es equivocado. Pero de doctrinas que algunos estiman verdaderas y otros erróneas está plagada la historia. Más aún, la historia se confunde con las luchas de los hombres siguiendo determinadas ideas que racionalizan o expresan sus intereses.

Pero eso no justifica que se pretenda aniquilarlos físicamente o reprimirlos de la manera como la Inquisición perseguía a los herejes o el Islam practicaba la “guerra santa” contra los infieles, lo que lamentablemente ocurre en muchos regímenes que se definen como anticomunistas. Tampoco se justifica el que se proscriban sus ideas y se castigue como delito el querer llevarlas a la práctica, que es lo mismo que permitir profesar la fe cristiana y considerar delictivo el actuar cristianamente. En relación con el marxismo, que se define como instrumento para la transformación del mundo —“los filósofos, hasta ahora, han intentado interpretar el mundo, ahora corres-

ponde transformarlo”, aseveró Marx—, es particularmente contradictorio e inconcebible permitir que se piense en sus términos y se prohíba y castigue el actuar conforme a ese pensamiento, que es lo que grotescamente prescribe la fraudulenta Constitución de 1980.

Ninguna de estas conductas —que reflejan diferentes niveles de anticomunismo, pero anticomunistas todas— tiene nada de razonable ni de lógico ni de sensato ni se acomodan al sentido común. Tiene razón, entonces Thomas Mann al calificar esas posturas anticomunistas como estupidez; como también la tiene al opinar que es la mayor del siglo XX, si se piensa que en razón de esas posturas se han desatado en esta centuria decenas de guerras destructivas y sangrientas que han causado más de sesenta millones de muertos, sin contar los heridos y mutilados y las ingentes pérdidas materiales. La Segunda Guerra Mundial, la principal de todas, se explica en último término por el anticomunismo del fascismo de Hitler, y por el anticomunismo gravitante en la política de Francia e Inglaterra, que hizo que estos países toleraran impasibles la expansión hitleriana en la esperanza de que ésta se desplazara hacia el Este e hiciera de la URSS su víctima principal. Y el anticomunismo es la causa última que hoy tiene al mundo al borde de la catástrofe nuclear que origina la carrera armamentista y el consiguiente derroche de recursos, en detrimento del bienestar del hombre. Y para qué seguir. Ejemplos de esta naturaleza los hay por montones. Entre otros, la dictadura militar que padecemos los chilenos, y las otras tantas que se justifican por la misma razón: detener, combatir y extirpar el cáncer del comunismo.

Pero si el anticomunismo es una estupidez como postura política e ideológica, su inusitado desarrollo en el mundo actual hay que buscarlo en otra parte, y no en las falacias en que pretende fundamentarse.

No es difícil encontrar dónde está la razón de ser del anticomunismo y del empeño por desarrollarlo y difundirlo. La razón de ser esencial que explica este empeño es que el anticomunismo es el instrumento privilegiado y más eficaz para debilitar y dividir las fuerzas democráticas y progresistas de la humanidad, a los que luchan por una estructura social más justa y por un nuevo y más racional y equitativo orden internacional.

Como no es fácil defender la bondad y ponderar las excelencias del ordenamiento social e internacional imperante, sobre todo

ante los miles de millones de hombres y mujeres que sufren en carne propia sus carencias e injusticias, es necesario encontrar un discurso ideológico, una argumentación que indirectamente contribuya a mantener y reproducir el actual sistema social e internacional dominante.

Y eso se consigue a través del anticomunismo, que no aparece directamente ligado a la defensa de un orden social e internacional, sino que se presenta como una defensa de los valores supremos de la humanidad, tal como los percibe la conciencia del hombre medio sin educación política, y tal como éste los ha recibido del pasado y los retiene por el peso de la inercia.

Desde los tiempos primitivos, el hombre ha distinguido o pretendido distinguir lo bueno de lo malo. Lo bueno, asociado a la divinidad o a los dioses buenos; lo malo, asociado a la negación de la divinidad o a los dioses malos, al demonio.

Esta distinción dicotómica entre lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro, a la manera maniquea, sin campos intermedios, está profundamente internalizada en la conciencia y en la cultura, y se transmite por herencia a través de los distintos agentes de socialización del individuo: la familia, la religión, la educación institucional y la cultura popular y la ilustrada.

Lo bueno está asociado con los hombres superiores, los sabios, los bellos, los ricos los intermediarios con la divinidad. Lo malo está asociado con los de abajo, los ignorantes, los feos, los pobres, los olvidados de Dios. Y cuando una religión como el cristianismo quiso romper esa dicotomía maniquea, acercando el bien a la pobreza y al desamparo y ligando el mal a la opulencia y al egoísmo de los poderosos, la historia se encargó, a través de la secularización de la Iglesia durante la Edad Media, de reinstalar al Dios de Cristo en un puesto reservado junto al mundo de “los de arriba”, de los que mandan, de los que brillan, de los que poseen. Olvidado quedó aquello de “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque de ellos será el Reino de los Cielos”.

¿Qué mejor manera de cautelar la mantención del orden vigente que asociar a sus adversarios con la negación de Dios, con el rechazo a la Ciencia y a la Sabiduría —los dioses contemporáneos—, con el desconocimiento de la naturaleza humana y sus derechos esenciales, con la envidia y la anormalidad social, en una palabra, con el mal y su encarnación, el demonio, para los creyentes?

En la sociedad contemporánea, en una u otra forma, según sea el ambiente cultural, por instinto de conservación las clases dominantes inculcan el anticomunismo a las nuevas generaciones desde su más tierna edad, sin proponérselo siquiera, como algo natural y espontáneo, como reacción defensiva. El comunismo se presenta como la encarnación del ateísmo materialista, producto de la ignorancia y del resentimiento, “intrínsecamente perverso”, como lo calificara un pontífice del siglo pasado, o como satánico agente de “las fuerzas del mal”, como lo caracterizó recientemente el inefable Presidente Reagan.

Siempre vuelve a mi memoria, a propósito del anticomunismo, una anécdota de mis tiempos de estudiante secundario. En una clase de Ciencias Naturales, en el Liceo Alemán, un alumno se comportó de manera inadecuada y tanto exasperó al profesor que éste, fuera de sí, le preguntó extemporáneamente: “¿Es usted comunista?”. Nada que ver. El alumno era, por lo demás, un observante católico conservador. Pero en esa espontánea observación del sacerdote se reflejaba que para él el comunismo era sinónimo de todo lo malo e indeseable que podía existir. Y, como él, piensan todavía, lamentablemente, millones de individuos en todos los lugares de la tierra.

Planteada esta cuestión en otros términos, las fuerzas conservadoras, por un simple juego de la selección natural, eligieron el anticomunismo como la mejor herramienta ideológica para defender sus intereses, porque podía encubrir con facilidad su papel político instrumental, en la medida en que se lo asociara con los valores del “mundo libre”, o de la “civilización cristiana occidental”. O, si se quiere, el anticomunismo se seleccionó solo, compitiendo con otras eventuales armas ideológicas, como la más eficaz para movilizar a las capas medias temerosas y vacilantes y a los sectores trabajadores sin conciencia política en la defensa del orden establecido. Ello, por la mayor facilidad que ofrece el “anticomunismo”, en comparación con otras ideologías más sofisticadas, para asociarlo a los desvalores negativos que forman parte de las herencias culturales más internalizadas y extendidas en la conciencia del hombre común de nuestra época.

Por estas razones, el anticomunismo se ha cultivado de manera consciente, y a su difusión se ha puesto al servicio la más gigantesca maquinaria propagandística que haya existido jamás, desde

la literatura pretendidamente científica hasta las populares historietas, desde las cintas cinematográficas y series televisivas hasta los editoriales y crónicas insidiosos de los periódicos, y las consignas, carteles e imágenes plásticas: todo destinado a deformar y caricaturizar la real fisonomía del marxismo y del comunismo, para asociarlo a todo lo negativo, según el entender de la gente común sin mayor educación política.

Una forma privilegiada de anticomunismo es el antisovietismo. La Revolución de Octubre y la Unión Soviética son obra y creación de los comunistas. A pesar de todo el esfuerzo por cercar a esta última, por aislarla, combatirla y destruirla, en los hechos representa el más poderoso baluarte de la ideología comunista cristalizada en una sociedad y en un Estado consolidados, fuertes, que progresan y se desarrollan y que son capaces de defenderse.

De ahí que combatirla desde el punto de vista ideológico propagandístico por medio del antisovietismo viene a ser el complemento natural y necesario del anticomunismo. La Unión Soviética resulta ser el mal encarnado en un Estado, como lo definió Ronald Reagan en Londres, en su discurso ante el Parlamento Británico.

Tal calificación se hace extensiva a todos los países socialistas tras la “cortina de hierro”. Para muestra, vaya un ejemplo grotesco. Recientemente el Obispo de Alicante, España, a propósito de los desbordes libertinos del llamado “destape” español que se produjo tras la vuelta a la democracia, expresó la siguiente lindura: “Televisión Española tiene unos programas tan desvergonzados que no los permitirían ni en los países del telón de acero”. Y es bien sabido que es en Occidente y no en los llamados “países del Este” donde la pornografía hace de las suyas y se ha convertido en un gran negocio, tolerado en buena medida por las autoridades. En la mayoría de los países socialistas, y en los más importantes, hasta los más legos no ignoran que allí impera un recatado pudor que extraña a los occidentales. Y esto no es cosa de ahora: nunca, ni en los primeros tiempos del “comunismo de guerra”, se ha vivido en la Unión Soviética un período de libertinaje sexual. Las acusaciones infundadas y calumniosas de que allí se fomentaba el amor libre y se destruía la familia, rumor que corría de boca en boca entre la gente “decente” y de “orden” de los años veinte, no pasaba de ser otra forma de legitimar esta deformación maniquea del mundo: el bien de un lado y todo el mal del otro. Como la pornografía está asociada a uno de los

pecados capitales, ergo, debe campear a sus anchas del otro lado de la "cortina", en los dominios de Satán. Y el Obispo de Alicante de 1986 sigue hoy pensando igual, a pesar de que en su país hay incluso eclesiásticos afiliados al Partido Comunista, como que uno de los comunistas más destacados de su periódico **Mundo Obrero** es un sacerdote jesuíta que, junto a su nombre, en sus artículos agrega las iniciales "S.J.", para que no queden dudas de su doble condición de miembro de la Compañía de Jesús y de militante comunista.

De esta caracterización maléfica del comunismo y de la Unión Soviética deriva el importante corolario de que es legítima y necesaria la lucha contra ambos, con todos los medios posibles. Se trata de bregar contra el mal absoluto, presente entre los hombres. De aquí también la justificación de todas las concertaciones de fuerzas posibles que estén interesadas en combatirlos.

El escandaloso "affaire" de la llamada "pista búlgara", prefabricado para ligar desvergonzadamente el intento de asesinato del actual Pontífice de la Iglesia Católica a la Bulgaria socialista —felizmente ya develado y esclarecido por la justicia italiana— es una clara muestra de hasta dónde se llega en esta infame campaña propagandística. Y para qué hablar del bochornoso asunto del avión sudcoreano abatido sobrevolando territorio soviético, en 1985, incidente del que a la postre resultó responsable la CIA.

Como éstos, hay innumerables episodios que ilustran elocuentemente la gravedad, extensión y profundidad de la ofensiva de desinformación y de distorsión de la verdad, sin trepidar en el uso de cualquier medio, para difundir el anticomunismo y el antisovietismo.

Que a la propagación del anticomunismo contribuyan el sectarismo que en muchas esferas acompaña el comportamiento de los comunistas y las carencias y deformaciones que ha experimentado y de que todavía sufren la Unión Soviética y otros Estados socialistas, es cierto. Pero no son ni el sectarismo de los comunistas ni las falencias de la Unión Soviética lo que explica el anticomunismo ni motiva a los anticomunistas.

Esto tiene otras raíces, las que ya hemos expuesto. Pero, lógicamente, los promotores del anticomunismo se aprovechan de estos elementos negativos que se descubren en su adversario para magnificarlos y convertirlos en sus rasgos principales, que ayudan a legitimar la lucha a muerte que han desencadenado en su contra.

Ya dijimos que la virtud del anticomunismo como instrumento de la lucha política e ideológica de las clases dominantes es su aptitud para producir la división y fragmentación de su enemigo y, por consiguiente, su debilitamiento, lo cual dificulta su desarrollo y se convierte en factor decisivo para configurar una correlación de fuerzas favorable a los sostenedores del orden establecido.

Este papel divisionista lo cumple el anticomunismo en dos planos.

En un primer plano contribuye a escindir las fuerzas democráticas en su sentido más amplio, intentando separar a los creyentes de los no creyentes, aduciendo motivaciones de orden ideológico religioso; luego, intentando oponer a los liberales racionalistas y laicos con los demócratas revolucionarios, invocando razones de orden filosófico, científico o humanitario que hagan antagonizar a los primeros con el presunto materialismo vulgar, voluntarismo anticientífico, o extremismo violentista y terrorista, que serían atributos esenciales del comunismo y su obra, el socialismo existente en la realidad.

En un segundo plano, el anticomunismo contribuye a dividir y fragmentar las fuerzas y tendencias democráticas de inspiración socialista, oponiendo sobre todo el carácter humanista de la democracia y el socialismo al desprecio por los derechos humanos que caracterizarían el socialismo de filiación marxista-leninista y señaladamente el comunismo, lo cual a su vez se vería corroborado por la experiencia del socialismo real. En este plano, sobre todo se pone énfasis en la significación del comportamiento sectario de los comunistas, lo que haría imposible todo entendimiento con ellos, y la magnificación de las limitaciones y deformaciones del socialismo real, las que serían de tal manera irreversibles y de tal magnitud, que ese supuesto socialismo no sería tal, sino sólo un capitalismo de Estado antidemocrático en el que una burocracia ineficiente habría expropiado al pueblo la soberanía, sus libertades y la plusvalía producida por su trabajo.

Semejante caricaturización de los comunistas y del socialismo real y la deformación de su verdadero carácter que supone esa desequilibrada y equivocada valoración de sus elementos positivos y negativos, sirve de base para legitimar la escisión del movimiento popular entre un segmento auténticamente "democrático" y otro "totalitario", representado por el comunismo y sus satélites. Y sirve también para legitimar la negativa a toda posibilidad de alianza estratégica

entre ambos componentes del movimiento popular, pues entre ellos no habría nada en común que pudiera justificar ese entendimiento.

Algunos sectores de los partidos y fuerzas socialdemócratas y socialistas de Occidente participan de estos puntos de vista divisionistas y obstaculizan la emergencia de una respuesta socialista unitaria y revolucionaria capaz de superar el agotado reformismo y de hacer frente al desafío neoconservador. En el Tercer Mundo, quienes comparten estos enfoques perturban también la unidad y el avance de los movimientos nacionalistas de liberación social y nacional, introduciendo en su seno fricciones y antagonismos que poco tienen que ver con las reales aspiraciones de los pueblos.

En Chile, algunos círculos de los propugnadores del llamado “socialismo renovado” comulgan también con esta fisonomización del marxismo-leninismo y de las fuerzas socialistas y comunistas que se inspiran en él, sirviéndoles esto de pretexto para negarse a trabajar de manera unitaria con ellos en una perspectiva de largo alcance. Con ello, obstruyen la construcción de una vanguardia democrático-revolucionaria de origen plural y de inspiración socialista, cuya existencia es condición necesaria para la viabilidad de cualquier proyecto transformador de nuestra sociedad.

Buscando siempre el modo más eficaz de dañar el movimiento popular escindiéndolo y estimulando las luchas intestinas en su seno, se ha dado preferencia al uso del término anticomunismo por sobre el de antimarxismo o antisocialismo. La alusión al marxismo supone cierta sofisticación ideológica que no es funcional al propósito de hacer penetrar el sentimiento anticomunista en las capas más retrasadas del pueblo. La referencia al socialismo como al gran enemigo tampoco resulta adecuada para el propósito que se busca, porque la palabra socialismo ya ha adquirido credenciales para presentarse en la “buena sociedad” a través de la actuación de diversos partidos que, luciendo la etiqueta socialista, han demostrado ser útiles como eficientes administradores de la sociedad capitalista en determinadas coyunturas. Por eso, todo el empeño se ha puesto —sin reparar en costos ni distorsiones de la verdad— en llenar de carga negativa el término “comunista” con el fin de desatar en su contra odios y pasiones incontrolables.

Todo esto no quiere decir que el pregonado anticomunismo no sea en su esencia antimarxista y antisocialista, porque es el marxismo el pensamiento que está detrás del comunismo y es el socialismo

en forma concreta hoy día— lo que los anticomunistas quieren erradicar del mundo, en especial los de su tendencia neoconservadora, ahora de moda.

El anticomunismo, pues, es más que una estupidez. Si fuera sólo eso no representaría un peligro para la humanidad. Pero, tal como se lo usa y manipula en defensa de los intereses creados y en contra de la causa de la liberación humana, convertido en el principal instrumento ideológico de las fuerzas reaccionarias y destinado a sembrar el odio y la división entre los pueblos, a cualquier precio, incluso la guerra, el anticomunismo ha devenido en un peligroso agente que envenena la existencia humana y que es un deber denunciar, desenmascarar y erradicar definitivamente de la sociedad.

El otro gran obstáculo para alcanzar la unidad de las fuerzas democráticas y progresistas y la convergencia de los demócratas revolucionarios en una vanguardia unitaria y pluralista, destinada a dirigir al pueblo en el tránsito por la vía democrática al socialismo, es el sectarismo.

Lo es por dos razones fundamentales, primero, porque sirve de pretexto eficaz para alimentar el discurso conservador y la argumentación anticomunista. Y segundo, porque, instalado en nuestro propio campo, su acción nociva nos va corroyendo por dentro de manera insidiosa, favoreciendo los propósitos del adversario de dividirnos y debilitarnos para luego aislarnos, marginarnos y así tornarnos inocuos e inofensivos, o simplemente para viabilizar una efectiva represión.

El pensamiento marxista distingue dos tipos de contradicciones en la sociedad: las que se desarrollan antagonizando a las clases con intereses opuestos e irreconciliables, y las que se suscitan en el seno del pueblo, diferenciando de manera no antagónica distintas ideas y corrientes políticas que divergen dentro del campo revolucionario en aspectos no fundamentales, por cuanto todos comparten los objetivos democráticos y socialistas y disputan el poder a las clases dominantes. Estas últimas contradicciones, llamadas no antagónicas, o simplemente diferencias, en la práctica se resuelven a través de las lecciones que ésta arroje mediante la discusión fraternal y la reflexión política. Es claro que esta distinción no es —como por lo demás nada

lo es— absoluta. Las contradicciones antagónicas pueden tornarse no antagónicas y viceversa.

Para evitar que una contradicción no antagónica en el seno del pueblo devenga en una antagónica, el método no consiste en acentuar las diferencias y combatir las como si se tratara del enemigo de clase —como lo hace el sectarismo—, lo cual debilita en lugar de robustecer las fuerzas populares. Por el contrario, el método correcto para resolver esas diferencias pasa por poner énfasis en lo que une, en lo que hay consenso, que es lo principal, y buscar por la vía de la práctica y del debate y la discusión fraternales, la solución de las posiciones diferentes, que son lo secundario, para llegar a un acuerdo y a un consenso a nivel superior.

El sectarismo puede definirse como la desviación en el campo democrático y revolucionario, consistente en absolutizar el carácter de las contradicciones no antagónicas, en magnificar y trascendentalizar las diferencias, haciendo imposible el necesario proceso de acumulación de fuerzas necesarias para volcar su correlación en favor de la democracia o del socialismo.

Objetivamente, se convierte así el sectarismo —lo mismo que el anticomunismo— en un factor que actúa en contra de la realización en la práctica de los objetivos que proclama sustentar, favoreciendo el propósito del adversario de debilitar y dividir las fuerzas populares que se le oponen.

En tanto obstáculo a los procesos de acumulación de fuerzas, el sectarismo se da hoy en Chile en tres niveles diferentes.

Se da, en primer lugar, en el nivel de las fuerzas democráticas en general. En este campo, la conducta sectaria obstruye el camino hacia la conformación de la unidad de todas las fuerzas democráticas. Hay sectarismo en las fuerzas de centro que, a propósito del anticomunismo o del antimarxismo, se niegan a pactar alianzas políticas con la izquierda, en la medida en que allí están presentes marxistas en sus distintas expresiones, entre ellos los comunistas. Y hay sectarismo en la izquierda, cuando en su seno surgen voces que cuestionan la necesaria unidad del centro con la izquierda para poner fin a la dictadura, con el pretexto de que ambos sustentan diferentes proyectos políticos, sin reparar en que la contradicción principal de nuestro país es hoy en día la que opone democracia a dictadura, que constituye la forma concreta que hoy, en la situación de Chile, asume

la contradicción general de nuestro tiempo entre capitalismo y socialismo. Porque, desde luego, no se puede luchar por el socialismo sin que haya democracia, sin que se devuelva al pueblo su soberanía, sin que se respeten los derechos del hombre y se reimplante un Estado de derecho. En otras palabras, no puede entenderse el socialismo sino insumido en el seno de la democracia, emergiendo de su seno, para ir desarrollándolo y profundizando de manera progresiva.

En un segundo nivel, en Chile se da el sectarismo en el contexto de la izquierda chilena.

En este caso, al magnificar y trascendentalizar las diferencias entre sus distintos componentes, el sectarismo conduce a la llamada partidocracia o al “chovinismo de partido”, que consiste en situar el interés del partido por sobre el interés del conjunto, intentando subordinar, utilizar o manipular los demás partidos, incluso estando aliados con ellos, en provecho propio. Este tipo de sectarismo de partido dentro de la izquierda hace imposible superar el nivel de unidad de sus integrantes con vistas a la forja de una vanguardia única y pluralista, capaz de disputar la hegemonía ideológica en el pueblo y la sociedad y de constituirse en una real alternativa de poder.

Este tipo de sectarismo parte del supuesto de que “el partido” está en posesión de toda la verdad, que los demás integrantes de la izquierda nada tienen que aportar al conjunto, en razón de su propia identidad y de las experiencias, ideas y aportes de toda índole que explican su existencia y jalonan su trayectoria. Como corolario de este “chovinismo de partido”, o quizás más bien como supuesto suyo, se hace presente el menosprecio y la falta de consideración y de respeto hacia los aliados, los que sólo valen en cuanto pueden ser instrumentalizados. Es la desacreditada teoría de los “compañeros de ruta”.

Como se desprende de este análisis, el sectarismo a nivel de la izquierda se convierte en obstáculo insalvable si no se le supera por medio de la práctica unitaria y la discusión política, con el fin de construir una fuerza dirigente de la empresa revolucionaria que engloba y supone al mismo tiempo la rica experiencia y los valores que cada uno de sus integrantes aporta al conjunto.

La lucha contra el sectarismo partidista se confunde pues con la lucha por construir la vanguardia democrática revolucionaria que el pueblo requiere como instancia conductora, y constituye una di-

mención inescapable de las tareas que la izquierda chilena debe acometer para superarse. Esta tarea forma parte del esfuerzo por acumular, organizar y desplegar la fuerza propia democrático revolucionaria de inspiración socialista, con miras a hacer hegemónico su proyecto, en democrática emulación con las otras tendencias políticas.

El sectarismo se da también en el seno de los propios partidos democrático revolucionarios o marxistas-leninistas. En este nivel, el sectarismo se traduce en que una tendencia, círculo o grupo, se atribuye la posesión de la verdad revolucionaria, desvalorizando a quienes no piensan de la misma manera y exagerando por tanto la entidad de las diferencias existentes en el seno de la organización, hasta el extremo de considerarlas contradicciones antagónicas.

Esto se refleja en que el comportamiento frente a las presuntas desviaciones de sus oponentes se atiene al criterio de que ellos importan una penetración ideológica del adversario al propio seno de la organización, lo que, por lo tanto, exige la captura total del poder interno para enfrentarlas y derrotarlas. Al calificar al adversario interno como aliado del enemigo de clase, todo se justifica en la lucha por ganar el poder necesario para derrotarlo. De esa forma, se legitima la lucha por el poder interno utilizando cualquier medio y dándole un cariz ideológico. En la práctica, esto significa que el adversario interno pasa a ser el enemigo principal, para cuya derrota se justifica la organización fraccional, al margen de la orgánica regular del partido. De este modo, se origina un proceso de internalización de la actividad política que desplaza la energía de los militantes en la lucha contra el real y concreto enemigo de clase —situado fuera del sistema partidario— hacia el interior del partido, con lo cual se desarrolla un proceso progresivo de descomposición interna que indefectiblemente termina con escisiones y fragmentaciones de nunca acabar.

El sectarismo proyectado hacia el interior de la organización partidaria barrena así el principio del centralismo democrático, fomenta el fraccionalismo y degenera en implacables luchas por el poder, las que, adquiriendo entidad propia, alcanzan a prevalecer por encima de las motivaciones ideológico políticas originales. De esta manera, la fuerza necesaria para bregar contra el adversario de clase se derrocha en un estéril enfrentamiento interno que debilita, divide

y fragmenta el partido revolucionario, favoreciendo al enemigo y perjudicando la causa que de palabra se quiere defender.

El sectarismo —en cuanto manifestación del “izquierdismo”, al que Lenin calificara de enfermedad infantil del comunismo— está íntimamente emparentado con otra expresión de esa enfermedad: el dogmatismo. Sectarismo y dogmatismo son como las dos caras de la misma moneda. Se es sectario porque se cree estar en posesión de la verdad absoluta, de toda la verdad y, en consecuencia, se descalifica a los que no piensan de idéntica manera y mantienen diferencias en la valoración de algún aspecto de la realidad. La actitud sectaria, al pretenderse monopolizadora de la verdad toda, la esteriliza. Por definición, la verdad toda es inalcanzable en términos absolutos y sólo nos es posible acercarnos paulatinamente a ella. Implica, por tanto, la errónea apreciación de que las diferencias en relación con una verdad que se presume absoluta son errores absolutos. Lo que no es así. Las diferencias superan la verdad relativa en la medida en que ésta se enriquece con puntos de vista que no están contemplados en ella y que pueden dar cuenta de aspectos desconocidos o insuficientemente valorados de la realidad, lo cual explica la existencia de pensamientos diferentes y justifica su integración en una verdad más omnicompreensiva y superior.

La verdad de los sectarios deviene así en dogma. Se absolutiza lo relativo y, con ello, se suprime la posibilidad de que la verdad se desarrolle; se la congela y, en esa medida, se la hace impotente. Para los sectarios, sin embargo, la verdad relativa debe continuar siendo considerada verdadera, aunque haya perdido parte de sus virtualidades y refleje cada vez menos la nueva realidad. Su fuerza ya no deriva de su correspondencia con la realidad, que es lo que la hace eficaz, sino del poder de quien la impone, del mismo modo que el dogma religioso debe ser atacado en virtud de la revelación divina de quien se cree su portador.

El sectarismo y el dogmatismo, en general, deben ser combatidos como fuente de errores en la práctica revolucionaria. Y con mayor razón aún en las condiciones chilenas actuales, porque en la presente situación política de nuestro país divide las fuerzas democráticas, dificulta la conformación de la vanguardia democrático-revolucionaria y debilita y desintegra uno de sus componentes principales: los partidos revolucionarios.

De ahí por qué, ante los desafíos a que está enfrentado nuestro pueblo, estimamos que en la esfera del movimiento popular, hoy por hoy, el sectarismo dogmático es un obstáculo indispensable de remover si queremos acumular fuerza democrática para abatir la dictadura, fuerza socialista para hacer hegemónico el proyecto democrático-revolucionario y fuerza en los partidos populares para hacerlos capaces de ejercer su función conductora.

Para terminar estas consideraciones sobre el sectarismo, queremos transcribir un texto que no hace mucho leí por allí¹:

“Cuando se habla de verdades provisionales, algunos se escandalizan, creen que ‘una verdad preestablecida’, es una historia ya escrita antes, de que, al vivirla, la insertan sus protagonistas. Sus creencias absolutas probablemente les inciten a una febril actividad que, por febril, algunos creen admirable. Todos hemos admirado en momentos difíciles, ese tipo de compromiso por encima de toda coyuntura, pero como se dice, la práctica es criterio de verdad (aun mucho antes se decía: por sus obras les conoceréis); las obras de esos ingenuos creyentes en una ‘verdad’ al alcance de la mano no han sido en general tan dignas de admiración como su activismo. A veces, cuando esa deformación llega al exceso se da lugar a esas enormidades como el exterminio inmisericorde cometido en Camboya, por los seguidores de Pol Pot, activistas de un terrible ajuste de la realidad —tan confusa—, a su soñada verdad tan nítida”.

¹ Nuestra Bandera, Revista teórica del Partido Comunista de España. Nr. 136. Oct. 1986. Pág. 3.

Esta mirada retrospectiva hacia el pasado permite concluir que sin habérmelo propuesto nunca conscientemente, ha sido la actividad política en favor del socialismo el elemento más gravitante de mi vida. Desde que adquirí conciencia política, dada la naturaleza de esa conciencia, estaba implícito en ella el tener que asumir un lugar de combate en la lucha de clases, en el puesto que el destino ha querido que ocupe.

Pero he aquí que, en los últimos años, sobre todo en el exilio, he parado mientes en que para una tendencia del pensamiento ultratemporáneo —que se autodefine como la más avanzada y puesta al día—, las ideas que me han servido de motivaciones para transitar por el mundo estarían ya pasadas de moda y caducas, definitivamente. No sólo el marxismo, sino el socialismo en general, serían ya algo obsoleto, meros vestigios de una actitud contestataria circunstancial de determinada época del desarrollo de la sociedad industrial capitalista. Habríamos entrado en la época del postmarxismo y del postsocialismo. Serían otras que las ideas marxistas y socialistas las idóneas y funcionales para sacar a la humanidad del atolladero en que se encuentra.

La utopía socialista estaría descartada por la historia; el socialismo real, irreversiblemente fracasado; y el socialismo reformista de Occidente, igualmente periclitado.

Ya no sólo se trataría de renovar el socialismo y suplir las falencias de su versión autoritaria, burocrática y conservadora, como lo postulaba en los años sesenta la Escuela de Frankfurt y los seguidores de Marcuse, inspiradores de la rebelión juvenil europea, que por aquella época encontró su máxima expresión en el Mayo francés de 1968. No; ahora se trataría de una crisis más profunda del ideal socialista. Ya no sería posible revitalizarlo y renovarlo. El socialismo estaría equivocado radicalmente al plantear la problemática humana alrededor del problema de la propiedad y de su control, del poder y de cómo alcanzarlo. De este error fundamental derivaría su inevitable carácter estatista y la perversa tendencia a asignarle al Estado,

a la política y a los partidos un rol principal en la brega por la liberación humana. El Estado y el partido no sólo mediatizarían esa empresa, sino que en su esencia no serían sino instancias expropiadoras de la soberanía directa e inmediata del pueblo, que aplastan y atropellan la dignidad humana y apagan el fuego emancipador de la libertad individual.

Desde mi perspectiva, este llamado postsocialismo en que estaríamos viviendo es sólo la apariencia de una determinada etapa en que se profundiza la crisis de la modernidad. Este postsocialismo, así concebido, se manifiesta a mi entender en dos variantes.

Una, de inflexión conservadora, que intenta resucitar el liberalismo decimonónico con ropajes pseudocientíficos y que cristaliza en el neoliberalismo antidemocrático y represivo de los Reagan, de los “Chicago-boys” y de los “nuevos filósofos” franceses. Su rechazo al Estado como negador de las libertades, los conduce contradictoriamente a la apología de una forma política que coloca la violencia institucionalizada al servicio de la propiedad y de la mantención de un orden social basado en la división de clases.

No vale la pena detenerse en el análisis de este neoliberalismo antiliberal, de este antiestatismo autoritario y contradictorio. Los chilenos estamos viviendo un ensayo de puesta en práctica de esta novísima teoría bajo la más implacable dictadura de nuestra historia, que quiere legitimarse por un pretendido intento de alcanzar una “democracia” y defender una “libertad” que son sólo apariencias para ocultar su verdadero rostro de clase: el amparo a la propiedad y lo que deriva de ello.

La otra variante del postsocialismo se presume de “izquierda” y se diluye en una vaga y difusa demanda libertaria, rayana en el anarquismo. Leyendo a Alain Touraine —uno de aquellos neolibertarios de “izquierda”—, uno se asombra al ver cómo este autor y los que como él piensan abandonan la lucha por el cambio de la injusta e irracional estructura economicosocial y, en consecuencia, del poder, como el objetivo central del proceso de emancipación humana. Sustituyen esa demanda de transformación social por una paleta de reivindicaciones que hace abstracción de la raíz en que se cimienta el actual edificio de la sociedad, y buscan directamente alcanzar la paz universal, mejorar la calidad de la vida, proteger el entorno natural del hombre, liberar a la mujer, amparar las minorías discriminadas y

realzar los particularismos preteridos con una visión eurocentrista de la realidad universal.

Francamente, mi limitado entendimiento no me permite vislumbrar otra forma para lograr esas metas —que no se puede dejar de compartir—, que no sea a través del socialismo, pensado y realizado a escala planetaria y conforme a la matriz fundamental concebida hace más de un siglo por el marxismo. No diviso otro sendero para alcanzar esos fines que el de poner estratégicamente la economía, la ciencia y la técnica al servicio de los hombres —y no del mercado— como elemento básico de toda empresa de liberación humana. Y eso pasa por alterar la estructura económico-social, predominante todavía en el mundo, y la correspondiente escala de valores que supone y brota de ella. Lo que es lo mismo que sostener que la cuestión del control de la propiedad y del poder que emana de ella constituyen el núcleo de los problemas y de las soluciones a los desafíos que enfrenta el hombre contemporáneo.

Más fuera de época parece que uno estuviera todavía cuando se confronta el ideal socialista con las últimas novedades del pensamiento contestatario¹. Allí no se postula sólo el colapso definitivo del socialismo como teoría y como práctica y de la época que lo ha engendrado. No estaríamos sólo en la época del postsocialismo, sino en la de la posthistoria (sic). Habrían caducado todas las cosmovisiones y determinismos en cualquiera de sus variantes. Sería una gran ilusión el pretender encontrarle a la vida y a la historia un sentido, un valor y una dirección.

Habríamos entrado en un espacio (no se podría hablar de etapa o fase, porque aquello tampoco tendría significado alguno) en el que quedaría en evidencia que es un esfuerzo vano el intentar penetrar en la esencia de las cosas. El mundo sería sólo apariencia y el hecho de existir no obedecería a necesidad alguna, ni siquiera al azar, sino sería algo así como una travesura no querida por nadie, pues ni siquiera Dios existiría.

Semejantes nihilismos intelectuales sólo me llevan a reafirmar mis convicciones y a interpretar esas imagerías y juegos del pensa-

¹ Ver, por ejemplo, el libro de Jean Baudrillard, *Las estrategias fatales*, Editorial Barcelona, 1984.

miento como la necesaria culminación de la perplejidad y la desdicha de la conciencia del mundo burgués, arrinconada frente al dilema de tener que renunciar a sí misma o entregarse ante la evidencia de los hechos que cada vez más reiteran esta absoluta y radical alternativa: el mundo ha de ser socialista o no será nada.

Frente a este espectáculo desolador de las respuestas que surgen del otro lado de la barricada de la lucha social, no puedo menos que ver fortalecida mi afirmación socialista, que me sitúa en un punto de vista que permite visualizar el futuro con razonado optimismo, ajeno a todo utopismo idealista y a todo desesperado intento de huir de la realidad.

No me seduce la negación del futuro ni la pérdida de la ilusión ni su racionalización en una pseudoteoría del vaciamiento de la conciencia. Porque esa conciencia sin fe ni esperanza, escéptica y descreída es, en último término, la apología de la nada, del desorden de la anomia y de la demasía y se sostiene sólo en la pura vivencia de un presente, sin pasado significativo ni porvenir iluminador.

¿Es ése el tipo de conciencia la que se necesita y se abre paso en la conturbada sociedad contemporánea para habilitarla para sobrevivir y superarse? Evidentemente, no. Esa forma de conciencia es propia de quienes no han podido o no han querido situarse en el único punto de vista concebible y posible de infundir fe en el hombre, esperanza en el futuro y una razón para vivir y morir: el del socialismo.

La vida de los hombres, tan llena de amarguras y decepciones, pero también y más, de logros y alegrías, recobra, animada por el ideal socialista, su sentido y su valor. Y los distintos momentos y episodios de diferente signo que van construyendo la historia trascienden las experiencias individuales y se insumen en la gran aventura de la plena realización de lo humano. Una aventura que no es sino la aproximación permanente a lo absoluto, la tensión siempre mayor entre lo real y lo posible, entre lo que es y el Ideal, inalcanzable éste en el tiempo finito, pero presente y activo como impulso que tiende y apunta trabajosamente cada vez más y mejor hacia sí mismo. Ideal que tampoco preexiste de antemano, independientemente del mundo, sino que surge de él, se hace y se rehace e influye, inmerso en el devenir contradictorio de la realidad.

TITULOS PUBLICADOS

Sergio Marras
EL DIARIO BRUJO

Antonio Gil
LOS LUGARES HABIDOS

Diamela Eltit
LUMPERICA

Sergio Sporer
América Latina:
LOS DESAFIOS
DEL TIEMPO FECUNDO

Sergio Marras
MÁCIAS

Ariel Dorfman
DORANDO LA PILDORA

Juan Forch
OBECEDARIO

Antonio Gil
CANCHA RAYADA

Jorge Arrate
LA FUERZA DEMOCRÁTICA
DE LA IDEA SOCIALISTA

Heraldo Muñoz
LAS RELACIONES EXTERIORES
DEL GOBIERNO MILITAR
CHILENO

Elizabeth Subercaseaux
SILENDRA

Marco Antonio De La Parra
SUEÑOS EROTICOS/
AMORES IMPOSIBLES

Rodrigo Baño
LLAVE DE PASO

Claudio Bertoni
EL CANSADOR
INTRABAJABLE (II)

Jorge Tapia
ESTRATEGOCRACIA
El gobierno de los generales

Sergio Bitar/Crisóstomo Pizarro
LA CAIDA DE ALLENDE
Y LA HUELGA DE EL TENIENTE

Diamela Eltit
POR LA PATRIA

Jorge Narváez
JUDSON HALL TOWER
(El verdadero caballo de Troya)

Sergio Navarro
MAÑANA CANTA GARDEL

Sergio Marras
FOTOPOEMAS

Marco Antonio De La Parra
EL DESEO DE TODA CIUDADANA

Clodomiro Almeyda M.
REENCUENTRO CON MI VIDA



Las Ediciones del Ornitorrinco